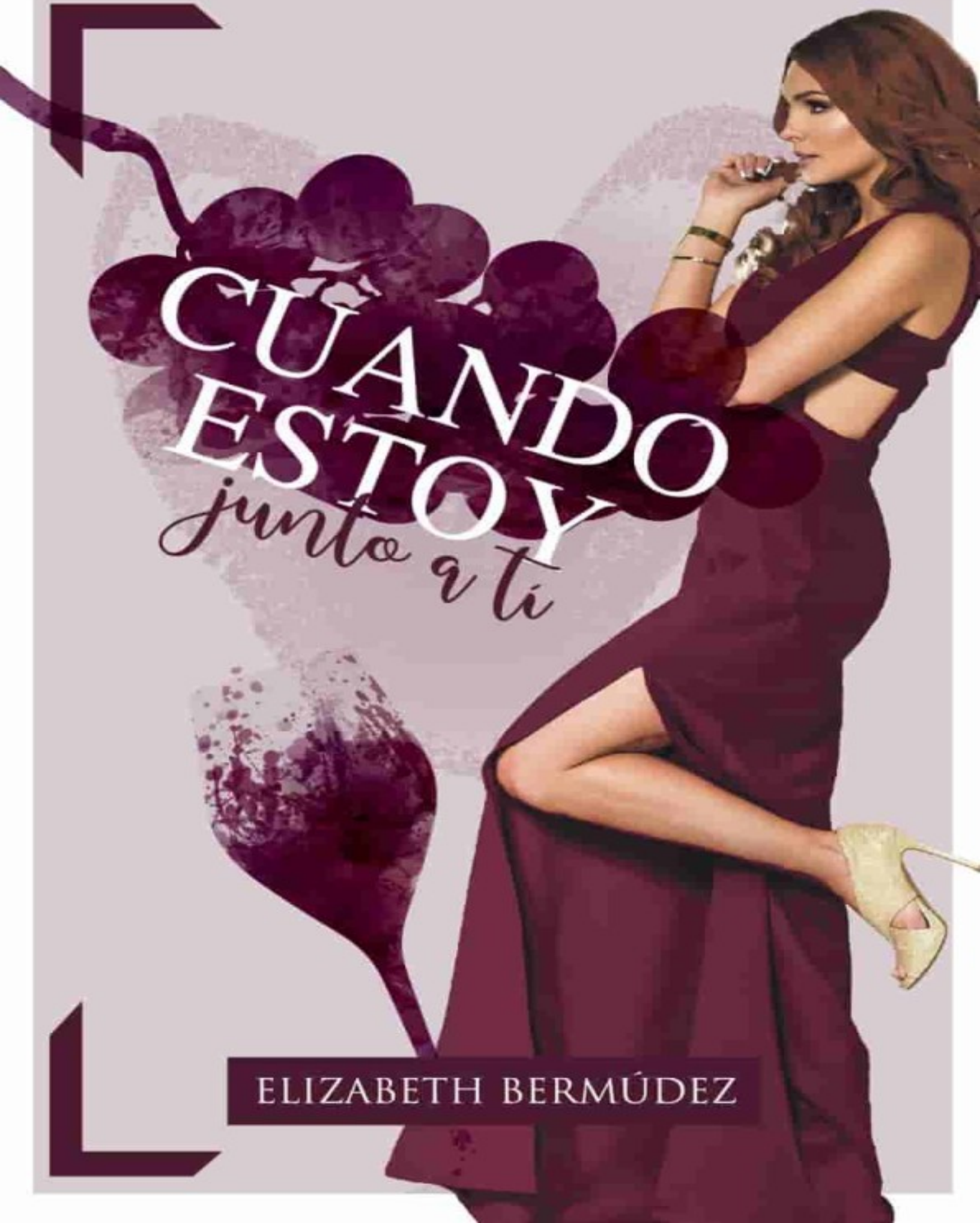
CUANDO ESTOY junto a ti



ELIZABETH BERMÚDEZ

Cuando estoy junto a ti

Elizabeth Bermúdez

Título: Cuando estoy junto a ti
Primera edición, septiembre 2025
©2025, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

ÍNDICE

Sinopsis
Sobre la autora
Capítulo 1
Isabella
Capítulo 2
Isabella
Capítulo 3
Isabella
Capítulo 4
Rocco
Capítulo 5
Rocco
Capítulo 6
Isabella
Capítulo 7
Isabella
Capítulo 8
Isabella
Capítulo 9
Piero
Capítulo 10
Isabella
Capítulo 11
Isabella
Capítulo 12
Piero
Capítulo 13
Isabella
Capítulo 14

Isabella
Capítulo 15
Rocco
Capítulo 16
Isabella
Capítulo 17
Piero
Capítulo 18
Isabella
Capítulo 19
Piero
Capítulo 20
Isabella
Capítulo 21
Piero
Capítulo 22
Isabella
Capítulo 23
Isabella
Capítulo 24
Piero
Capítulo 25
Isabella
Capítulo 26
Isabella
Capítulo 27
Isabella
Capítulo 28
Piero
Capítulo 29

Isabella
Capítulo 30
Rocco
Capítulo 31
Isabella
Capítulo 32
Rocco
Capítulo 33
Piero
Capítulo 34
Isabella
Capítulo 35
Isabella
Capítulo 36
Rocco
Capítulo 37
Isabella
Capítulo 38
Isabella
Capítulo 39
Rocco
Capítulo 40
Isabella
Capítulo 41
Isabella
Capítulo 42
Rocco
Capítulo 43
Isabella
Capítulo 44

Isabella
Capítulo 45
Rocco
Capítulo 46
Isabella
Capítulo 47
Piero
Capítulo 48
Isabella
Capítulo 49
Rocco
Capítulo 50
Isabella
Capítulo 51
Rocco
Capítulo 52
Piero
Capítulo 53
Isabella
Capítulo 54
Isabella
Capítulo 55
Piero
Capítulo 56
Isabella
Capítulo 57
Rocco
Capítulo 58
Isabella
Capítulo 59

Rocco
Capítulo 60
Isabella
Epílogo
Salvatore
Rocco
Piero
Agradecimientos
Otros libros de la autora

Sinopsis

La decisión más difícil en la vida de Isabella Morelli se produce cuando tiene que elegir entre dos hombres que forman parte de su vida. Se puede querer a dos personas, pero solo amar de verdad a una de ellas. Tendrá que detenerse a escuchar a su corazón y averiguar quién es su único amor.

Un reencuentro en una fiesta, una ilusión del pasado que creía olvidada, donde todo vuelve a resurgir porque descubren que la magia sigue existiendo. Una gran decepción. Y una persona que no esperaba en su vida, la cual logra que vuelva a creer nuevamente en una relación.

Sorpresas, giros inesperados y la vida misma, harán que Isabella tenga que decidir entre Rocco Santoro, dueño de unos espectaculares viñedos en La Toscana, o Piero Valente, un reconocido arquitecto.

Dos hombres increíbles, maravillosos y enamorados hasta los huesos de una mujer que solo puede ser para uno de ellos.

A veces, lo que dicta la razón no tiene nada que ver con lo que late en el corazón.

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Cuando estoy junto a ti es su **novela número veintidós.**

Anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*

7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:

El precio de la vida
El precio del amor

13. Te quiero para mí
14. Nicolás Hungría
15. Te protegeré
16. Oportunidad de venganza
17. Por mi familia
18. Bilogía:

Siempre serás tú
Siempre serás mía

19. Traiciones
20. Rechazo al duque (primera novela histórica romántica de la autora).
21. No te dejaré ir

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @elizabethbermudezescritora
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

A todos mis lectores.
Justo cuando sale esta historia, septiembre de 2025,
hace diez años que se publicó mi primera novela.
Nunca imaginé que llegaríamos tan lejos.
Gracias a todos los que seguís ahí tras los años,
pidiéndome más historias y devorándolas en horas
en cuanto salen en Amazon.
Gracias de corazón.
Vamos por otros diez años.

Capítulo 1

Isabella

Milán, actualidad

—No me hace especial ilusión asistir a la fiesta de esta noche —manifiesto con desgana a mi prima mientras me ayuda a escoger un vestido elegante para el evento. Nicole está eufórica por reencontrarse con nuestros antiguos compañeros, pero hace más de veinte años que apenas sé nada de ellos y si voy a este evento es por ella, que es profesora en el que fue nuestro colegio de pequeñas y ha sido la encargada de organizarlo todo y contactar con los antiguos alumnos.

—Vamos, Isabella. Un poquito más de entusiasmo —me anima, sonriente.

—Tengo los pies reventados, lo que menos me apetece es meterlos en unos tacones y estar varias horas de pie —me quejo.

—Trabajas demasiado —me reprende. Soy guía turística y camino mucho cada día con grupos de excursiones concertadas por la ciudad—. Lo sé, es lo que tiene ser la mejor, pero deberías ponerle un poco de freno o vas a caer enferma.

—Me encanta mi trabajo —reconozco con una sonrisa. Lo cierto es que disfruto con él cada día.

—Y a mí el mío, pero estoy deseando que lleguen las vacaciones para descansar. Tú no lo haces nunca. Y menos desde que todo terminó con…

—Ni lo nombres —la corto de inmediato alzando la mano. No quiero que me recuerde a mi ex. Ese tío al que encontré en mi cama con otra mujer y todo gracias a que se suspendió una excursión y llegué a casa por sorpresa. Llevábamos casi dos años juntos y habíamos empezado a hacer planes para convivir.

—Vale. Esta noche vamos a reencontrarnos con mucha gente de

nuestra edad, igual surge algo con alguno. Rocco Santoro ha confirmado su asistencia en el último momento —anuncia emocionada, mirándome con una sonrisilla traviesa.

—Hace años que no sé nada de él —susurro con desinterés.

—Ya, pero se dice que donde hubo fuego…

—Nicole, éramos unos niños. Solo nos dimos un par de besos inocentes.

—Él era el tío más guapo del colegio. Todas estábamos locas por ese hombre. Esos ojos verdes… Y Rocco siempre tuvo predilección por ti. Nunca se metía contigo, siempre te protegía y te pidió salir frente a un montón de gente. Y tú, pensando que todo era un teatro, le dijiste que no y le rompiste el corazón —recuerda a la misma vez que carcajea.

—Le gustaban todas —susurro.

—Pero tú eras especial para él. Solo a ti te decía: *mi Isabella.*

—Tenemos treinta y dos años. —Hago que mi prima ponga los pies en la tierra y deje el pasado atrás—. ¿Quiénes más han confirmado su asistencia? —me intereso.

—Más de los esperados. Me ha costado dar con todos ellos, ha sido una ardua labor de investigación. En total somos unos quince contando con nosotras. No está nada mal. De los veinticinco que éramos en clase han confirmado más de la mitad. No he podido localizar a cinco de ellos, a dos no les interesaba venir y al resto les era imposible porque ya no viven en Italia.

—Vaya investigación. Digna de una estupenda jefa de estudios. —Nicole vive para ese colegio, no solo es una excelente profesora a la que todos sus alumnos y compañeros adoran, también es una gran persona. Es casi como mi hermana. Cuando mis padres murieron en un accidente me fui a vivir con mis tíos y desde entonces Nicole y yo nos convertimos en más amigas y cómplices que nunca. Tenemos la misma edad y de pequeñas estuvimos en el mismo colegio.

—Las profesoras Benedetti y Rizzo están muy contentas con la fiesta de despedida que he organizado en el colegio, y eso que no saben que van a acudir sus primeros alumnos del Minerva.

—Han pasado tantos años… —susurro con nostalgia. Ambas se portaron muy bien conmigo cuando murieron mis padres y fui a vivir

con mis tíos. La profesora Benedetti era nuestra tutora y la señora Rizzo la directora. Ahora, con la jubilación de esta última mi prima pasará a ser la directora del colegio y es algo que la tiene muy ilusionada. A Nicole le encantan los niños, todo lo contrario que a mí. Pienso que los hijos limitan nuestra vida porque hay que adaptarse a ellos, algo que considero que no estoy preparada a mi edad. Por el contrario, Nicole quiere ser madre pronto.

—El colegio Minerva ha cambiado mucho en estos años, espero que los antiguos alumnos se sorprendan para bien.

—Has trabajado bastante en ese lugar desde que llegaste hace siete años. Lo has modernizado por completo y te has ganado a pulso ser la próxima directora. Estoy orgullosa de ti. —Me abrazo a Nicole y, como siempre que lo hago, siento una paz especial. Mi vida no hubiese sido tan fácil tras perder a mis padres de no haber tenido a una prima tan buena y generosa en todos los aspectos conmigo. Me acogió en su casa con solo ocho años y nunca tuvo celos de mí. Mis tíos siempre me trataron como a una hija más y sentí en todo momento que tenía una familia.

—Me gusta este —dice de golpe mi prima. Saca de mi armario un vestido largo, color vino tinto con escote en pico, dos aberturas en los costados y una raja en la pierna derecha. Lo alza ante mis ojos y me mira sonriente.

—Ese me lo compré para mi fiesta de compromiso hace un año —le indico descartándolo.

—Pero no lo llegaste a usar —me recuerda—. Y creo que esta es la ocasión perfecta. Algo me dice que esta noche te va a cambiar la vida —susurra con una sonrisilla que me molesta.

—No empieces con el tema de Rocco Santoro —la reprendo de inmediato—. Además, te recuerdo que a ti también te gustaba.

—Nos gustaba a todas —reconoce haciendo un ademán con la mano, restándole importancia a mi comentario—. Pero a mí no me hacía caso. Recuerda que en aquella época era gorda y fea. Y ahora, por muy guapo que siga estando, soy una mujer comprometida —me señala a la misma vez que alza su mano y me muestra el precioso anillo que Adriano le regaló hace un par de meses. Llevan juntos ocho años y han decidido casarse.

—Ya superaste ese complejo. Ahora eres una mujer increíble —reconozco mirándola con una gran sonrisa. Nicole pasó por algunos problemas de peso de pequeña y adolescente, pero hoy en día es una mujer en su línea. Guapísima, sana y con una vida saludable.

—Gracias a ti —reconoce emocionada, y me abraza.

—Yo también superé muchas cosas gracias a ti. Hemos sido un gran apoyo la una para la otra.

—Somos más que primas. Somos hermanas, confidentes y mejores amigas.

Tomo una bocanada de aire, parpadeo con fuerza, no quiero que los recuerdos y las emociones me embarguen en este momento y le pregunto:

—Y tú, ¿qué te vas a poner esta noche? —Nicole es sumamente organizada. Ella siempre lo tiene todo controlado, no como yo. Soy un completo desastre y lo dejo todo para última hora.

—Un vestido color verde agua precioso, anudado al cuello, que me pedí por internet y me queda estupendo. Ya me verás esta noche. —Me guiña el ojo, sonriente, y aprecio lo emocionada que está y la ilusión que le hace ser la nueva directora del colegio Minerva—. Me marcho que tengo cita para que me maquillen y me peinen. Yo llegaré antes al colegio para supervisarlo todo con Giovanni, Adriano te recogerá. Y ponte ese vestido —me ordena con tono mandón.

—Vale —accedo. No tengo otro.

Adriano, el novio de mi prima, es increíble, lo quiero como a un hermano. Nos llevamos muy bien. Además, nuestras casas están muy cerca, solo a un par de calles. Mi prima hace cinco años que vive con él. Y yo, una vez que decidí independizarme de casa de mis tíos, donde viví desde que fallecieron mis padres, volví al lugar que una vez compartí con ellos. Lo heredé aparte de una buena cantidad de dinero que me dieron por su accidente y que en todos estos años en el banco se ha triplicado. Lo cierto es que tengo mi vida resuelta a mis treinta y dos años, pero me gusta trabajar y dedicarme a mi gran pasión; ser guía turística.

Me meto en la ducha, dejo que el agua corra por todo mi cuerpo y tras un largo tiempo de relajación salgo, me enrollo en una toalla y

me miro al espejo. Me da pereza maquillarme y arreglarme el pelo, pero por mi prima haría todo en esta vida, y ella se merece que hoy esté presente en mi mejor versión. Sé que es importante para ella.

Me siento en los pies de la cama, suspiro y pienso en el reencuentro de esta noche con mis antiguos compañeros de clase en el colegio. Solo he mantenido el contacto con Melissa y Giovanni, junto con mi prima somos inseparables. Del resto apenas sé nada. Pienso en Rocco y sonrío, por mucho tiempo fue el amor de mi vida. Me costó olvidarme de él varios años después de que abandonásemos del colegio. Me pregunto quiénes más asistirán, mi prima no me ha dado nombres.

Me maquillo con esmero, como hace muchísimo que no lo hago, me aliso mi larga melena color castaño y me coloco el vestido que un año atrás compré con tanta ilusión. Escojo unos pendientes dorados y un brazalete, me coloco unas sandalias de tacón doradas y miro el resultado final de mi persona en el espejo. Tengo que admitir que estoy impresionante pese a que me siento un poco incómoda con un escote tan pronunciado, hace mucho que no llevaba uno así, pero me da igual, en mi cabeza resuenan las palabras que siempre me dice Nicole: Eres una mujer joven y volverás a encontrar a un hombre que te merezcas. Tras la decepción con mi ex no he vuelto a confiar en ninguno, llevo un año sin salir en serio con nadie. Siento que necesito recomponerme para dar todo de mí a otra persona. No me gustan las cosas a medias, nada en mi vida.

Capítulo 2

Isabella

Hacía más de un año que no ponía un pie en el colegio Minerva, recuerdo que la última vez fue cuando mi prima se dejó el móvil en su casa y me pidió que se lo acercase al trabajo. Admiro la transformación que han hecho en la entrada del lugar para el día de hoy y lo aprecio lleno de gente. Adriano y yo hemos llegado con un pelín de retraso, a él se le complicó una urgencia de última hora en el hospital. Es pediatra.

Nicole se dirige hacia nosotros en cuanto nos ve llegar, besa a su prometido y me da un abrazo en el que puedo sentir que está algo nerviosa.

—Ya han llegado todos, solo faltan las profesoras Benedetti y Rizzo que las convoqué una hora y media después. Ambas aparecerán cuando todos estemos sentados en el salón de acto —me comunica.

Paseo la mirada por las personas de mi alrededor en busca de Melissa y Giovanni, los únicos que conozco bien. A la plantilla de profesores del colegio me suenan de oídas porque Nicole y Giovanni no paran de tratar asuntos de trabajo cuando salimos, a veces, me cabreo y los dejo hablando de sus cosas. Ya les tengo advertido que cuando nos reunimos está prohibido el tema del trabajo.

—Isabella, ¡estás impresionante! —me sorprenden Giovanni, Melissa y Nicole a mi espalda. Me giro hacia ellos y les sonrío.

—Por ahí están Rocco Santoro y Piero Valente —me susurra mi amiga de inmediato, mostrándome una amplia sonrisa—. Madre mía, esos hombres han mejorado como el buen vino —comenta de forma traviesa—. Cuál de los dos está mejor. La verdad, no sabría decidirme.

—Y vinieron solos —apostilla Giovanni con un guiño de ojo.

—Hablando de vinos, Rocco nos ha hecho llegar para esta noche una caja de su mejor cosecha. Al parecer, ahora vive en La Toscana y se dedica al negocio del vino —nos informa Nicole.

Alzo la mirada y, de repente, mis ojos se clavan en unos ojos verdes que consiguen que sienta un pellizco en el estómago. Rocco me reconoce al instante y me sonríe. No ha perdido esa sonrisa seductora que lo caracteriza. Y sí, está muy guapo, y muy bueno en general, reconozco mientras lo repaso al detalle. Está impresionante. Lo observo caminar hacia mí como en cámara lenta mientras tomo una bocanada de aire y aprecio cierto nerviosismo en mi interior que hacía mucho no notaba.

Siento que me sudan las manos, Rocco Santoro no se corta en mirarme de forma descarada de arriba abajo. Cuando ya casi lo tengo encima observo que me mira de forma fija el escote, pongo los ojos en blanco mientras pienso: hombres, son todos iguales.

—Isabella Morelli —pronuncia mi nombre despacio, con ese toque *sexy* que solo él sabe darle en su tono grave. Al escuchar su voz siento que se me eriza la piel.

—Rocco Santoro, qué de tiempo —murmuro, devolviéndole la sonrisa. No quiero que piense que es el único que sabe sonreír de forma seductora.

—Demasiado —susurra mirándome con atención. Se acerca y me da dos afectuosos besos. Siento que aspira mi aroma y se queda muy cerca de mí. Puedo apreciar sus increíbles ojos verdes. Observo un traje de chaqueta a medida y un perfume maravilloso inunda mis fosas nasales. Se nota que es un hombre rico—. Mi Isabella —dice bajito inclinándose hacia mi oído, me sonríe de nuevo y comenta—: Pisar el Minerva de nuevo tras tantos años me trae muchos recuerdos. Y tú estás en todos ellos —añade en tono seductor—. Me rompiste el corazón —me recuerda haciéndose el herido, a la misma vez que lleva una mano a su corazón.

Suelto una carcajada y le indico:

—Igual es que fui la única mujer que te rechazó y no lo has superado.

—Puede ser —admite, sonriente. Claramente me coquetea—. Aunque tiempo después llegó a mis oídos que te gustaba, solo que

tu rechazo se debió a una confusión. Pensaste que me estaba burlando de ti.

—Rocco, eso fue hace años. Éramos unos niños —le recuerdo quitándole importancia al asunto. No sé cómo, después de tantos años, un hombre como él tiene algo así guardado.

Asiento, me mira y sonríe.

—Estás impresionante. Estos años te han sentado de maravilla, Isabella —me halaga usando un tono seductor en su voz que logra ponerme la piel de gallina.

—Tú tampoco estás mal —le comento mientras nos miramos de una forma cómplice, como si solo estuviésemos los dos en ese gran salón lleno de gente.

De repente, la voz de Nicole me hace salir de la burbuja en la que me encuentro al escucharla decir:

—Vamos, todos al salón. —Parpadeo con fuerza y coloco los pies en la tierra, pero Rocco Santoro sigue a mi lado, sonriéndome. Me hace un gesto con la mano y camino a su lado, en silencio, detrás de todas las personas a las que ni siquiera he saludado desde que llegué. Igual algunos están tan cambiados que ni no llegue a reconocerlos. Prueba de ello es mi prima Nicole, no tiene nada que ver con la niña que era años atrás.

Llegamos al salón de acto y Melissa nos indica que nos pongamos en primera fila. Mis tíos, Adriano, Giovanni y yo tomamos asiento. Sé que mi prima nos quiere muy cerca cuando reciba el título oficial de directora del colegio Minerva. A mi lado queda un hueco libre y Rocco se sienta ahí como si nada, sin preguntar. Lo miro molesta porque no sabe si tengo pareja o si ese sitio está ocupado por otra persona.

—¿Está reservado para alguien? —me pregunta con calma, relajado en su asiento mientras que me mira con detenimiento. Siento sus ojos posados en mis labios.

—No —respondo de forma seca y centro mi mirada en el escenario, un poco incómoda. Noto que Melissa me da un leve codazo y ni la miro. Ya sé lo que me quiere decir.

—¿Sabes cómo va esto? —me susurra Rocco en el oído.

—Creo que ahora entran las profesoras Rizzo y Benedetti, le

damos la sorpresa de que estamos aquí los primeros alumnos de este centro y luego Nicole tomará el cargo de directora —le resumo.

—Quién lo iba a decir de tu prima. Directora del Minerva —murmura—. ¿Qué ha sido de ti, Isabella? —se interesa.

—Estudié turismo.

De repente, la voz de Nicole a través de megafonía pide silencio y anuncia que las profesoras van a entrar en el salón de acto. Bajan un poco la luz y nos quedamos en silencio.

Me giro un poco en mi asiento y observo que el lugar está casi lleno. No solo estamos los primeros alumnos del Minerva, también se encuentran presentes los actuales para darles el adiós a ambas profesoras, han venido sus familias y todos los profesores y personal del colegio. Somos más de lo que esperaba.

Rebecca y Beatrice aparecen en el salón, y ambas profesoras se sorprenden de que ya estemos todos sentados y Nicole las espere encima del escenario con el micro en mano. Giovanni sale a su encuentro y las guía hacia el escenario.

Las profesoras Rizzo y Benedetti se emocionan cuando todos les aplaudimos y se proyecta una frase de despedida hacia ellas: Grandes profesoras y grandes personas.

Ambas se abrazan a mi prima y continúan los aplausos. Nicole les dedica unas palabras y nos pide a los primeros alumnos del Minerva que nos pongamos en pie. Nos nombran uno a uno y descubro quiénes estamos ahí. Me quedo con tres personas en especial, Piero, Lia y Adele. Me giro y los busco con la mirada, pero no doy con ellos. Junto con mi prima, los cinco acudíamos a clases particulares de alemán cada martes y jueves. Después ya perdimos el contacto, pero me hace mucha ilusión reencontrarme con ellos. Pasamos muy buenos momentos juntos.

La profesora Benedetti dice unas palabras de despedida y luego la sucede la actual directora, la señora Rizzo, se extiende en su discurso, pero es muy bonito cuando le entrega el testigo de mando a mi prima. Termino llorando al igual que Nicole. Me duelen las manos de tanto aplaudir, pero ella se lo merece y me hace muy feliz que haya conseguido su gran sueño. De repente, siento un contacto a mi alrededor y tomo consciencia de que Rocco me está abrazando.

Lo miro con los ojos llorosos y asiento ante su gesto amable.

Nicole carraspea, se recompone un poco y llamándonos uno a uno, nos hace subir al escenario a los antiguos alumnos para que nos hagamos una foto con las profesoras que se despiden del Minerva para siempre y comienzan su jubilación. Es en ese momento cuando les pongo caras a todos mis antiguos compañeros tras estos años. Nos saludamos de forma breve, nos sonreímos y una vez terminado el acto nos dirigimos al cóctel que tenemos preparado como fin de fiesta en el colegio. Lo cierto es que Nicole y Giovanni han hecho una gran labor.

Melissa y yo nos acercamos hacia un grupo de antiguos compañeros entre los que se encuentran Piero, Lia y Adele. Nos fundimos en abrazos y besos y me alegro muchísimo de volver a verlos. Charlamos con el resto del grupo un buen rato. Piero nos cuenta que es arquitecto y estará por unos meses en Milán por asuntos de trabajo, ya que suele vivir entre Roma y Florencia. Todos intercambiamos nuestros teléfonos y establecemos volver a vernos.

Desde hace tiempo he perdido de vista a Rocco Santoro, pero aparece de repente con una copa en su mano y justifica:

—Me tenían entretenido halagando mi vino.

—Es buenísimo —le indica Adele.

—Nos tienes que contar cómo te has convertido en un gran productor de vino —lo anima Piero, sonriente, con su copa en la mano, palmeándole la espalda a Rocco.

Melissa se acerca a mi oído y me susurra:

—Joder, Piero está buenísimo. ¿Te has fijado? Él sí que ha mejorado como el vino. —La reprendo con la mirada por el comentario y me centro en los demás mientras siento a mi amiga sonreír por lo bajo.

Rocco y Piero eran los tíos más guapos del colegio, las niñas estábamos divididas, unas se decantaban por Rocco, un poco malote, y otras por Piero, más calmado y callado.

A mí siempre me gustó Rocco. Aunque he de confesar que Piero ha ganado mucho con los años. Tiene un físico increíble, es más alto que Rocco, y sus ojos color miel no tienen nada que envidiarles a los ojos verdes de Santoro. Además, cuenta con un gran atractivo. Son

dos hombres deseables, guapísimos y muy apetecibles.

Desde cierta distancia, observo cómo Chiara se acerca a Rocco y le coquetea con descaro. Ella siempre estuvo loca por él y no lo ocultaba en el colegio, sin embargo, Rocco jamás le hizo caso. Pero, al parecer, el interés por Santoro no ha desaparecido en estos años. Me centro en la conversación con el resto de las personas del grupo y me fascina descubrir cómo hemos evolucionado todos en este tiempo.

Melissa, Piero y yo nos acercamos juntos a la mesa de los canapés para coger algo de comida, el *catering* es buenísimo. De repente, Rocco aparece, me toma del brazo con delicadeza y me susurra en el oído:

—¿Puedes acompañarme, por favor?

Lo miro sin saber qué quiere, ni porqué intenta sacarme del círculo de personas que me rodea con prisa.

—Ayúdame, Chiara no para de insinuarse. Ya no sé qué hacer para alejarla —manifiesta un poco agobiado, caminando a mi lado mientras nos alejamos por un pasillo.

Me paro en seco, lo miro y le espeto:

—No creo que seas la clase de hombre que necesita ayuda en ese aspecto. Igual tenéis un tema pendiente desde hace años y es el momento de resolverlo. Ella siempre estuvo loca por ti —le comento un poco alterada. No sé por qué me ha molestado verlo en la distancia coquetear con Chiara.

Rocco se sitúa frente a mí, me mira serio y susurra:

—Con la única que tengo un tema pendiente (recalca estas dos últimas palabras) desde hace años eres tú. —Me toma con fuerza por los brazos, me pega a su cuerpo y se apodera de mis labios sin previo aviso.

La boca de Rocco Santoro invade la mía y le correspondo al instante. Hace tanto que no beso a un hombre que siento que casi es como si estuviese en la adolescencia. Rocco fue el primero que me besó. Me dejo llevar, enredo mi lengua con la suya y me siento flotar. Desde luego, este hombre besa como un verdadero Dios. Mi respiración se agita y me entrego por completo a todo lo que me provoca. Siento las manos posesivas de Rocco en mi cintura,

aproximándome más a su cuerpo fuerte y duro como una roca.

De repente, noto que Rocco me arrastra con él mientras nos movemos sin parar de besarnos como locos. Abre una puerta y entramos dentro. Interrumpo el beso, echo un vistazo al lugar en el que nos encontramos y descubro que estamos en el baño de mujeres. Rocco no me suelta, me mira con una sonrisa de demonio en sus labios y me besa el cuello. Aspira mi aroma y susurra:

—Dime que tú no deseas esto. Lo soñé tantas veces… me rechazaste otras tantas…

—Éramos unos críos. —Suspiro mientras que siento las manos de Rocco ascender por mis piernas. Sus caricias me encienden y comienzo a sentir cosas que hacía mucho tiempo estaban dormidas.

—Estaba loco por ti, Isabella. Ese beso fugaz que nos dimos cuando nos castigaron en el gimnasio me persiguió durante años. Pensaba en él muchas noches —revela y se apodera de mi boca de nuevo con urgencia. Nos besamos de una forma casi febril.

—Rocco —intento protestar, pero sus labios son increíbles y adictivos, no puedo parar de besarlo—. Esto es una locura —susurro a la misma vez que tomo una bocanada de aire y me dejo llevar. Las expertas caricias de Rocco Santoro me llevan a ver todas las estrellas del universo.

—Las locuras son las que nos mantienen vivo, mi Isabella —susurra sobre mi garganta entre besos.

Me dejo llevar, lo agarro con fuerza del pelo y profundizo el beso. No quiero que pare, necesito esto. Hace un año que no tengo sexo y Rocco Santoro ha despertado todas mis hormonas. Vuelvo a sentirme mujer. Siento un deseo urgente, inexplicable y hambriento que nunca he sentido antes y no me importa nada más, solo vivir esto con él.

Rocco me sube el vestido, me rompe la ropa interior, me acaricia de forma íntima a conciencia y consigue que me derrita por completo. No puedo parar de besarlo, esto que me hace sentir es demasiado increíble.

Se coloca un preservativo con rapidez, bajo mi atenta e impaciente mirada, me alza en sus fuertes brazos como si nada, tampoco es que pese mucho, soy delgada y no demasiado alta, le

rodeo la cintura con las piernas y siento que entra en mi interior de una forma tan exquisita y placentera que me hace gritar sin importarme que alguien nos escuche.

—Mi Isabella —susurra Rocco sobre mi garganta y luego me besa.

—Esto es increíble —manifiesto perdida en el placer que me causa.

Rocco comienza a embestirme con fuerza, me agarro a su cuello, lo beso, sigo el ritmo que impone y ambos estallamos en un brutal orgasmo que nos deja sin apenas fuerza. Él me sostiene en sus brazos recostada contra la pared. Me he quedado sin aliento. Necesito que mi corazón se normalice para volver a la realidad, poner los pies en el suelo, nunca mejor dicho, y tomar conciencia de lo que acaba de pasar entre nosotros.

Cierro los ojos mientras me reprocho en qué momento he podido perder la cabeza de una forma como esta. Jamás me he tirado a un tío a la primera de cambio, soy de las que necesita conocer a una persona, sentir algo, para irme a la cama con él, sin embargo, Rocco Santoro ha roto por completo todos mis esquemas. Ha provocado tal fuego en mi interior que no he sido capaz de pararlo, todo lo contrario, me he animado a avivarlo.

—¿Estás bien? —la pregunta de Rocco me saca de mis pensamientos. Me alza la barbilla con su mano y me mira con tal ternura en sus ojos verdes que hacen que mi corazón se desboque de nuevo.

—Eh… sí —respondo algo confusa. Me da vergüenza mirarlo después de esto tan salvaje y fogoso que hemos vivido.

—Ha sido increíble, Isabella —susurra con emoción al mismo tiempo que coloco los pies en el suelo, aún siento mis piernas temblar.

—Rocco, yo… —titubeo.

—No me vayas a decir que te arrepientes, me matarías, Isabella —me suplica con una amplia sonrisa y un brillo especial en sus ojos.

—Yo… yo no soy así. Me he dejado llevar. No sé qué me ha pasado —intento justificar algo nerviosa.

Rocco esboza una sonrisa más amplia y me abraza con fuerza.

—Tengo una *suite* para todo el fin de semana en el hotel Hilton,

pásalo conmigo. Vámonos juntos de aquí, Isabella —propone de golpe y lo miro seria.

—Rocco… —nuevamente no sé ni que decir. Me ha dejado muda. De inmediato pienso en todo un fin de semana con Rocco Santoro en la cama y mi cuerpo tiembla de placer. Tomo una bocanada de aire y busco alguna excusa—. No puedo irme, esta fiesta es importante para mi prima. Lleva casi un año organizando todo. No sé cómo he podido desaparecer contigo y llegar hasta aquí. Debería estar con ella ahí fuera, apoyándola y celebrando su nuevo cargo —recito con culpa.

Rocco chasquea la lengua, entre incómodo y enfadado, se queda pensativo y luego me propone:

—Nos quedamos hasta el final de la fiesta y luego nos vamos juntos a mi hotel. —Me dedica una sonrisa seductora a la misma vez que entierra su rostro en mi cuello, lo besa y me hace flaquear.

—¿Por qué quieres pasar el resto del fin de semana conmigo? —inquiero con curiosidad.

—Porque nos lo debemos, mi Isabella. ¿No estás de acuerdo conmigo? Sobre todo, después de lo que acaba de pasar. Creo que ambos queremos más —manifiesta seguro de ello.

Solo soy capaz de asentir. Yo también quiero más. Es una locura, pero soy una mujer libre y quiero vivir esto en este momento. Jamás me había sentido así.

Rocco me besa, a modo de sellar nuestro trato, nos sonreímos a la misma vez que nos adecentamos para salir del baño y volver a la fiesta.

Con la primera persona que me encuentro es con Melissa, ella me mira de arriba abajo y luego repasa con los ojos a conciencia a Rocco. Me dedica una sonrisilla y no puedo evitar esquivarle la mirada, siento que me sonrojo con solo pensar que el resto de las personas puedan intuir, al igual que mi amiga, lo que acaba de suceder entre Rocco y yo en el baño.

Capítulo 3

Isabella

—¿Todo bien? —pregunta Giovanni en mi oído. Ambos tenemos la vista clavada en Rocco, a cierta distancia de nosotros se sirve una copa y charla con varios antiguos compañeros.

—No —comento con un suspiro.

—Yo creo que necesitas a un hombre como él. Es decidido, apuesto y se nota que le atraes muchísimo —enumera a la misma vez que no deja de mirarlo.

—Estoy muy confundida —susurro con culpabilidad.

—Igual pasar la noche con él te ayuda a aclararte —me indica a modo de consejo, me sonríe, me guiña un ojo y se marcha.

Miro a mi alrededor y lo que menos me apetece es ir en la dirección en la que se encuentra Rocco, necesito espacio y que no me abrume con su presencia. Me dirijo hacia el grupo con el que habla mi prima, se encuentra rodeada de Melissa, Chiara, Lia, Adele, Piero, Vicenzo y Aldo. En cuanto me acerco Chiara me repasa de arriba abajo con una mirada escrutadora. De inmediato percibo cómo busca a Rocco con los ojos y siento cierto recelo por ello. Si supiese lo que acaba de pasar entre nosotros…

Chiara nos cuenta que es experta en protocolo y trabaja en un hotel donde se dan grandes fiestas y comidas para personas muy reputadas, incluso alardea de conocer al Papa, varios Reyes, presidentes de gobierno y jefes de estado. Cuando Piero le indica que se aloja en el hotel en el que trabaja Chiara le coquetea con descaro y lo invita a cenar una noche. Pongo los ojos en blanco y no sé por qué me molesta, lo cierto es que esta mujer no deja pasar nada. Creo que como Rocco no le ha hecho caso se ha marcado otro objetivo. Piero es un buen partido, arquitecto, muy guapo y ha dejado caer que no tiene pareja. Justo en ese momento pienso que no sé nada de la vida de Rocco. En estos instantes no busco una

relación seria, pero creo que puedo pasar un buen fin de semana con Rocco Santoro, igual hasta tiene razón y es algo que tenemos pendiente del pasado y nos lo debemos.

Simulo estar pendiente de la conversación del grupo que me rodea, pero lo cierto es que lo sucedido entre Rocco y yo en el baño me tiene con la mente en otro lado. De repente, siento una mano en mi cintura, una sutil caricia y percibo cómo Rocco se acerca a mi oído y susurra:

—No te imaginas cómo me pone ser el único de esta sala que sabe que en este momento no llevas ropa interior. —Me giro, lo miro y siento mis mejillas arder. Él me sonríe como si nada. Se lleva la mano al bolsillo de su pantalón y aprecio las bragas que me rompió —. ¿Cuándo nos podemos ir? —se interesa. En sus ojos puedo ver el deseo y la urgencia de que volvamos a estar juntos, lo cierto es que yo siento la misma, pero no quiero ser la primera en abandonar la fiesta. Mi prima no se lo merece.

—Puedes irte cuando quieras, yo iré luego —le propongo en un susurro.

—No se me da bien esperar. Nos iremos juntos —zanja de golpe. Lo miro y descubro a un hombre muy seguro de sí mismo, y esto me gusta.

Rocco se introduce en la conversación del grupo mientras yo me quedo callada y lo admiro.

Pasadas un par de horas la gente comienza a marcharse. Algunos proponen terminar la fiesta en un bar de copas, pero yo lo declino, y ya no por Rocco, sino porque los zapatos de tacón me están matando y tampoco es que vaya muy cómoda sin bragas.

Me despido de Nicole, Melissa y de Giovanni. Mi prima insiste en que me marche con ellos a tomar algo, pero le digo que estoy muy cansada.

Rocco me espera en la puerta, recostado sobre una pared con aire despreocupado. De camino hacia él me cruzo con Piero y Adele, me despido de ellos, que también se marchan a casa, y quedamos en vernos otro día, ya nos hemos hecho todos con los contactos de unos y otros, incluso han creado un grupo.

Salgo al exterior y cuando me acerco a Rocco Santoro se le dibuja

una enorme sonrisa en sus labios mientras me repasa con sus intensos ojos verdes. Esto provoca un gran escalofrío por todo mi cuerpo. Me admira de arriba abajo con descaro y con un brillo en sus ojos que hace que el corazón se me acelere.

—Creí que nunca iba a llegar este momento —susurra en mi oído a la misma vez que me besa el cuello.

—Vámonos de aquí —le apremio. No quiero que nos vean marcharnos juntos en actitud cariñosa. No le debo explicaciones de mi vida a nadie, soy una mujer libre, pero siempre he evitado que los demás hablen de mí.

—Lo estoy deseando, cariño.

Rocco hace una llamada mientras caminamos juntos y cuando llegamos a la acera tenemos un coche esperándonos. Él me insta a subir a la vez que me aclara:

—Traje mi propio coche, pero he bebido unas cuantas copas.

—Sí, yo creo que también me he tomado más vino del acostumbrado. Lo cierto es que está muy bueno. Debo darte mi enhorabuena.

—Gracias. Ha sido un éxito, y una revelación para todos. Nadie esperaba encontrarme como el dueño de una marca de vinos y productor de este en La Toscana.

—Me tienes que contar cómo terminaste así —insisto con interés.

—Mi tía materna se casó con un hombre que tenía tierras de buenos vinos en La Toscana. Su marido falleció y con dieciocho años me fui allí con ella y aprendí todo lo que sé. Hoy en día llevo el negocio y sé que será mío en un futuro ya que soy como un hijo para mi tía y no tiene más descendencia. También trabajo en una futura marca propia, Santoro. Pero me llevará algo más de un año sacarla al mercado y distribuirla.

—Te gusta lo que haces —comento mientras lo observo con admiración.

—Sí. No estudié una carrera porque odiaba asistir a clases, pero con mi tía aprendí a llevar un negocio y a hacerme con él. Me gusta mi vida y me considero un hombre realizado.

—Me alegro. Yo también me considero una mujer satisfecha en el plano profesional —revelo mirándolo a los ojos. Vamos sentados en

la parte trasera del coche que nos lleva al hotel donde está alojado. Él me mira con una sonrisa en sus labios y dice bajito:

—Espero que también seas una mujer satisfecha en el plano sexual, me encargaré de ello personalmente durante el resto de la noche —augura y yo siento un fuerte tirón en el vientre. Rocco se acerca despacio y me besa. Le correspondo mientras siento que no puedo perder la cabeza aquí como hicimos en el baño del colegio. El chófer del coche está a escasos metros de nosotros.

Siento la mano de Rocco ascender por mi muslo en una clara dirección por debajo de la tela de mi vestido. Intento pararlo, pero él me sonríe mientras me besa y continúa con su objetivo. Llega a mi centro del placer, me toca y tengo que ahogar un gemido en mi garganta para no delatarnos.

—Por favor —susurro sobre sus labios mientras siento que me sigue tocando de una forma casi mágica.

Rocco asiente, me dedica una última sonrisa y se aleja un poco de mí. Observo que se lleva un dedo a la boca y saborea mi esencia mientras me mira en silencio. Yo me quiero bajar ya de este coche, siento que voy a explotar.

En un par de minutos nos dejan en la puerta del hotel. Rocco se sitúa a mi lado, me coge de la mano y entramos juntos. Todo mi interior tiembla, pero sé que es de deseo. Todo lo que Rocco me hace sentir me abruma. Es guapísimo, atractivo, elegante y con un toque de seguridad en sí mismo que lo hace irresistible.

Cuando subimos en el ascensor, vamos solos, le comento:

—Creo que tu vino me ha afectado. Yo no suelo hacer esto con hombres desconocidos. Nada de lo que ha pasado entre nosotros —le dejo claro.

—No somos unos desconocidos —me rebate.

—Hace más de veinte años que no sabemos nada el uno del otro —le recuerdo.

—Pero lo que sentimos una vez de niños está ahí, guardado en nuestros corazones. Y ha llegado el momento, mi Isabella. Creo que lo dos deseamos esto desde hace mucho.

Asiento a sus palabras, me acerco a Rocco, lo tomo por las solapas de su chaqueta y esta vez soy yo la que lo besa con pasión.

—Me encantas, Isabella —murmura Rocco sobre mis labios. Salimos del ascensor sin dejar de besarnos, así entramos en la *suite* y vamos directos a la cama mientras nos arrancamos la ropa con prisa, dejándola tirada por el suelo.

Hacemos el amor de una forma urgente, pero maravillosa y especial a la vez. De nuevo compruebo que Rocco Santoro es un increíble amante. Un hombre que sabe darle placer a una mujer y hacer que esta se vuelva loca por completo en sus brazos y se olvide de hasta de quién es.

Capítulo 4

Rocco

Admiro a la mujer que tengo desnuda junto a mí en la cama y siento una emoción tan grande en el pecho que jamás he experimentado con nadie. Por mi vida han pasado muchas mujeres, pero he de reconocer que ninguna como Isabella. La deseé en cuanto la vi aparecer en el Minerva esta noche con ese vestido tan atractivo, la reconocí al instante y supe que haría y desplegaría todos mis encantos para que ella fuese mía. Sonrío con orgullo y satisfacción abrazándola en estos momentos, sé que ella no será una más, estoy completamente seguro de que ha llegado a mi vida para cambiarla por completo.

Isabella se remueve en mis brazos, me mira y me dedica una sonrisa tímida que me hace desearla de nuevo. Sé de sobra que no es de la clase de mujeres que se acuesta con un hombre a la primera de cambio, eso se nota, pero entre nosotros siempre existió una química especial y mucha atracción. Ha sido volver a vernos tras los años y todo renacer de golpe, ninguno de los dos lo hemos podido evitar.

—No sabes las veces que soñé de niño lo que ha pasado esta noche entre nosotros en el baño del Minerva —revelo con orgullo.

Isabella se levanta un poco sobre mi pecho y me mira.

—¿Tan pequeño ya tenías esos sueños? —inquiere con la ceja alzada.

—Teníamos doce años en el último curso y mis hormonas estaban desatadas. Solo soñaba contigo —confieso.

—¿Hoy has hecho realidad una fantasía de niño? —pregunta en tono burlón.

—Ha sido más que eso y lo sabes. Pero también se ha cumplido. El Minerva ha sufrido reformas en estos años, pero te aseguro que

ese era el mismo baño donde nos escondimos juntos cuando nos echaron de clase y Piero y Chiara rompieron el cuadro de la directora colgado en el pasillo. Tú y yo no sabíamos dónde meternos para que no nos culpasen también.

—¿Recuerdas todo eso? —pregunta con asombro.

—Nada de lo que vivimos lo he olvidado —revelo acariciándole el rostro. Isabella es guapísima.

—Tengo muy buenos recuerdos de los años en el Minerva.

—Yo a partir de esta noche también —admito, sonriente, mirándola a los ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunta con interés.

—Espero que no tengas planes en todo el resto del fin de semana —susurro besándole el cuello.

Ella me mira en silencio, pensativa. Al menos sé que no hay nadie esperándola en su cama cuando llegue. Me las ingenié para sonsacarle a Nicole sobre la vida sentimental de Isabella. No me dijo mucho, solo que hacía bastante tiempo que no salía con nadie en serio.

—Me tomé el sábado libre, pero el domingo a última hora tengo una visita guiada con un grupo de turistas —me indica mientras siento que no va a abandonar mi cama deprisa y corriendo.

—Tenemos todo el sábado completo y parte del domingo —le propongo.

—¿No piensas salir de esta habitación? —pregunta, sonriente.

—No lo sé, lo que no quiero es separarme de ti hasta que tenga que volver a La Toscana pasado mañana. Isabella Morelli —susurro sobre sus labios—, me tiene hechizado. La deseo repetidamente. Sus labios y su cuerpo me resultan adictivos.

—Rocco Santoro, bésame —suplica sobre mis labios. Me apodero de los suyos, la cojo en brazos y salgo de la cama con ella en dirección a la ducha. Hacemos el amor bajo el chorro del agua y nuevamente Isabella hace que viva una de las mejores experiencias sexuales de mi vida.

Volvemos a la cama, está amaneciendo, pero ambos intentamos dormir un poco. La acuno en mi pecho y le doy un beso en la frente al mismo tiempo que descubro que quiero esto en mi vida para

siempre, a ella en mi cama.

Cuando abro los ojos y no encuentro a Isabella junto a mí me siento sobre el colchón de golpe, alerta. Me levanto de inmediato sin importarme mi desnudez y la busco en el baño, pero está vacío. Salgo al salón de la suite y tampoco está ahí. Un sentimiento de agobio se instala en mi pecho. ¿Se ha ido?

De repente, llama mi atención la puerta de la terraza abierta. Me dirijo hacia allí y descubro a Isabella envuelta en un albornoz blanco, con el pelo recogido en una coleta alta y con los ojos clavados en las vistas que tenemos delante. Mi *suite* está situada en la última planta del edificio, por ello no me importa salir desnudo. Me coloco detrás de ella de forma sigilosa, la admiro y me inclino un poco hacia su oído y le comento bajito:

—Espero que estés absorta en los buenos recuerdos que vivimos esta noche. Yo aún no me recupero de ellos.

Isabella se gira, suelta una fuerte carcajada cuando me ve desnudo y dice:

—¿Tú no tienes pudor, decoro ni vergüenza? Te pueden ver así.

La abrazo por detrás, le beso el cuello, siento que ella se relaja sin dejar de sonreír y le contesto:

—No. Pero ya me irás conociendo más. Cuando estoy junto a ti no me importa nada, solo sentir esto. —Hago que se dé la vuelta y me apodero de sus labios. Creo que me he vuelto adicto a ellos y a su sabor—. ¿Bajamos a desayunar? —le propongo.

—Mejor pide que suban algo de comer. No tengo ropa interior —me recuerda con una sonrisa traviesa y un brillo especial en sus ojos —, y no creo que sea muy apropiado bajar en un hotel como este con el vestido de anoche, arrugado y hecho un desastre.

—Tienes razón —concluyo. Tiro de la mano de Isabella, nos adentramos en la suite, me dirijo al teléfono de la habitación y hago una llamada encargando que nos suban el desayuno. Mientras, ella me mira al detalle a cierta distancia, sentada sobre el brazo del sofá, sonriente y mordiéndose el labio inferior. Mis ojos se clavan en la apertura del albornoz y me deja ver sus piernas. Es tan atractiva que hace que me ponga duro al instante—. En quince minutos nos suben el desayuno —le indico colgando el teléfono—. Y con respecto a tu

ropa… creo que es una buena excusa para no salir de aquí.

Me acerco a ella, desato el cinturón del albornoz y la dejo desnuda frente a mí. Me inclino, la beso y la tumbo sobre el sofá.

—Tienes quince minutos, Santoro —carcajea sobre mis labios.

Me coloco el albornoz de Isabella, tirado en el suelo, cuando unos toques en la puerta nos avisan de que el desayuno ha llegado. Percibo como ella corre desnuda hacia la habitación antes de yo recoger la comida y sonrío.

Cuando cierro la puerta veo aparecer a Isabella con mi camisa de la noche anterior, arrugada, sobre su cuerpo. Le queda grande, pero está increíblemente atractiva con ella.

—Tengo más ropa limpia en el armario —le indico.

—Esta está bien.

Nos sentamos a la mesa y nos disponemos a desayunar. Estoy hambriento. Comemos en silencio hasta que decido romperlo.

—Tras esta noche juntos me pregunto por qué no nos hemos reencontrado antes. No te voy a dejar escapar de mí, ¿lo sabes, Isabella Morelli? —inquiero mirándola, sonriente.

—¿Aún no has tenido suficiente? —pregunta con una carcajada.

—No, creo que te necesito a mi lado el resto de mi vida —me atrevo a revelar mientras siento que estoy nervioso por primera vez en mi existencia ante la reacción de una mujer hacia mí.

Percibo cómo Isabella traga con dificultad. Se coloca el pelo detrás de la oreja, inquieta, y me mira seria tras un largo suspiro.

—Supongo que nos tenemos que poner al día en un montón de cosas, y conocernos —susurra.

—Te conozco en el plano que más me interesa, en el sexo, y he de confesarte que jamás he estado con nadie que me satisfaga como tú. Somos el uno para el otro, pura magia. ¿No lo crees?

—Bueno… lo que hemos vivido… Es nuevo para mí —confiesa—. Se han despertado un montón de cosas que jamás he sentido.

—Me alegro de que seas tan sincera. Creo que es la base de cualquier relación. —Cuando pronuncio la palabra *relación* percibo que Isabella se tensa. Bebe un sorbo de su café y aparta la mirada de mis ojos—. ¿Ocurre algo? —me atrevo a preguntar.

—¿No crees que vamos un poco deprisa? —inquiere con el ceño fruncido.

—Cuando algo o alguien me interesa no me para nadie. Así soy yo. —Necesito que le quede claro.

Isabella se levanta de la silla, y cuando creo que se va a marchar, se sienta sobre mis rodillas y me pasa las manos alrededor del cuello.

—Rocco Santoro, no sé qué hacer contigo —murmura, pensativa, sonriente y coqueta. Esta mujer me vuelve loco.

—Disfrútame —le propongo con una sonrisa mientras le acaricio la cintura—, necesito que me descubras por completo.

—Es una buena idea —manifiesta a la vez que me besa el pecho y me quita el albornoz. Me dejo hacer. Luego Isabella me besa, me pone a cien y no podemos llegar ni siquiera a la cama. La tumbo sobre la mesa y le hago el amor ahí mismo.

—¿Eres consciente de que estamos recuperando todo el tiempo perdido? —murmura mientras le aparto el pelo de la frente, está recostada sobre mi pecho—. Esto debió ocurrir hace muchos años, y ahora seríamos una familia —bromeo.

—Nunca soñé con formar una familia. Para mí, mi prioridad es mi trabajo —declara un poco molesta.

—Solo era una broma —especifico—. ¿Qué te parece si bajo a comprarte algo de ropa y así podemos salir a dar un paseo y comer fuera? —le propongo a la misma vez que cambio de tema.

—Me parece bien. Me encantará ver cómo te las ingenias para traerme algo adecuado. Te lo pienso poner difícil y no te daré ninguna pista.

Tiro de ella, nos dirigimos a la ducha entre besos y abrazos cómplices y luego salgo hacia mi mayor reto; sorprender y acertar con la mujer que más me ha importado en mi vida, me siento hasta nervioso.

Capítulo 5

Rocco

Estoy en la cola de una tienda femenina con varias prendas en la mano y un par de dependientas me miran con atención. Lo cierto es que es la primera vez que hago algo así. Antes de pagar le pido consejo a la mujer que me atiende y le explico cómo es mi novia para que me asesore sobre la talla. No quiero decepcionar a Isabella.

Salgo del establecimiento y me suena el móvil, estoy a punto de no cogerlo cuando aprecio que es mi tía, pero sé que si no lo hago se preocupará ya que no he hablado con ella desde que llegué a Milán el jueves por la noche.

—Hola, tía. Me coges ocupado —le adelanto al contestarle. La conozco y seguro que querrá que le cuente cómo fue la fiesta en el Minerva.

—Rocco, es importante —anuncia en tono de advertencia.

—¡¿Qué sucede?! —me intereso, alarmado.

—Es Ginevra. Ha tenido un accidente y está muy mal en el hospital. Los médicos no le dan mucho tiempo de vida.

—¡¿Qué?! ¿Es una broma? —inquiero. Me he parado en medio de la acera y siento que todo mi cuerpo se estremece.

—Ha sido un accidente de coche. Está muy mal. Rocco, tienes que venir. Debes hablar con los médicos y ponerte al frente de la situación. Eres el único que puede hacerlo.

—Joder, tía… —maldigo llevándome las manos a la cabeza.

—Lo siento, cariño. Debemos prepararnos para lo peor. Ven cuanto antes.

—Salgo hoy mismo para allá —le aseguro. Cuelgo el teléfono y fijo la mirada en la bolsa llena de ropa para Isabella que sostengo en la mano. Se me acaban de truncar todos mis planes. Maldigo mi

suerte y me encamino con paso ligero y cabreado hacia el hotel.

Isabella me recibe con una sonrisa. Tiene el pelo mojado y lleva una camiseta negra mía, es la que utilizo para hacer gimnasia. Está tan sexy y deseable que siento que el corazón se me paraliza. Es increíble como mujer, y ahora me tengo que marchar de forma repentina. No sé ni cómo explicárselo.

—¡Vaya, ya veo que has comprado mucho! —señala observando la bolsa que llevo en la mano. Ya me había olvidado de ella.

—Eh.. sí, aquí tienes. —Se la extiendo sin demasiado entusiasmo.

—¿Eres de los hombres que se ponen de mal humor cuando tienen que ir de compras? —inquiere, sonriente, mientras comienza a sacar las prendas de la bolsa y yo la miro, pensativo. No sé cómo decirle que me tengo que marchar. Me observa en silencio y pregunta, seria—: ¿Te ocurre algo?

Isabella deja la bolsa a un lado y se acerca a mí. Leer la preocupación que atisbo en sus ojos me emociona, solo me confirma la gran mujer que es preocupándose antes por mi estado que interesándose por lo que le he traído.

—He recibido una llamada —anuncio retorciéndome las manos a la misma vez que me acerco a Isabella—. Tengo que volver a mi casa por un problema grave que ha surgido y solo yo puedo solucionar —le explico mientras Isabella me mira con atención.

—Vaya… Lo siento —dice algo confusa.

—No estoy huyendo, quiero que te quede muy claro. Deseo que esto que hemos empezado continúe —manifiesto de forma rotunda, pero no tengo tiempo de explicarle todo lo que me gustaría—. No sé cuánto tiempo me lleve solucionar el problema que me hace regresar de forma repentina —le advierto—, pero estaremos en contacto.

—Vale. Espero que todo vaya bien —musita con un hilo de voz mientras me mira, seria y pensativa.

Me acerco a ella y me apodero de sus labios, la abrazo y lamento con todas mis fuerzas dejarla. Algo me dice que de alguna forma la estoy perdiendo.

Volvería a hacerle el amor una y mil veces antes de marcharme, no es fácil dejar a la mujer de tu vida cuando te das cuenta de que

la has encontrado, pero no tengo tiempo. Me separo de ella y le indico:

—Debo marcharme. Esto no es una despedida, es solo un hasta luego.

—Vale —asiente Isabella. No me hace más preguntas y es algo que le agradezco.

Me separo de ella y me dirijo a la habitación para meter en la maleta todas mis cosas. Cuando lo he recogido todo me doy media vuelta y la descubro enfundada en la ropa que le he comprado. Una sonrisa aparece en mi boca al comprobar que los pantalones, los zapatos, la camisa y la chaqueta le quedan perfectos.

—Ha acertado, señor Santoro —manifiesta con una amplia sonrisa.

Me acerco a ella, la admiro, la tomo por la cintura con fuerza y la beso. Es el beso de despedida.

—Me alegro. Estás guapísima, y no sabes cuánto me pesa no pasar el día contigo como teníamos planeado, mi Isabella.

—Nos vemos pronto —se despide ella.

Vuelvo a besarla y silencio mi respuesta ya que no sé cuándo será ese momento.

Bajamos juntos en el ascensor y me ofrezco a llevarla a su casa, pero ella insiste en irse sola. Le doy un último beso, arranco mi coche y me preparo para las cuatro horas conduciendo que me quedan por delante.

Capítulo 6

Isabella

Camino por las calles de Milán como si fuese la primera vez que lo hago, me siento como en una nube. Lo que he vivido con Rocco Santoro en estas últimas horas me tiene flotando. Es un hombre increíble que sabe dejar satisfecha a una mujer, creo que nunca me he sentido así antes, sin embargo, la forma tan repentina en la que se ha marchado me tiene preocupada, pero supongo que me lo explicará en cuanto pueda. Aún no se ha ido y ya lo echo de menos, pero soy consciente de que algo serio entre nosotros sería muy complicado. Yo tengo mi vida en esta ciudad y Rocco en sus viñedos.

Pensativa, llego a casa tras casi una hora paseando, enchufo el móvil, lo tengo sin batería desde hace unas horas, y comienzan a entrarme mensajes de Nicole, Giovanni y Melissa. Los tres se interesan por mí y me preguntan abiertamente si terminé la noche con Rocco Santoro.

Le contesto a mi prima, solo le digo que estoy llegando a casa y de inmediato me responde que viene para acá.

Me tumbo en el sofá y estoy a punto de llamar a Rocco, comentarle que estoy en casa y lo echo de menos, pero finalmente no lo hago. Mi prima no tarda en tocar el porterillo y cuando le abro la puerta me mira de arriba abajo.

—¿Esa ropa es nueva? —es lo primero que me pregunta—. ¿Y ese brillo en tus ojos? —aprecia mirándome al detalle. Nicole me conoce como nadie.

—Rocco Santoro —revelo sonriente, feliz. No quiero ocultarle a ella lo bien que me siento.

—¿Has pasado la noche con él? —pregunta, seria. Como si fuese el mayor de los delitos—. ¿En su cama? —se sobresalta mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Ocurre algo? —me intereso un poco alerta.

Nicole me toma del brazo y me lleva hasta el sofá, nos sentamos y ella suspira.

—Contesta a mi pregunta —me exige.

—Sí —no lo niego—. ¿Por qué me miras así? Llevas casi un año diciéndome que tengo que liarme con alguien, que no puedo continuar con la vida de monja que llevo —le recuerdo.

—Rocco Santoro está casado. ¿Lo sabías? —revela mi prima y a mí se me cae el mundo al suelo en ese preciso instante.

—¡¿Casado?! Pero si tú misma me animaste con su presencia en el colegio —le recuerdo con un hilo de voz y mi corazón late con fuerza. Él tenía intenciones de seguir con lo nuestro, rememoro en mi cabeza sus palabras.

—Sí, pero en la fiesta del Minerva alguien que conocía su vino y lo probó me dijo que estaba casado desde hacía un par de años. No tuve tiempo de darte esta información —se excusa.

Me quedo en silencio, sopesando la información. Siento como si me hubiesen echado un jarro de agua congelada encima.

—¿No te dijo que estaba casado? —pregunta Nicole.

—No hablamos de nuestras vidas —susurro, pensativa.

—Solo follasteis —suelta de golpe.

—Fue más que eso. Algo muy especial —revelo con pena y decepción.

—Pues siento ser yo quién te haga poner los pies en la tierra y te diga que has sido una aventura en su vida —manifiesta mi prima con sinceridad a la misma vez que me mira a los ojos y me toma las manos entre las suyas.

—Fue todo tan mágico… Rocco me dijo que nunca había sentido con nadie lo que vivimos —reconozco como en trance, no asimilo que esté casado. Intuía que sería un hombre por el que pasasen muchas mujeres por su vida, pero no un matrimonio serio.

—Seguramente se lo dice a todas.

—¡No puedo creerlo! —lamento con rabia. Luego recuerdo la forma en la que se marchó y pienso que igual haga lo mismo con todas las que se lleva a la cama. Una manera muy hábil de decir adiós.

—En las redes hay fotos con su esposa. Es una mujer muy guapa. Lo miré antes —comenta mi prima.

La miro y la creo, nunca me diría nada que no fuese cierto.

—¡Joder! —lamento llevándome las manos a la cabeza—. La he cagado, pero bien.

—Tú eres una mujer libre. —Me hace ver mi prima.

—Ya, pero no soy de esa clase de mujeres que se acuestan con hombres casados.

—No lo sabías, Isabella.

—Fui una estúpida, en qué momento no pensé que un hombre como Rocco Santoro no tendría a una mujer en su vida. Me engañó. Ha sido tan perfecto, tan mágico… Incluso me dijo que quería seguir con esto.

—Bueno, lo has disfrutado. Quédate con eso. Te hacía falta. Desde que lo dejaste con tu ex no habías tenido nada con nadie —me recuerda.

—No me siento orgullosa —lloriqueo. Tengo una decepción tan grande que me cuesta hasta respirar.

Nicole me abraza y me rompo sobre su hombro. No estaba preparada para que otro hombre me volviese a engañar. A Rocco lo sentí sincero.

—Bueno, ¿me quieres contar cómo fue todo entre vosotros? —se interesa al cabo del rato, cuando ha dejado que me desahogue. Nosotras siempre nos lo contamos todo.

Me aparto un poco de su lado, ella me limpia las lágrimas que recorren mi rostro y doy un profundo suspiro.

—No lo vas a creer.

—Uy, si viene de Rocco Santoro… Hay que admitir que es impresionante en todos los sentidos. Guapo, sexy, amable, con dinero… y está buenísimo. Tiene una pinta de ser un Dios en la cama que te cagas —comenta mi prima con una amplia sonrisa.

—Y está casado —añado con pena.

—Sí, puede que sea el único defecto de ese hombre —admite, y no le replico.

—Sentí una atracción tan fuerte con él cuando nos volvimos a ver que no sé explicar. Nunca me había pasado. Era como algo mágico.

Sus ojos verdes me envolvían por completo, todo él me atraía como nunca nadie… No sé qué me pasó, pero Rocco me arrastró hasta el baño del Minerva y terminamos follando allí en plena fiesta.

—¡¿Cómo?! —grita Nicole llevándose las manos a la boca mientras me mira con los ojos muy abiertos.

—Sí —admito sonrojada—. Luego me marché con él a su hotel y hemos estado en su *suite* hasta hace unas horas.

—¡Madre mía! ¡Maratón de sexo con el señor Santoro! —Nicole está alucinando—. ¿Y? —se interesa instándome a que le cuente más.

—Es increíble en la cama —admito con pesar tapándome el rostro —. Sabe cómo tratar a una mujer y hacer que caigas en sus encantos.

—Y solo has pasado unas horas con él. Creo que Santoro te ha hecho perder la cabeza como nadie —aprecia mirándome con atención—. Solo espero que no te hayas enamorado.

—Quizás sea mejor así, no me ha dado tiempo de ilusionarme cuando ya me he chocado con la pared.

Nicole me abraza y así continuamos un rato más. Luego me anima a ir a comer con ella y con su novio, pero prefiero estar sola. Necesito pensar en todo lo que ha pasado y descansar.

El domingo por la tarde Nicole se presenta en mi casa con Melissa, mi prima ya le ha contado lo mío con Rocco, no me importa, entre las tres no hay secretos.

—Tienes que salir —me anima Nicole.

—No tengo ganas de nada —les manifiesto tumbada en mi sofá, aún no me he quitado el pijama en todo el día. Rocco Santoro no se me va de la mente. He estado a punto de escribirle un montón de veces diciéndole que ya sé que es un hombre casado y que dónde queda todo lo que me dijo en el hotel, pero no deseo parecer una mujer despechada. He decidido hacer como él, que piense que para mí ha sido una aventura más. Total, no tiene idea de nada sobre mi vida ni cómo me comporto con los hombres.

—¿No has sabido nada de él? —pregunta mi prima.

—No. Ni siquiera me ha dicho si llegó bien.

—Su mujer debe de tenerlo ocupado —lanza Melissa y advierto

que mi prima le da un ligero codazo.

—Vístete —me ordenan Nicole y Melissa—. Tienes que despejarte y dejar de pensar en Santoro.

Entre las dos me sacan del sofá y me llevan al baño para que me dé una ducha y me arregle.

—Hemos quedado con Piero, Lia y Adele —anuncia mi prima cuando bajamos en el ascensor de mi edificio.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa.

—Estar con ellos te hará olvidar lo sucedido con Rocco Santoro. Melissa quedó con Adele en verse el domingo y tuvimos la idea de reunirnos los seis, como cuando íbamos a clases de alemán juntos —explica mi prima.

—Hoy tenía una visita guiada con unos turistas, la he cancelado porque no me encontraba con ánimos de trabajar y me liais con esto —me quejo.

—Lo vamos a pasar bien. Lia y Adele viven en esta ciudad y habíamos perdido el contacto, y da la casualidad de que Piero está aquí por un proyecto que lo mantendrá ocupado un par de meses.

—Hemos quedado para tomarnos unas copas y si luego surge nos vamos a cenar. No te obligamos a nada, cuando no te apetezca te vuelves a casa —insiste mi prima.

—Está bien —accedo sin demasiado entusiasmo.

Capítulo 7

Isabella

Entramos en el local en el que hemos quedado y me llevo una gran sorpresa al comprobar que Lia, Adele y Piero ya están ahí. Se han pedido un Aperol y disfrutan de la bebida.

Me alegra que Piero haya venido. En la fiesta del Minerva no tuve mucho tiempo de hablar con él. Me ha sorprendido mucho que se haya convertido en un reconocido arquitecto que no para de trabajar en proyectos importantes. Lo recuerdo como una buena persona y siempre nos llevamos muy bien, pese a que le costaba estudiar, pero, se ve que con los años cambió.

Cuando los tres nos ven llegar se levantan de inmediato y nos fundimos en besos y abrazos. Nos pedimos lo mismo que ellos y nos ponemos al tanto de nuestras vidas. Adele está a punto de casarse, Lia vive con su pareja y Piero no tiene problema en decir abiertamente que está soltero.

—Mira, un hombre honesto —suelta de golpe Melissa y la reprendo con la mirada.

Mi prima sonríe y bebo de mi copa un poco incómoda al leer lo que su mente está trazando. Piero y yo somos los únicos solteros del grupo.

—Con lo bueno que estás no sé cómo te encuentras libre —le indica Adele. Ella siempre fue muy directa—. Si no estuviese tan enamorada… —Todos estallamos en carcajadas. Piero siempre fue un poco cortado y aprecio que se sonroja ante las palabras que le manifiesta.

—Lo cierto es que no he encontrado a la mujer de mi vida —revela con naturalidad a la misma vez que clava sus ojos color miel en los míos y siento que mi corazón se altera de golpe. Es un hombre muy atractivo, no lo puedo negar.

—Llevas la misma suerte que Isabella —le indica mi prima y se gana que le propine una patada por debajo de la mesa.

—A veces, no es cuestión de encontrar, sino de que aparezca la persona perfecta sin buscarla —dice Melissa.

De repente, Adele se interesa por mi trabajo y les explico que hago visitas guiadas por diferentes lugares de Milán cuando me contratan. Lo cierto es que soy buena en lo mío, hablo cuatro idiomas y no me falta el trabajo. Me gusta lo que hago y me siento realizada en el plano laboral.

Piero me observa con atención y la sonrisa que me dedica me llega al corazón. Es la típica persona que salta a la vista que es bueno por los cuatro costados. Tiene una mirada limpia y amable. Es muy guapo, alto y tiene un buen cuerpo. Quizás le falte ese toque malote y canalla que nos gusta a las mujeres pero que finalmente tanto nos quejamos de él. Piero no tiene pintas de engañar a una mujer como lo hace Rocco Santoro ni como lo hizo mi ex. Sacudo la cabeza de golpe y me reprendo por seguir comparando a Piero con los hombres que han pasado por mi vida.

Adele, Melissa y Lia se van al baño juntas y mi prima recibe una llamada de Adriano en la cual le dice que viene de camino y sale del local a su encuentro. Piero y yo nos quedamos a solas y él toma la palabra.

—Hacía diez años que no venía por Milán. Han cambiado muchas cosas.

—¿Tanto tiempo? —me intereso. Recuerdo que su familia vivía aquí.

—Mis padres decidieron irse a Cerdeña. Estudié arquitectura en Roma y luego he estado de aquí para allá sin un lugar fijo.

—Me extrañé cuando dijiste que estarías en un hotel el tiempo que durase el proyecto en el que estabas.

—Mis padres vendieron la casa. El hotel me lo paga la empresa para la que trabajo, me resulta más cómodo que un apartamento. No tengo que hacer nada, ni comida, ni compra, ni limpieza, ni lavadoras… —enumera.

Estallo en carcajadas y me gusta la sinceridad de Piero.

—A mí me encanta mi casa. Es mi refugio. Un día a la semana me

gusta pasarlo en el sofá sin hacer nada, solo viendo la televisión y leyendo. Es mi forma de desestresarme.

—Diseño edificios y casas, sin embargo, no tengo una propia que considere un hogar. Es mi próximo objetivo, solo que no sé dónde asentarme. Siempre estoy de un lado para otro. Y cuando necesito descansar me voy a Cerdeña a casa de mis padres o a un apartamento que compré en Roma como inversión, pero que utiliza más mi hermana que yo.

—Me ha encantado que nos volvamos a ver —le indico a Piero de corazón. Me gusta hablar con él y conocerlo mejor.

—Estaré más tiempo en Milán. Podemos quedar otro día —propone y guardo silencio porque no sé si es una invitación personal o se refiere a reunirnos todos de nuevo.

—Claro, se ha creado un grupo —generalizo.

—También te puedo invitar a cenar —lanza de golpe—. O podemos dar un paseo y me enseñas los cambios de la ciudad en estos años —propone cuando me quedo callada a lo de la cena juntos.

—Sí, por qué no —admito de golpe, casi sin pensar. Llevo un año sin salir con nadie, aparece Rocco y vuelvo al punto de partida como cuando rompí con mi ex, en el que no confiaba en ningún hombre. Piero me inspira paz y confianza. Creo que necesito a un amigo como él en estos momentos. Salir de vez en cuando con alguien a quién conozco, pero a la vez descubro tras los años pasados y sé que no me partirá el corazón.

Terminamos la velada cenando todos incluido Adriano y cuando regreso a casa son las doce de la noche. Me lo he pasado muy bien y he conseguido dejar de pensar en Rocco.

Al día siguiente me incorporo a mis visitas guiadas. Me encantan los turistas y enseñarles Milán. Partimos desde la puerta de un hotel y cuando les doy a todos las indicaciones de las dos horas que estaremos recorriendo varios puntos de la ciudad aprecio que Piero Valente se encuentra entre el grupo y me mira con una sonrisa en sus labios. Frunzo el ceño preguntándome qué hace aquí. Son apenas las diez de la mañana de un lunes. ¿No tiene que trabajar?

Capítulo 8

Isabella

Como siempre, les pido a todas las personas que forman el grupo que me digan su nombre. Cuando llega el turno de Piero lo hace como si no nos conociésemos y eso provoca una sonrisa en mis labios, pero él mantiene el tipo muy bien.

Explico cómo será el recorrido, el tiempo que nos llevará y qué vamos a ver. El grupo lo componen veinte personas y cuando comenzamos a caminar advierto a Piero cerca de mí.

Cruzamos un paso de peatones cuando le pregunto:

—¿No tenías nada mejor que hacer hoy? ¿Qué haces aquí?

—Mientras desayunaba en el hotel unos turistas hablaban con entusiasmo del *tour* que tenían hoy concertado y dejaron caer que la guía poseía muy buenas referencias. Dijeron tu nombre y no me lo pensé. Contaba con la mañana libre, me apetecía caminar y me pareció un buen plan.

Lo miro, le sonrío y asiento. Piero Valente ha conseguido sorprenderme.

En el grupo hay cinco chicas jóvenes que no le quitan el ojo, incluso escucho cómo comentan entre ellas lo guapo que es y lo bueno que está. Observo que se acercan a él e intentan entablar conversación. Piero es muy amable y les sigue la corriente. Son unos años más jóvenes que nosotros.

Al finalizar del recorrido, apenas he hablado con Piero porque yo soy muy profesional durante mi trabajo, advierto que las chicas le piden el teléfono y él se los da de buen grado, mostrándoles una sonrisa. Pongo los ojos en blanco y suspiro. Se queda rezagado hasta el final, me despido de todos y luego se acerca a mí.

—Te invito a comer —propone de golpe.

—Tengo otra visita guiada en dos horas —le indico consultando el

reloj.

—Algo rápido y cerca —insiste—. ¿Me vas a dejar comer solo? Hasta las seis de la tarde no tengo una reunión —intenta convencerme.

—Puedes quedar con las chicas a las que les has dado el teléfono. Igual te llaman en un rato —le comento de golpe. No entiendo por qué me ha sentado mal que les diese su número.

—Seguramente que llamen al teléfono que les he dado, solo que no le responderé yo —dice de forma despreocupada—. Me ha pasado muchas veces, siempre me invento el número. —Suelto una carcajada y él sonríe conmigo—. ¿Tú no lo has hecho nunca? —pregunta con asombro.

—No —contesto con sinceridad.

—Estoy seguro de que más de uno te lo habrá pedido. Eres una guía muy guapa, simpática y amable —me halaga con naturalidad.

—Siempre he dicho que mi contacto es el *email*. Es cierto que me han dejado algunas proposiciones para quedar y eso, pero nunca he aceptado.

—¿Seré el primero de las personas de tus grupos del que aceptes una invitación? —inquiere con seguridad.

—Que esto no haga crecer tu ego, vamos. —Me acerco a él, me cuelgo de su brazo y le animo a caminar mientras ambos sonreímos.

Lo llevo a un lugar muy bueno a comer *pizza*, cercano a donde tengo mi siguiente visita guiada.

—¿Este sitio es nuevo? —pregunta Piero cuando nos sentamos a la mesa.

—Lleva abierto unos dos años, es muy bueno. Te gustará —aventuro mirándolo a los ojos.

—Estoy seguro —responde dedicándome una sonrisa maravillosa.

—El local es del hermano del novio de Nicole, venimos mucho por aquí —le explico.

—¿Qué me recomiendas? —pregunta mirando la carta.

—Todo está buenísimo —le indico.

Piero asiente y la lee. Cada uno nos decantamos por una *pizza* diferente y mientras llegan a la mesa él me comenta:

—¿Sabes quién estaba esta mañana por el hotel para preparar un

evento para los próximos días? Chiara. Me dijo que le agradó mucho el reencuentro de todos en el Minerva y que podríamos repetirlo por nuestra cuenta.

—Vaya, qué casualidad. O no nos vemos en años o en unos días coincidimos todos —murmuro con incomodidad.

Chiara y yo fuimos muy amigas hasta que ella comenzó a sentir cierta envidia insana hacia mí y se convirtió en mi rival. En la fiesta del Minerva nos saludamos, pero no me gustaría volver a quedar con ella.

—Chiara estuvo detrás de Rocco toda la noche y luego lo intentó conmigo. Esta mañana me preguntó en qué habitación me alojaba y le di el número de la de enfrente —revela y estallamos en carcajadas. Para mi gran sorpresa, no me ha afectado cuando ha nombrado a Rocco.

—No me fiaré de ti si algún día me das alguna indicación —comento en tono de broma.

—A ti te darías las exactas y verdaderas siempre —susurra bajito, a modo de secreto, como si alguien nos escuchase.

Asiento mientras sonrío, me llevo la bebida a los labios sin dejar de mirarlo a sus ojos color miel, los cuales me tienen atrapada. Desde luego, Piero Valente sabe como halagar a una mujer. Es un perfecto caballero, educado y correcto, pero cuando menos te lo esperas te sorprende por completo.

Durante el resto de la comida Piero me cuenta el proyecto que lo ha traído a Milán por unos meses y termino fascinada en su trabajo y todo lo que hace.

Nos despedimos en el punto en el que tengo que comenzar mi siguiente *tour* y quedamos en que estaremos en contacto. Lo cierto es que la compañía de Piero me encanta. Es un hombre que te envuelve por completo, sabe atraparte en su mundo, en la conversación que mantiene y hace que lo disfrutes tanto como él lo vive.

Termino el lunes muy cansada y cuando llego a casa Nicole me llama para preguntarme qué tal ha ido mi día, cómo estoy y si sé algo de Rocco Santoro.

—No sé nada de él —le corroboro.

—¡Joder! No me lo esperaba. Al menos hablarte y decirte algo después de lo que vivisteis juntos —comenta con coraje.

—Mejor así. No quiero explicaciones ni que me mienta más. Ya sé lo que hay. Además, todo entre nosotros, de haber sido un hombre libre, sería muy complicado. Llevamos vidas muy distintas y distanciadas.

—Adriano tiene un congreso este fin de semana en Viena. ¿Hacemos plan de chicas? —propone mi prima de golpe.

—Vale.

—Me encargo de llamar a Melissa y a Giovanni. —Nuestro amigo gay siempre va incluido en el plan de chicas.

—Pistoletazo de salida a mis vacaciones —vitorea mi prima. Sin embargo, para mí, el verano es la época con más turistas y en la que más trabajo.

Este año Nicole se marcha un mes de vacaciones con Adriano a México y Nueva York.

—Melissa se marcha a Londres con su hermana y Giovanni a Madrid. Me dejáis sola —me quejo en tono de broma.

—Pero si todos los años no paras en verano, cuando estamos aquí no te vemos el pelo —me recuerda mi prima, y es cierto. Me paso el día haciendo visitas guiadas y cuando cae la noche estoy rendida. Y, como tengo tanto trabajo, no suelo descansar ningún día, pero este año me he propuesto tomarme, al menos, un día para mí.

***

Dos días después

Estoy llegando a casa tras un jueves agotador cuando me suena el teléfono, me sorprendo al comprobar que se trata de Piero Valente. Desde que estuvimos comiendo juntos no he sabido nada más de él.

—Hola, Piero. Dame un segundo que deje todo lo que traigo. Me pillas entrando en casa.

—Si te cojo en mal momento… —se disculpa.

—No, no. —Suelto el teléfono, pongo en la mesa las bolsas, la mochila y el paraguas que siempre utilizo para mi trabajo, me quito

los zapatos y me tiendo en el sofá—. Toda tuya —le digo a Piero, ya relajada.

—Ojalá —susurra, y en ese momento me doy cuenta de mi comentario. Se hace un silencio entre los dos hasta que Piero toma la palabra—: No te vas a creer lo que me pasó ayer —anuncia creándome expectación.

—Algo me dice que me has llamado para contármelo —bromeo esperando su respuesta.

—Por supuesto, necesito hablar esto con alguien. Me han pasado muchas cosas, pero nada como esto.

—Soy toda oídos.

—Anoche se presentó Chiara en mi habitación —suelta de golpe —. No sé cómo averiguó la que realmente ocupo. Entró en mi cuarto y de buenas a primeras me dijo que, si me apetecía echar un polvo, que desde que me vio en el Minerva de nuevo no salía de su cabeza. Se abrió de golpe un vestido cruzado que llevaba y me mostró su diminuta ropa interior.

No sé cuál espera que sea mi reacción, pero me quedo en silencio.

—Si me estás llamando para contarme que te la tiraste… —susurro, molesta.

—¡Joder, Isabella! Nunca haría eso —me espeta un poco enfadado.

—¿El qué? ¿Tirártela o llamarme después? —pregunto a la defensiva.

—Ninguna de las dos cosas —manifiesta de inmediato—. Chiara no es mi tipo de mujer, y jamás te llamaría para contarte que la metí en mi cama.

—¿Y para qué me llamas? —pregunto, crispada, sin entender nada. Ni siquiera, por qué me molesta que ella se le haya insinuado.

—Porque necesito que me ayudes —me pide y lo siento un poco desesperado—. Le dije a Chiara para deshacerme de ella con facilidad que estaba conociendo a alguien y no deseaba estar con nadie más, por muy tentadora que me llegase a resultar.

—¿Y cómo quieres que te ayude? —inquiero con sorpresa.

—Pues no lo sé. No tienes relación con ella, pero he pensado que

igual le puede llegar a sus oídos que estoy ilusionado con una mujer y que nunca le sería infiel.

—¿Y por qué no se lo dejaste claro? —le reprocho un poco alterada.

—Lo hice, pero creo que es la clase de mujer que necesita comprobar las cosas. Va a estar trabajando para este hotel dos semanas en un evento, no quiero tenerla cada dos por tres insinuándoseme —se queja, como si yo tuviese la culpa.

—No me queda claro qué clase de ayuda quieres que te preste —insisto.

—Chiara me dijo que va a proponer quedar este domingo para comer en el grupo de antiguos compañeros, no pienso ir, pero necesito que, si vas tú o tu prima, Lia, Adele o Melissa digáis que mi ausencia se debe a que estoy conociendo a una mujer y he quedado con ella.

—Vale, ahora te entiendo. No creo que el domingo asista a esa comida y menos si la propone Chiara, pero le diré al resto que hagan correr el rumor. Te ayudaremos.

—Gracias —dice con alivio y suelto una carcajada. Chiara siempre fue una loba y siento a Piero algo temeroso de ella.

Capítulo 9

Piero

Por suerte, no me he vuelto a encontrar con Chiara, lo cierto es que cada vez que salgo de mi habitación y paseo por el hotel miro hacia todos lados para tratar de evitarla. Es una mujer atractiva, exuberante y guapa. Pero no es mi estilo. Puede que en otra época de mi vida hubiese pasado una noche de sexo con ella, pero en estos momentos otra mujer ocupa mi mente por completo.

Desde la fiesta en el Minerva hace una semana no he podido sacarme de la cabeza a Isabella Morelli. Desde siempre me gustó en el colegio, pero nunca me atreví a decirle nada. Por aquel entonces yo era muy cortado. Sin embargo, cuando nos hemos reencontrado he sentido que es la mujer de mi vida, lo que he estado buscando todos estos años. Es simpática, alegre, segura de sí misma, una persona que te atrapa en cuanto la miras, ya no solo porque es guapa y tiene un buen cuerpo, ella es mucho más que eso. Una mujer que, por primera vez en mi vida, no sé cómo entrarle. Quiero conquistarla poco a poco, no deseo que piense que puede ser algo pasajero, sin embargo, me cuesta la misma vida cada vez que la tengo cerca no atraerla hacia mis brazos y apoderarme de su boca.

Es sábado por la tarde y me decido a llamar a Isabella para proponerle cenar juntos, así como algo casual, como si no llevase dándole vueltas al asunto varios días.

Me coge el teléfono y percibo que no se encuentra en su casa, escucho ruido de fondo.

—Hola, Isabella. Te llamaba por si te apetecía tomarnos algo, cenar juntos… Igual tienes planes o te pillo en mal momento.

—Piero… Estoy tomando algo con Nicole, Melissa, Giovanni y se ha apuntado Lia —comenta como a modo de disculpa.

—Eh… Vale, no pasa nada. Otro día.

—Piero, vente con nosotros —escucho la voz de Melissa. Luego es

ella la que se pone al teléfono—. Tenemos noche de chicas, pero no te vamos a dejar solito sabiendo que no tienes plan. Vente, estamos cerca de tu hotel. —Me indica el nombre del bar donde se toman una copa y acepto de inmediato. Es una oportunidad para ver de nuevo a Isabella.

En cuestión de media hora me presento en el lugar y todos me reciben sonrientes. Isabella me saluda con un beso y un abrazo y no pierdo oportunidad para susurrarle en el oído:

—Estás muy guapa. —Lleva un vestido blanco que en cuanto la he visto ha conseguido que el corazón me dé un vuelco. Es una mujer impresionante. Cada vez que la miro me pregunto cómo es que no tiene pareja, algo que es una suerte para mí.

Me siento con ellos, me pido una cerveza y Giovanni me pone al día de que, cada cierto tiempo, hacen salidas de chicas en las que él está incluido. La de hoy es como una especie de despedida ya que se cogen las vacaciones de verano y estarán fuera de Milán. Me alegra comprobar que Isabella no irá a ningún lado.

—¿Te vas de vacaciones, Piero? —se interesa Melissa.

—Ojalá pudiese, pero el proyecto tiene que estar listo en septiembre. Me queda todo el verano en Milán.

Cuando estoy pagando la cuenta, lo menos que puedo hacer es invitar a mis amigos, un camarero con la bandeja llena de copas de vino tinto choca con una persona y todo lo que lleva en ella cae sobre Isabella, poniéndola perdida.

Nos llevamos un buen susto porque varias copas de cristal han caído sobre su cuerpo, pero, por suerte, ninguna se ha roto, tan solo le han puesto perdido el pelo y el vestido blanco. Parece que está bañada en sangre.

El camarero se disculpa infinitas veces, el pobre no sabe dónde meterse de la vergüenza, pero yo que lo he visto todo desde cierta distancia, sé que ha sido un accidente. Isabella demuestra una vez más la gran persona que es y no se enfada ni monta un numerito, algo que hubiese hecho otra mujer al verse el vestido y el pelo perdido.

Me acerco a ella, y como soy el único que llevaba chaqueta, se la echo por los hombros y le indico:

—Mi hotel está a dos calles, podemos ir para que te cambies y te duches.

—Sí, por favor —acepta de inmediato con una sonrisa de agradecimiento—. Mi casa me coge muy lejos.

—Podemos llevarte algo de ropa —propone Nicole.

—Yo le dejaré algo mío, cojo mi coche, la acerco a casa y nos vemos en el lugar que hayáis reservado para cenar —manifiesto.

—Me parece bien —dice de inmediato Giovanni—. Aquí ninguno hemos traído coche y dudo que ningún taxi quiera montarte con ese aspecto lamentable, nena.

—Gracias por tu sinceridad siempre —le indica Isabella algo molesta.

Yo salgo con Isabella del bar y el resto se encaminan hacia el restaurante. Al pasar por un escaparate Isabella repara en su aspecto en el cristal. Se para y dice:

—¡Cómo voy a entrar así! Te alojas en uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad, cuando me vean… —La siento agobiada y avergonzada.

—No te preocupes, vas conmigo. Cualquiera puede tener un incidente en la calle.

La tomo por la cintura y la insto a caminar, solo nos quedan unos metros para la entrada del hotel.

Cuando pasamos por recepción siento que las personas que trabajan ahí miran con interés a Isabella. Me acerco a ella y la agarro por la cintura, para que sepan que viene conmigo. Por suerte subimos en el ascensor solos y la llevo hasta mi habitación.

—Vaya, comprendo que no quieras vivir en un apartamento —dice ella cuando observa la *suite*. Tiene una habitación, un salón comedor, un gran baño y una terraza.

—Va incluida en el contrato del proyecto —revelo—. El baño está allí, date una ducha y ponte cómoda. No hay prisa. Te espero aquí —le indico sentándome en el sofá y poniendo la televisión.

—Gracias, Piero —me agradece con una sonrisa espectacular.

—No hay de qué.

Isabella desaparece en el baño mientras yo tomo una gran bocanada de aire, siento que la necesito. La he imaginado tantas

veces en la última semana en este lugar conmigo…

Llaman a la puerta y me dirijo a abrir pensando que igual es el servicio de habitaciones preguntando si pueden hacer algo por la mujer que me acompañaba, en este sitio son muy atentos con todo, pero me encuentro con Chiara de frente. Luce un vestido rojo con un exuberante escote y me sonríe de forma coqueta.

—¿Tienes plan para esta noche? —pregunta al mismo tiempo que mira con interés hacia el interior de la *suite*.

—Sí —manifiesto de inmediato, de forma tajante.

—Pues te veo muy solito —insiste con voz melosa, dando un paso hacia mí en actitud coqueta.

—Piero, te cojo algo de ropa prestada —grita Isabella desde la habitación. Chiara se queda de una pieza cuando escucha la voz de una mujer y se aleja un poco de mi lado, como si le hubiese dado calambre.

—Oh, perdón… —comienza a decir mientras yo la miro en silencio, esperando que se marche.

De repente, Isabella aparece envuelta en una toalla, recién salida de la ducha, va descalza y con el pelo mojado sobre sus hombros. Chiara la reconoce de inmediato y nos mira a los dos con los ojos muy abiertos.

—¡¿Vosotros?! —pregunta de golpe, señalándonos a ambos con descaro—. ¿Ella es la mujer que me dijiste? —inquiere con sorpresa.

Isabella se queda en silencio, lo mismo que yo, creo que ninguno de los dos tenemos intención que sacarla de su error.

—No llegas en buen momento —manifiesta Isabella mientras que yo esbozo una enorme sonrisa, admirándola.

El rostro de Chiara se convierte en granito, observo que cierra los puños con coraje y se marcha sin decir nada. Cierro la puerta y miro a Isabella. Ambos estallamos en carcajadas.

—Te he salvado de Chiara —susurra, sonriente y triunfadora.

—Solo que ahora cree que estamos liados —le indico.

Isabella se queda en silencio unos segundos y dice:

—Bueno, no me importa lo que ella piense —comenta con aire despreocupado.

—Gracias, me has quitado un peso de encima.

—Gracias a ti por salvarme esta noche. Te cojo algo de ropa y vamos a mi casa. —Establece de golpe olvidando el tema de Chiara.

Isabella desaparece y tengo que aguantarme las ganas de correr detrás de ella y pedirle que nos quedemos el resto de la noche en mi habitación.

Llegamos a su casa y me sorprende que viva sola en un piso tan grande. Me comenta que era el hogar que compartió con sus padres y que nunca quiso deshacerse de este por los recuerdos que tenía ahí de pequeña. Me gusta el lugar, cómo lo tiene decorado y la distribución.

—¿Y vives sola en un piso de cuatro habitaciones? ¿No lo compartes con nadie? —me intereso.

—Nicole estuvo aquí un tiempo, pero ahora vive con su novio. Y nunca me pareció buena idea alquilar habitaciones, me gusta mi tranquilidad, y no me hace falta el dinero. Cuando mis padres murieron en ese accidente de coche me dejaron esta casa y me pagaron una buena indemnización, que he tenido en el banco hasta que cumplí la mayoría de edad y me ha dejado un buen dinero.

—¿Y nunca te has planteado abrir tu propio negocio?

—Prefiero que me contraten los demás. Soy buena en mi campo y lo cierto es que no me falta el trabajo, aún soy joven y puedo darme largas caminatas, disfruto de ello, hablar con los turistas… Además, te voy a confesar algo que solo Nicole, Giovanni y Melissa saben. Estoy estudiando mi segunda carrera. Hace dos años me matriculé en historia del arte. Me gustaría dar clases en la universidad.

Me quedo mirándola mientras me pregunto si puede ser más perfecta.

—Gracias por confesarme algo que pocas personas saben de ti, me gusta conocerte un poco más.

—De nada, Piero Valente. No sé qué tienes, pero cuando te miro me haces confiar en ti.

—Hazlo siempre, Isabella.

—Gracias, eres un buen amigo.

La miro de arriba abajo, en esta ocasión lleva un vestido negro que la hace muy atractiva y le confieso:

—Me gustaría ser mucho más que un amigo.

La observo mientras que siento que Isabella no se esperaba algo como lo que le acabo de decir. Ella carraspea un poco, incómoda, se toca el pelo y murmura:

—Piero, yo…

—No digas nada. No quiero forzar las cosas entre nosotros. Solo deseo que sepas que me gustas mucho —confieso. Necesito que cuente con esta información.

—En estos momentos no…

Me acerco a ella y le coloco un dedo sobre sus labios para acallar sus palabras.

—No digas nada —insisto—. ¿Nos vamos? Creo que nos esperan para cenar. —Cambio de tema y la animo a marcharnos.

En el coche siento a Isabella muy callada y pensativa. Me reprocho haber sido tan impulsivo y decirle cuáles eran mis sentimientos tan pronto, pero tampoco quiero mentirle.

El resto de la noche lo pasamos integrados en el grupo con los demás, y riéndonos con las bromas y ocurrencias de Giovanni. Es un tío estupendo que contagia su alegría y buen humor. De vez en cuando las miradas de Isabella y la mía se cruzan, nos sonreímos y creo que ambos sabemos que hay algo especial entre los dos.

Tras la cena terminamos la noche en una discoteca, como llevo el coche soy el único que no bebe. Dejo a cada uno en su casa y reservo a Isabella para el final. Estaciono en la puerta de su casa y la miro. Está situada en el asiento del copiloto y me observa con los ojos entornados, ha bebido un par de copas y su mirada brilla de una forma especial.

—Me lo he pasado muy bien —le comento a modo de despedida.

Ella asiente y me mira con media sonrisa en sus preciosos labios que hace que el ritmo de mi corazón se acelere.

—No sé qué me pasa cuando estoy junto a ti —revela de golpe—. En las dos últimas relaciones que he tenido me han engañado. Me juré que nunca más confiaría en ningún otro hombre porque sois todos iguales, pero cuando te miro a los ojos pienso que no eres como el resto y esto me desconcierta.

—Déjame demostrarte que no lo soy —le suplico acercándome a ella. Ambos nos hemos desecho de los cinturones de seguridad.

—Ese es el problema —susurra bajito—. Te considero una tentación. Eres increíble en todos los sentidos, nunca había conocido a un hombre como tú. No solo me atrae tu físico, me atrae tu personalidad y tu sinceridad.

—Me tienes en tus manos —murmuro. No quiero presionarla a nada.

Para mi sorpresa, Isabella se acerca más, me pierdo en sus profundos ojos marrones y no puedo evitar besarla.

Me corresponde al beso, lo profundizo y se aferra a mí. Nos besamos con pasión, logra calentarme la sangre en un minuto y sé que ella se encuentra en el mismo estado que yo en estos momentos, pero necesito ir despacio. Isabella me importa demasiado como para cagarla de buenas a primeras.

Interrumpo el beso, le acaricio el rostro, la siento temblar y leo el deseo en su mirada, esto me hace muy feliz.

—Creo que es mejor que lo dejemos aquí por hoy —susurro cerca de sus labios pensando que estoy haciendo lo correcto.

Isabella une su frente a la mía y suspira con fuerza. Ambos nos tomamos unos segundos para serenarnos.

—Cada vez me sorprendes más, Piero Valente.

—Espero no perder esa capacidad nunca. Me gusta acaparar tu interés —comento con una sonrisa traviesa—. ¿Nos vemos mañana y dejas que siga sorprendiéndote? —propongo esperanzado.

—Déjame consultarlo con la almohada —contesta de forma coqueta.

—¿Pretendes dejarme sin dormir toda la noche? —Le sigo el juego.

—Puede. —Me guiña el ojo y susurra acariciándome el rostro—: Hasta mañana. Gracias por ser un perfecto caballero en todos los sentidos.

Sale de mi coche y me quedo esperando que entre en el portal de su casa mientras fantaseo con sus piernas y su cuerpo. Isabella Morelli me tiene loco por completo.

Capítulo 10

Isabella

Me desnudo y me meto en la cama con el recuerdo del beso que me acabo de dar con Piero Valente. Estoy cansada, he bebido más de lo que suelo hacer y tengo sueño, pero no consigo quedarme dormida. Piero ha despertado el deseo en mi cuerpo, su beso me ha turbado por completo y me ha dejado con ganas de mucho más. ¿Qué me está pasando? He estado casi un año sin sexo y mi vida ha sido normal, ni lo he echado en falta, y en menos de una semana me he acostado con Rocco y en estos momentos me encuentro desnuda entre las sábanas, tocando mi cuerpo y fantaseando con Piero mientras me estremezco de placer.

Tras dos horas de vueltas en la cama, sin dejar de pensar en todo lo que Piero ha despertado en mí me quedo dormida. Cuando vuelvo a abrir los ojos son las dos y media de la tarde del domingo. Menos mal que me tomé este fin de semana libre porque sé que a partir de aquí comienza lo duro para mí. Tres meses de casi no parar.

Mi teléfono vibra encima de la mesita de noche y lo cojo, es Nicole.

—¿Dónde te metes?

—Estaba dormida —manifiesto con voz ronca y somnolienta.

—¿Y estás sola en la cama o existe el culpable de haberte dejado rendida hasta estas altas horas del día? —pregunta con sorna.

—Solita —susurro.

—Uy, ese *solita* ha sonado a que añoras a alguien —comenta mi prima. Nicole me conoce mejor que nadie—. Mi pregunta es, ¿Piero o Rocco? Las miradas que os lanzabais Piero y tú anoche casi incendian la discoteca.

—Me tiene muy confundida —admito con pesar. No quiero reconocerlo, pero a Nicole no le puedo mentir.

—Pensé que Rocco era el que te tenía confundida.

—Por increíble que parezca, Piero ha conseguido que en esta semana apenas piense en Rocco. Y, por si fuera poco, Piero me confesó anoche que le gustaba muchísimo. Nos besamos y cuando se calentó el ambiente entre los dos se marchó como un caballero —lamento.

—¿Es una queja? —pregunta, confusa.

—Sí. Es el primer hombre que me deja con unas ganas increíbles y estas aún no se pasan —admito anhelando su cuerpo desnudo junto al mío.

Nicole estalla en carcajadas y suspiro con fuerza.

—Pues llámalo y resuelve el asunto, y, de paso, date una oportunidad con Piero Valente. Se ve un buen tío y, por cómo te miraba anoche, creo que está loco por ti.

—Tengo miedo. ¿Y si vuelve a salir mal?

—Si no lo intentas no lo sabrás. Y Piero tiene pintas de ser un hombre como los que ya no quedan. Pero, si aún piensas que entre tú y Rocco… o tienes esperanzas de saber algo de él…

—Rocco es un tema pasado. Hace una semana que se marchó y ni se ha dignado a ponerse en contacto conmigo. Está claro que solo se trató de una noche.

—Piero va a pasar todo el verano en Milán. Está solo y tenéis una oportunidad de intentarlo. Lánzate —me anima.

—En estos momentos no estoy para pensar mucho. Voy a darme una ducha y a comer algo.

—Yo voy a hacer las maletas. A la noche me paso por tu casa con Adriano para despedirnos.

Mi prima sabe que el lunes trabajo todo el día y será imposible que nos veamos.

Me meto en la ducha, dejo que el agua caiga sobre mi cabeza durante demasiado tiempo y cuando siento los dedos arrugados salgo del baño y me coloco unos pantalones cortos con una camiseta. El timbre suena y voy a ver quién es. Me sorprendo cuando me encuentro con Piero. Alza una bolsa con comida preparada que huele de maravilla y pregunta:

—¿Has comido ya?

—No, iba a ver qué tenía en la nevera.

—No me apetecía comer solo en el hotel. Pasé por un sitio de comida rápida y he escuchado que estos *panzerotti* están de muerte. Pedí una variedad, no sé qué te gusta.

—Piero Valente, en ese sitio hacen los mejores *pancerotti* de todo Milán y es mi preferido —revelo mientras miro la bolsa que trae en la mano e indica dónde ha comprado la comida.

—Vaya, he acertado —comenta, sonriente, y le indico que pase a la misma vez que siento que mi corazón se acelera. Piero está guapísimo. Lleva el pelo un poco mojado, está recién afeitado y sus ojos me miran con un brillo especial.

Después del beso que nos dimos anoche ninguno hemos sabido cómo reaccionar al vernos.

Piero se sienta en mi sofá y comienza a sacar la comida y las bebidas en la mesa que tengo frente a este.

—Espero que estén tan ricos como me han dicho unos compañeros de trabajo.

—Lo están —le aseguro.

—Perdón por presentarme sin avisar, pero no lo pensé. Salí a pasear y todo surgió sobre la marcha.

—Ha sido un buen plan.

Piero le da un bocado a su *pancerotti,* lo saborea y murmura:

—Está increíble.

—Me gustan todos. Nunca sé por cuál decidirme. Los he probado en otros sitios, pero no tienen nada que ver con estos —comento con el mío en la mano.

—Creo que es un buen plan para cuando tenga que comer mientras trabajo, además, me coge cerca del hotel.

—¿Hoy no has visto a Chiara? —me intereso.

—Me temo que la veré más tarde. La cadena que le da nombre al hotel cumple cincuenta años y esta noche hay una cena especial. El director me ha invitado personalmente y no me pude negar. Supongo que Chiara estará en el evento ya que es la encargada de llevar a cabo todo en el restaurante en estos días de celebración del aniversario.

—Al menos con lo que vio anoche entre nosotros te dejará en

paz.

—Lo dudo si me ve asistir solo —comenta con pena observándome con atención.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe? —pregunto mirándolo con el ceño fruncido.

—¿Lo harías por mí? —inquiere esperanzado.

—¿Acudir a una cena elegante y fingir que somos pareja? —Piero chasquea la lengua, supongo que piensa que me está pidiendo demasiado—. Puede ser divertido si tenemos como espectadora a Chiara —planteo y Piero me mira con una enorme sonrisa, siento que me admira.

—Algún día me contarás qué pasó entre vosotras. Erais las mejores amigas y de un día para otro no os hablabais.

—Ella hizo correr un rumor sobre mí que no era cierto. Me quedé sin amigas, menos mal que Nicole no cayó en la trampa, me lo contó todo y pude enfrentarla. Nunca se lo perdonaré por muchos años que pasen. Chiara es mala persona y envidiosa, y eso no se cura con el tiempo. Eso se lleva en el alma.

—Hagamos que te envidie mucho esta noche —propone con cierto toque de maldad.

—Acepto. —Le estrecho la mano que me tiende y le sonrío.

Piero se marcha al hotel para vestirse de gala para la cena y yo voy a casa de Nicole a robarle un vestido elegante y apropiado para esta noche. Algo en mi interior quiere impresionar a Piero Valente.

Piero insiste en venir a recogerme a casa, pero lo convenzo de que cogeré un taxi que me deje en el hotel. Nicole ha insistido en que me ponga un diseño de Dior que le regaló Adriano hace un par de años. En color champán, palabra de honor, ajustado a mi cuerpo, largo y con una raja en la parte trasera. He decidido dejar mi pelo suelto, peinado con hondas y me he maquillado con esmero.

Estoy nerviosa cuando me bajo del coche en la entrada del hotel. Pero, de inmediato, una gran paz acude a mí cuando descubro a Piero elegantemente vestido esperándome con su mejor sonrisa. Está guapísimo, y me siento muy afortunada de que la atención de este hombre en toda la noche sea para mí.

Se acerca, le extiendo la mano y me mira al detalle.

—Impresionante —susurra a la vez que se acerca a mi mejilla y deposita un prolongado beso colocando una mano en mi cintura y siento que su contacto me quema.

—Tú también lo estás —le devuelvo el cumplido.

Piero me ofrece su brazo y entramos en el hotel como una de las tantas parejas que lo hacen en ese momento. No pensé que hubiese esa cantidad de gente.

Nos dirigimos al salón y nada más entrar nos topamos con Chiara. Siento su mirada de arriba abajo y aprecio que se detiene con especial interés en mi vestido. Piero la saluda y yo, por educación, solo le hago una leve inclinación con la cabeza.

Cogemos unas copas y nos recreamos en la decoración y la organización de todo.

—¿Chiara se ocupa de que todo esto sea así y funcione? —le pregunto a Piero con curiosidad.

—Creo que sí.

—Igual hasta es buena en su trabajo.

—Nos está observando —me alerta Piero.

—Es que hacemos una pareja increíble —bromeo y le dedico una amplia sonrisa.

—Yo también lo creo —susurra Piero dirigiéndome una mirada que logra paralizarme el corazón. Luego se acerca y me besa el cuello de forma fugaz. ¿Cómo un simple gesto ha conseguido que me tiemblen las piernas como si fuesen gelatina? ¿Qué tienes, Piero Valente, que me haces tambalear todos los cimientos? Me pregunto llevándome la copa a mis labios, necesito beber algo frío.

Capítulo 11

Isabella

Piero saluda a muchas más personas de las que llegué a pensar que conocería en ese evento. Me presenta como su acompañante y en todo momento está muy pendiente de mí. Me coge por la cintura y me susurra con frecuencia en el oído.

—Te estás tomando muy a pecho eso de que hemos venido en calidad de pareja —le comento sonriente.

—Todavía no te he besado. —Frunzo el ceño y lo miro seria, me ha besado el cuello, la mano y la mejilla—. Me refiero a un beso de verdad —especifica mirándome a los ojos, y sus palabras hacen que me recorra un gran escalofrío por la columna vertebral.

Lo miro con ansia, me muero por besarlo, por volver a sentir todo lo que Piero Valente provocó en mi interior la noche anterior. Pero no me besa, sonríe de forma canalla, sabiendo que me tiene al límite, me coge de la mano y nos adentramos en el salón donde tendrá lugar la cena. No tengo apetito, Piero me tiene alterada. Me lleva de la mano y su solo contacto, firme y cálido, hace que mire nuestros dedos entrelazados y tome una gran bocanada de aire.

Nos sentamos en una mesa redonda y para mi gran sorpresa descubro que Chiara está en ella. La miro situada frente a mí e intento serenar el gran enfado que esto ha provocado. Estoy segura de que se ha adjudicado ese sitio para incomodarme y no perdernos de vista a Piero y a mí en toda la noche. Pues si se ha situado en primera fila, va a ver la película completa.

Durante la cena me dedico por completo a Piero, le susurro palabras al oído, lo cojo de la mano e incluso me atrevo a darle un breve beso en los labios cuando Chiara no deja de mirarnos. Necesito que le quede claro que Piero no está disponible. Nunca había sentido celos, pero en estos instantes puedo afirmar que soy

la persona más celosa del mundo, y él ni siquiera es mío. Solo nos hemos besado una vez, y llevamos tonteando toda la noche.

Después de la cena Piero me extiende la mano y me propone:

—¿Vamos a bailar?

—Sí.

Nos encaminamos tomados de la mano hacia la pista donde bailan más parejas y cuando entrelazo las manos detrás del cuello de Piero le indico:

—Chiara no nos quita ojo de encima.

—Creo que me ha beneficiado tenerla en nuestra mesa —susurra con una sonrisa traviesa—. Igual echo de menos que no continúe con nosotros más tiempo esta noche —bromea de forma descarada.

—Lo estoy pasando muy bien, Piero. Me gusta tu compañía.

—A mí me gustas tú, Isabella. Toda.

Piero se acerca para besarme, pero justo en ese momento aparece Chiara y nos interrumpe.

—Piero, el director del hotel quiere una foto acompañado de algunos clientes destacados, y pensé que tú serías uno de ellos. ¿Me acompañas? —le solicita con voz melosa.

Piero no tiene más remedio que asistir. Me dirige una mirada y dice:

—Vuelvo enseguida.

—Iré al baño —me disculpo.

Observar cómo Piero se marcha con Chiara hace que algo dentro de mí explote y tenga que calmarme. Me dirijo al baño de señoras, espero la cola y cuando me retoco los labios frente al espejo Chiara aparece. Estamos solas. Ella se sitúa a mi lado y me observa en silencio. La miro y dice:

—¿No te funcionó con Rocco y ahora vas detrás de Piero?

—¿Perdón? —La observo sin entender sus palabras.

—Vi cómo tú y Rocco os metisteis en el baño del Minerva juntos. Y ahora estás con Piero.

—Eso no es de tu incumbencia. —Paso por su lado y salgo del baño en busca de Piero.

Lo encuentro charlando con varios hombres, me acerco a él, de inmediato posa la mano en mi cintura y me presenta. Cuando nos

quedamos solos me pregunta si sucede algo, desde el encuentro con Chiara en el baño estoy muy seria y pensativa. Creo que ha sentido mi tensión. No me gusta que ella nos viese a mí y a Rocco entrar en el baño juntos.

—Estoy un poco cansada —justifico.

—¿Te llevo a casa? —me ofrece de inmediato como un perfecto caballero.

—Sí, por favor.

—Tengo las llaves del coche en la habitación. ¿Subimos por ella y nos marchamos?

—Vamos.

Piero y yo nos encaminamos hacia el ascensor. Mientras esperamos que las puertas se abran Chiara sale de un lugar cercano y se nos queda mirando. Piero no la ve porque está de espaldas. Nos montamos en el ascensor y cuando las puertas comienzan a cerrarse me lanzo a los brazos de Piero y lo beso bajo la atenta mirada de Chiara. Por alguna razón que aún no sé explicar necesito dejarle claro que estamos juntos y ella se encuentra fuera de esta ecuación.

Nos besamos mientras subimos a la última planta, supongo que los dos hemos deseado esto durante toda la noche. Sentir el cuerpo duro de Piero contra en mío, sus manos apretando mi cintura y el sabor de su boca me vuelve loca por completo.

Piero abre la puerta de su habitación sin dejar de besarnos. Entramos enredados el uno en el otro. Siento que me arde la piel, las ganas me consumen. No puedo dejar de besarlo ni acariciarlo. Necesito mucho más.

—Vamos a quitarnos las ganas —susurra Piero sobre mis labios—. No sabes cómo te deseo, Isabella. Me arde el cuerpo entero. No puedo parar esto por mucho que me repito que debo ir despacio.

—No quiero que te detengas, necesito esto. Te deseo con todas mis fuerzas, Piero Valente —susurro a la misma vez que le deshago el nudo de la corbata con prisa y comienzo a abrir los botones de su camisa casi arrancándolos.

—Isabella —murmura Piero besándome el hueco de la garganta.

Llegamos hasta la cama, nos tumbamos en ella y comenzamos a quitarnos la ropa. Me estorba. Necesito sentirlo piel con piel, muy

dentro de mí.

Pese a la urgencia que nos consume Piero se dedica a besarme, a hacer que me estremezca como nunca lo había sentido y a desearlo con todo mi cuerpo y mi alma.

—Dime que deseas esto tanto como yo —me suplica con la voz ronca suspendido sobre mí, mirándome a los ojos.

—Te deseo, Piero Valente. Hazme el amor —lo insto con urgencia, atrayéndolo hacia mis labios y apoderándome de su boca.

Piero se coloca un preservativo bajo mi atenta mirada y luego entra en mi interior. No nos dejamos de mirar a los ojos. Ambos necesitamos ver en el otro cada reacción. Se entierra hasta el fondo dentro de mí y me besa mientras gemimos de placer a la vez. Se mueve de forma suave, me acomodo a él, es muy grande, y comienza a salir y a entrar de mí con fuerza. Me agarro a sus brazos, gimo, grito y me proporciona el mejor orgasmo de toda mi vida. Nos corremos juntos y Piero cae sobre mí, sostengo su cuerpo sudoroso y le acaricio la espalda satisfecha y feliz. Es un hombre grande y fuerte, pero no me importa sostener su peso. No quiero que se mueva de mi lado. En estos momentos es todo lo que necesito.

Ambos recuperamos el aliento, Piero alza la mirada y nuestros ojos se encuentran. Los dos esbozamos una sonrisa y sé que mi mirada refleja el mismo brillo que la suya. No sé qué decir, solo sé que no me arrepiento de lo sucedido y esto que vivimos es algo especial que solo ha hecho comenzar.

Capítulo 12

Piero

Llevo una semana soñando con Isabella en esta cama y ahora que la tengo en mis brazos no me lo creo. Hemos pasado la noche juntos, hemos hecho el amor en dos ocasiones y dormir y despertarme a su lado es una de las mejores experiencias de mi toda vida. Mi hermana siempre me decía que cuando encontrase a la mujer indicada lo sabría, ahora lo sé. Isabella es la mujer que quiero en mi vida, por la que dejaría todo y haría todo. Desde niño estuve enamorado de ella en silencio, y fue volverla a ver y despertarse algo en mi interior que me hizo desearla de una forma que jamás había experimentado.

Isabella se revuelve entre mis brazos, entreabre los ojos y me mira. La tengo abrazada a mi cuerpo y no pienso soltarla.

—Buenos días —susurro dándole un beso en los labios que ella me corresponde—. ¿Has dormido bien? —pregunto estudiándola al detalle.

—De maravilla. Ha sido una noche increíble. Señor Valente, sabe cómo amar, entretener y cuidar a una mujer —me indica sonriente. Me fascina su buen humor recién despierta.

—¿Y si no te dejo salir más de esta cama? —bromeo a la vez que le beso el cuello.

—Es una oferta muy tentadora. La mejor que me han hecho en toda mi vida —manifiesta mirándome a los ojos.

—¿De verdad? —inquiero con el ceño fruncido.

—Estoy desilusionada del amor y de las relaciones, de los hombres en general, pero tú me has hecho creer que puedes ser diferente.

—Isabella, quiero más. Mucho más que una noche contigo —revelo y percibo que traga con dificultad. Consigue que me ponga

nervioso mientras la siento pensativa.

—Yo también quiero más, Piero Valente —manifiesta con emoción. La abrazo con fuerza y la beso sintiendo que el cuerpo vuelve a encajarme.

Isabella se contonea debajo de mí, me pongo duro de inmediato y me susurra que le haga el amor con urgencia. Puedo sentir su necesidad y lo mojada que se encuentra.

—No me quedan más preservativos —lamento en un gemido.

Ella suspira, nos miramos a los ojos y creo que ambos sabemos que no podemos parar esto.

—¿Estás sano? —pregunta en un susurro apremiante.

—Sí —afirmo de inmediato.

—No me encuentro en mis días fértiles. Estoy sana. Podemos hacerlo sin protección —propone.

—¿Estás segura? —inquiero mirándola a los ojos, casi temblando de emoción.

—Sí. Tranquilo, no tengo intenciones de quedarme embarazada. De hecho, no me gustan los niños y ni siquiera me he planteado ser madre algún día —revela mientras que asiento, me coloco en su entrada y me deslizo hacia su interior sin barreras. Sentirla tan mía me vuelve loco por completo. Hacemos el amor de una forma tan pasional que siento que estoy en un sueño del que no quiero despertar. Isabella es mucho más de lo que llegué a imaginar y haré lo que sea para que no se vaya de mis brazos nunca más.

Pido al servicio de habitaciones que nos suba algo de comida y almorzamos en la cama mientras que hacemos planes. Ambos tenemos claro que queremos seguir adelante con esto, pero, al mismo tiempo, somos conscientes de que tenemos muchísimo trabajo en los próximos meses y nos puede dificultar este comienzo de relación.

—Vivimos cerca y no trabajamos por las noches —comenta Isabella.

—Bueno, yo sí me quedo algunas noches en vela por culpa del proyecto y problemas que surgen, pero de ahora en adelante las noches son nuestras —manifiesto tomándola por la cintura y atrayéndola hacia mis brazos.

—Me vas a tener que dejar ropa de nuevo. No puedo salir del hotel con el traje de gala de anoche —me recuerda Isabella.

—Vas a tener que traer algo de ropa —le ofrezco con cierto miedo, pero ella reacciona al comentario con una sonrisa que logra que el corazón me dé un vuelco por completo.

—Tengo una visita guiada en dos horas —anuncia Isabella consultando mi reloj—. Para hoy solo concerté un *tour* a las ocho de la tarde. En época de verano es el único horario en el que estoy dispuesta los domingos.

—¿Y si vamos pensando en una larga escapada tú y yo solos para cuando termine el verano y podamos compensar estos meses? —propongo. Sé que me estoy adelantando muchísimo, pero con Isabella lo quiero todo. Siento que ir despacio es perder el tiempo.

—Me parece una buena idea. Pero no esperes que te haga de guía —bromea y ambos estallamos en carcajadas.

—Haz conmigo lo que quieras, Isabella Morelli. Soy tuyo —me ofrezco en cuerpo y alma a la misma vez que me tumbo sobre la cama y observo cómo ella me mira de forma lujuriosa sentada a mi lado.

Se inclina hacia mí, me besa el pecho, luego el cuello y termina en mis labios.

—Te tomo la palabra, Piero Valente. Cuando estoy junto a ti solo quiero esto. —Se coloca a horcajadas sobre mí, pasea las manos por mi abdomen y contonea las caderas mientras me sonríe de una forma traviesa que me encanta y me pone duro al instante.

Capítulo 13

Isabella

Cuando llego a casa tras la visita guiada le escribo un mensaje a Piero como quedamos y le doy las buenas noches. Estoy tan cansada del intenso fin de semana que he vivido que no tengo fuerzas ni para llamarlo y hablar un rato con él. Quedamos en vernos para cenar al día siguiente en mi casa. Le he prometido que cocinaré algo.

Como cada lunes, desayuno con Melissa. Tenemos la costumbre de tomarnos un café con un *croissant* con crema en la cafetería de debajo de mi casa antes de irnos a trabajar, de paso nos ponemos siempre al día de cómo ha ido nuestro fin de semana si no nos hemos visto. Nicole solía venir a desayunar con nosotras, pero desde que se convirtió en jefa de estudios declinó hacerlo porque decía que tenía que llegar al colegio mucho antes, sin embargo, Melissa y yo no renunciamos a ello. No tenemos esperanzas de que vuelva ya que ahora es directora y este cargo le ocupa mucho más tiempo.

Cuando llego mi amiga ya me espera sentada y con un capuchino sobre la mesa.

—Se te han pegado las sábanas —me reprende nada más verme.

—No podía levantarme —comento a la misma vez que suelto el bolso y me siento.

Melissa me mira bien, sonríe y me pregunta con interés:

—¿A qué se debe ese brillo en tus ojos? —Me quedo callada y chasqueo la lengua—. Isabella, tu cara es el espejo de tu alma. Salta a la vista que estás rebosante de felicidad. Dime quién es el causante de ello —me exige, inclinada sobre la mesa, mirándome al detalle.

Suspiro, tomo una gran bocanada de aire, cierro los ojos y suelto de golpe, sin anestesia:

—Me he acostado con Piero Valente este fin de semana.

–¡¿Qué?! ¡Joder, Isabella! —grita y tengo que llamarle la atención para que se controle, estamos en un lugar público y la gente nos mira ante su desmesurada reacción.

—Ha sido un fin de semana que no sé ni cómo calificar. Estoy muy feliz, como si estuviese en una nube. Nunca me he sentido así —revelo con entusiasmo, sonriente.

—¡Madre mía, te has enamorado de Valente! ¿Tan bueno es en la cama? —inquiere acercándose a mí—. ¿Supera a Santoro?

—¡Melissa! —la reprendo en un susurro.

—¡¿Pero tú te has visto?! —reflexiona—. Ese brillo en tus ojos, esa sonrisa radiante…

—Piero es especial, no te lo voy a negar. No quería empezar nada con nadie después de las decepciones que he tenido anteriormente, pero Piero es… Es increíble. Sentía que si no daba el paso lo perdía —revelo con miedo.

—Salta a la vista que es un tío que está como quiere. Es guapo, alto, fuerte, atlético, con unos ojos y una sonrisa diseñados a medida para seducir a mujeres y tiene una buena posición económica. ¿Qué más puedes pedir?

—Está libre y muy interesado en mí —añado, feliz.

—Y tú en él por lo que veo.

—No sé qué me ha pasado, pero cuando estoy junto a él… Es divertido, atento, caballeroso, ingenioso. Ha logrado captarme por completo —admito sin tapujos—. Y eso que me encontraba en mi peor momento sentimental. La verdad que no sé ni cómo he llegado a este punto con Piero, pero ha sucedido.

—Me alegro. Porque es un tío legal y que vale la pena. Ojalá en él encuentres el amor verdadero.

—No sé si esto es amor, pero tengo una ilusión que nunca había sentido. Y hemos decidido darnos una oportunidad.

Melissa se levanta y me abraza, emocionada.

—No sabes cuánto me alegro por ti. Piero tiene toda la pinta de ser el hombre que necesitas en tu vida.

—Ojalá. No estoy preparada para más fracasos ni decepciones.

—Me voy de vacaciones en tres días y cuando regrese dentro de

un mes quiero oír de tu boca que estás locamente enamorada.

Sonrío a la misma vez que me siento inmensamente feliz e ilusionada.

Me despido de Melissa porque no nos veremos hasta que regrese, pero le prometo que la mantendré informada de cómo evoluciona todo con Piero.

Me dirijo hacia el lugar en el que he quedado con el grupo de esta mañana caminando como una niña con zapatos nuevos. El hotel en que se aloja Piero está cerca y no puedo evitar mirarlo con nostalgia y recordar todo lo que pasó entre nosotros.

Me reúno con los turistas a pie de calle, en una plaza, les explico el recorrido que vamos a hacer, la duración del *tour* y qué veremos. De repente, aprecio que Piero irrumpe en el círculo creado a mi alrededor por las personas que me acompañan y lo observo acercarse con un gran ramo de flores en la mano y una sonrisa que me hacen temblar las piernas.

—Buenos días, siento la interrupción —se disculpa como un perfecto caballero—. Que tengas un buen día —susurra cerca de mí. Me entrega el ramo de flores y me da un beso fugaz en los labios—. Señores, disfruten. Han tenido la suerte de contar con la mejor guía turística de todo Milán.

Piero se marcha y yo me derrito con su gesto. Me aferro al ramo de rosas blancas que me ha entregado mientras siento una gran emoción.

Cuando termino la visita voy a llamar a Piero, pero me encuentro con un mensaje en el que me dice que estará de reuniones todo el día y nos veremos a la noche en mi casa como hemos quedado.

Las horas pasan muy lentas hasta que Piero aparece. Lo recibo con un beso como el que llevo soñando todo el día darle, desde que me entregó las flores, y le susurro mientras lo arrastro al interior de mi salón:

—Gracias por lo de esta mañana.

—Salí del hotel y me apeteció ir caminando hacia el lugar donde tenía la reunión, no era muy lejos, y te vi rodeada del grupo, había una floristería cerca y quise sorprender a mi chica.

—Lo conseguiste. ¿Y así que soy tu chica? —inquiero con el ceño

fruncido, en tono de broma.

—Sí. Y quiero que seas mucho más que eso. Deseo que seas mi amiga, mi cómplice, mi amante y la mujer que esté siempre a mi lado —enumera mirándome a los ojos con una enorme sonrisa.

Las palabras de Piero me producen tanto vértigo que tengo que aferrarme a sus fuertes brazos. Lo siento sincero y todo lo que sus ojos me transmiten me hacen creer en ello.

—Yo también deseo todo eso contigo. —Me abrazo a él y lo beso.

Terminamos haciendo el amor en mi sofá mientras que la cena se enfría encima de la mesa.

Piero pasa la noche en mi casa y cuando se marcha de mi cama siento una sensación de vacío que no sé explicar. Me gusta demasiado dormir con él, tenerlo cerca y besarlo para despertarlo y susurrarle en mitad de la noche que hagamos el amor de nuevo. Con Piero estoy descubriendo una faceta en el sexo que nunca había experimentado antes. Con él siempre quiero más. Cuando no estamos juntos no puedo dejar de pensar en lo que hacemos juntos, todo lo que siento y disfruto en sus brazos, con sus besos y su forma exquisita de hacerme el amor.

Capítulo 14

Isabella

Piero me invita a cenar a uno de los mejores y más exclusivos restaurantes de Milán. Cuando esperamos el postre me entrega un sobre y dice:

—Hoy hace un mes que estamos juntos, y quiero celebrarlo de una forma muy especial.

Abro el sobre y encuentro un viaje fugaz a Verona. Desde el sábado por la tarde al lunes por la noche.

—Piero… Verona, tú y yo… Me encanta Verona —susurro con emoción—. Cuando terminé la universidad me planteé marcharme a vivir allí, pero estaría muy sola. Mis tíos y Nicole hicieron que desistiese de la idea.

—El lunes tengo que firmar un proyecto y no me apetecía viajar sin ti.

—Pero tengo dos visitas guiadas en esos días —susurro con pena. No voy a poder aceptar.

Piero me sonríe como si no me hubiese escuchado.

—Estas visitas las reservé yo. Domingo y lunes serás toda mía, mi guía particular. Lo único que no especifiqué a la agencia es que tendrías que desplazarte a Verona, pero no creo que tengas inconveniente —revela con una gran sonrisa.

—¿De verdad has hecho eso? —pregunto con asombro.

—Sí.

—Te va a salir un poco caro el viaje a Verona. Has pagado por dos grupos de veinte personas que son las que suelo coger en cada *tour*.

—Si era la única forma en la que nos podíamos escapar juntos de viaje… El dinero no importa. Te aseguro que me lo puedo permitir. En los últimos años he trabajado demasiado y disfrutado muy poco. Desde que llegaste a mi vida me prometí que eso iba a cambiar. Te

quiero, Isabella. No existe nada en este mundo que no me atreva a hacer por ti —declara mientras tiene mi mano cogida entre las suyas. Se la lleva a los labios y deposita un beso en ella mientras me mira con un brillo especial en sus ojos. Por los míos corren lágrimas de emoción. Es la primera vez que me dice que me quiere así de una forma tan especifica, usando esas dos palabras exactas.

—Yo también te quiero, Piero. Este mes juntos ha sido… —Se me quiebra la voz al recordar lo increíble que ha sido todo entre nosotros. Me acerco más a él, le acaricio el rostro y lo beso—. Gracias por aparecer en mi vida, por esto. Me haces muy feliz —susurro.

—Y tú a mí.

—Pensaba pasar la noche contigo en el hotel, pero si mañana nos vamos a Verona tenemos que ir por mi casa y coger la maleta con algunas cosas.

—O podemos comprar todo en Verona —propone sonriente. Piero y sus ideas locas me encantan.

—En esta ocasión no. Verona es demasiado bonita como para perder el poco tiempo que tenemos para disfrutarla haciendo compras.

—Vale, será como tú quieras. Yo ya estoy emocionado por hacer nuestro primer viaje juntos.

—Gracias, Piero —susurro acariciándole el rostro y lo vuelvo a besar.

—¿Nos vamos a tu casa? —propone de golpe.

Miro la mesa, con los postres intactos encima de ella y le comento:

—No hemos probado el postre.

—En este momento me urge otro tipo de postre —dice bajito en mi oído. Su voz ronca cargada de deseo logra que me estremezca de placer.

***

Llegamos a Verona en el coche de Piero tras dos horas en las que no he parado de observarlo conducir. Concentrado en el tráfico y

dirigiéndome alguna que otra sonrisa a la vez que me tomaba de la mano y se la llevaba a sus labios para besarla. Es tan atractivo en todas sus facetas que nunca deja de sorprenderme. Cada día lo admiro más y siento que me atrae más. Ese vuelco que me da el corazón cada vez que lo miro nunca me había pasado. Llevamos juntos un mes, sin embargo, siento que ha sido mucho más tiempo. No nos vemos a diario todo lo que queremos porque nuestros trabajos nos lo impiden, pero cuando estamos juntos aprovechamos el tiempo al máximo. No solo tenemos sexo, hablamos muchísimo de nuestras vidas y del futuro. Con Piero me siento segura, protegida. Ese sentimiento de protección no lo sentía desde que se murió mi padre. Mi tío me ha querido muchísimo todos estos años, y yo a él, pero no llegué a sentir esa sensación de protegerme en sus brazos y que nada me pudiese suceder.

Piero ha reservado en uno de los mejores hoteles de Verona, en todo el centro. La habitación es increíble y siento que estoy en un sueño viviendo todo esto con él. Siempre tan atento, pendiente de mí y sorprendiéndome con cada uno de sus detalles.

Paseamos por el centro de Verona y vuelvo a enamorarme de sus calles y de su ambiente. Ambos hemos estado ya en la ciudad, pero descubrirla juntos es como si fuese la primera vez para los dos.

—Es una ventaja que podamos pasear por esta ciudad y lo conozcamos todo bien —comenta Piero abrazándome y dándome un beso en la frente.

—Nos complementamos muy bien, Piero Valente. —Lo miro sonriente y orgullosa de que este hombre esté junto a mí.

—Yo también lo creo. Vamos a ver la casa de Julieta —propone de golpe—. Se puede salir al balcón. ¿Has estado?

—No llegué a subir, había una cola enorme la vez que estuve. Solo le toqué la teta a la figura de Julieta abajo como es tradición para que apareciese el gran amor de mi vida.

—Vaya, yo eso no lo hice —carcajea—. Igual tenemos que tocarle la teta al monumento juntos —propone, sonriente. Me encanta cuando suelta esas ideas locas que se le ocurren y a mí me maravilla seguir.

Por suerte, existe muy poca cola para visitar la casa de Julieta.

Entramos en ella y, como es tradición, salimos al famoso balcón. Piero me toma por la cintura y me besa allí mismo.

—Mi Julieta —susurra en mis labios. Saca el móvil y nos hacemos un selfi allí.

—No sé si sabes que la historia de Romeo y Julieta no acabó bien —comento, sonriente, a modo de broma.

—Lo sé, pero estaban enamorados. Y la nuestra no va a terminar mal.

Cuando Piero pronuncia la palabra *enamorados* me tenso un poco. Hasta el momento nos hemos dicho muchas veces que nos queremos, pero aún no ha habido un *te amo* por parte de ninguno ni hemos confesado que estamos enamorados.

Me abrazo a Piero con cierto temor que aparece en mi cuerpo por sorpresa. No quiero perderlo. Con él he conseguido más de lo que nunca llegué a imaginar con nadie.

Como broche final al viaje, Piero me tiene reservado una noche de concierto en el Arena de Verona. No lo puedo creer. Cuando me entrega las entradas en el hotel lo abrazo y lo beso como loca. Solo me había dicho que esta noche teníamos algo especial que me iba a encantar.

Asistimos al festival de ópera y descubro que vamos a *La Traviata*. Es todo un sueño para mí. Disfruto del espectáculo como una niña. Sentada al lado de Piero y tomados de la mano en todo momento. Cada vez que lo miro el corazón me da un vuelco por completo. Esta noche está guapísimo. Cuando voy de su mano y muchas mujeres lo miran con atención me siento una mujer muy afortunada, es mío. Solo me observa a mí con ese brillo especial en sus ojos y esa sonrisa que me derrite por completo.

Terminamos la noche en el hotel haciendo el amor de una forma mágica. Cuando me despierto en los brazos de Piero no quiero volver a Milán, de nuevo al trabajo y a la realidad. Me encantaría quedarme con él unos días más de vacaciones, pero no puede ser, eso tendrá que esperar un par de meses.

Capítulo 15

Rocco

Han pasado casi dos meses desde que tuve que venirme de Milán sin darle explicaciones a Isabella y hasta el momento no he tenido el valor ni el tiempo de decirle qué hizo que me fuese así.

He permanecido más de un mes en el hospital reunido con médicos decidiendo qué hacer con mi mujer. Ginevra tuvo un grave accidente de coche en el que ha quedado postrada en una cama para siempre, no volverá a caminar, y se encuentra en coma. Los doctores no pierden las esperanzas de que algún día recobre la conciencia, pero no sé qué clase de vida le quede y si Ginevra acepte la mujer que tendría que ser.

En los viñedos han surgido algunos problemas y el lanzamiento de mi propia marca, Santoro, me ha tenido muy ocupado. He deseado mil veces ir de nuevo a Milán en busca de Isabella, pero no he podido. Llamarla por teléfono y explicarle todo no era una opción. No soy ningún cobarde y tenía que decirle a los ojos lo que le había sucedido a mi mujer y cuál era mi situación en estos momentos, por eso lo he retrasado hasta hoy. Ya no aguanto más sin explicarle todo a Isabella. Los recuerdos de la noche que pasamos juntos en el hotel me persiguen y no consigo olvidarla. Nunca había sentido esto tan fuerte y profundo por una mujer. La deseo en mi vida. Sé que no será fácil, pero espero que me crea, me comprenda y me perdone.

Una vez en Milán estoy tentado de llamar a Nicole o a Melissa para preguntarle por Isabella, pero decido ser yo mismo quién la busque. Solo sé su teléfono, pero no quiero llamarla. No sé dónde vive, sin embargo, sé que es guía turística y decido buscarla por internet y ver dónde se reúne con los grupos y a qué hora. No consigo mucha información y decido llamar a la agencia que contrata a Isabella y preguntar por ella. Me proporcionan todo lo que

necesito y desde una distancia prudente, ataviado con una gorra y gafas de sol, la observo guiar al grupo durante dos horas por las calles de Milán. Cuando se despide de todos y emprende camino sola decido salir a su encuentro. Por suerte estamos a una calle del hotel donde me alojo y descubro que ella se dirige hacia allí.

A unos pasos de la entrada, ya me encuentro a su espalda solo que ella no se ha dado cuenta, pronuncio su nombre:

—Isabella. —De inmediato se para en seco y se da media vuelta. Me deshago de la gorra y mis gafas y la miro a los ojos.

—Rocco. ¿Qué haces aquí? —pregunta de forma fría y distante.

—Tenemos que hablar —susurro con emoción al tenerla tan cerca de nuevo.

—Hablar, claro. Igual casi dos meses después te has acordado de que no me dijiste que estabas casado y esa fue la razón por la que te marchaste sin explicaciones y no volví a saber nada de ti en todo este tiempo —me espeta alterada y con rabia. Puedo sentir todo el daño que le hice.

—Por favor —le suplico mientras ella camina rápido y yo la sigo—, ¿podemos ir a un sitio más privado para tratar este tema? —le propongo. Estamos en las puertas del hotel y no creo que sea el lugar más adecuado para mantener esta conversación.

—No tenemos nada de que hablar, Rocco Santoro —escupe entre dientes y se suelta de mi agarre. La he tomado del brazo.

—Por favor, vamos a la cafetería o a mi habitación y te explico todo —propongo un poco desesperado.

—¡¿Te alojas en este hotel?! —pregunta con sorpresa.

—Sí, era el único que tenía habitaciones libres para este fin de semana.

—Y has pensado que me volvería a acostar contigo y luego tú te marcharías con tu mujer. Déjame, Rocco —me advierte.

—Isabella, me estaba divorciando. Ginevra sufrió un grave accidente cuando me marché. Ha quedado postrada en una cama para siempre, no volverá a caminar y los médicos no saben si saldrá del coma en el que se encuentra. Déjame que te lo explique todo bien, por favor —le suplico—. Todos esos graves acontecimientos han sido los que me han mantenido alejado de ti durante todo este

tiempo. No fuiste una aventura ni jugué contigo —le dejo claro.

Isabella se toma unos segundos en silencio, creo que asimila la información que le he dado y valora, por cómo me mira a los ojos, si creerme o no.

—Vale, vamos a tu habitación —accede de golpe mientras que yo asiento y me encaja el cuerpo.

Subimos juntos en el ascensor y creo que ella se sorprende cuando ve que me alojo en una habitación normal. Mira la gran cama que preside la estancia y le ofrezco:

—Podemos salir a la terraza si estás más cómoda y sentarnos ahí para hablar.

—Sí, por favor —me indica de inmediato. La siento algo nerviosa.

Se hace un silencio entre nosotros. Isabella ha tomado asiento mientras que yo me paseo nervioso delante de ella. No sé por dónde empezar. Solo quiero que le quede claro que nunca la engañé ni jugué con ella.

—Me casé con Ginevra hace dos años. A los seis meses de nuestro matrimonio me di cuenta de que había sido el mayor error de mi vida —comienzo a revelarle mientras que Isabella me presta atención—. Ella se marchó y decidimos divorciarnos, hacíamos vidas separadas desde hace un año. Íbamos a firmar el divorcio la semana siguiente en la que tú y yo nos reencontramos. Ginevra tuvo un accidente de tráfico cuando venía para La Toscana y mi tía me llamó informándome de que la situación era muy grave. Aún era su marido y los médicos necesitaban hablar conmigo para decidir sobre su estado. Estaba en estado crítico. No tuve tiempo de contarte todo esto, me tuve que ir corriendo y por la gravedad de Ginevra, las operaciones a las que ha tenido que someterse y unos problemas con los viñedos me han mantenido muy ocupado. Isabella, quería contarte esto mirándote a los ojos. Necesito que me creas. Todo mi entorno y mi familia sabe que estaba separado de mi mujer, solo que no era de forma legal, no hacíamos una vida en común. Por eso no te dije nada, iba a firmar mi divorcio antes de que sucediese esto. Por ello Ginevra se trasladó a La Toscana. Al fin habíamos llegado a un acuerdo.

Siento a Isabella tomar una profunda bocanada de aire. Me

arrodillo delante de ella y cojo sus manos entre las mías.

—Necesito que me creas. No fuiste una noche pasajera en mi vida. No te he olvidado en todo este tiempo. Lo que vivimos juntos fue increíble. No tenía intenciones de dejarte como lo hice, todo lo contrario, quería más contigo, mi Isabella —confieso, desesperado. Tenerla tan cerca y sentirla tan distante me está rompiendo por la mitad.

—¿Cómo está tu mujer? —pregunta en un leve susurro, la siento preocupada.

—No es mi mujer. Hace tiempo que dejé de considerarla así. Ginevra está postrada en una cama de un hospital en coma, ya te lo he dicho. Si algún día despierta no soportará saber que nunca volverá a caminar. Era modelo profesional. Según los médicos no hay buen pronóstico para ella. No se espera que mejore ni un poquito.

—Lo siento mucho por ella —susurra.

—Y yo. Lo nuestro no funcionó, pero no le deseaba ningún mal. Menos, esto. Isabella, estoy aquí porque ya no puedo estar más tiempo sin ti. Necesitaba contarte qué me alejó de tu lado. Quiero que sepas que estoy dispuesto a que lo intentemos. Sé que no es fácil, pero también sé todo lo que vivimos y sentimos juntos esa noche, y estoy seguro de que tú tampoco lo has olvidado.

—Rocco, lo nuestro no es posible —murmura con pesar, emocionada.

—Isabella, puede funcionar. Estoy seguro. Sé que tú tienes tu trabajo en Milán y yo en mis viñedos, pero ya veremos cómo lo hacemos.

—Han pasado casi dos meses, Rocco —me recuerda y lo siento como un reproche.

—No quiero perderte, mi Isabella —le suplico.

—Nunca me has tenido. Solo pasamos una noche juntos —me recuerda.

—Fue una noche muy intensa. No he podido olvidarla. Todo lo que vivimos y me hiciste sentir fue mágico. Y tú lo sentiste también. No soy tonto —manifiesto con seguridad y ella se queda callada—. Sueño con volver a tenerte en mis brazos, besarte y hacerte mía —percibo que tiembla ante mis palabras y mi cercanía.

—Rocco, yo… —pronuncia con la voz quebrada.

—No digas nada. —Me apodero de sus labios y la beso como llevo tiempo deseándolo. Isabella intenta rechazarme al principio, pero luego cede, me corresponde y vuelvo a sentirla mía.

Capítulo 16

Isabella

—Rocco —susurro sobre sus labios y lo aparto de mí empujándolo en el pecho. Me levanto y él me sigue. Entro en la habitación, dispuesta a marcharme, pero me agarra con fuerza de la mano y hace que me gire y lo mire.

—No nos niegues esto, por favor. Sé que lo hice todo mal cuando me marché y te dejé sin explicación alguna. Y en este tiempo en el que no me puse en contacto contigo —reconoce y lo siento arrepentido—. Eres muy importante para mí, Isabella. Me he enamorado como un loco de ti —confiesa y siento que me mareo ante sus palabras.

—No puede ser, Rocco. Todo ha cambiado. Hay otro hombre en mi vida —revelo de golpe, siento que es el escudo que necesito para que se aleje de mí, y él me mira serio, impactado.

—¿Y te hace vibrar como yo? —pregunta atrayéndome a su cuerpo y estrechándome con fuerza contra él. Vuelve a besarme y me sobresalto cuando siento que hay alguien más en la habitación.

—Te dije que era una cualquiera que se acuesta con todos. Aquí tienes la prueba —escucho una voz de mujer que no reconozco al instante.

Lo primero que siento es la mirada de Piero sobre mí y me separo de inmediato de Rocco.

Chiara me mira sonriente y tengo ganas de cruzarle la cara y que desaparezca esa expresión de triunfo que tiene en ella. Pero en estos momentos Chiara no me importa, solo Piero. La decepción que leo en su mirada me rompe el alma en mil pedazos.

—No es lo que estás pensando. Te lo puedo explicar. —Me acerco a él y trato de que me escuche. No me mira, tiene los ojos clavados en Rocco.

—¿Estás con Piero? —pregunta Rocco algo descolocado.

Ambos hombres se miran con asombro, Chiara sonríe aún más y yo me siento como una cualquiera para los dos. No me importa lo que piense en esos momentos Rocco, ni le debo explicaciones. Piero es mi pareja. Me acerco más a él, temblando, y le susurro tratando de que me mire:

—Vámonos de aquí. Te explicaré todo.

—No creo que haya muchas más explicaciones de lo que he visto, Isabella. Estás en la habitación de un hotel con Rocco, os estabais besando y si llego cinco minutos más tarde os pillo en la cama —me acusa sin piedad. Entiendo lo herido y confuso que está, pero necesito sacarlo del error.

Piero nos mira a Rocco y a mí con desprecio, se da media vuelta y comienza a marcharse. Lo tomo por el brazo con fuerza y le suplico:

—Escúchame.

—Déjame, Isabella. En estos momentos necesito estar solo —grita fuera de sí. Se aparta de mi lado y se marcha a grandes zancadas mientras siento que lo he perdido.

Me giro y aprecio que Chiara aún sigue ahí, una rabia incontenida se apodera de mí y le espeto:

—¡Vete, maldita bruja! —La agarro del brazo con fuerza y la echo de la habitación sin contemplaciones. Cierro la puerta y luego me derrumbo en el suelo llorando, bajo la atenta mirada de Rocco, que no entiende nada. Se acerca a mí, me atrae hacia sus brazos y me consuela en silencio, sin hacer preguntas. Así permanecemos un buen rato sentados en el suelo. Hasta que me siento con las fuerzas suficientes para explicarle:

—Comencé a salir con Piero tras tu marcha, y estamos juntos desde entonces.

—¿Te refugiaste en él? —inquiere con el ceño fruncido.

—El hecho de que no me haya ido tras Piero no quiere decir que te haya elegido a ti —le explico—. Hablaré con él cuando esté más calmado. Rocco, me he enamorado de Piero —le confieso, y siento rabia al hacerlo porque no se lo he dicho aún a él, sin embargo, creo que ya es suficiente de mentiras y de malentendidos. Rocco se merece saber la verdad. No quiero crearle ningún tipo de

esperanzas.

Rocco me mira en silencio, siento que traga con dificultad y toma una bocanada de aire mientras lo observo con lágrimas en los ojos.

—¿Estás segura? —susurra mientras siento que le tiembla la voz.

—Muy segura. Piero es el hombre que siempre deseé en mi vida.

—¿Y qué sientes por mí? Te acabo de besar, Isabella. No te soy indiferente —manifiesta muy seguro de sí mismo.

—Eres un hombre muy atractivo, le gustas a todas las mujeres, y si no hubiese aparecido Piero igual me hubiese enamorado de ti, pero Piero lo cambió todo entre nosotros —le explico con culpa y no sé ni por qué la siento, puede que porque sepa que le estoy haciendo daño.

—¿No puedo hacerte cambiar de opinión? —pregunta, esperanzado.

—No —contesto, segura de ello.

—¿Y si Piero no te cree? —inquiere, serio—. ¿Y si no volvéis a estar juntos? —plantea.

Chasqueo la lengua y le indico:

—En estos momentos no podría estar con nadie más. Rocco, siento ser tan clara, pero es lo mejor. No tienes nada que hacer conmigo. Lo más sensato es que te vuelvas a La Toscana y te olvides de mí.

Rocco suspira, se pasea las manos por el pelo, agobiado, y se abraza a mí.

—Me acabas de romper el corazón, Isabella. Y quiero que sepas que eres la primera mujer que lo hace —revela.

—Lo siento. —Le acaricio el rostro mirándolo a los ojos con culpa y pena.

—Siempre te voy a querer. Si algún día cambias de opinión o te sientes preparada para amarme, no dudes en buscarme —me ofrece con el corazón en la mano y no puedo dejar de sentir pena por él.

—Eres un gran hombre, Rocco Santoro. Te mereces a una mujer que te ame con todo su corazón. Siempre te voy a querer.

Me abrazo a él, así permanecemos un rato, despidiéndonos, y salgo de su habitación con lágrimas en los ojos, sintiéndome la peor persona del mundo porque le acabo de romper el corazón a dos

hombres a la misma vez.

Capítulo 17

Piero

Llevo más de cinco horas sentado en la terraza de mi habitación con la vista clavada en ningún lado, pensando cómo Isabella ha podido engañarme de esa forma con Rocco. Mi teléfono ha sonado mil veces, tengo otros tantos mensajes, todos de ella, no he contestado a ninguno. Al fin dejo de escucharlo, debe de haberse quedado sin batería.

Me siento roto y que han jugado conmigo, la sensación de vacío que tengo en mi interior es lo más desagradable que he experimentado en mi vida. Puede decirse que soy una persona con suerte porque nunca he perdido a un ser querido ni me habían roto el corazón, no sabía de ese dolor que te parte por la mitad y te sientes muerto en vida. Lo estoy viviendo en estos momentos y no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Maldigo una y mil veces a Isabella. Haberme enamorado como lo he hecho, haberle entregado mi corazón y mi alma para que se burlase de mí. Desde que le confesé que estaba enamorado vivo expectante a diario esperando el día en el que me confiese que ella también se ha enamorado de mí. Solo me dijo que me quiere, pero eso no es suficiente, con ella siempre deseo más. Ahora entiendo la razón. Para Isabella solo he sido un entretenimiento, simplemente se lo ha pasado bien.

Tengo un vaso de licor entre mis manos, es el segundo que me bebo y le doy vueltas al líquido ambarino sumido en mis pensamientos y en mi dolor. No sé qué hacer con mi vida en estos momentos. Siento que sin ella no soy nada, y esto me produce una rabia incontenida que no sé dominar.

De repente percibo la presencia de alguien en la entrada de mi terraza, y una voz me dice:

—Me tenías preocupada. Solo quería saber si estabas bien.

La miro con desprecio y hago como si fuese invisible.

—Vete, Isabella —la echo con pasmosa tranquilidad, con la mirada al frente. No quiero mostrarle el más mínimo interés ni que vea lo roto que me ha dejado.

—Tenemos que hablar —susurra acercándose a mi lado. Tiene el atrevimiento de sentarse en el sillón que tengo más cerca y se queda en silencio unos segundos mientras me mira.

—Si has venido a dejarme puedes ahorrártelo. Te aseguro que vi lo suficiente como para dar por terminada nuestra relación para siempre.

—Piero, no me voy a marchar hasta que me escuches. Luego, si decides que no volvamos a vernos lo entenderé —manifiesta de forma paciente.

Doy un gran suspiro, la miro y le indico con desgana:

—Habla si así tu conciencia se queda más tranquilas y te vas cuanto antes.

—Rocco y yo pasamos la noche juntos el día de la fiesta del Minerva —revela. Lo ignoraba—. Yo era una mujer soltera y hasta donde pensé, él también. Entre nosotros surgió una atracción que no pudimos evitar. Como dicen Melissa y Nicole, Rocco y yo teníamos una historia pendiente desde el colegio. No te voy a negar que pasamos un día juntos maravilloso, y me hice ilusiones con él, con algo en un futuro. Pero Rocco se marchó al día siguiente sin explicaciones, solo me dijo que le había surgido un problema en La Toscana que tenía que solucionar. Lo creí. Luego me enteré de que estaba casado y me sentí traicionada y engañada de nuevo. No te lo he contado, pero rompí con mi ex, con el que estuve dos años porque lo pillé en la cama con otra mujer. Tras lo de Rocco me dije que pasaría mucho tiempo hasta que volviese a confiar en ningún otro hombre. Y apareciste tú. En un principio intenté no hacerte caso, pero ahí estabas cuando menos lo esperaba y conseguías sorprenderme. Me fuiste ganando poco a poco, casi sin querer, Piero Valente.

—Ya —murmuro sin creer en sus palabras.

—Necesito que sepas que no he sabido nada de Rocco Santoro desde aquel día que se marchó de Milán sin darme ninguna

explicación de por qué lo hacía. Nunca me llamó ni me envió ni siquiera un mensaje en estos meses. Supuse que solo fui una aventura para él, y lo olvidé porque tú te encargaste de ello. Rocco me interceptó este mediodía en la puerta del hotel cuando subía a tu habitación como habíamos quedado. Por casualidades de la vida se aloja en este mismo lugar. Me pidió que hablásemos, le eché en cara que me engañó porque era un hombre casado y al verme tan alterada me propuso que subiésemos a su habitación para explicarme todo. Estábamos montando un numerito en la puerta y no quería que tú nos vieses y sacases conclusiones erróneas, pero al parecer ha sido peor —explica, nerviosa, retorciéndose las manos.

—¿Te has acostado con él? —pregunto de golpe y consigo que se sienta ofendida solo por cómo me está mirando.

—¡No! —grita alto y claro—. Rocco y yo aclaramos todo en la terraza de su habitación. Me sentía incómoda hasta hablando con él y una cama de por medio. Me explicó que estaba a punto de firmar el divorcio. Llevaba más de un año separado de su mujer.

—Y tú lo creíste —susurro en tono amargo.

—Sí, lo creí porque nadie jugaría con la vida de una persona así —defiende—. Su esposa sufrió un grave accidente, esa fue la causa por la que se marchó tan rápido sin darme explicaciones. Ella estaba entre la vida y la muerte. Ha quedado paralítica y se encuentra en coma en un hospital. Esa fue la razón por la que no supe nada de él en todo este tiempo —me explica con paciencia—. Desde que estuvimos juntos por primera vez no ha habido nadie más. Piero, no te he engañado ni con el pensamiento —revela.

—No seas cínica —bramo levantándome de mi asiento—. Os sorprendí besándoos en una habitación de un hotel. ¿A eso no lo consideras engañarme? —le espeto furioso y alterado. Me paseo ante ella, incómodo.

—Rocco me besó. Trataba de convencerme de que entre nosotros podría haber algo. Le confesé que había otro hombre en mi vida —revela.

—No lo rechazaste. Cuando entré y os vi él no te forzaba. Le respondías al beso —le reprocho, alterado.

—Sí, es cierto —admite. La miro y me quedo en silencio.

—¿Es todo? —inquiero en tono irónico. No quiero seguir escuchándola—. Puedes marcharte con Rocco. Ahora ya sabes que no te engañó y ha vuelto por ti. Como tú bien has dicho, tenéis algo pendiente.

—Soy una mujer con la capacidad suficiente de elegir lo que quiero sin que nadie me arroje a ello —alza la voz, molesta, mirándome de forma desafiante.

—No entiendo qué haces aquí dándome explicaciones. No tienes que quedar bien conmigo, Isabella. Vete con Rocco —pronuncio con tono amargo. Me doy la vuelta y me quedo en silencio.

—Besé a Rocco para comprobar que realmente ya no sentía nada por él. No te voy a negar que lo que vivimos fue muy intenso. Y sí, le dije que lo nuestro no es posible. No porque le guarde ningún tipo de rencor porque en este tiempo se olvidase de mí, sino porque me había enamorado y ya lo nuestro quedó en el pasado.

Me giro de golpe y le sostengo la mirada. Así pasamos unos largos segundos hasta que se aclara la garganta y confiesa temblándole la voz y con los ojos húmedos de emoción:

—Me he enamorado loca y perdidamente de ti, Piero Valente. Rocco Santoro ya no tiene cabida en mi vida. Y ahora puedes creerme o no, pero te aseguro que no me iré corriendo a los brazos de Rocco si me rechazas, porque yo solo quiero tus besos, tu cuerpo y todo tú. Te amo.

Capítulo 18

Isabella

Siento que mi respiración se agita, cierro ambos puños con fuerza y también los ojos mientras parada frente a él me tiemblan las piernas y noto cómo mi corazón bombea con demasiada intensidad. Estoy muerta de miedo. Creo que no he tenido tanto desde que mis padres murieron y me quedé sola.

Cuando comprendo que mis palabras no van a causar ningún tipo de reacción en Piero decido marcharme. Sé que he perdido esta batalla.

—Entiendo que necesites tiempo para asimilar todo lo que ha pasado. Si en algún momento puedes perdonarme y me crees, te estaré esperando. No podré arrancarte de mi corazón con facilidad —le confieso antes de dejarlo solo.

Me doy media vuelta y comienzo a poner un pie fuera de la terraza. Varias lágrimas recorren mis mejillas y no deseo que Piero me vea llorar. No quiero darle pena.

De repente, siento que me toma por los hombros y me abraza con fuerza, hundiendo su rostro en mi cuello. Solloza sobre este y ambos dejamos correr las lágrimas. Luego me mira a los ojos, nos observamos en silencio y me pregunta con la voz quebrada:

—¿De verdad me amas?

—Tú me besaste de una manera única. No solo fue mi piel. Me llegaste al alma y te quedaste ahí para siempre. Me enamoré de ti sin darme cuenta. Te amo, Piero Valente. Además, en la caja que te entregué ayer y te dije que abriríamos hoy en el almuerzo con motivo de llevar juntos dos meses tienes la prueba. No te miento. Te la di antes de que sucediese todo esto —le recuerdo.

Piero frunce el ceño y desvía la mirada hacia la caja que dejé encima de la mesita de noche y le prohibí tocarla hasta hoy.

—No la he abierto —susurra. Asiento al verla en la distancia intacta.

—Puedes comprobarlo —lo animo a que vaya y descubra lo que hay dentro.

Piero se dirige hacia la caja bajo mi atenta mirada. Se sienta en la cama, me quedo a una distancia prudente observándolo y espero que lea el mensaje que se encuentra en el interior. Es el regalo más especial que le he hecho a alguien en mi vida.

Piero comienza a leer en voz alta:

Es la primera vez que me atrevo a dar el paso. Siento que solo podía ser contigo porque te amo. Tienes el don de hacerme sentir tan segura en tus brazos que me da hasta miedo, pero te necesito a mi lado día y noche. ¿Te atreves a dejar este hotel y a venirte a vivir conmigo a mi casa? No te lo propongo por una temporada, quiero un para siempre. No me conformaría con menos.

Isabella.

Alza su mirada y sus ojos buscan los míos. Le tiemblan las manos, y a mi todo el cuerpo.

—¿Esto? —pregunta, confuso, con la nota en su mano.

—Es una declaración de amor y la meditación más profunda, sincera y segura que le he hecho a alguien en mi vida. Nunca he compartido mi casa con nadie, mi espacio personal. La casa donde viví con mis padres y tengo los mejores recuerdos de mi vida. Llevaba unos días con la idea en mente, y me pareció un buen regalo al hacer dos meses juntos. Supongo que igual no llega en el momento adecuado. Lo siento, Piero. Siento muchísimo todo lo que ha pasado, que me hayas visto con Rocco y estemos sufriendo los dos de esta forma.

Deja caer la nota encima de la cama, da dos grandes zancadas hacia mí, me toma por la cintura con fuerza y me atrae hacia su cuerpo.

—Repítelo de nuevo, por favor —me suplica con la voz quebrada.

—Te amo, Piero Valente. Estoy enamorada de ti y deseo que vivamos juntos. Eres esa persona que quiero que me acompañe en

el camino, que me abrace en las noches que tenga frío, que me proteja de mis propios miedos, que me escuche cuando necesite consejos y me sonría para aportarme luz en mis días grises.

Piero me estrecha más fuerte en sus brazos y susurra:

—Te amo. Eres la mujer de mi vida. Acepto. Lo quiero todo contigo. —Me sonríe, varias lágrimas anegan mis ojos y Piero me besa con pasión.

Le correspondo con ganas, entusiasmo y desesperación. He estado a punto de perderlo y sentirlo así de entregado y que todo entre nosotros se haya arreglado me parece un sueño.

—Soy tuya, Piero. Solo tuya —murmuro sobre sus labios cuando ambos caemos sobre la cama.

Él me abraza y me besa el cuello. Enredo mis dedos en su pelo y lo atraigo más hacia mí.

—Olvidemos todo, por favor —me suplica.

Me aferro a él, lo beso con pasión y comenzamos a desnudarnos con prisa. Hacemos el amor y siento que todo es diferente entre nosotros. Con más sentimiento, más pasional y más amor. Ha sido nuestra primera discusión y no puedo sentirme más satisfecha en todos los sentidos cómo la hemos resuelto y ha terminado.

Duermo el resto de la noche aferrada a Piero. Me despierto al amanecer soñando que se ha ido y me ha dejado. Me sobresalto sentándome de golpe en la cama, pero cuando lo veo desnudo a mi lado todo mi mundo vuelve a encajar.

—¿Estás bien? —pregunta Piero, somnoliento.

—Sí —susurro aferrándome con fuerza a su pecho. Él debe de percibir mi miedo y me acaricia la espalda—. Sentirme tan segura en tus brazos me da miedo —revelo mirándolo a los ojos sin dejar de abrazarlo.

—Siempre voy a estar contigo, Isabella. Si te pierdo me muero. Aunque en estos momentos también me muero de hambre —bromea y hace que le dé un ligero codazo, terminemos rodando por la cama, abrazados, y así salgamos en dirección a darnos una ducha juntos.

Mientras nos vestimos Piero me informa:

—Hoy tengo dos reuniones muy importantes, pero esta misma

noche haré mis maletas y me mudaré a tu casa.

—Puedo ayudarte a llevar tus cosas —me ofrezco, sonriente y feliz.

—Prefiero que me recibas.

—Bien. Te haré hueco en mi armario y cocinaré esta noche como cena de bienvenida, pero no te acostumbres. La cocina no es lo mío —le advierto.

Piero y yo bajamos a desayunar al restaurante del hotel y no puedo evitar despedirme de este lugar. En estos dos meses juntos he llegado a conocer a todo el personal y estoy segura de que de vez en cuando nos pasaremos a tomar algo para saludarlos.

Cuando nos sirven el café en la mesa el camarero nos da los buenos días y Piero le dice:

—Eddy, hoy es nuestro último día en este hotel.

—¿Ya terminó su trabajo, señor? —pregunta.

—No, pero me hicieron una propuesta que no pude rechazar. ¿Sabes? Es para toda la vida —comenta al mismo tiempo que me sonríe feliz y me guiña un ojo.

–Vaya, entonces entiendo que se marche. Es muy difícil encontrar una estabilidad en esta vida —añade el camarero.

—Yo he tenido mucha suerte. —Sigue sonriéndome.

—Espero verlo algún día de nuevo por aquí.

—No me voy muy lejos, Eddy. Me quedo en Milán.

—Oh, qué alegría, señor. ¿Algún problema en el hotel? —inquiere el hombre con discreción.

—Ninguno, solo que la mujer de mi vida me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos y he aceptado —comenta y verlo tan emocionado y feliz me hace que el corazón me dé un vuelco por completo.

Piero se lleva mi mano a los labios y la besa bajo la atenta mirada de Eddy que nos sonríe.

Terminamos de desayunar y cuando nos disponemos a abandonar la mesa, Piero me ha tomado de la mano, nos topamos de frente con Rocco. De pronto me tenso y no sé qué hacer. Él se nos queda mirando y me siento mal por la pena que leo en los ojos de Rocco.

Piero se encarga de tomar el control de la situación, no podemos

evitar a Rocco. Nos acercamos a él, no me suelta la mano y lo saluda de forma educada.

—Rocco.

—Piero, Isabella —pronuncia mirándonos a los dos. Y fija la vista en nuestras manos unidas. Se hace un silencio y Rocco pronuncia—: Hazla feliz, Valente. Tienes mucha suerte.

—Soy consciente de ello —reconoce Piero mientras mi corazón late con fuerza por estos dos grandes hombres.

—Isabella, te deseo lo mejor. —Me extiende la mano, se la tomo y luego lo hace con Piero.

Vivimos un momento tenso, pero lo salvamos como personas educadas. Piero y yo salimos del restaurante y cuando él me da un beso de despedida me indica:

—Si crees que tienes algo que hablar con Rocco sin que esté presente lo entendería.

—Entre Rocco y yo está todo dicho. —Me abrazo a Piero y le doy un beso—. Te espero en casa esta noche —le susurro al oído—. Comienza nuestra nueva vida juntos, mi amor.

Capítulo 19

Piero

Las dos reuniones que tenía hoy se me hacen eternas. Miro el reloj mil veces y siento que el tiempo no avanza. Cuando llego al hotel recojo todas mis cosas y me marcho de la *suite* en la que he vivido algunos meses sintiéndome el hombre más feliz de la tierra. Solo hace dos meses que me reencontré con Isabella, nos conocíamos desde pequeños, pero en este tiempo que estamos juntos tengo la sensación de que llevamos años.

Me marcho del hotel y cuando llego a casa de Isabella con todas mis cosas cierta sensación de vértigo me embarga. A mis treinta y dos años nunca he convivido en pareja con ninguna mujer. No había sentido el impulso de dar el paso con nadie, pero con Isabella lo sentí desde el mismo instante en el que admití que me había enamorado de ella. No me atrevía a pedirle que viviésemos juntos por temor a que ella considerase que llevábamos poco tiempo, pero cuando me lo propuso supe que ambos deseamos lo mismo en esta relación y estamos dispuestos a dar por igual.

Isabella me recibe con un vestido lencero transparente muy sexy en tono rosa palo ajustado a su cuerpo. La ropa interior es del mismo tono y cuando fijo mis ojos en ella trago con dificultad. No esperaba este recibimiento tan sensual.

—Bienvenido, señor Valente. —Me hace pasar, cierra la puerta y me besa con pasión.

La atrapo entre mis brazos, la alzo en ellos y camino con ella unos pasos, adentrándonos en el salón sin dejar de besarnos.

—Esto sí que es un buen recibimiento —comento con la mirada clavada en una suculenta mesa repleta de comida, con flores y velas encendidas. Luego le acaricio a Isabella sus curvas a través del vestido sintiendo que es mía por completo.

—Hoy es nuestra noche. El principio de una vida juntos —susurra ella sobre mis labios mientras mantiene las manos entrelazadas en mi nuca.

—Estoy deseando vivirlo todo contigo. Te amo, Isabella Morelli.

—Y yo.

—¿Y si comenzamos por el final? —le propongo y ella me mira con el ceño fruncido.

La llevo hasta el sofá y comienzo a deshacerme de su ropa mientras la beso. Ella gime sobre mis labios, sonríe al mismo tiempo y murmura:

—Creo que es una idea increíble. Me has hecho arder cuando has entrado en esta casa solo con la mirada que me has dirigido.

***

Un mes después

La convivencia con Isabella ha superado, con creces, todas las expectativas. Vivir con ella es lo mejor que me ha pasado en mi vida. Tras un día duro de trabajo saber que este terminará con ella entre mis brazos en la cama lo compensa todo.

No nos vemos todo lo que deseamos por culpa de nuestros trabajos, pero solo nos queda una semana para marcharnos de vacaciones diez días y estamos supercontentos. Yo me he encargado del viaje, primero iremos a Cerdeña. Quiero que mi familia conozca a la mujer que amo, y luego pasaremos una semana los dos solos en Malta. Es un destino al que ninguno hemos ido antes y estamos de acuerdo en descubrir un país juntos.

Estoy en casa trabajando en el ordenador cuando me suena el teléfono y es Nicole, la prima de Isabella. Hace quince días que regresó de vacaciones y tenemos pendiente quedar un día con ella, pero no hemos encontrado el hueco. Estoy seguro de que me llama para echarme la bronca.

—Piero —la escucho agitada—. Me han llamado del hospital. Isabella se ha desmayado durante la visita turística.

—¡¿Está bien?! —pregunto, alarmado, poniéndome en pie y

disponiéndome a salir de casa.

—Al parecer ha sido un golpe de calor, pero al desmayarse se ha golpeado la cabeza, por ello la han llevado allí.

—¡Joder! —maldigo, asustado.

—Nos vemos en la puerta de tu casa, voy por la calle caminando para allá.

—Sí. Estoy bajando y cojo el coche.

Conduzco con rapidez por las calles de Milán hasta llegar al hospital. Siento a Nicole sentada a mi lado en tensión y percibo cómo se agarra con fuerza a la puerta, pero no dice nada.

El novio de Nicole nos recibe en cuanto ponemos un pie en la entrada.

—Le están haciendo algunas pruebas. La he visto y está bien. Solo queremos quedarnos tranquilos —nos intenta calmar Adriano. Nos indica que tenemos que esperar. Él se marcha, Nicole toma asiento en la sala de espera y yo me paseo intranquilo y nervioso revolviéndome el pelo.

—Le digo que trabaja demasiado —comento con rabia. Solo de pensar que le pueda pasar algo a Isabella me aterro.

—Va a estar bien, Piero. —Nicole me toma del brazo y me obliga a que me siente junto a ella.

Estamos ahí esperando más de una hora. Estoy de los nervios, nunca en mi vida he sentido una agonía ni impotencia tan grande. Solo quiero saber cómo está la mujer que amo.

Adriano aparece y nos comunica que han llevado a Isabella a una habitación tras las pruebas. Quieren dejarla en observación veinticuatro horas tras el golpe sufrido. El novio de Nicole también nos informa de que ya le han hecho todas las pruebas necesarias para saber que está bien y tendremos los resultados en unas horas.

Nicole y yo vamos a ver a Isabella. Cuando entro en la habitación del hospital y la veo en la cama el corazón se me rompe por la mitad. No quiero que le pase nada. Me abrazo a ella, la beso y le acaricio el rostro. Nicole también se abraza a su prima y le pregunta:

—¿Qué pasó?

—De repente sentí que se me nublaba la vista y el cuerpo se me desplomó. No recuerdo nada más. Cuando abrí los ojos ya estaba el

personal médico de la ambulancia atendiéndome, pero ya me encuentro bien. Creo que fue debido al calor —argumenta Isabella.

—Al calor y al cansancio. Llevas todo el verano trabajando sin parar con estas altas temperaturas —le regaña Nicole y yo estoy completamente de acuerdo.

—Tu prima lleva razón —susurro con la mirada clavada en Isabella mientras la tengo tomada de la mano.

—Tú también trabajas mucho —contraataca.

—Pero yo lo hago sentado y con aire acondicionado la mayor parte del tiempo —le recuerdo con paciencia. No quiero enfadarme con ella.

Isabella suspira, mirándonos a Nicole y a mí, sabiendo que tiene esta batalla perdida con nosotros dos.

Nicole sale un momento en busca de Adriano y cuando nos quedamos a solas le suplico a Isabella:

—Ven aquí, abrázame tan fuerte que duela. ¡Qué miedo he pasado!

Ella se aferra a mis brazos y así, en silencio, permanecemos un buen rato.

Adriano y Nicole nos interrumpen, traen una suculenta bandeja con comida.

—Los médicos dicen que puedes comer. A reponer fuerzas —dice Nicole.

Yo la miro con un gesto de agradecimiento. Observo a Isabella comer con ganas y doy gracias porque esté bien.

Al cabo de una hora y media una doctora aparece en la habitación y anuncia con gesto serio:

—Ya tenemos los resultados de las pruebas que te hemos realizado y sabemos el porqué de tu desmayo.

Capítulo 20

Isabella

—¡¿Qué tengo?! —pregunto muy asustada. Voy poco al médico y casi nunca me pongo mala. Es la primera vez que estoy en la cama de un hospital y la sensación que experimenté cuando me desplomé en el suelo me tiene muy agobiada. Estoy segura de que tengo algo y no fue un simple golpe de calor.

—¿No te has sentido nada antes del desmayo? —pregunta la doctora. Piero está junto a mí y siento que traga con dificultad a la misma vez que me mira.

—No —respondo con miedo.

—Bien, pues a partir de ahora vas a tener que cuidarte —manifiesta la doctora—. Estás embarazada, Isabella.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa, miro a Piero y niego con la cabeza. No sabía nada. En los últimos meses mi vida ha sido un no parar y … ¡¿cómo no he reparado en que llevo meses sin la regla?! Me reprocho—. Un hijo —pronuncio muy despacio.

—Sí. Estás embarazada de unos tres meses.

—No… nosotros no lo habíamos planeado —susurro con verdadero pánico en mi voz mirando a Piero.

Él me sonríe, me toma de la mano con fuerza y la lleva a sus labios. Luego me besa.

—No lo habíamos planeado, pero ha sucedido —pronuncia con emoción en su voz—. Vamos a ser padres.

Piero me abraza mientras que yo asimilo la noticia.

—Isabella —nos interrumpe la doctora—, todo está bien. Presentas un embarazo normal. Solo debes cuidarte como cualquier mujer en tu estado.

—Tranquila, doctora. Yo me encargo —le indica Piero.

La doctora se marcha, nos quedamos solos y cuando miro a Piero varias lágrimas ruedan por mis mejillas sin poder controlarlas.

—No estaba preparada para esta noticia —lloriqueo, me siento muy agobiada. A mis treinta y dos años nunca me había planteado ser madre, de hecho, aún no quiero serlo.

—No lo habíamos planeado, no hemos hablado de hijos, pero ha sucedido —manifiesta Piero con tranquilidad y mirándome con una sonrisa—. Es una noticia bonita. Vamos a ser padres.

—¡Yo no sé nada de niños! ¡Ni siquiera he deseado ser madre! —susurro con miedo, me siento tan agobiada que solo puedo llorar.

Piero me estrecha en sus brazos y me brinda todo su apoyo.

—Yo tampoco sé nada de bebés, pero aprenderemos.

—¡No entiendo cómo ha sucedido! ¡Nos cuidamos siempre! —exclamo buscando una explicación.

—Bueno, ¿te acuerdas aquella vez que me dijiste que no estabas en tus días fértiles? —dice Piero y yo cierro los ojos. Después de ello comencé a tomarme la píldora.

—¡Joder! Fue la única vez que lo hicimos sin nada —maldigo llevándome las manos a la cabeza.

—No pasa nada, mi amor. No lo planeamos, pero vamos a ser unos padres estupendos. Aprenderemos. —Piero me abraza de nuevo mientras que yo siento cómo todo mi mundo se ha derrumbado por completo con esta inesperada noticia que me ha caído como un jarro de agua helada.

—¡Un bebé! —suspiro, y por primera vez me llevo las manos al vientre, bajo la atenta mirada de Piero, y tomo consciencia que dentro de mí se está formando una vida.

—Voy a cuidarte mucho —susurra Piero en mi oído y luego me besa el cabello.

—Nuestras vidas van a dar un giro de ciento ochenta grados —lloriqueo.

—Nos adaptaremos.

—Piero —murmuro abrazándome a su pecho. Estoy temblando.

Él me frota la espalda y me hace sentir que va a estar ahí siempre.

Nicole y Adriano tocan a la puerta y cuando pasan se nos quedan mirando a mí y a Piero. Creo que mi prima piensa que tengo una grave enfermedad. Mis ojos están llorosos y una gran tristeza me

embarga.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta Nicole con la voz cortada.

A mí no me salen ni las palabras. No sé cómo darle esta noticia.

—Vamos a ser padres —anuncia Piero, sonriente y feliz. Lo miro y envidio que se sienta así.

—¡¿Cómo?! —inquiere mi prima con los ojos muy abiertos.

—En unos meses serás tía —le confirmo a Nicole. Se lleva las manos a la boca, con sorpresa, y corre para abrazarme. Luego me mira y pregunta:

—¿Eso fue el motivo de tu desmayo?

—Sí. Estoy bien. Solo estoy embarazada —pronuncio como si fuese una sentencia.

—Isabella, ha sido una sorpresa, pero es algo muy bonito. Un hijo —intenta animarme mi prima. Pero es que a mí nunca me han gustado los niños. Ella los ama y desea ser madre pronto.

—Tengo que hacerme a la idea. Era algo que no esperaba ni por asomo. —Puede que parezca tonta, pero no sospechaba lo más mínimo que podría estar embarazada.

Miro a Piero abrazándose a Adriano que le da la enhorabuena y siento envidia de lo bien que se ha tomado la noticia. En parte también siento como si lo hubiese engañado, fui yo la que le dije que no estaba en mis días fértiles y no había riesgo. No sé… igual me confundí. Lo cierto es que ya no hay marcha atrás. Vamos a tener un bebé.

—Nos podemos marchar a casa. Solo necesita los cuidados de una embarazada. El resto está todo bien —les comenta Piero a mi prima y Adriano.

—Giovanni y Melissa querían venir a verte, le conté lo que te sucedió. Entonces mejor los aviso y les digo que vayan a casa.

—Por ahora necesito estar sola y asimilar la noticia —le ruego a mi prima. Solo deseo paz y tiempo para hacerme a la idea de esto que me está pasando.

—Vale —susurra mi prima. Nicole sabe que cuando una situación me supera necesito espacio, sin que me agobien los demás.

Entre mi prima y Piero me ayudan a vestirme para marcharme del hospital. El trayecto hasta casa lo hago en silencio mientras Piero

conduce. Cuando entramos en nuestro hogar Piero me sorprende cargándome en sus brazos y llevándome hasta la cama.

—Voy a cuidarte, y a nuestro bebé. Te amo. Sé que necesitas tiempo, pero va a estar todo bien —susurra en mi oído. Lo abrazo con fuerza y me refugio en su pecho.

—Gracias.

—No me las des, soy la otra parte de todo esto.

—¿No te sientes engañado? —pregunto con miedo.

Piero me deposita en la cama, se arrodilla a mi lado y me dedica una sonrisa tan sincera que me rompe en dos. ¿Cómo puede ser tan perfecto?

—Esto depende de dos, Isabella. Y siempre he sido de los que asumen las consecuencias, aunque no me gusta pensar en mi hijo como una consecuencia, más bien en lo bonito que es que venga a formar parte de nuestras vidas.

—Eres increíble, Piero Valente. Por eso te amo tanto. —Me abrazo a él y lo beso sintiéndome segura.

—Y yo te amo más. Lo eres todo para mí, Isabella. Mi mujer, la madre de mi hijo y la persona en la que más confío y siento el mayor apoyo.

Capítulo 21

Piero

Isabella se queda dormida en mis brazos mientras me siento el hombre más afortunado sobre la tierra. No esperaba ser padre tan pronto en esta relación, ni lo habíamos hablado, pero Isabella tiene el don de hacer que todo lo que sea con ella lo tome por bien recibido. Estoy ilusionado con ser padre. Llevo la mano hasta su vientre y lo acaricio con suavidad sintiendo una gran emoción que no he experimentado antes. Dicen que las cosas bonitas e importantes llegan cuando menos lo esperas, y esta es una de ellas. La mejor de toda mi vida. Voy a cuidar de mi hijo y de mi mujer el resto de mis días. Son lo más grande que tengo y por ambos daría todo lo que tengo.

Pienso en nuestro futuro juntos, y lo primero que tiene que cambiar Isabella es su trabajo. Está embarazada y no puede estar haciendo visitas guiadas de horas y horas en pie y caminando durante el día. Por suerte, el tema económico no es un problema para mí. Gano muchísimo dinero y no es necesario que ella trabaje, aunque también sé que es la clase de mujer que no puede estar sin hacer nada.

Cuando Isabella abre los ojos le sonrío y le acaricio la mejilla.

—¿Cómo te sientes? —pregunto preocupado por ella y por cómo lleva la noticia que acabamos de recibir.

—Espero que no seas la clase de pareja que se lleva todo el día preguntando por mi estado o se cree que por estar embarazada estoy enferma —me reprime algo crispada.

—¿Las hormonas, cariño? —bromeo ante su tono de enfado—. Te advierto que tengo muchísima paciencia —le susurro al oído de forma cariñosa.

Al fin le saco una sonrisa a la mujer que amo y ella susurra en mi

cuello:

—La vas a necesitar. No estoy preparada para todos los cambios que va a sufrir mi cuerpo y mi vida.

—Estaré ahí para ayudarte. Te amo, Isabella.

—Y yo Piero Valente. No sé qué haría sin ti.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —me intereso.

—No lo sé, supongo que tengo que asimilar que vamos a ser padres y todo va a cambiar.

—¿Y si lo asimilamos juntos adelantando nuestras vacaciones? —propongo de golpe. Isabella me mira con el ceño fruncido—. Estás embarazada —le recuerdo—, y tienes que tener en cuenta lo que te ha sucedido hoy. No puedes caminar tanto y pasar calor. Además, el médico te ha dado la baja —le informo, ella lo desconocía hasta el momento—. Va a pasar un largo tiempo hasta que vuelvas a hacer rutas guiadas. Puedes dedicarte de lleno a estudiar —le propongo.

Isabella me mira seria y pensativa. Se lleva las manos a la cara y dice:

—Acepto, vámonos. Necesito aire y cambiar de ambiente.

Sonrío satisfecho, nunca pensé que fuese tan fácil convencerla. Le doy un beso en los labios y abro el ordenador.

—¿Qué te parece si vamos a la costa Amalfitana? Positano —lanzo y descubro un brillo en los ojos de Isabella—. Descansamos juntos unos días ahí y luego retomamos las vacaciones que teníamos pensadas. Visitamos a mi familia en Cerdeña, le damos la gran noticia y luego seguimos hacia Malta. ¿Qué me dices?

Se queda en silencio, sonríe, se lanza a mis brazos y me besa con pasión.

—Eres increíble.

—Voy a cuidaros el resto de mi vida. —La beso y luego le beso el vientre. Isabella lleva una mano hacia mi pelo y la enreda ahí. Alzo mi mirada hacia ella y la siento emocionada.

—No he tenido la mejor reacción del mundo —susurra con pena.

—Serás la mejor madre del mundo. No me cabe la menor duda.

—Me aterra no serlo —revela, puedo sentir su miedo.

—No estarás sola. Es algo de dos.

—Gracias. Siento que esto solo podía ser contigo.

Comenzamos a hacer las maletas entusiasmados y ponemos rumbo al día siguiente hacia nuestro destino. Antes de partir desayunamos con los amigos de Isabella y todos nos felicitan.

Hoy siento a Isabella un poco más animada. Creo que necesita tiempo para adaptarse a la situación. Hacemos el trayecto en avión hasta el aeropuerto de Salermo y de ahí nos trasladamos a Positano. Sorprendo a Isabella alojándonos en una lujosa villa con unas increíbles vistas al mar.

—Piero, esto es maravilloso. Debe de costar muchísimo dinero —comenta admirando todo.

—Me lo puedo permitir, Isabella. Gano bastante dinero, aparte, en todos estos años he trabajado mucho y gastado muy poco en mí mismo. El único capricho que me di fue mi coche y mi apartamento en Roma, en el cual vive en estos momentos mi hermana pequeña.

—Hablando de dónde vivir… Me gustaría que continuásemos en mi casa —plantea con cierto temor.

—Me parece bien. Es grande, tiene luz y una buena terraza. Vamos a estar cómodos los tres.

Isabella me sonríe y se abraza a mi pecho.

—Tendremos que pensar en la habitación del bebé —susurra, y esto provoca una enorme sonrisa en mí. Me gusta que ya idee los cambios.

—Será lo primero que hagamos cuando lleguemos. Pintarla y comprar todo lo necesario.

—Primero tenemos que saber el sexo. ¿Qué te gustaría que fuese, niño o niña? —se interesa. Nunca habíamos tenido esta conversación.

—Un niño. Tengo dos hermanas y siempre eché de menos un hermano. ¿Y tú?

—Me da igual. No tengo preferencia.

—¿Qué nombre te gustaría? —pregunto con curiosidad.

—No sé… Lo dejo a tu elección.

—Mi abuelo fue una persona que me marcó y guio mucho en la vida. Si es niño me gustaría que se llamase Salvatore.

—Es un nombre con personalidad. Me gusta.

—Y si es niña me encantaría tener otra Isabella en mi vida. —

Ambos estallamos en carcajadas y nos besamos con pasión.

Los días que pasamos en Positano son increíbles, nos sirven para descansar, desconectar de todo y ser solo nosotros asimilando que pronto seremos tres.

Isabella está algo nerviosa por conocer a mi familia y decirles que vamos a ser padres. No les he dicho nada por el momento. Quiero que seamos ambos quienes demos la noticia.

Mis padres viven en una gran mansión en Cerdeña y han insistido en que nos quedemos con ellos. La casa es tan grande que sé que tendremos la suficiente intimidad Isabella y yo y por ello he aceptado.

Cuando Isabella descubre el lugar en el que viven mis padres me mira con los ojos muy abiertos.

—Esto es increíble. La casa es impresionante —comenta cuando entramos en coche.

—Aún no has visto el jardín, la gran piscina y las vistas. Mi habitación tiene una terraza enorme para esa zona. Nos quedaremos ahí. Mis padres tienen sus habitaciones en el otro extremo de la casa. Mi hermana Anna está aquí y mi hermana Martina, la pequeña, llegará en un par de días. Quiero que las conozcas, son geniales.

Mis padres nos reciben en cuanto nos bajamos del coche que nos trae y nos fundimos en besos y abrazos. Hace cinco meses que no los veo. Mi madre halaga la belleza de Isabella, la recuerda vagamente de cuando éramos pequeños, pero ha pasado muchos años, y la siento encantada con su nuera. Es la primera mujer que traigo a esta casa.

Nos tienen preparado un suculento almuerzo y mi hermana aparece cuando estamos con los postres. Anna e Isabella se caen muy bien, pasamos casi toda la tarde en la piscina de la casa charlando y poniéndonos al día.

Cuando nos retiramos a la habitación Isabella me comenta con emoción:

—Tienes una familia maravillosa. Tus padres son increíbles, muy cercanos, y tu hermana es estupenda.

—Martina también te va a gustar.

—¿Cuándo piensas decir lo del bebé? —pregunta.

—Cuando estemos todos, pasado mañana cuando llegue mi hermana pequeña.

—¿Cómo crees que se lo tomen? —inquiere un poco nerviosa.

—Va a ser una gran noticia que van a celebrar durante días. A mis padres les encantan los niños y las reuniones familiares.

Abrazo a Isabella y trato de transmitirle tranquilidad. Salimos a la terraza de mi habitación y contemplamos la luna llena. La abrazo y la beso. Luego le propongo:

—Tengo un *jacuzzi* en mi baño, ¿nos relajamos antes de dormir?

—¿De verdad tienes un *jacuzzi* en tu baño? —pregunta con sorpresa.

—Esta era antes la habitación de mis padres, pero ampliaron la casa cuando crecimos y nos dieron espacio. Yo me quedé con el mejor cuarto, el de ellos, para eso soy el mayor.

Isabella me mira con un brillo especial en sus ojos.

—Vamos a probarlo —me insta—. Además, tengo una fantasía. Hazme el amor en él —susurra en mi oído provocándome.

—Nunca he traído una mujer a casa. Yo también voy a cumplir una fantasía.

Nos besamos, nos desnudamos con paciencia y nos metemos en el j*acuzzi*, donde hacemos el amor de una forma exquisita.

Capítulo 22

Isabella

Estoy nerviosa porque esta noche llega la hermana pequeña de Piero y en la cena de recibimiento vamos a darles a la familia la noticia de que vamos a ser padres. Lo cierto es que en estos dos días que llevamos en Cerdeña me he sentido muy bien. La casa es maravillosa y los padres de Piero son un amor conmigo. Envidio la gran familia que tiene, tanto que sueño con formar una igual. Yo, que no quería hijos.

Martina nos sorprende con regalos para todos. Estaba en un viaje a Paris con sus amigas y viene encantada con la ciudad del amor. Piero y yo hemos estado cada uno por separado y tenemos claro que queremos volver juntos.

Los padres de Piero han preparado una cena íntima y familiar en el jardín de la casa, cuando estamos con los postres el padre de mi hijo anuncia que tenemos una noticia que darles a todos. Me toma de la mano y puedo ver cómo todos nos miran con sorpresa. Escucho que Anna le susurra a su hermana:

—Aquí huele a boda.

—Familia —Piero llama la atención de todos mientras me toma la mano con fuerza—, Isabella y yo queremos daros una gran noticia. Ha sido una completa sorpresa para nosotros, pero estamos muy contentos. Vamos a ser padres.

—¡Oh, no lo puedo creer! —grita Martina.

Anna aplaude, la madre de Piero llora y el padre nos mira sonriente, emocionado. Luego todos se levantan y nos dan la enhorabuena.

—¿Y dónde vais a vivir? —pregunta la madre de Piero.

—En casa de Isabella en Milán. Ya tengo claro establecerme allí —manifiesta Piero.

—Voy a coger muchos aviones el próximo año —dice la madre de Piero con lágrimas en sus ojos.

—Voy a ser tía, qué emoción —manifiesta Anna.

—Hija, aquí nos tienes para lo que necesites. Si hace falta en algún momento que nos traslademos a Milán para ayudaros…

—Tranquila, mamá. Por ahora está todo bien. Isabella tiene un embarazo normal. En un mes sabremos el sexo del bebé, cuando regresemos de nuestras vacaciones.

—¡Qué alegría más grande! ¿Os vais a casar? —pregunta Martina y esto hace que Piero me mire con cierta culpa en sus ojos.

—No —respondo de inmediato—. El hecho de tener un hijo no implica que tengamos que contraer matrimonio, es solo un papel. Piero y yo nos queremos igual, si estamos casados como que no.

—En estos momentos no estamos para organizar una boda, pero todo se verá cuando nazca el bebé —comenta Piero y me guiña un ojo.

Los días en casa de Piero con su familia me resultan muy cortos, pero nuestro próximo destino es Malta. Diez días en ese país y sus increíbles playas descansando con el amor de mi vida me parece demasiado bueno. Soy tan feliz que me da miedo. A veces siento que no es posible que todo lo que me rodea sea tan perfecto.

Capítulo 23

Isabella

Seis meses después

Solo faltan unos días para que se cumpla la fecha de parto y Piero no me deja sola en ningún momento. He tenido un embarazo muy bueno, en el que el hombre que amo no ha dejado de cuidarme ni un solo instante. Me siento la mujer más amada y afortunada sobre la tierra. Nunca pensé que disfrutase tanto de mi estado de embarazada y lo he hecho. Llevaba años en los que no paraba de trabajar. En estos meses me he podido dedicar a redecorar mi casa con la ayuda de Piero. Hemos montado el cuarto del bebé y he estudiado mucho. La vida con Piero es maravillosa. Es un hombre atento, detallista y que me demuestra día a día todo lo que me quiere. Estoy segura de que va a ser el mejor padre del mundo. Ambos estamos deseando tener a nuestro bebé en brazos. Es un niño y Piero está como loco. Aún recuerdo el día de la ecografía en el que nos confirmaron el sexo y comenzó a saltar de alegría. Cuando lo escucho planear todo lo que tiene pensado hacer con nuestro hijo tengo que recordarle que tardará en crecer unos años, pero me encanta que sea un padre tan entregado, él me ha contagiado las ganas de tener a este bebé y soñar con la gran familia que vamos a formar.

Nicole y mis tíos también están muy pendientes de mí. Mi prima está liada con su boda, se casa este verano y siento que no la estoy ayudando todo lo que me gustaría. Tengo los pies muy hinchados y me canso con facilidad en esta recta final.

Como cada noche, Piero y yo nos vamos a la cama y él le habla a nuestro bebé antes de dormir. Le cuenta cómo ha sido nuestro día y le relata todo lo que van a hacer juntos cuando nazca. Luego dormimos abrazados mientras siento que junto a Piero estoy a salvo

de todo.

En mitad de la noche me despierto incómoda, voy al baño y descubro que he roto aguas. Llamo a Piero, que duerme como un tronco y salta de la cama como si tuviésemos que salir de casa a la voz de fuego. Está tan nervioso que se viste corriendo, coge la bolsa del bebé y sale de casa dejándome dentro. Retrocede, me pide disculpas y nos disponemos a coger el coche.

Cuando se sienta delante del volante se toma unos segundos en busca del cinturón de seguridad, está tan alterado que ni lo encuentra.

—Igual debería conducir yo. Estoy más calmada —le comento con media sonrisa—. Estoy bien, solo he roto agua —lo tranquilizo, le doy mi mano y siento que se relaja un poco.

Llegamos al hospital de seguida, nunca he visto a Piero conducir tan rápido. Me llevan para examinarme y le indican que espere en la sala hasta que pueda pasar conmigo cuando vaya a nacer el bebé.

Cuando Piero llega junto a mí me dice que mi prima, mis tíos y mis amigos están en la sala de espera. Comienzo a tener fuertes contracciones y la matrona prevé que el bebé va a nacer en breve.

Piero está a mi lado en todo momento, creo que no podría hacer esto sin él. Duele demasiado, pido que me calmen el dolor, pero me dicen que ya no hay tiempo para la epidural. Las contracciones son cada vez más intensas, me animan a que empuje con todas mis fuerzas y lo hago. Piero me agarra, me besa la frente y me susurra:

—Tú puedes, mi amor. Un último esfuerzo más.

Grito, estoy agotada, y siento cómo mi hijo sale de mí. Lo escucho llorar y me derrumbo por completo. Esbozo una sonrisa, Piero me besa mientras examinan al bebé y pregunto:

—¿Está bien mi niño?

—Es un varón muy sano —responde la matrona con él en sus brazos. Se acerca a nosotros y me lo coloca encima.

Coger en mis brazos por primera vez a mi hijo y sentir su calor me emociona. No puedo explicar la sensación de amor y protección tan grande que me invade en esos momentos. Lloro sin parar. Apenas puedo verlo con claridad. Me enjuago las lágrimas con un pañuelo que me extiende Piero, a mi lado embobado en nuestro

hijo, y fijo la mirada en mi pequeño. El corazón me late como nunca. Acaricio la manita de mi bebé, le paso mis dedos con mucho cuidado por su mejilla, su piel es como la seda, y, de repente, mi niño abre los ojos y me mira fijo como si me reconociese. Observo sus ojos con detenimiento y en ese preciso instante siento que me falta la respiración, comienzo a temblar de forma incontrolada y escucho un fuerte pitido de las máquinas que tengo al lado. Esto alerta a los médicos y enfermeras que aún nos rodean y se acercan corriendo a mí. Me quitan al bebé de los brazos y comienzan a atenderme mientras lo veo todo turbio, siento que voy a perder la conciencia. Escucho a Piero gritar mi nombre, pero no siento nada más. Me desvanezco.

Capítulo 24

Piero

Me encuentro en una sala con mi hijo encima de mi pecho ya que Isabella no puede estar con él haciendo piel con piel que hace toda madre cuando nace su bebé. Ha sufrido una fuerte crisis de ansiedad y la están estabilizando. Adriano me mantiene informado de su estado. Me tiene en una completa agonía no poder estar con Isabella en estos momentos. No sé qué le ha pasado. El parto ha ido bien y el bebé está bien. Adriano dice que a algunas mujeres les pasa, se vienen abajo tras toda la tensión del parto y el momento tan duro que viven.

Paso dos horas con mi hijo, observándolo al detalle y preocupado por su madre, hasta que Adriano me comunica que han pasado a Isabella a una habitación y que puedo ir allí con el bebé. Todo está listo para él.

Cuando llego al cuarto en el que se encuentra la mujer que amo la observo en la cama, está con los ojos cerrados y la siento muy pálida. Solo me acompaña Adriano, por el momento se le ha pedido al resto de la familia que se queden fuera. Isabella necesita descansar.

—¿Es normal que se encuentre así? —le pregunto al novio de Nicole en un susurro, preocupado.

—Sí. Tiene que recuperarse —murmura.

—No voy a moverme de su lado.

—Necesita descansar. Creo que lo mejor será que la familia no pase a verla hasta dentro de unas horas.

—Sí, mejor —accedo a la propuesta de Adriano.

—Yo me encargo de ellos. Están locos por conocer al bebé, pero creo que entenderán que Isabella necesita tranquilidad.

Adriano se marcha y nos deja solos. El bebé está en su cuna,

donde lo ha depositado una enfermera que nos acompañaba y duerme como su madre. Me siento al lado de ambos, los observo y una gran sensación de felicidad me invade. Nunca pensé que sentiría todo lo que me ha provocado la llegada de Salvatore a nuestras vidas. Es un niño sano que ha pesado tres kilos y medio, y ha medido cincuenta y dos centímetros. No puedo estar más orgulloso de él.

Pasa una hora cuando Isabella entreabre los ojos, me acerco a ella, la tomo de la mano y la siento un poco desorientada.

—Piero —susurra, agitada.

—Estás bien. Nuestro hijo está bien —la tranquilizo. Me mira con los ojos muy abiertos, como si se acabase de despertar de una pesadilla.

Desvío la mirada hacia Salvatore y le sonrío a la mujer que amo. Ella me mira en silencio, seria. Voy hasta la cuna del bebé, lo tomo en mis brazos y se lo acerco. Lo coloco encima de ella y lo acuna con amor. Le da un beso y comienza a llorar mientras la admiro, emocionada.

Nuestro hijo se despierta, entreabre los ojos y nos mira con atención.

—Creo que está reconociendo a sus padres —susurro. Isabella no deja de llorar, creo que el parto la ha dejado muy sensible—. Nuestro hijo es una preciosidad —reconozco en voz alta con orgullo.

Isabella asiente. La abrazo y la beso. Ella vuelve a susurrar en una especie de lamento:

—Piero.

—Gracias por darme este gran regalo, mi amor. No tengo palabras para definir lo que siento en estos momentos con Salvatore en nuestras vidas. Soy muy feliz —le agradezco con el corazón en la mano.

—Yo tampoco tengo palabras para todo esto, Piero —susurra sin dejar de llorar, mientras acuna al bebé.

Una enfermera nos interrumpe y anima a Isabella a darle el pecho, pero tras varios intentos ella está muy nerviosa y apenas tiene leche. Por el momento el bebé va a empezar con biberones. La enfermera nos lo trae y tengo el placer de darle a mi hijo su primera

comida.

Isabella nos mira y no deja de llorar. Creo que está muy emocionada y que la experiencia de ser madre y vernos como una familia la tiene así de sensible.

A media tarde ya no podemos aguantar más que la familia no pase a la habitación para que conozcan al pequeño Salvatore. Mis padres y mis hermanas también han venido a conocer a mi hijo.

Mi madre tiene a su nieto en brazos, lo acuna e intenta sacarle parecido.

—Isabella, ¿tus padres o tus abuelos tenían los ojos verdes? —pregunta con curiosidad—. Mi nieto tiene unos ojos preciosos.

—No —responde la tía de Isabella, hermana de su difunta madre —. En nuestra familia no había ojos verdes, que yo recuerde.

—Los niños nacen con un color de ojos y luego estos cambian. Lo he visto en muchos —interviene Adriano por experiencia, es pediatra.

Durante la visita de la familia y amigos siento a Isabella muy callada. Supongo que el parto debe tenerla agotada. Mientras todos estamos felices y contentos halagando al nuevo miembro de la familia me da la sensación de que ella está aguantando el tipo. Por ello, cuando ya considero que han conocido a Salvatore les ruego a todos que me dejen con mi mujer y mi hijo. Los tres necesitamos descansar, sin embargo, para mi sorpresa, Isabella me pide:

—¿Se puede quedar esta noche Nicole? —La miro serio, no esperaba que me quisiese lejos de su lado en estos momentos—. Cariño, tú estás también agotado. Prefiero que descanses esta noche en casa, que mi prima cuide de nosotras y llegues por la mañana fresco, para quedarte todo el día con nosotros. Además, somos muy primerizos. Nicole tiene más experiencia con niños en el colegio.

Miro a la mujer que amo y asiento. En estos momentos no puedo negarle nada, y menos cuando se está preocupando por mí y prefiere que descanse en una cama antes de que pase una mala noche en el sillón.

—Como tú quieras, mi amor. Me iré a casa y volveré mañana temprano.

—Así también puedes estar más con tu familia —añade. Me

emociona que quiera atenderlos pese a su estado.

—Gracias. Te amo —me despido de ella y Nicole me sonríe desde el fondo de la habitación. Creo que ya había hablado con su prima este tema.

Todos abandonamos el hospital y me marcho con cierto sentimiento de culpa al no pasar la primera noche con mi hijo e Isabella, pero ella así me lo ha pedido y deseo que esté tranquila y que nada le preocupe.

Capítulo 25

Isabella

Cuando todos desaparecen de la habitación y me quedo a solas con Nicole me llevo las manos a la cara y comienzo a llorar sin parar. Mi prima se acerca a mí, asustada, se sienta en la cama y me pregunta:

—¿Qué sucede? ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Esto no es normal en ti. Eres una mujer muy fuerte y hoy te siento derrumbada, triste, cuando tendría que ser el día más feliz de tu vida. Tienes un hijo precioso y sano, y Piero cada día te ama más.

—Nicole, me quiero morir —lloriqueo sin mirarla a los ojos, no soy capaz.

—¿Por qué? No me digas que esto es una depresión postparto. Has pasado por cosas peores. Volverás a tener tu cuerpo de antes y si el bebé no te coge el pecho, no serás la primera. Con biberones también se crían a los niños —resuelve.

—Es mucho peor que todo eso —susurro, apenas me salen las palabras.

—Pues cuéntamelo porque te juro que no entiendo nada. Me has suplicado que me quede esta noche contigo y has echado al pobre de Piero pese a que te has esforzado en hacerle creer que es para que descanse. ¿Qué sucede? —insiste—. ¿Por qué no lo quieres aquí? Es el hombre perfecto, dudo que haya hecho algo que te moleste.

—Necesitaba que estuviésemos a solas. Solo contigo puedo hablar esto que me pasa —le manifiesto, impaciente.

Salvatore llora en su cuna, Nicole lo coge, me lo entrega y me dice:

—Quiere comer. —Me da un biberón y comienzo a dárselo mientras ambas lo miramos embobadas—. Es precioso. ¡Qué ojazos tiene mi sobrino! —exclama y varias lágrimas ruedan por mis

mejillas mientras lo observo comer.

Termino de darle el biberón a mi hijo y cuando se queda dormido en mis brazos le revelo a mi prima con pánico:

—Los ojos de Salvatore. ¿No te recuerdan a alguien?

Ella se queda pensativa y hace memoria, luego dice:

—Nuestros abuelos murieron cuando éramos unas niñas, no sé si los tenían así.

—Nicole —suspiro con pesar—, fue ver a Salvatore y Rocco Santoro apareció en mi mente. Tiene sus ojos. Son iguales, ¿no lo ves? —confieso con pavor.

—¡¿Qué?! —pregunta con los ojos muy abiertos, alzando la voz, se lleva la mano al pecho y siento que su respiración se altera.

—Por eso me dio esa crisis de ansiedad cuando me pusieron a mi hijo en brazos y vi sus ojos. Nicole, Salvatore es igual a Rocco —revelo mientras tiembla todo mi cuerpo. Llevo horas con este pensamiento instalado en mi cabeza y esta mala sensación en el cuerpo. Tenía que hablarlo con alguien o me iba a volver loca, y sabía que esto solo lo podía tratar con mi prima.

—¡¿Pero cabe la posibilidad de que Salvatore sea hijo de Rocco?! —inquiere en forma de reproche, mientras me mira como si tuviese dos cabezas—. Eso no me lo habías contado nunca —me reprocha, alterada.

Quiero meterme debajo de la cama, desaparecer y llorar por mucho tiempo. No tengo fuerzas para afrontar esta realidad.

—Con Rocco siempre tuvimos cuidado. Con Piero lo hicimos una sola vez sin protección y ambos fuimos conscientes de ello. Cuando me quedé embarazada siempre estuve segura de que mi hijo era de Piero.

—¿Y por qué te asaltan estas dudas? —Mi prima está alucinando.

—Solo tienes que mirar a mi hijo —la insto a ello y bajo la vista hacia mi bebé dormido en mis brazos.

—Joder, siempre he sido muy mala para esto de los parecidos. Si es cierto que el niño tiene los ojos verdes, pero es un recién nacido, eso cambia, ya has escuchado a Adriano.

—Nicole, tengo un presentimiento… ¿Y si es hijo de Rocco? —inquiero muerta de miedo.

—¡¿Cómo va a ser su hijo si no hay posibilidades?! A ver, piensa bien en las veces que lo hicisteis —me exige, exasperada.

—Fueron cuatro veces —susurro.

—Vaya, sí que aprovechasteis bien el tiempo —comenta con una media sonrisa.

—No estoy para bromas —le advierto, seria.

—¿Y todas esas veces usasteis preservativo y no se rompió ni nada? —inquiere. Me siento como una niña de catorce años ante su madre.

—Bueno… en una ocasión no —admito y Nicole me taladra con la mirada—. Fue en la ducha, pero Rocco se corrió fuera —especifico.

Se hace un silencio mientras me reprime con la mirada.

—Pues igual dejó algo dentro y lo tienes en tus brazos. —Lanza mi prima sin tacto alguno, la siento exasperada.

—No me mires así —le suplico con lágrimas en los ojos.

—¡¿Y cómo quieres que te mire?! Estas cosas pasan por tonterías que cometemos en momentos donde prima el placer a la razón. Te dejaste llevar por la lujuria. ¿Y qué hay de las enfermedades sexuales? —me regaña.

—Ambos estábamos sanos. Lo hablamos —susurro con culpa.

—¡No me lo puedo creer! —brama paseándose por la habitación.

—No puedo vivir con esta incertidumbre —expongo con agobio.

Nicole vuelve a mi lado, deja de pasearse por la habitación, se sienta y me abraza.

—Estoy contigo, ya lo sabes. Siempre. Solo que estos actos irresponsables no me pegan de ti, pero está claro que perdiste la cabeza con Rocco Santoro.

—Tengo que hacerle una prueba de paternidad a mi hijo —manifiesto, muy segura de ello. Mi prima me mira seria, siento cómo traga con dificultad y luego suspira—. Para ello necesito que Adriano nos ayude. Pero solo lo podemos saber los tres —le advierto—, hasta que todo esto se resuelva.

—Vale, mañana hablaré con él y que se encargue de todo.

—Tengo mucho miedo, Nicole —revelo casi temblando.

Mi prima me coge a Salvatore de los brazos, lo deposita en su cuna y me da un gran achuchón.

—Vamos por partes. Haremos esa prueba, igual todo esto solo son cosas tuyas. No sé por qué Rocco está ahora en tu mente. Por lo que me has contado Piero tiene muchas más posibilidades de ser el padre —susurra.

—¿Y si Salvatore es hijo de Rocco Santoro? —pregunto con la voz quebrada y lágrimas en los ojos mientras tiemblo.

—Esperemos que no —dice mi prima y siento en sus ojos el mismo miedo que debo reflejar en los míos.

—Se me rompe el alma solo de pensar que Piero no sea el padre de mi hijo —expongo, rota.

—Tienes que animarte un poco. Cuando regrese Piero mañana no puedes estar así. Se supone que estáis viviendo lo más bonito de vuestras vidas con la llegada del bebé.

—No podía vivir esto sola, tenía que contártelo —lloriqueo.

—Has hecho muy bien. Somos como hermanas, siempre nos lo contamos todo. Y estamos para ayudarnos en lo que sea. Tus secretos son los míos y al revés.

—Gracias, no sé qué haría sin ti. Por favor, habla mañana con Adriano y en cuanto tengas ocasión me dices cómo sería todo eso de las pruebas de paternidad. No quiero que Piero sepa nada de mis sospechas hasta que estén los resultados.

—Lo entiendo.

—Siento que se me acaba de partir el mundo por la mitad con estas dudas. ¿Soy una mala persona por no contarle todo esto a Piero? —inquiero con culpa.

—Yo creo que lo amas demasiado como para infundirle estas dudas y hacerlo pasar por lo que tú en estos momentos.

Nicole me abraza de nuevo y lloro hasta que se me agotan las fuerzas y me quedo dormida.

Capítulo 26

Isabella

Paso una noche en la que no me despierto, cuando abro los ojos ha amanecido, mi prima tiene a Salvatore en sus brazos dándole el biberón y no puedo dejar de sentirme una mala madre por no haber atendido a mi hijo y dedicarme a dormir plácidamente durante horas.

—Joder —maldigo—. No me he enterado de nada. Lo siento —me disculpo sentándome en la cama.

—Mi sobrino ha sido muy bueno. No ha llorado para dejar que su mamá descansase. Lo necesitabas —dice mi prima.

—Gracias, Nicole.

—No hay de qué. Ha sido un placer atender a este príncipe. Mientras más lo miro más me enamoro de él. Es perfecto.

—Sí —susurro con la mirada clavada en mi pequeño. Me azotan mil dudas, pero he de reconocer que Salvatore es precioso.

De repente, la puerta de la habitación se abre y entra Piero. En sus manos trae un gran ramo de rosas y un oso de peluche con globos. Mis ojos se humedecen de inmediato cuando lo veo.

—¡Qué cargado te veo! —le indica mi prima.

—Para los amores de mi vida —manifiesta entregándome el ramo a la vez que me da un beso en los labios.

Luego se acerca al bebé, se inclina y le da un beso en la frente mientras Nicole le sigue dando el biberón. A mí se me rompe el alma de solo pensar que Piero no pueda ser el padre de Salvatore. Siento un dolor en el pecho que no se me quita desde que miré a mi hijo por primera vez a los ojos y estos me recordaron a Rocco Santoro. ¡Maldito Rocco!

Piero me ayuda a levantarme de la cama, necesito asearme y él se ocupa de mí en todo momento.

—Estoy horrible —susurro mirándome al espejo del baño mientras me ayuda a desnudarme para meterme en la ducha.

—Estás maravillosa —revela besándome—, tanto, que si pudiese te haría el amor ahora mismo. Te amo, Isabella.

Me abrazo a Piero y dejo que me reconforte. Lo necesito tanto junto a mí…

Tras asearme salgo de la ducha como nueva. Me siento en la cama y Piero me entrega al bebé. Ambos lo admiramos y tengo que hacer grandes esfuerzos para no echarme a llorar por el remordimiento tan grande que siento. Nicole nos deja solos y me promete que volverá esta tarde. Espero que hable con Adriano y me indique cómo proceder para hacer la prueba de paternidad sin que Piero se alerte.

Al poco aparece la familia de Piero junto con mis tíos y pasamos el resto de la mañana en compañía de ellos, que hacen turnos para coger al bebé.

Un poco antes del almuerzo Piero siente mi incomodidad y les pide a todos que nos dejen solos. Lo cierto es que lo que menos necesito es a la familia de Piero alrededor mientras mi conciencia me machaca y me siento la peor persona del mundo con estas dudas.

Adriano y Nicole aparecen a media tarde y por cómo me mira el novio de mi prima sé que ya le ha contado todo. Con gran habilidad invita a Piero a tomar un café y ambos hombres se marchan dejándome a solas con Nicole. El bebé está recién comido y se encuentra dormido en su cuna, tengo la paz y tranquilidad necesaria para hablar con Nicole.

—¿Te has informado? —pregunto de forma abrupta en cuanto nos quedamos a solas.

—Sí. Adriano se va a encargar de todo. Ahora cogerá la muestra de Piero cuando tomen café con discreción y luego lo hará con el bebé cuando Piero se marche. Llevará ambas muestras a un laboratorio privado de confianza que conoce y en siete días estarán los resultados.

—Es fiable, ¿verdad? —inquiero, nerviosa.

—Por supuesto. Salga lo que salga es fiable al cien por cien.

—No voy a vivir en los próximos días hasta que tenga el resultado

—susurro con ansiedad.

—Dedícate al pequeño, él ocupará tus pensamientos —plantea mi prima.

—¿Y qué hago cada vez que tenemos cerca a Piero? No sabes lo que siento cuando coge al bebé, le habla y pienso que no pueda ser su hijo. El sentimiento de traición me está matando por dentro —manifiesto con sumo agobio. Solo puedo sacar todo esto con Nicole —. Es una verdadera tortura pensar que Salvatore no sea hijo de Piero.

—Te comprendo, Isabella. Si estoy alterada hasta yo. Cuando Adriano me vio esta mañana me preguntó qué me pasaba. Es un asunto tan delicado que no dejo de pensar en él.

—Yo quiero morirme, te lo juro —susurro con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta.

Nicole me abraza y lloro hasta desahogarme por completo.

Cuando Adriano y Piero regresan tengo a Salvatore en mis brazos dándole el biberón. Siento la mirada de amor de Piero sobre nosotros y el corazón me da un vuelco por completo.

La médica me visita y me comunica que todo está muy bien y que al día siguiente Salvatore y yo nos podremos marchar a casa. En ese momento descubro que el alta médica no me hace tanta ilusión como esperaba, creo que en el ambiente del hospital todo es menos íntimo y personal entre Piero y yo. Tengo miedo de volver a casa los tres y que luego todo se derrumbe si las pruebas de paternidad no son como espero.

Piero pasa la noche en el hospital cuidando de Salvatore y de mí. No duermo nada, lo observo dormido en el sofá cama que tengo al lado y solo puedo mirarlo y llorar a la misma vez que ruego que sea él el padre de mi hijo y estas dudas que me asaltan solo se queden en eso, dudas.

Cuando llegamos a casa lo hacemos acompañados de mi prima y Adriano junto con mis tíos. Les agradezco que nos hayan ayudado a traer del hospital todos los regalos y flores que hemos recibido.

Entrar en mi casa con mi bebé me produce un sentimiento de paz y nerviosismo a la vez. Piero es el anfitrión perfecto y atiende a

todos mientras yo llevo al bebé a su cuna y me pongo cómoda. Mi prima me acompaña y me susurra:

—Adriano dejará las muestras esta tarde.

—Bien. —Suspiro con tranquilidad.

—Él las recogerá en siete días y te traerá el sobre cerrado. Serás la primera en saber los resultados. Ya nos encargaremos de que mi novio se lleve a Piero con cualquier excusa para estar las dos solas.

—Gracias, Nicole. No podría hacerlo sin ti.

—Siempre juntas, en las buenas y en las malas. No lo olvides nunca.

***

Los siguientes días en casa solos, como una familia, son tensos por mi parte pese a que Piero se esfuerza al máximo en hacerlos únicos y que formen parte del recuerdo para siempre. Cuando se ofrece a pasar la noche con el bebé para que yo descanse muero de amor, cuando lo observo dormido con él en su pecho me derrito, y cuando sale a comprar algo y me llama a los cinco minutos para saber si estamos bien siento que nos ama más que a su vida.

Su familia cena en casa y se despiden, vuelven a Cerdeña, pero nos comunican que regresarán pronto para ver al bebé. Mis tíos y Nicole nos visitan a diario, y nuestros amigos también nos han venido a ver. Piero y yo hemos tenido poco tiempo a solas, a excepción de las noches.

Los días antes de recibir los resultados de paternidad estoy de los nervios. Hoy tengo frente a mí a Nicole y ya sé que los tiene con ella. Solo nos queda estar a solas y matar las dudas que hace días nos consumen.

Cuando Adriano le comenta a Piero si le gustaría ir al jugar al pádel porque le ha fallado su compañero lo animo. Lo convenzo de que vamos a estar bien con Nicole en casa. Piero acepta y cuando se marcha mi prima saca un sobre blanco de su bolso y me lo entrega. Miro a Salvatore que está dormido, mis manos tiemblan y suspiro con un gran nudo en la garganta antes de leer el resultado. Mi prima

está sentada a mi lado, pero me da mi espacio.

Comienzo a leer y siento que la vista se me pone borrosa. Me llevo una mano al pecho, miro a Nicole y coloco las manos en mi boca de forma inconsciente, dejando caer el papel de los resultados sobre mis piernas. Mi prima coge el folio, impaciente, y comienza a leer.

Capítulo 27

Isabella

—Negativo —pronuncia Nicole en un susurro y me mira con los ojos muy abiertos. Siento que el pulso se acelera muchísimo más al escucharlo de su voz—. No existe ninguna compatibilidad entre Salvatore y Piero —aclara—. No es su hijo —escucho su voz como si fuese mi sentencia final y el mundo se abriese a mis pies.

—¡No puede ser! —exclamo llevándome las manos a la garganta. Siento una gran opresión de ahogo que me impide respirar—. Es hijo de Rocco Santoro —revelo muy despacio, tratando de asimilarlo, mientras siento la mano de Nicole sobre la mía—. Lo supe en cuanto vi los ojos de Salvatore —murmuro con desolación—. ¿Y ahora qué hago? —le pregunto a mi prima con miles de lágrimas corriendo por mis mejillas y temblando de miedo. Me siento tan perdida que no sé qué hacer.

—Supongo que hay que enfrentar la verdad —plantea. La siento temblar tanto como yo mientras ambas tenemos la vista clavada en la cuna en la que duerme Salvatore, ajeno a todo lo que sucede a su alrededor.

—Voy a destrozar a Piero —susurro con el corazón partido en dos.

—No puedes callar esto, Isabella —dice Nicole mirándome con los ojos muy abiertos.

—No lo haré. Sabes que soy enemiga de las mentiras, no podría mirar todos los días a la cara a Piero. Tengo que contarle la verdad —determino, convencida de ello.

—Tienes que reunir las fuerzas para hacerlo. ¿Quieres que esté presente? ¿Qué te ayude? —se ofrece.

—Es algo que tengo que hacer sola. Pero sí me gustaría que Salvatore no estuviese presente, si te lo puedes llevar a dar un paseo…

—Por supuesto. Vamos a hacer una cosa. Tienes que tranquilizarte, pensar bien todo. Mañana vendré por la tarde y me ofreceré con Adriano para dar un paseo con mi sobrino y así tú y Piero tendréis la intimidad necesaria para hablar todo bien.

—Gracias —susurro y suspiro al mismo tiempo.

—Voy a hacerte una tila. Tienes que calmarte un poco para cuando Piero llegue —me indica mi prima.

—¿Y cómo lo miro a los ojos sabiendo ya con certeza lo que sé? —Lloro de forma desconsolada.

Cuando Piero regresa tengo los ojos hinchados y la nariz roja, no he podido disimularlo más por mucho que me he echado agua fría y tratado de evitar que se note que llevo una hora llorando sin parar.

—¡¿Qué sucede?! —pregunta, alarmado, en cuanto pone un pie en casa.

—Ha fallecido una amiga de la universidad. Hacía años que no se veían, pero le ha afectado —miente a la misma vez que sale en mi defensa Nicole y la miro confusa.

—Vaya, lo siento —susurra Piero y me da un breve beso en los labios.

Nicole me da un abrazo y un beso y se despide de mí. Antes de marcharse le indica a Piero:

—Por cierto, mañana vendré a secuestrar a mi sobrino. Quiero dar un paseo con él acompañada de Adriano para contagiarle mis ganas de ser madre pronto. —Piero asiente y Nicole se marcha sonriente mientras me quedo sorprendida con su faceta de actriz. Pero lo cierto es que me ha sacado de un apuro. Necesito serenarme para afrontar esta situación con Piero.

Él se acerca al bebé, dormido en su cuna del salón, y cuando observo con el amor que lo mira se me parte el corazón al pensar que no es su verdadero padre. Obviamente no espero que se tome bien la noticia, pero Piero ama a Salvatore por encima de todas las cosas. Ruego porque entienda todo y me ayude a sobrellevar esto. Yo sola siento que no puedo. En estos momentos solo me importa Piero y cómo arreglemos esta situación, ni siquiera he pensado en Rocco. Solo tengo muy claro que quiero decirle la verdad al hombre que tengo frente a mí en estos momentos y me mira con un brillo

tan especial en sus ojos que me derrite el alma.

Piero me ofrece quedarse a dormir con el bebé para que yo descanse. Tras la supuesta noticia que le ha dicho mi prima que he recibido él cree que debo estar tranquila, pero le pido que duerma abrazado a mí. Cuando tengo miedo o una situación me desborda siento que en los brazos de Piero estoy a salvo de todo.

Nos vamos a la cama y me refugio en su pecho. Lo beso y le pido:

—Abrázame muy fuerte. —Lo hace, siento su amor y consigo relajarme—. No tienes idea de todo lo que siento cuando estoy junto a ti —susurro.

Piero coloca un dedo sobre mi mejilla, me mira a los ojos y me besa de una forma tan pasional que cuando ambos nos damos cuenta tenemos que parar. Aún no podemos tener relaciones sexuales. Solo hace una semana que he tenido a mi bebé, pero nos hemos calentado y terminamos riendo a carcajadas de la situación.

—Pronto, mi amor —murmura Piero sobre mis labios. Lo siento como una promesa.

Me aferro a su pecho y tratamos de dormir.

Cuando amanece quiero parar el tiempo. No deseo enfrentarme a la realidad de mi vida, pero no se puede tapar el sol con un dedo y debo armarme de valor y confesarle a Piero una gran verdad.

Pasamos la mañana con Salvatore en casa como una familia mientras pienso que estos son los últimos momentos en los que todo va a ser así. No sé cómo reaccionará cuando le diga que no es el padre de mi hijo.

Nicole y Adriano llegan antes de lo esperado, al verlos siento un gran nudo en mi estómago que me recuerda que ha llegado la hora. Entre Piero y yo preparamos al bebé y mi prima y su novio se lo llevan a dar un paseo.

Una vez a solas con Piero yo suspiro, me retuerzo las manos y lo miro con un nudo en la garganta. Voy hasta la habitación y cojo el sobre con los resultados de la prueba de paternidad, lo doblo y lo meto en el bolsillo trasero de mi pantalón. Me encamino al salón y observo a Piero en su ordenador. Hace días que no lo enciende y supongo que quiere aprovechar este rato sin el bebé para ponerse al

día, me da pena distraerlo de ahí, pero solo tengo esta oportunidad en la cual estamos solos para hablar con él. Siento que esta angustia me está matando por dentro.

—Piero —llamo su atención tras aclararme la garganta. Me tiembla todo el cuerpo—. Tenemos que hablar, cariño —susurro.

Él se gira en su asiento, me mira con una sonrisa y tomo una gran bocanada de aire.

—¿Qué sucede? —pregunta con paciencia, mirándome con atención. Lo tomo de la mano, lo llevo hasta el sofá y nos sentamos ahí.

—Hay algo que debo contarte —empiezo a decir en un leve susurro de voz.

—Isabella, mi amor, me estás asustando —dice con los ojos clavados en los míos. Me tiene tomada de las manos y sentir su contacto me reconforta. Siento que él percibe que estoy temblando, de ahí que me mire un poco asustado.

—Piero, yo… verás, yo no sabía esto. Ni siquiera se me pasó jamás por la imaginación que pudiese ser posible —comienzo a relatar, embalada, confusa y sin saber por dónde abordar el tema—. No quiero que pienses que te he engañado o que tuve la duda durante todo este tiempo.

—Isabella —Me para en seco, mirándome serio—. ¿De qué me hablas? —pregunta con el ceño fruncido, confuso.

—Ni siquiera sé cómo planteártelo —manifiesto muy nerviosa—. Mis dudas surgieron cuando vi los ojos de Salvatore.

—¿Qué sucede con nuestro hijo? —pregunta de forma abrupta.

—Piero, Salvatore… —Trago con dificultad y varias lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas—. Las dudas acudieron a mí y decidí realizarle unas pruebas de paternidad —confieso al fin con gran dolor, sintiendo que me rompo en mil pedazos.

—¡¿Que has hecho qué?! —pregunta, serio, mirándome con desconfianza. Como si no me conociese.

—Yo… te juro que no deseaba esto. Pero tampoco quería engañarte por más tiempo. Ayer supe el resultado. Piero… esto no es fácil, no sé ni cómo decírtelo. Salvatore… no es tu hijo —confieso y rompo a llorar mientras observo que me mira de una forma fría y

distante.

Capítulo 28

Piero

—¡¿Qué?! —bramo alterado, deshaciéndome de las manos de Isabella, colocándome en pie y mirándola sin entender qué es lo que está sucediendo. Si todo esto se trata de una broma o qué coño es.

—Siento no haberte dicho nada hasta ahora, pero quise evitarte la agonía por la que pasé yo todos estos días hasta que obtuve el resultado ayer —revela Isabella con lágrimas en los ojos, retorciéndose las manos.

—¡No entiendo nada! —grito fuera de sí mientras me paseo por el salón como un tigre enjaulado.

—Lo siento, Piero. Lo siento muchísimo —susurra Isabella sin mirarme a los ojos.

—¡Deja de disculparte y explícate, joder! —le exijo alzando más la voz, sin entender nada, mirándola furioso.

—Siempre pensé que tú eras el padre de Salvatore, jamás tuve la más mínima sospecha de que no pudiese ser tú —se excusa mientras una rabia interior me consume.

—¡¿Me engañabas con otro?! —pregunto, confuso. No sé qué pensar de todo esto.

—No —grita de inmediato.

—¡¿Entonces?! ¿Por qué nunca me dijiste que cabía la posibilidad de que Salvatore no fuese mío? —le exijo enfrentándola con rabia.

—Porque ni siquiera lo sopesé —susurra entre lágrimas.

—¿Estás segura de todo esto? —pregunto, confuso.

—Adriano te tomó una muestra de ADN y otra al bebé, lo llevó a un laboratorio para comprobar los resultados de paternidad. Fueron negativos. No tienes nada en común con Salvatore —revela entre llanto mientras saca un sobre de su bolsillo y lo coloca encima de la mesa. Leo el nombre de un laboratorio. Siento una opresión tan

fuerte en el pecho que creo que me va a estallar de un momento a otro. Necesito sentarme porque las piernas me tiemblan a la vez que siento una fuerte furia que me corroe por dentro. Miro el sobre y soy incapaz de cogerlo entre mis manos y comprobar por mí mismo lo que dice Isabella que pone ahí.

—¡¿Cómo has podido…?! —Ni siquiera puedo terminar la frase de la impotencia y el asco que siento en estos momentos.

—Piero, no fue premeditado —se excusa.

—¡¿Quién coño es el padre de Salvatore?! ¿Tu exnovio? —pregunto con dolor. Ella se queda callada, sigue llorando y yo exploto—: ¡¿No me digas que ni siquiera lo sabes?! —la acuso sin piedad.

Isabella me mira con rabia y dolor en sus ojos, puedo sentirlo. Se limpia las lágrimas y susurra:

—El padre de Salvatore es Rocco Santoro —revela.

La miro, cierro los ojos, me tomo un segundo para asimilar la noticia y termino estrellando mi puño contra la mesa cercana, y grito:

—¡Joder! ¡¿Cómo has jugado conmigo de esta manera?! —le espeto gritando con fuerza.

Isabella me mira asustada, nunca hemos discutido ni me ha visto así de alterado.

—No he jugado contigo. No lo sabía. Mis dudas surgieron al ver los ojos verdes de Salvatore, ahí comenzaron las sospechas —se defiende alzando la voz.

—¿Y no te dio por pensarlo antes? —bramo con los brazos abiertos, sintiéndome un completo monigote a merced de ella todo este tiempo.

—Lo siento, Piero. Lo siento mucho —se disculpa entre lágrimas —. Me imagino lo que tienes que estar sintiendo.

—No —Alzo la voz—. No te lo imaginas. Me has engañado, me has hecho creer que era el padre de tu hijo —la acuso con rabia y dolor.

—No lo hice de forma intencionada. Por favor, perdóname —me suplica acercándose a mí.

Doy un par de pasos hacia atrás, no quiero que me toque ni

tenerla cerca. Me siento decepcionado. Isabella lo era todo para mí y en estos momentos la miro y no la reconozco.

—¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —escupo entre dientes—. ¿No te das cuenta? Me acabas de matar en vida —grito, completamente desgarrado. Siento tal dolor en estos momentos que hubiese preferido la muerte antes de vivir algo así.

—Intenta ponerte en mi lugar por un solo momento —me suplica entre lágrimas.

—¡¿Y tú?! ¿Te has puesto en el mío? —bramo, furioso.

—Salvatore no es tu hijo de sangre, pero lo has amado desde que supiste de su existencia —refleja y me quedo mirándola, serio y desconcertado.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡¿No me dirás que pretendes que después de todo esto siga como si nada?! —exploto.

—Piero, para mí siempre serás el padre de Salvatore.

—No te equivoques, Isabella. Tu hijo tiene un padre que no soy yo. Y tiene derecho a saberlo —le exijo mientras me mira con los ojos muy abiertos. Deduzco que decirle la verdad a Rocco no está en sus planes. ¡¿Qué pretende?!

—Piero, yo solo quise ser sincera contigo. No podía ocultarte algo así.

—¿Tengo que darte las gracias? —inquiero en tono mordaz mirándola con desprecio.

—No sé qué quieres de mí —lamenta.

—Quería lo que teníamos. Una vida feliz. Una familia. Pero te has encargado de arruinarlo todo con tus mentiras —le grito con rabia.

—No te he mentido —se defiende.

—Ah, ¿no? —carcajeo con una sonrisa amarga—. He registrado a Salvatore como mi hijo, mi familia piensa que tienen un nieto y un sobrino —le reprocho—. Y todo es una gran mentira de Isabella Morelli que no se ha acordado en todo este tiempo que se acostó con Rocco Santoro y a los pocos días conmigo. Me gustaría saber por qué decidiste adjudicarme el niño a mí. ¿Te follé mejor que Santoro? —pregunto acercándome a ella de forma peligrosa, tomándola con fuerza por ambos brazos, muy furioso.

—No me ofendas, Piero. Sabes lo que siento por ti. Me enamoré.

No te oculté lo que sucedió con Rocco —me recuerda.

—¡Pero no me dijiste que cabía la posibilidad de que él fuese el padre de tu hijo! —le espeto alzando la voz.

—Te juro que esto me tiene tan destrozada como a ti, mi amor.

—No me llames mi amor —grito, muy alterado—. No te acerques a mí —le indico cuando quiere tocarme la cara—. Me has decepcionado, Isabella. No sabes cuánto. Lo has arruinado todo. Nuestro amor, la familia que habíamos formado y el gran futuro que teníamos por delante los tres juntos —escupo con rabia.

—Piero, ¡no! —grita Isabella aferrándose a mi brazo y suplicándome con la mirada.

—Lo siento, pero después de esto todo termina aquí —zanjo de golpe.

—Pero… ¿Nosotros? ¿Nuestro amor? —pregunta, desolada, mirándome con los ojos muy abiertos.

—No puedo, Isabella. Me cuesta mirarte a los ojos y ver a la mujer que amo. Veo en ti a una persona que me ha engañado y ha roto mi vida por completo.

—¿Y Salvatore? —pregunta tratando de ablandarme.

—No utilices al niño —le reprocho sin piedad—. No es mi hijo. Tiene un padre que no soy yo. ¿Qué es lo que pretendes? —inquiero en tono acusatorio.

—Piero, yo comprendo que en estos momentos todo debe de ser muy duro, lo es también para mí, pero sé que juntos vamos a superar esto.

Suelto una fuerte carcajada amarga con la que sorprendo y asusto a la misma vez a Isabella.

—No esperes nada de mí. Yo ya no puedo seguir con esto. Lo has arruinado todo.

Ella intenta pararme, pero me suelto de su mano de un fuerte tirón, la miro por última vez y antes de marcharme me agacho en la mesa donde dejó los resultados de paternidad, los recojo y me los llevo conmigo.

Cierro la puerta de la casa de Isabella con tal fuerza que el sonido retumba en mis oídos. Ni siquiera llamo al ascensor. Bajo corriendo las escaleras y cuando llego a la calle respiro y me quedo un rato

parado en la acera mirando al cielo, preguntándome qué he hecho para merecerme esto. Creo que tengo tanto dolor que ni siquiera siento. Comienzo a caminar por las calles de Milán sin sentido, sin saber a dónde voy. Sin rumbo, con las palabras de Isabella retumbándome en la cabeza, donde me revela que Rocco Santoro es el verdadero padre de Salvatore. Lloro sin parar mientras camino. Soy consciente de que la gente con la que me cruzo me mira, pero me da igual. No me importa nada. Comienza a llover y no me importa, sigo caminando bajo el agua. No siento ni padezco. Todo me da igual.

De repente, soy consciente de que tengo en la mano la prueba que me ha arruinado la vida. Me refugio en un portal, me siento en unos escalones y leo el resultado por primera vez. Lloro cuando mis ojos se clavan en esas terribles palabras y es tal la rabia que se apodera de mí que grito y rompo el papel en mil pedazos. Lo tiro al suelo y observo cómo la lluvia cae sobre él, lo empapa y se encarga de borrar todo. Igual me gustaría borrar las últimas horas de mi vida, pero no puedo. Tengo que enfrentarme a esta triste y desoladora realidad.

Comienzo a caminar de nuevo y tras varias horas, cansado y con un aspecto lamentable, llego al hotel en el que viví algunos meses antes de mudarme a casa de Isabella. De inmediato me reconocen y me preguntan si estoy bien. Solo pido que me den una habitación, lo hacen sin hacer preguntas y me refugio en la soledad de un cuarto en el que puedo llorar como un hombre roto en mil pedazos sin que nadie me interrumpa.

Capítulo 29

Isabella

—Tienes que tranquilizarte —me pide Adriano sentado a mi lado, obligándome a que me tome una pastilla. Me encuentro muy alterada.

Cuando Piero se marchó llamé a Nicole llorando, pidiéndole que volviese y fuesen en busca de él. Me preocupa mucho el estado en el que se salió de casa.

Piero no contesta el teléfono, ni a mis llamadas, ni a las de Nicole ni las de Adriano. Desde hace dos horas lo tiene apagado. Les he suplicado a mi prima y su novio que avisemos a la policía, pero me tachan de dramática y no me han dejado hacerlo. Sé que Piero estaba muy mal. Lo conozco, y lo que menos deseo es que cometa algún tipo de tontería.

Le cuento a Nicole todo lo sucedido con Piero, su reacción y cómo me encuentro. Rota por completo en todos los sentidos. Adriano se ocupa de mi hijo y finalmente ambos se quedan a pasar la noche en casa porque Nicole no me quiere dejar sola en el estado en el que estoy.

Por la mañana muy temprano me despierta el sonido de una llamada entrante en mi teléfono. Me siento en la cama de golpe, pensando que puede ser Piero, pero es un número desconocido. Lo cojo, alerta de que le puede haber pasado algo, con el corazón alterado respondo el móvil mientras me tiembla el cuerpo y la voz.

—Señora Morelli. Soy Eddy, no sé si me recuerda. Trabajo en el hotel que se hospedaba el señor Valente.

—Oh, sí Eddy, te recuerdo —susurro.

—Perdóneme por llamarla, pero el señor Piero llegó anoche con un aspecto deplorable y esta mañana lo he visto muy mal cuando se tomaba un café.

—¿Piero se encuentra en el hotel? —inquiero de forma abrupta, saltando de la cama y poniéndome los zapatos. Tengo que ir a buscarlo.

—No, por eso la llamaba. Ha alquilado un coche y se ha marchado. No dijo dónde iba ni si volvería, pero me quedé muy preocupado por él. Por eso me tomé el atrevimiento de llamarla.

—Gracias, Eddy. Por favor, si regresa comunícate conmigo de inmediato. Es muy importante —le advierto—. Y que esto quede entre nosotros —reflejo.

—Por supuesto, señora.

—Gracias —le agradezco de corazón pese al desánimo y desolación que siento en estos momentos.

Cuando cuelgo con el hombre marco de inmediato al número de Piero, pero me encuentro con que me ha bloqueado. ¡No lo puedo creer! Lanzo el teléfono sobre la cama y me revuelvo el pelo sin saber qué hacer. De repente escucho las voces de Nicole y Adriano en el salón con mi hijo. Cierro los ojos con fuerza y me siento una mala madre porque no he pensado en él en todo este tiempo. Solo Piero ha ocupado mis pensamientos.

Cuando mi prima me ve aparecer me repasa al detalle de arriba abajo, apenas he dormido y mi aspecto debe de ser lamentable. Les cuento a ella y a Adriano la llamada que acabo de recibir desde el hotel y le suplico a mi cuñado que vaya a averiguar algo más de Piero.

—Me tiene muy preocupada —susurro cuando nos quedamos a solas.

—Esperemos que Adriano tenga suerte y dé con él.

—Ojalá.

Nicole pasa el resto del día a mi lado, mis tíos vienen a casa a ver al bebé, preguntan por Piero y se preocupan al ver mi estado. Finalmente termino contándoles todo entre lágrimas. Son como mis padres y esto es una verdad que no puedo ocultar más.

Soy muy afortunada porque me brindan todo su apoyo y se quedan cuidándome junto con Nicole, que se encarga de Salvatore el resto del día.

Al finalizar la tarde llamo al hotel, pido que me pasen con Eddy y

le pregunto si sabe algo de Piero, pero me indica que no ha vuelto desde esta mañana que salió muy temprano. También llamo a Adriano, le pregunto si puede averiguar si ha tenido un accidente o algo. No le coge el teléfono a nadie de mi familia ni a mis amigos. Melissa y Giovanni ya están al tanto de todo también, vinieron esta tarde a visitarme y les conté que Salvatore no es hijo de Piero.

Gracias al apoyo de toda mi familia y mis amigos no me siento tan mal, pero sé que hasta que no sepa algo de Piero no me voy a quedar tranquila. No deseo alertar a su familia, pero a las diez de la noche ya no puedo estar más tiempo sin saber nada de él y llamo a su hermana Anna. No le cuento nada, solo le pregunto si ha hablado con Piero o sabe algo de él. Tan solo le reflejo que hemos discutido y se ha marchado enfadado, pero Anna no tiene noticias. No está en Cerdeña.

La agonía que siento cada vez es más grande. Mi prima tiene que trabajar mañana y Melissa se queda conmigo esta noche. No me quieren dejar sola en ningún momento.

A las doce de la noche llaman a la puerta de casa y salgo disparada hacia ella. A estas horas solo puede tratarse de Piero, pienso mientras corro descalza como una loca. Abro la puerta sin preguntar y cuando me topo de golpe con Rocco Santoro frente a mí casi me mareo, tengo que agarrarme a la puerta.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de forma abrupta, a la defensiva.

—Supongo que tenemos que hablar —susurra, serio, y comienza a entrar en mi casa, decidido.

—¿De qué? —inquiero mientras fijo la mirada en su ancha espalda caminando hacia el interior de mi salón. Yo lo sigo, confusa y descolocada.

—De mi hijo —dice de golpe, taladrándome con la mirada mientras siento que me tiemblan las piernas. Rocco se lleva la mano hacia su rostro, tiene un golpe en la cara y me indica—: Piero se presentó esta mañana en mis viñedos. Interrumpió una visita muy importante con unos inversores extranjeros, me partió la cara delante de ellos y me reveló que tenemos un hijo.

Cierro los ojos y tomo una profunda bocanada de aire a la misma vez que tomo asiento porque he llegado a los límites de mis fuerzas.

Rocco percibe mi debilidad y en dos zancadas se sitúa junto a mí y me toma del brazo.

—¿Estás bien? —pregunta, preocupado, mientras me mira con atención.

—¿Cómo se puede estar bien cuándo tu vida se ha vuelto del revés en cuestión de segundos? —Me derrumbo y comienzo a llorar, sintiéndome perdida y desorientada.

Cuando siento que Rocco me estrecha contra su pecho, me abraza y me consuela en silencio lo miro entre lágrimas preguntándome si esto es un sueño o la realidad.

—Creo que deberías descansar —susurra con paciencia—. Te ayudo hasta la cama —me brinda su mano, mirándome con unos ojos cargados de preocupación.

Le agarro la mano y dejo que me acompañe hasta mi cuarto, todo me da vueltas en estos momentos y creo que lo mejor que puedo hacer es tumbarme.

—¿Estás sola? —se interesa Rocco cuando ya estoy recostada en mi cama.

—No. Melissa duerme con el bebé en otro cuarto —susurro y nuestras miradas se encuentran cuando nombro al niño. Se hace un silencio entre nosotros y el hecho de que espere paciente y no me haya reprochado nada ni exigido explicaciones me emociona—. Es tu hijo —revelo mientras me tiembla la voz. No estoy preparada para tener esta conversación con él. No esperaba que fuese tan pronto.

—Tenemos mucho de qué hablar, pero soy consciente de que no es el momento. ¿Sería mucho pedir quedarme a dormir en tu sofá? He conducido durante horas sin parar hasta llegar aquí y lo que menos me apetece es ir a buscar un hotel a estas horas.

—Sí, claro —le indico de inmediato. Es lo menos que puedo hacer después de lo comprensivo que está siendo conmigo y con lo de Salvatore.

—Gracias —susurra.

—De nada, creo que es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—Si te sientes peor o quieres que llame a un médico… —deja la posibilidad abierta antes de salir de mi habitación.

—No es para tanto. No estoy bien, pero sé que lo que tengo no lo

va a remediar ningún médico.

Rocco asiente en silencio, cierra la puerta de mi habitación y siento que se dirige al salón. Cierro los ojos con fuerza, me acurruco en la cama y me permito llorar pensando en Piero, Rocco, mi hijo y toda esta situación que me tiene muerta en vida. Es la segunda noche consecutiva que no paso con mi bebé y me siento una mala madre, pero es que no tengo fuerzas para atenderlo, solo quiero llorar porque no sé cómo resolver esta situación.

Capítulo 30

Rocco

Me siento en el sofá de Isabella y me masajeo fuerte la cabeza. Tengo bastante tensión acumulada en todo el cuerpo. En estos momentos lo que más me apetece es entrar en cada estancia de esta casa hasta dar con la habitación donde se encuentre mi hijo y conocerlo, pero soy consciente de las horas que son y de que no son las formas pese a que me muera de ganas. Me tumbo en el sofá, coloco las manos detrás de mi nuca y suspiro al mismo tiempo que me deshago de mis zapatos. Solo hace unas horas que me enteré de que soy padre y siento una emoción en el pecho que no sé describir. Piero solo se presentó en mis viñedos, me golpeó con rabia y furia y me espetó que se lo había arrebatado todo. No entendía nada. Antes de marcharse en su coche, a gran velocidad, como había llegado, me dijo que Isabella acababa de tener un hijo mío. Y me dejó así, sin más explicaciones. Solo se me ocurrió dejar todo plantado y hacerme un largo trayecto en coche para comprobar que fuese verdad por increíble y rocambolesco que pareciese la situación.

Durante las horas que pasé conduciendo estuve tentado de llamar a Isabella para que me explicase todo, pero pensé que igual me lo negaba, ¿por qué no me había dicho antes que teníamos un hijo? Hago cuentas y el bebé no debe de tener ni un mes. Y, por otro lado, no entiendo por qué Piero llegó a partirme la cara en mi casa. Hasta donde sé ella lo eligió a él y estaban felices. Yo decidí retirarme y no interceder pese a que Isabella es la mujer que más me ha interesado en mi vida. En todos estos meses no la he olvidado y en cuanto la he visto mi corazón me ha dado un vuelto y he sentido unas ganas enormes de besarla.

Cuando me ha confirmado que es mi hijo los ojos se me han humedecido y el corazón casi se me ha salido del pecho. Hasta el

momento nunca había deseado ser padre, pero ahora entiendo que esa razón se debía a que no había encontrado a la persona adecuada para compartir tal cargo conmigo. Que Isabella sea la madre de mi hijo es el mejor regalo que me ha podido dar la vida. Tener ese lazo en común con ella para siempre me supone una esperanza y una oportunidad que no pienso desaprovechar, y mucho menos ahora que Piero Valente debe de estar fuera de juego. Él estaba roto y a Isabella la he encontrado igual. Deduzco que todo entre ellos debe haber saltado por los aires con el nacimiento del bebé, pero solo son suposiciones mías. Necesito saber de qué va todo esto.

No consigo dormir en toda la noche, doy vueltas en el sofá, me levanto a la cocina a beber agua y cuento las horas para que amanezca y pueda conocer a mi hijo.

Un grito me despierta y doy un salto en el sofá y me siento de golpe. Me encuentro con Melissa en medio del salón con un bebé en brazos.

—¿Qué haces aquí, Rocco? —inquiere mirándome como si fuese un ladrón que ha entrado por la ventana.

—Tranquila, Isabella me abrió la puerta y me dio hospedaje. Llegué tarde —me explico.

Melissa me mira con los ojos muy abiertos. Yo comienzo a levantarme y con pasos lentos me acerco a ella y al bebé, envuelto en una mantita azul. Está dormido cuando observo su cara y siento una gran emoción en el pecho.

—No sé qué habrá pasado para que estés aquí —susurra ella—, pero supongo que ya lo sabes —comenta con cierto miedo, mirándome a los ojos.

La miro y solo asiento. No me salen las palabras. Tengo un gran nudo en la garganta.

—Melissa, creo que Rocco y yo tenemos que hablar —nos interrumpe de pronto Isabella. Me giro y me topo con sus ojos. Aprecio que no tiene mejor aspecto que la noche anterior.

—Eh… sí, claro. ¿Me marcho? —le pregunta a su amiga algo confusa.

—Por favor, estaremos bien —susurra Isabella con una sonrisa

forzada, mirándome. Su gesto de confianza me emociona.

—¿Puedo? —me ofrezco para cogerle el bebé. Ella nos mira y no sabe qué hacer con el niño.

Aprecio que antes solicita el permiso de Isabella con la mirada y esta asiente. Melissa me entrega a mi hijo y cuando lo recibo en mis brazos no puedo evitar emocionarme. Me tiembla la barbilla y no puedo controlar que varias lágrimas rueden por mis mejillas. De repente, el bebé se despierta y me mira. Cuando observo sus ojos no me cabe la menor duda de que es mío. La gran emoción que siento en el pecho no puedo describirla. Es lo más grande que me ha pasado nunca.

Siento los pasos de Isabella hacia mí, se coloca a mi lado y nos mira.

—Es tuyo —susurra. Yo asiento con un gran nudo en la garganta —. Siento cómo ha sido todo, Rocco —se disculpa con vergüenza—. Creo que ha llegado la hora de que te explique lo sucedido —manifiesta al mismo tiempo que percibo que es una mujer rota.

Isabella me ofrece con un gesto que nos sentemos y ambos lo hacemos en el sofá. Sigo sosteniendo al bebé en mis brazos y no puedo dejar de mirarlo. Es perfecto.

—¿Cuándo nació? —pregunto sin dejar de observarlo con un nudo en la garganta.

—Hace doce días.

—¿Está bien? —me intereso al mismo tiempo que me juro que lo querré y lo protegeré siempre.

—Sí —responde de inmediato—. No pienses que esa ha podido ser la causa por la que estás aquí —explica apurada—. Salvatore es un niño sano. El parto fue muy bien.

—Salvatore —susurro el nombre de mi hijo en voz alta.

—Rocco, hasta que el bebé nació nunca se me pasó por la cabeza que pudiese ser tuyo —revela ella—. Pero cuando lo tuve en mis brazos y lo miré por primera vez y vi en sus ojos los tuyos la duda se instaló en mi mente. Le hice unas pruebas de paternidad y no era hijo de Piero —revela con la voz quebrada y los ojos húmedos—. No cabe la posibilidad de que sea de alguien más —aclara de inmediato.

La miro a los ojos y me hago una idea de lo que debe de haber

pasado al tener la certeza de que soy el padre de su hijo.

—Los ojos de Salvatore son iguales que los míos. Su cara… Es un calco de su padre —manifiesto con gran orgullo. Isabella asiente y se hace un gran silencio entre nosotros.

—No sé cómo manejar esto, de verdad —revela y observo cómo varias lágrimas caen por sus mejillas, intenta contenerla, pero está demasiado rota.

Me acerco a ella y la abrazo con fuerza. La miro junto con mi hijo, todos reunidos en un mismo abrazo y siento que la vida me devuelve una oportunidad con ella.

—No te preocupes, todo se va a arreglar. Voy a estar contigo y con mi hijo —les juro. Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla. Isabella me mira con agradecimiento y la vuelvo a refugiar en mi pecho, al lado de mi hijo.

Justo en ese instante se abre la puerta de entrada de la casa y los ojos de Piero se clavan en nosotros. Isabella salta de mis brazos y corre hacia él mientras que, mirándola con desprecio, murmura:

—¿He interrumpido el momento de la familia feliz? ¡Qué bonita imagen! —Suelta una carcajada forzada y amarga mientras nos mira con resentimiento.

—Piero, por favor —le suplica Isabella.

—Solo he venido a recoger mis cosas, pero me han entrado ganas de vomitar. Mejor me marcho y ya enviaré a alguien a recogerlas —escupe con una mirada hiriente dándose media vuelta.

—¿Ni siquiera vas a mirar a Salvatore? —le implora Isabella llorando, agarrándolo del brazo para que no se vaya.

—Nada me une a ese niño —susurra con desprecio sin mirarlo, se suelta de ella con un tirón y se marcha.

Isabella corre detrás de él hasta la puerta, pero se cierra con fuerza antes de que ella llegue. La observo caerse de rodillas y llorar mientras siento una gran impotencia. El corazón se me encoge y me apiado del dolor que debe estar sintiendo.

Observo un moisés cerca del sofá, dejo a mi hijo en él y me dirijo hacia Isabella. La ayudo a levantarse y la llevo casi en volandas hacia el sofá mientras no deja de llorar.

—Lo siento —susurro al imaginar por lo que debe estar pasando.

—Tú no tienes la culpa de nada —contesta—. Solo puedo darte las gracias por estar aquí y ser tan comprensivo con la situación.

La abrazo y ella se refugia en mi pecho con desesperación al mismo tiempo que siento un gran dolor por verla así. Debería estar contento porque Valente no quiere saber nada de ella y la haya dejado ante tal situación, pero no es así. Me duele su sufrimiento.

Capítulo 31

Isabella

Siento que todo mi mundo acaba de saltar por los aires. La mirada de resentimiento, rencor y desprecio que me ha dirigido Piero me ha roto el alma por completo. Si tenía alguna esperanza de que lo nuestro se pudiese arreglar en estos momentos sé que es inútil. Pensé que Piero necesitaba tiempo para asimilar lo que había pasado y tomar el control de la situación, esto también ha sido una completa sorpresa para mí, pero, por lo visto, me culpa de lo sucedido y dudo de que me perdone algún día. El hecho de que se haya marchado sin mirar siquiera a Salvatore me ha roto el corazón. Él no tiene la culpa de nada, y me consta lo que Piero lo ha amado en todo este tiempo. Ese amor no puede haber desaparecido de la noche a la mañana y él solo es un niño inocente.

—Vamos, Isabella —susurra Rocco a mi lado. Me levanta en brazos con agilidad, como si fuese una pluma y me lleva hasta el sofá.

—Siento que hayas tenido que presenciar esto —comento, avergonzada.

—No te preocupes. Piero está cegado de rabia.

—Me culpa de lo sucedido, pero en ningún momento lo engañé. Tú y yo siempre nos cuidamos, menos en una ocasión, y supongo que fue ahí donde me quedé embarazada —le recuerdo tras un largo suspiro.

—Lo siento, Isabella. Fue mi culpa —reconoce de inmediato con la cabeza gacha. Sé que recuerda el momento a la perfección. Lo cierto es que yo también. Esa vez cuando lo hicimos fue increíble.

—Fue algo en lo que estuvimos de acuerdo los dos. Era un riesgo y bueno… No me gusta pensar en Salvatore como una consecuencia —susurro, apenada.

—Isabella, no estás sola en esto. Necesito que sepas que voy a ejercer de padre. Quiero a Salvatore en mi vida —manifiesta de forma rotunda.

—Gracias, Rocco. Créeme que en estos momentos tu apoyo es un gran alivio. Te juro que siento que ya no puedo con más reproches —revelo sumamente agobiada.

—Has dado a luz hace muy poco, te estás acostumbrando al bebé y la nueva vida con él y ahora te sobreviene todo esto. Es lógico que te encuentres así. Estoy aquí para ayudarte en lo que pueda —susurra y no puedo evitar abrazarlo de nuevo.

Salvatore lloriquea y Rocco se encarga de él. Observo con el amor que lo coge en sus brazos y lo mira que logra emocionarme. En esos momentos descubro que mi hijo va a tener un padre que lo quiera mucho. Sé que no será fácil con Rocco, vivimos a bastante distancia, pero también sé que hará todo para que su hijo sea feliz.

Le explico a Rocco cómo prepararle el biberón y las dosis que le tiene que dar, lo llevo al cuarto del bebé y se lo enseño a la misma vez que le indico dónde está todo lo que mi hijo pueda necesitar. Luego le pido que se quede con Salvatore para tomarme un analgésico y meterme en la cama hasta que se me pase el terrible dolor de cabeza, que es tan constante que decido ponerle un mensaje a Adriano y pedirle que me recete algo más fuerte de lo que tengo. Me indica que él mismo me lo traerá cuando termine en el hospital. Me meto en la cama, consigo dormir una hora y cuando me despierto descubro que Rocco se las ha arreglado muy bien con nuestro hijo, tanto que me sorprende.

—Mi hermano tiene una hija de dos años. Cuento con algo de experiencia —comenta cuando lo admiro cambiar al bebé y la soltura que tiene en ello. Creo que lo entiende mejor que yo.

—Rocco, todo esto me viene grande, no sé cómo manejarlo —le expongo, agobiada.

—Si te parece bien, voy a quedarme en Milán por unos días y vemos cómo va todo —propone.

—Sí, me parece bien. Creo que ambos debemos acostumbrarnos a esta nueva situación y establecer cómo manejar las cosas con Salvatore.

—Voy a buscar un hotel que esté cerca para quedarme. No quiero molestarte más —me indica.

—Puedes quedarte aquí —le ofrezco de inmediato. Siento que yo sola no puedo en estos momentos con mi hijo y Rocco es su padre. Esto es algo de los dos—. La casa es grande, tiene cuatro habitaciones, tres baños… como quieras.

—Gracias —susurra mirándome sonriente. Creo que eso es un sí —. Voy a salir a comprar algunas cosas. Solo me vine con lo puesto. ¿Estarás bien?

—Sí, de hecho, creo que voy a ir a casa de mis tíos. Viven aquí a un par de calles. Así me da el aire y me distraigo un poco —susurro sin ganas, pero no quiero quedarme en casa sola con Salvatore y sumirme en los recuerdos con Piero.

Rocco me acompaña hasta la puerta de la casa de mis tíos y luego quedamos en vernos de nuevo en mi casa. Agradezco tanto lo bien que se está portando conmigo y llevando la situación que lo menos que podía hacer era ofrecerle mi casa.

Nicole se encuentra con mis tíos cuando llego y le cuento a todos la aparición de Piero, su actitud y el apoyo de Rocco.

—¡¿Le has ofrecido quedarse en tu casa?! —pregunta mi tía con desmesurada sorpresa.

—Sí —respondo mirando a los tres, que me observan en silencio —. No veo nada de malo.

—Igual eso no ayuda a que lo arregles con Piero —se atreve a decir mi tío. Él que nunca se mete en nada, pero lo apreciaba mucho.

—No creo que lo mío con Piero tenga salvación. Lo he visto con claridad en la forma en la que me ha mirado —manifiesto con pena.

—¿Y te planteas algo con Rocco? —inquiere mi tía de golpe.

—¡No! —niego de inmediato, casi ofendida—. Él solo es el padre de mi hijo. —Les dejo claro—. Pero creo que si estamos cerca en medio de todo este huracán que se ha desatado todo marchará mejor. No sé cómo irá todo con Rocco de ahora en adelante. La situación es complicada, él vive lejos de aquí… Creo que necesitamos aclarar y establecer muchas cosas.

—¿Sabemos si Rocco Santoro sigue sintiendo algo por ti? —

inquiere mi prima.

—Ha transcurrido casi un año. Deben de haber pasado mil mujeres por su vida. Estoy segura de que me ha olvidado. Además, ignoro cuál sea su actual estado sentimental en estos momentos —añado.

—Bueno, yo al menos me quedo más tranquila al saber que Rocco está cerca, comprende la situación y cuida de vosotros —susurra mi tía, aliviada.

Tomo una gran bocanada de aire, miro a mi hijo, en los brazos de su tía y siento que, pese a todo lo que me está sucediendo, soy una mujer muy afortunada por tener la familia que tengo y todo su apoyo en estos difíciles momentos.

Cuando regreso a casa recibo la visita de Giovanni, me mira serio y me dice:

—Piero me ha pedido que venga a por todas sus cosas. Me dijo que no volverá a poner un pie en esta casa.

El alma se me cae a los pies en ese momento y me echo a llorar. Rocco llega, Giovanni se sorprende de que le haya ofrecido alojamiento y mientras el padre de mi hijo se ocupa de él yo le ayudo a mi amigo a recoger todas las pertenencias de Piero. No puedo dejar de llorar mientras lo hago porque siento que esto sí es el fin de nosotros.

—¿Sabes dónde está Piero? —pregunto con miedo.

—Me ha dado una dirección en Cerdeña para que se lo envíe todo —revela Giovanni.

—Se va de Milán —susurro con el corazón encogido. Lo he perdido para siempre.

—Tiene mucho dolor, Isabella. No ha sabido encajar la situación. Creo que necesita tiempo para asimilarlo y darse cuenta de vuestro amor.

—No ha puesto de su parte —le rebato a Giovanni, dolida—. No ha sido nada comprensivo conmigo. Piensa que lo engañé, y no ha sido así. Por otro lado, ¿dónde está todo ese amor que nos tenía a mí y a Salvatore?

—Creo que se ha convertido en resentimiento. Igual solo necesita un tiempo alejado para aceptar la situación. Pienso que cuando se

dé cuenta de que os echa de menos y os ama volverá.

—Ya nada sería igual —manifiesto con pena, siento que todo entre nosotros se ha roto de una forma que no se puede recomponer.

Capítulo 32

Rocco

Quince días después

La vida me ha cambiado de forma radical y lo mejor de todo es que me encuentro encantado. El amor que siento por mi hijo es cada día más grande, le he puesto mi apellido y lo he reconocido como mío. Estar tan cerca de Isabella, saber que soy para ella un gran apoyo y ver que cada día que pasa ambos estamos más unidos gracias a Salvatore es algo que me llena de ilusión. No he olvidado a Isabella en todo este tiempo. Muchas noches, en los meses atrás, me he despertado pensando en ella y lo que vivimos juntos. Es algo que no puedo olvidar. La magia que experimentamos no la he encontrado en ninguna mujer de todas las que han pasado por mi cama en este tiempo, me he esforzado por olvidar a la madre de mi hijo, me mantuve alejado respetando su decisión de estar con Piero, pero ahora todo ha cambiado y voy decidido a conquistarla de nuevo y formemos una familia. Sé que es pronto, que tiene que pasar un tiempo hasta que se sienta con ganas e ilusión de volverlo a intentar con alguien, y ahí estaré yo. Por ahora me conformo con estar a su lado y que cada día seamos más cómplices. Tengo que dominarme cada instante para no estrecharla en mis brazos y besarla como deseo, pero sé que tarde o temprano volveremos a estar juntos.

Recibo una llamada de mi tía en la que me suplica que vuelva a los viñedos, llevo dos semanas desentendido de todo y la dejé al cargo de forma repentina, pero han surgido inconvenientes en los que ella no se encuentra con la capacidad suficiente para resolver.

En estos momentos no quiero volver y dejar a Isabella sola, pero también sé que llevo demasiados días en su casa y no lo puedo prolongar mucho más. He estado mirando pisos en Milán, pero mi trabajo se encuentra en La Toscana. No puedo venir todas las

semanas a ver a mi hijo porque mi presencia es necesaria allí, más en estos momentos en los que estoy por lanzar mi propia marca de vino. Es algo que tengo que hablar con Isabella, pero no me he atrevido a hacerlo por el momento. Sin embargo, sé que no puedo alargarlo más.

Regreso a casa de Isabella tras pasar toda la tarde fuera en una reunión, he trasladado algunas de las que tenía a Milán, y me encuentro a Nicole con el bebé en el sofá. La saludo y le pregunto por la madre de mi hijo.

—Está en la ducha, pero ya lleva demasiado tiempo allí. Me tiene un poco preocupada —comenta su prima, alerta.

—¿Pasa algo? —pregunto observando su gesto.

—Hoy se ha animado a llamar a la madre de Piero. La conversación no ha ido muy bien. Lógico, esa señora solo ve el sufrimiento de su hijo —susurra—. Mi prima lleva llorando toda la tarde —revela apenada.

Chasqueo la lengua y me molesta que Isabella siga pensando en Piero y le afecte tanto lo que respecta a él.

—Voy a ver si se encuentra bien. —Me levanto del sofá y voy en dirección al cuarto de Isabella.

Toco a la puerta antes de entrar, no obtengo respuesta y decido pasar. No está en su habitación. Me dirijo al baño que se encuentra en el interior de su habitación y veo la puerta entreabierta. La llamo, pero no responde, solo escucho el sonido del agua correr. Intuyo que está debajo de la ducha y no me oye. Espero un poco, paseándome por la habitación, hasta que decido entrar. No aguanto más. Me da igual invadir su intimidad, pero estoy muy preocupado por ella. Paso con decisión y la encuentro sentada en la ducha, abrazada a sus piernas mientras el agua le cae en la cabeza y llora con fuerza. Maldigo a Piero Valente por hacerla sufrir y decido ir en su rescate. Me quito lo zapatos y entro en la ducha sin importarme ir vestido. Me siento frente a ella y me mira sin dejar de llorar. La abrazo y la siento en mis piernas sin importarme que vaya desnuda. Le acaricio el rostro y la espalda haciéndole sentir que me tiene ahí. Me coloco en pie con ella en mis brazos, la saco de debajo del agua que nos moja a ambos y la envuelvo en una toalla. Mientras nos

miramos a los ojos le susurro:

—Tienes que superarlo.

—No es fácil —lloriquea.

—Vamos a intentarlo —le propongo de golpe—: Tengo que marcharme a La Toscana y me gustaría que mi tía conozca a Salvatore. Vente unos días, deseo enseñarte mi casa, mis tierras y mi negocio. Creo que salir de Milán, de los recuerdos de esta casa, te pueden ayudar.

Isabella se queda pensativa, toma una profunda bocanada de aire y murmura:

—Lo voy a pensar.

Le sonrío, la atraigo hacia mis brazos y la refugio contra mi camisa mojada. Ella no se queja. Alza la mirada y susurra:

—Gracias. Te has puesto pingando por mi culpa —bromea un poco más animada.

—Lo que sea por la madre de mi hijo —revelo perdido en sus ojos.

De repente, Isabella carraspea un poco, se aparta de mis brazos, nos mira a ambos un poco avergonzada y dice:

—Será mejor que me vista. Tú puedes deshacerte de la ropa mojada y coger una toalla del mueble. Gracias nuevamente por venir a rescatarme y ofrecerme una luz a mis sombras. Creo que viajar a La Toscana con Salvatore me hará bien —comenta de pronto y me sorprende que se haya decidido tan rápido.

Una sonrisa aparece en mi boca, me acerco a ella y no puedo evitar darle un beso en la frente.

—Puedes quedarte el tiempo que desees. Tengo una casa de dos plantas muy grande, con jardín y piscina. Además, ya que estarás allí, me gustaría que tú misma acondicionases una de las habitaciones para Salvatore. Sé que no lo hemos hablado, pero deseo que mi hijo me visite y pase tiempo conmigo en mi casa.

—Vale —acepta de buen grado y siento que todo con Isabella va a ser muy fácil. No es una mujer complicada ni retorcida. Es tan simple y generosa en todos los sentidos que nunca deja de sorprenderme.

Capítulo 33

Piero

Sentado frente al mar, con la vista clavada en el horizonte en mitad del atardecer, siento que mi vida está arruinada por completo. Llevo días maldiciendo a Isabella, por hacer que me enamorase como un loco, por soñar una vida plena y feliz a su lado y por ilusionarme con un hijo que finalmente no era mío.

—Al fin te encuentro. —Me sobresalta una voz a mi lado. Me sorprendo al ver a Nicole. Miro tras ella y dice de inmediato—: Tranquilo, vine sola. Ella está tan destrozada como tú. Tienes un aspecto lamentable, Valente —comenta sentándose a mi lado en la arena de la playa.

He desistido de ir al gimnasio, apenas como, casi no duermo y me he dejado barba.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mirándola con el ceño fruncido, abatido.

—Estaba preocupada por ti. En este tiempo te tomé mucho aprecio y te consideré de mi familia. Espero que porque hayas roto los lazos con mi prima no decidas hacerlo conmigo.

—La verdad es que no quiero tener relación con nada que me recuerde a Isabella. Duele demasiado. Solo deseo olvidarla —confieso con la voz rota.

—Ha sido muy duro, para ambos —aclara—. La pregunta es, ¿estás dispuesto a dejarla ir para siempre? La amas, ¿estás seguro de que lo vuestro no tiene solución? Piero, ella nunca te engañó ni te traicionó. Estuvo con Rocco antes. Luego se enamoró de ti como jamás lo había hecho. Te lo aseguro.

Chasqueo la lengua, me muevo incómodo y la miro a los ojos.

—Lo siento, Nicole. Por Isabella y por mí, pero lo que teníamos ya no es posible. Todo se rompió en mil pedazos. ¿No ves cómo estoy?

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Olvidarla —manifiesto con determinación. Estoy decidido a ello —. Voy a volver a mi apartamento en Roma, me centraré en mi trabajo y la arrancaré de mi corazón para siempre.

—Te deseo suerte —susurra en tono irónico. Este no me pasa desapercibido—. Convencí a Adriano de pasar el fin de semana en Cerdeña y de paso hablar contigo, pensé que Isabella y tú solo necesitabais a alguien que os tendiese la mano para que ambos solucionaseis todo, pero ya me doy cuenta de que no es posible. Tienes demasiado resentimiento en tu corazón —me reprocha.

—Yo lo calificaría más bien de dolor. No sabes lo que siento cada vez que recuerdo que Salvatore no es mío. Todos los planes de futuro que tenía con mi hijo se fueron al traste. Pienso en él a diario y la agonía que me embarga llega a ahogarme. Y lo peor de todo es que sé que no voy a volver a querer a nadie más como he querido a Isabella y a su hijo. Les di todo y me dejaron sin nada. —Rompo a llorar sin poder contenerme.

Nicole me abraza y me refugio en ella.

—Siento todo esto mucho, Piero. No os merecíais terminar así. Ambos estáis rotos de dolor. Tengo una gran impotencia por no poder ayudaros, pero todo está en la capacidad de poder seguir adelante asumiendo la realidad.

—No puedo, ¿cómo se hace para volver a una vida que imaginaste y ya no será? Estoy seguro de que no funcionaría.

—Igual necesitáis más tiempo.

—Solo necesito olvidarla para que este dolor tan grande se desvanezca. Me está matando —reconozco.

Nicole vuelve a abrazarme.

—Suerte, Piero —susurra mirándome a los ojos—. Si un día necesitas algo de mí o de Adriano, ahí estaremos. Quiero que sepas que no te guardo rencor porque no puedas volver con Isabella. La vida está llena de procesos y cada uno tiene sus tiempos y formas para asimilarlos. Solo te deseo que seas feliz. Eres un buen tío. Nunca vi a mi prima más feliz ni enamorada que contigo.

—Gracias, Nicole. Y perdóname, pero prefiero, por el momento, cortar todo tipo de relación con las personas que rodean a Isabella. Creo que si nada me recuerda a ella la terminaré olvidando antes.

Nicole asiente a mis palabras mostrándome una sonrisa forzada.

—Espero que funcione. Adiós, Piero.

—Adiós, Nicole. Dale recuerdos a Adriano.

La observo alejarse mientras tomo una bocanada de aire y la imagen de Isabella aparece en mi mente. Siento un gran nudo en la garganta y un gran dolor en el pecho, pero estoy decidido a comenzar una nueva vida lejos de ella.

Capítulo 34

Isabella

Nicole me ayuda a hacer las maletas para marcharme con Rocco a La Toscana, no estoy demasiado ilusionada, pero se ha portado tan bien conmigo en estos días que lo que menos puedo hacer es acompañarlo para que su tía y su familia conozcan a su hijo. Sé que tiene muchas ganas de presentarlo y no me ha presionado con ello en ningún momento. Ha sido muy comprensivo y delicado con la situación por la que paso.

—¿Qué te pasa? —pregunta mi prima mientras me ayuda a cerrar la bolsa de la ropa de Salvatore.

—¿Y si Piero se entera de que me he marchado con Rocco y el bebé a La Toscana y piensa que he decidido volver con el padre de mi hijo? —Es un pensamiento que no me deja vivir desde hace un par de días, y eso que no sé nada de Piero, pero mantengo las esperanzas de que nuestro amor sea más fuerte que todo y que en estos días separados se dé cuenta de que no puede vivir sin mí, porque así me encuentro yo.

—Ven, siéntate. —Mi prima lo hace en mi cama y palmea a su lado para que acuda allí—. Tengo que contarte algo que hice este fin de semana con Adriano —revela de golpe mientras la miro con atención, la conozco bien y sé que lo que me va a decir es algo serio —. Nos fuimos de fin de semana a Cerdeña. En busca de Piero —aclara de inmediato. La miró con un nudo en la garganta.

—¿Lo viste? —pregunto con la voz ronca, tomándola de las manos con fuerza.

—Sí. Pensé que, si iba y hablaba con él, si lo hacía recapacitar sobre lo vuestro…

—¿Y? —inquiero, ansiosa.

Nicole suspira y percibo que se le humedecen los ojos.

—Isabella, Piero está roto por completo. Y cuando un hombre se encuentra así es muy difícil de recomponer, ya no solo él. Lo vuestro. Todo. Me da muchísima pena decirte esto, pero creo que lo vuestro ha terminado para siempre, pienso que Piero no lo va a superar nunca —susurra con sinceridad.

Varias lágrimas recorren mis mejillas mientras niego con un gesto de la cabeza.

—¿No quiere volver a verme? —pregunto temblándome la voz, no lo creo.

—Solo desea olvidar y comenzar una nueva vida. Se marcha a Roma. Incluso me dijo que no quiere saber nada de mí ni que le recuerde a ti. Siento ser tan sincera, pero tienes que saberlo. No quiero que vivas esperanzada en que un día vaya a volver, porque no va a suceder.

Me abrazo a mi prima y lloro hasta desahogarme. Ahora sí siento que lo he perdido para siempre.

—Isabella, voy a darte un consejo —susurra al cabo de un rato—. Olvida a Piero, y ahora que tienes cerca a diario a un hombre como Rocco, que se desvive por ti y por tu hijo, date la oportunidad. Creo que Santoro sigue loco por ti. No he querido tocar antes este tema, pero no se me ha pasado por alto cómo te mira.

—Nicole, ahora mismo no puedo pensar en otro hombre —digo sorprendida.

—Lo sé. Solo te propongo que te des la oportunidad. Quizás tu destino siempre fue terminar con Rocco Santoro. Esa magia y esa chispa especial saltó entre vosotros en el colegio y mira, años después, por azares de la vida, habéis terminado compartiendo a un hijo. Puede que el accidente de la esposa de Rocco y Piero se interpusiesen entre vosotros y ahora el destino os devuelve lo que estaba trazado —reflexiona Nicole. Ella cree que todo está escrito.

—En estos momentos solo sé que tengo que estar sola, con mi hijo. No puedo plantearme nada más.

—Creo que una temporada en La Toscana te vendría bien. Hemos hecho la maleta para una semana, sin embargo, creo que deberíamos echar ropa para más tiempo —propone de golpe.

—No sé nada de la vida sentimental de Rocco, no lo hemos hablado en estos días. No voy a invadir su casa por más tiempo del estrictamente necesario para que su familia conozca a Salvatore y pasen unos días con él.

—Por si acaso, voy a hacerte otra maleta. —Nicole se levanta, coge otra bolsa del armario y comienza a echar más ropa. Yo me tumbo en la cama, exhausta, y dejo que haga lo que quiera. No tengo fuerzas para discutir con ella.

***

—Ya estamos cerca —anuncia Rocco mientras conduce.

Los paisajes de La Toscana me tienen maravillada. Hace un bonito día de sol y con la luz del atardecer disfruto de unas vistas única.

Salvatore se encuentra dormido en su silla del coche a mi lado. Tenía un poco de miedo al hacer un viaje de más horas con él, pero se ha portado muy bien. Hemos parado dos veces para que coma y se ha dormido en cuanto su padre ha puesto el vehículo en marcha.

Rocco me va explicando todo lo que vemos y cuando comenzamos a llegar a sus tierras y me las indica compruebo que tienen una enorme extensión.

Entramos en su propiedad y fijo la mirada en una gran mansión que no esperaba encontrar. Es muy lujosa y nueva.

—Hemos llegado —anuncia—. Hace tres años remodelamos la casa por completo y le añadimos la segunda planta y el ala derecha —me explica antes de bajarnos del coche.

—Es precioso todo —susurro con entusiasmo, admirando todo lo que me rodea.

—A mí me encanta vivir aquí. Considero que es un paraíso. Cuando mi tía me propuso llevar su negocio le dije que no, tuvo que convencerme ofreciéndome un muy buen sueldo y enseñándome su testamento en el que me nombra su único heredero. Una vez que pisas esto no te quieres marchar nunca —susurra mirándome a los ojos.

—¡Ya han llegado! —gritan. Rocco y yo desviamos la mirada y vemos a tres mujeres que vienen en nuestra dirección.

—Mi tía, el ama de llaves y la cocinera —murmura Rocco—. Son un poco intensas, incluso pesadas, pero tres grandes personas que me quieren y me cuidan siempre.

Rocco se baja del coche con una enorme sonrisa y alza la voz:

—¡Hemos llegado! —Abre los brazos y se funde en abrazos con las tres mujeres que lo besan como si viniese de la guerra.

Cojo a mi hijo en brazos y comienzo a salir del coche, Rocco se acerca de inmediato, me ayuda y les indica a las mujeres:

—Os presento a mi hijo, Salvatore. Y a su madre, Isabella. —Las mujeres se quedan embobadas en mi hijo dormido en mis brazos.

—Hola —susurro mirando a las tres personas.

—Yo soy Raffaella, la tía de Rocco. ¡Qué alegría tenerte por aquí! —Me abraza y me da un beso.

—Y yo, Aurora. La cocinera de la casa. El bebé es precioso —susurra con emoción.

—Yo soy Cinzia, el ama de llaves. Os serviré en lo que necesitéis.

—Gracias. Este lugar es precioso —manifiesto, algo nerviosa.

—Aún no has visto nada —comenta la tía de Rocco con una amplia sonrisa—. No conozco a nadie que no se enamore de todo esto. —Pasea la mirada por nuestro alrededor y se queda con los ojos clavados en su sobrino.

—Vamos dentro —propone Rocco colocándome una mano en el bajo de la espalda—. ¿Quieres que lleve yo al bebé? —pregunta con gentileza. Tenemos que subir una escalinata de seis peldaños, pero considero que puedo con eso. Mi hijo apenas pesa cuatro kilos.

Cuando entramos en la casa nos dirigimos a un enorme salón con chimenea. Nos sentamos en el sofá y la tía de Rocco lo hace a mi lado y mira al bebé. Se lo entrego y la mujer lo coge con lágrimas en sus ojos. Luego se lo pasa a Aurora y Cinzia, todas lo elogian y destacan los ojos verdes iguales a los de su padre.

—¿Qué te parece si las dejamos con Salvatore y te enseño toda la casa? —propone Rocco.

—Sí, claro —accedo de inmediato.

—Hemos preparado la habitación más grande de invitados y hemos colocado una cuna —nos indica Raffaella—. Ya vosotros elegís la habitación de la casa que os guste más para el bebé.

—¿Y el resto de tu familia? —le pregunto a Rocco mientras subimos las escaleras.

—Vendrán en un par de días. No quería que te agobiases con tanta gente de golpe.

—Gracias por pensar siempre en todo —susurro con alivio.

—No hay de qué. Quiero que estés bien.

Una vez en la planta superior Rocco me explica que existen siete habitaciones. Todas tienen baños en su interior. Me indica cuál es la suya, la de sus padres y la de su hermano. Me enseña mi habitación y compruebo que es justo la que está a su lado.

—¿Y la habitación de tu tía? —inquiero cuando me ha enseñado toda la planta superior.

—Ella tiene sus dependencias en el ala derecha. Así tenemos intimidad. Las casas están unidas por una puerta en el interior, pero cada uno tenemos la nuestra propia. Fue idea de ella —aclara de inmediato—, y he de reconocer que un acierto. Vivimos juntos, pero cada uno tenemos nuestro propio espacio cuando lo necesitamos.

—¿Aurora y Cinzia dónde viven? —me intereso. No he visto casas alrededor de la finca.

—Con mi tía. Su casa tiene cuatro habitaciones, un salón y una cocina. No necesitan más. Se llevan muy bien y son muy amigas. —Las tres mujeres son casi de la misma edad.

Nos dirigimos a la planta baja de la casa donde se encuentra una enorme cocina, el gimnasio, el despacho de Rocco y una piscina cubierta.

—La casa es increíble.

—Ven que te enseño el jardín y la piscina. Es mi zona preferida de la casa. Tiene unas vistas increíbles a los viñedos. Ver un atardecer desde el porche es algo casi mágico.

Salimos y lo que aprecian mis ojos es mucho más de lo que me ha relatado Rocco. Una gran emoción me invade ante un paisaje tan increíblemente espectacular. Me quedo muda de la impresión. Mis ojos se humedecen y siento que Rocco me mira sonriente.

—Me dejas sin palabras —susurro.

—Creo que pasar un tiempo aquí es lo que necesitas.

—Me hará bien —determino casi sin dudarlo.

—También tengo caballos. Cinco en total, me gusta recorrer los viñedos con ellos.

—Nunca me he montado en uno. Me dan miedo —revelo.

—Te aseguro que lo perderás. Me encargaré de ello. Yo amo los caballos y pienso contagiarle mi pasión a Salvatore. Voy a hacerme con un potrillo para cuando sea más grande.

Me quedo observándolo por unos segundos y me llena de orgullo comprobar que va a ser un gran padre y que mi hijo va a ser muy querido en esta casa. Raffaella, Aurora y Cinzia lo van a amar con locura. Lo he visto en sus ojos. También lo van a consentir en todo.

—Gracias por todo esto, Rocco. Venir hasta aquí con mi hijo es un regalo.

—Espero que lo disfrutes. Te aseguro que me esforzaré al máximo para que tu estancia aquí sea lo más placentera posible.

Rocco me mira con unos ojos verdes tan claros y ardientes que hacen que sienta cierto nerviosismo y recuerde las palabras de Nicole al mismo tiempo que me pregunto; ¿de verdad debo de volver a pensar en el padre de mi hijo como hombre? Es guapísimo, atractivo, gentil, detallista… Tiene todas las cualidades que se pueden pedir. Y debo de admitir que de no haber aparecido Piero en mi vida habría seguido ilusionada con Rocco, y quien sabe si cuando apareció dos meses después le hubiese dado una oportunidad, pero, por destinos de la vida, yo ya estaba con Piero.

Capítulo 35

Isabella

Dos días después

Estoy un poco nerviosa porque hoy llegan los padres y el hermano de Rocco con su familia para conocer a mi hijo. Me siento como una oportunista que ha cazado a un hombre muy rico. En estos dos días que llevo en casa de Rocco he podido apreciar todo lo que tiene y he llegado a sentir verdadero vértigo. Nunca imaginé que tuviese tanto dinero. Sus caballos son pura raza, en el garaje tiene siete coches de marcas muy caras y todo el personal que trabaja para él me ha impresionado.

Cuando me llevó a las bodegas, me las enseñó y me contó el proceso de producción del vino lo admiré muchísimo. Sin duda, es un hombre que trabaja muy duro. Me contó todo lo que ha modernizado los viñedos desde que se puso al frente y me he llegado a preguntar si duerme.

—Tu tía debe de estar muy orgullosa de ti —comento mientras cambio a mi hijo para que conozcan a sus abuelos a punto de llegar y Rocco me cuenta que la reunión que ha tenido esta mañana ha ido muy bien y que su vino propio, Santoro, saldrá al mercado en unos meses.

—¿Ahora tendrás dos empresas, Lombardo y Santoro? —pregunto.

—Más bien dos marcas bajo una misma empresa. Santoro será un vino superior, más elaborado y exquisito. Llevo algunos años trabajando en él. También estoy barajando otra vía de negocio que me han propuesto esta mañana. Siempre he sido reacio a ella, pero creo que en estos momentos puede ayudarme a impulsar Santoro.

—¿De qué se trata? —Estoy descubriendo que me fascina que Rocco me cuente cosas sobre la marcha de su empresa.

—Hacer visitas guiadas por los viñedos, bodegas y terminar con una cata de vinos.

—Vaya, suena muy bien —susurro, impresionada.

—Lo estoy pensando. Para ello necesito ampliar la plantilla de mis trabajadores.

—¿Y eso te supone un problema? —inquiero con curiosidad.

—Me gusta entrevistar a mi personal yo mismo, y en estos momentos dispongo de poco tiempo.

—Si puedo ayudarte en algo… —le ofrezco. Siempre he sido una mujer activa y desde que nació Salvatore me siento algo aburrida en el plano laboral.

—Podrías seleccionar los currículos y así yo solo me encargaría de las entrevistas de los candidatos seleccionados —propone con entusiasmo.

—Me parece bien —acepto animada.

—Pero ¡qué guapo está mi niño! —exclama Rocco cogiendo a Salvatore en brazos. Lo he vestido con un pelele azul cielo y un bodi blanco.

—Acaba de comer, a ver si nos da tregua hasta que lo conozca tu familia. —Salvatore es muy comilón y cada vez que se toma un biberón se pone perdido.

—¿Nerviosa? —inquiere Rocco mirándome con el ceño fruncido mientras acuna a su hijo.

—Un poco —le miento. Estoy como un flan.

—Irá bien. Mis padres tienen muchas ganas de conocerte.

—¿Qué le has contado sobre nosotros? —me intereso. Tengo mucho miedo que piensen de mí que planeé todo esto.

Rocco chasquea la lengua y sonríe.

—Que siempre estuve enamorado de ti, desde el colegio, pero que ahora no estamos juntos porque el destino se empeñó en separarnos.

La confesión tan natural de Rocco me deja impactada. Lo miro seria y siento que los latidos de mi corazón se aceleran al mismo tiempo que en mi cabeza se repiten sus palabras; siempre estuvo enamorado de mí. Ante mi silencio, el padre de mi hijo me aclara:

—Salvatore no es producto de solo una noche, Isabella. Creo que

eso debemos de tenerlo claro ambos. Cuando estuvimos juntos hubo mucho más que sexo entre nosotros. Puede que después apareciese Piero en tu vida y tus sentimientos cambiasen, pero esa noche entre los dos fue mágica. Yo no he podido olvidarla, dime que tú lo has hecho —comenta en tono serio, acercándose a mí y mirándome con sus penetrantes ojos verdes.

—Rocco, no creo que sea el momento de mantener esta conversación —susurro mientras las imágenes de la noche que pasamos juntos vuelven a mi mente y consiguen estremecerme.

—Pero ¿eres consciente de que debemos tener una charla en algún momento? —me insta.

—Mis sentimientos en estos momentos de mi vida son un completo caos —susurro con la respiración alterada.

—Lo entiendo —dice de inmediato, comprensivo—. La paciencia nunca ha sido mi gran virtud, pero te juro que contigo la estoy practicando. —Se acerca y me da un beso en la frente.

Salimos de la habitación y cuando el coche de la familia de Rocco entra en la propiedad le pido coger en mis brazos a Salvatore. Necesito aferrarme a algo en estos momentos, y mi hijo es el escudo perfecto.

Todos mis miedos se calman cuando siento la mirada tan cariñosa y agradable de los padres de Rocco. Abrazan a mi hijo con un amor tan grande que me emociono. También es cierto que, desde que Salvatore ha llegado a mi vida estoy mucho más sensible.

El hermano de Rocco, su hija y su esposa llegan una hora más tarde y también descubro que son increíbles personas. Todos están muy contentos con la incorporación de Salvatore a la familia, y a mí me tratan en todo momento como si fuese parte de ella. Me alegra saber que mi hijo vaya a tener tanta gente buena alrededor y que lo quiera tanto.

La familia de Rocco pasa todo el fin de semana en los viñedos. La presencia de ellos me hace sentir muy bien. Son ingeniosos, divertidos y muy normales. Se nota que están muy unidos pese a vivir lejos.

La hija de Mauro es un amor, solo tiene dos años y me hace pensar cuando Salvatore alcance la misma edad. Rocco se desvive

con su sobrina, juega con ella, la hace reír y observarlos juntos solo me hace confirmar lo que ya presagiaba, será un padre increíble.

Angela, la abuela de Salvatore, es una señora que se nota que ama a sus hijos y se preocupa de ellos, pero tiene el don de ser discreta y darles su espacio. En este fin de semana he descubierto que es una gran mujer en todos los sentidos, ni en un solo momento me ha hecho sentir incómoda. Rocco me contó que puso al tanto a sus padres de toda la situación que pasé con Salvatore. Y Aristides, el padre de Rocco, es un hombre que derrocha amabilidad y amor. Cuando todos se marchan hasta siento pena. Lo hemos pasado muy bien y el tiempo se ha ido demasiado rápido.

—Volverán pronto, ¿lo sabes? —comenta Rocco cuando estamos solos en el salón. Su tía se ha llevado a Salvatore para dormirlo.

—Me ha encantado tu familia. Y la de mi hijo —reconozco de inmediato—. Creo que Salvatore va a tener mucha suerte de contar con todos ellos alrededor.

—Creo que en estos días entre todos te hemos hecho partícipe de esta familia. Tú también perteneces a ella. Siempre serás la madre de mi hijo, la mujer más importante de mi vida por el hecho de haberme dado lo que más amo y creo que mi familia te tiene igual estima.

—Sí, me han gustado mucho todos —revelo con una sonrisa.

—¿Yo también te gusto? —pregunta de forma seductora y sé por dónde va.

Me levanto del sillón, me acerco a él y le susurro en el oído:

—Me gusta que Salvatore tenga un padre como tú. Gracias por hacer que me sintiese tan bien este fin de semana. No se me ha pasado por alto que te has esforzado en ello y no has dejado de estar pendiente de mí. —Le doy un beso en la mejilla en agradecimiento y me marcho a mi habitación. Estoy muy cansada, solo quiero darme una ducha y dormir.

Capítulo 36

Rocco

Tener a Isabella bajo mi techo es una bendición y una completa tortura al mismo tiempo. Cada día estoy más loco por ella. Es la mujer que deseo y quiero para siempre en mi vida. Que sea la madre de mi hijo es el mayor regalo que he recibido jamás, pero como el ser humano siempre quiere más, anhelo que sea mía. Que se convierta en mi mujer y formemos una familia de verdad.

Sé que con la madre de mi hijo tengo que ir poco a poco, me lo repito a cada instante. Isabella ha pasado por una situación bastante traumática y necesita tiempo para aceptar todo lo sucedido. Estoy siendo paciente, esforzándome por ser su amigo cuando en realidad lo que me apetece cada vez que la miro es besarla, estrecharla con fuerza contra mi cuerpo y hacerle el amor.

Hace dos semanas que se encuentra en mi casa y vivo con el constante miedo de que se vaya. La necesito junto a mí.

Bajo a la cocina temprano, como cada mañana, al amanecer, y encuentro a mi tía con Salvatore en sus brazos en el salón cuando entro removiendo la taza de mi café.

—¿Dónde está Isabella? —inquiero de golpe. Cierta angustia se instala en mi pecho.

—Salió al jardín a respirar un poco de aire fresco. Este pequeño ha estado algo inquieto esta noche. Cuando fui a la cocina Isabella estaba ahí con él.

—Vaya, no me he enterado de nada.

Le propuse a Isabella quedarnos con el bebé una noche cada uno, pero ella insistió en que yo tengo que descansar porque sigo trabajando y ella la única ocupación que tiene es su hijo. También siento que en estos momentos debe de estar distraída y si Salvatore contribuye a ello, mejor. Por esa razón no he insistido más, sin

embargo, si mi hijo se encuentra mal en mitad de la noche me hubiese gustado saberlo.

Me acerco a Salvatore, le doy un beso en la frente y lo admiro dormido en los brazos de mi tía. Luego ella me indica con la mirada que vaya en busca de la madre de mi pequeño. Le dedico una sonrisa de agradecimiento y salgo del salón en silencio.

Encuentro a Isabella sentada en el borde de la piscina, con los pies metidos dentro, lleva su vestido remangado y tiene una taza de café en la mano. Mantiene la vista clavada en el horizonte y se encuentra tan absorta en sus pensamientos que no me escucha acercarme. Se sobresalta un poco cuando me descubre sentado a su lado.

—¿Todo bien? —me intereso mirándola con atención. Hasta con ojeras y sin apenas dormir es guapa y la encuentro *sexy.*

—Bueno, Salvatore ha tenido la noche algo movida. No me dejó dormir mucho. Está con tu tía.

—Sí, me lo ha dicho. ¿Por qué no me avisaste? —inquiero con amabilidad. No estoy enfadado.

—No quise molestarte. En realidad, no tenía nada, solo estaba inquieto, no se dormía. Serían gases —comenta sin importancia.

—La próxima vez, no dudes en llamarme, por favor —susurro mirándola a los ojos.

Ella asiente con cierta culpa que leo en su mirada. De inmediato la aparta de mí, suspira y con la vista clavada al frente comenta:

—Este lugar tiene una magia especial. Hace que te enamores de él.

—Déjate llevar —la animo—. Esta no solo es la casa de tu hijo. También es la tuya. Puedes quedarte para siempre —me atrevo a proponerle de forma indirecta.

—¿En calidad de qué? —pregunta con cierta desconfianza.

—En la calidad de madre de mi hijo, hasta que tú decidas lo contrario —manifiesto serio y seguro.

—Rocco, yo en estos momentos no puedo mantener esta conversación contigo. No quiero que por el hecho de que yo esté aquí con Salvatore te cree algún tipo de esperanza. Ahora mismo necesito sanarme.

—Lo sé y lo entiendo. Sé que necesitas tiempo. Por otro lado, si decidieses volver a mis brazos algún día, tampoco quiero que lo hagas solo porque soy el padre de tu hijo, sino porque vuelves a sentir junto a mí todo lo que vivimos la noche que concebimos a Salvatore. Sí, fue una noche —recalco y le recuerdo—, pero fue tan especial y vivimos tanto que sé que, por parte de ambos, experimentamos sentimientos muy fuertes.

—Todo ello se desvaneció a la mañana siguiente cuando me enteré de que eras un hombre casado y luego ya no supe más nada de ti —confiesa al mismo tiempo que cierro los ojos, trago con dificultad y recuerdo que fue un gran error por mi parte, marcharme de su lado como lo hice sin dar señales, fue lo peor que he hecho en mi vida. La lance a los brazos de Piero Valente.

—Lo siento tanto…

—Lo sé —susurra—. He estado pensando algo —manifiesta al cabo de unos segundos ambos callados.

—Dime.

—Creo que no te dije que estoy matriculada en la universidad en la carrera de Historia del arte. Es mi tercer año y en un mes son los exámenes. Había pensado quedarme ese tiempo aquí, estudiar cuando pudiese y presentarme por probar. No quiero dejarlo.

—Por supuesto —la animo de inmediato—. Puedo quedarme con Salvatore todas las tardes y fines de semana para que puedas estudiar —le propongo, ilusionado. Retenerla a mi lado es una gran noticia.

—Gracias —susurra con una sonrisa amable—. Después tendría que irme a Milán por una semana a realizar los exámenes. Me gustaría llevarme a nuestro hijo y que mis tíos disfruten de él y lo cuiden. Lo echan de menos.

—Claro que sí —acepto de inmediato.

—Y luego ya veremos cómo lo hacemos —murmura, asiento a sus palabras y no digo nada más. Por el momento he conseguido mucho más de lo que esperaba. Isabella y mi hijo permanecerán un mes más en mi casa.

Capítulo 37

Isabella

Veinte días después

No tengo palabras para describir cómo se ha portado el padre de mi hijo conmigo desde que llegamos a La Toscana. No solo me ha dado mi lugar como madre de Salvatore, sino que me ha tratado como a una amiga y en ningún momento me he sentido incómoda. Hemos cenado juntos y a solas varias noches bajo la luz de la luna en el jardín cuando yo terminaba de estudiar y Rocco dormía al bebé. Nuestras charlas eran hasta altas horas de la madrugada. El mundo del vino en el que se encuentra inmerso es increíble y él me cuenta cada proceso, cada avance y todo lo que tiene en mente para un futuro. Me fascina cómo trabaja y lo incansable que es.

En una semana tendré que viajar de nuevo a Milán y estoy nerviosa. Por los exámenes, por volver a casa y porque no he sabido nada de Piero en todo este tiempo. Lo sigo echando de menos, pero he de admitir que, con mi hijo, centrarme en los estudios y Rocco, que se ha portado como un gran anfitrión y amigo, lo estoy llevando mucho mejor. Me duele que tras todo este tiempo Piero no se haya puesto en contacto conmigo. Romper de una forma tan brusca con todo lo que teníamos jamás lo esperé de él.

Rocco lleva tiempo convenciéndome para que monte a caballo y hoy por fin he accedido a dar una vuelta. Me ha prometido llevarme a ver la mejor puesta de sol de mi vida y no he podido negarme. Creo que el padre de mi hijo ya se ha dado cuenta de que me he enamorado por completo de sus tierras y de la vida en este lugar.

La tía de Rocco se queda cuidando de Salvatore y me encamino con el padre de mi hijo hacia las caballerizas. Ya tenemos un caballo ensillado, esperándonos, y me sorprendo de que solo sea uno.

—Pensé que primero tienes que montar conmigo. Perderle el

miedo y enseñarte algunas cosas, ¿te parece bien? —inquiere Rocco.

—Sí. Creo que voy a estar más segura —susurro con temor.

Nos acercamos al caballo para montarnos, primero lo hace Rocco y después yo, ayudada por su mano y un trabajador que me alza el pie, y me coloco detrás de él. De inmediato me agarro a su cintura y pego mi pecho a su espalda. Esto provoca una carcajada en Rocco que toma las riendas del animal y dice:

—Nunca dejaría que te pasase nada a mi lado. Ve segura y disfruta del paseo.

Salimos de la propiedad a paso lento mientras palpo el fuerte abdomen de Rocco y compruebo que sigue teniendo un torso y una espalda increíble. Procuro aflojar mi agarre, no quiero que se sienta incómodo, y enderezo la espalda. Conforme paseamos por los viñedos mi corazón se llena de emoción ante la belleza de paisaje que nos rodea.

—¿Vas bien? —pregunta uniendo una de sus manos a las mías entrelazadas a la altura de su ombligo.

—Sí. Es precioso. Los colores, la armonía de todo. Gracias por insistir —le agradezco, maravillada.

Hacemos el resto del camino en silencio y cuando llegamos al lugar de la puesta de sol Rocco se baja del caballo y luego me ayuda a mí. Me toma por las axilas y cuando pongo los pies en el suelo y alzo la cabeza puedo sentir su aliento. Mi corazón se acelera y me deshago de su contacto visual cuando sus ojos verdes consiguen que sienta un pellizco en el estómago.

—Hemos llegado —susurra Rocco. Me toma de la mano y tira de mí al mismo tiempo que mi mirada se clava en nuestros dedos entrelazados.

Caminamos un poco y descubro que estamos en lo alto de una colina. Rocco señala la puesta de sol y nos quedamos en silencio mirándola. Es emocionante y consigo sentir un gran nudo en la garganta al presenciar un momento tan único con él a mi lado. Cierta intimidad nos envuelve y esta consigue ponerme nerviosa.

—Es increíble —susurro cuando el sol se ha puesto.

—Sabía que lo disfrutarías.

—Jamás lo olvidaré —revelo, segura de ello. Creo que el paisaje

que hemos contemplado permanecerá para siempre clavado en mis retinas.

—Me gusta que cada vez te enamores más de este lugar. —Rocco se acerca de forma peligrosa, percibo que me va a besar, pero no hago nada para impedirlo—. Me tienes loco, Isabella. Cada día más —susurra rozándome los labios, como pidiendo mi permiso o dándome tiempo para que lo aleje. No lo hago. Por extraño que parezca, algo dentro de mí desea esta cercanía y ese beso que tiene intenciones de darme.

Rocco se apodera de mis labios de forma lenta, me obliga a abrirlos con la punta de su lengua y luego la introduce en mi boca. Me dejo llevar y le correspondo al beso mientras siento sus manos posesivas alrededor de mi cintura cuando me atrae hacia su cuerpo.

El beso se vuelve más voraz e intenso y siento que estoy perdiendo la capacidad de razonar, entonces lo empujo en el pecho y rompo el contacto. Ambos nos miramos con las respiraciones agitadas.

—Lo siento. Me dejé llevar —se disculpa de inmediato.

—No te preocupes, yo también —admito mirando hacia abajo, con vergüenza.

Rocco coloca un dedo en mi barbilla y me alza el rostro hasta que nuestros ojos se encuentran, creo que siente mi incomodidad. Ni yo misma sé qué me ha pasado.

—¿Volvemos? —propone cambiando de tema. Asiento, agradecida, y dice—: Ahora llevarás tú las riendas. —Frunzo el ceño, no lo he entendido muy bien y aclara—: Irás delante y yo detrás para la vuelta.

Se monta en el caballo, me extiende la mano y me coloca delante de él. Suspiro porque el cambio de posición me hace tener otra perspectiva. Siente que estoy tensa, toma las riendas conmigo y hace que me recueste sobre su pecho y me relaje.

El camino de vuelta lo hacemos un poco más rápido, Rocco me va indicando hasta donde llegan sus tierras, al parecer en estos años ha adquirido más hectáreas de las que tenía su tía y no puedo dejar de sentir un gran orgullo por el padre de mi hijo.

Cuando volvemos a casa cenamos en la cocina algo rápido y

subimos juntos a la planta superior. Me muero por meterme bajo el agua, estoy llena de polvo y huelo a caballo.

—Que descanses —susurra Rocco antes de que abra la puerta de mi habitación.

—Me daré una ducha y estudiaré un poco, aprovechando que Salvatore se queda esta noche con tu tía. Gracias por el paseo y la mejor puesta de sol que he visto en mi vida.

—De nada. Hasta mañana —se despide mirándome con deseo en sus ojos. Al percibirlo me pongo algo nerviosa.

—Hasta mañana, Rocco. —Abro la puerta y entro en mi habitación alterada. Cierro con llave y me dejo caer tras ella hasta sentarme en el suelo mientras que el beso que Rocco y yo nos hemos dado no deja de atormentarme.

Apenas consigo estudiar tras un relajante baño. Paso toda la noche dando vueltas en la cama, sin dejar de pensar en el paseo a caballo y en el beso que nos hemos dado. Tras meditarlo mucho tomo la decisión de marcharme al día siguiente a Milán. Lo último que necesito es que Rocco Santoro me distraiga antes de los exámenes. Bastante confundida estoy ya.

Estamos desayunando juntos cuando le expongo al padre de mi hijo que he decidido volver antes de lo que hablamos a mi casa.

—Si es lo que quieres, y necesitas —susurra—, me parece bien.

—Sí —le reafirmo.

—Puedo llevarte —se ofrece de inmediato.

—No. Creo que lo mejor es que coja un avión. Hablaré con Nicole y ella me recogerá en Milán. Ya he mirado los vuelos y hay uno esta tarde que me daría tiempo.

—Vale —susurra y lo siento desanimado, pero no me dice nada más.

—Haré las maletas.

—Te ayudaría con las cosas de Salvatore, pero tengo toda la mañana muy liada.

—No te preocupes.

Me levanto de la mesa y me dirijo a mi habitación para hacer las maletas.

Rocco nos lleva al aeropuerto y cuando se despide de su hijo y de mí susurra en mi oído, a modo de confidencia:

—¿Por qué me da la impresión de que estás huyendo de mí tras el beso que nos dimos ayer?

—En estos momentos solo puedo permitirme pensar en mis exámenes —contesto evadiendo su pregunta.

—Que vaya todo muy bien. Hablaremos a diario —susurra a modo de despedida cuando le da un beso a su hijo y otro a mí en la mejilla.

—Te llamo cuando aterricemos.

—Te estaré esperando. Siempre te estaré esperando, Isabella —revela al mismo tiempo que me doy la vuelta y me alejo con mi hijo para embarcar.

Capítulo 38

Isabella

Nicole nos recoge del aeropuerto junto con mis tíos y es toda una alegría verlos a los tres. Los he echado de menos en este mes y medio que he estado fuera. Hacíamos videoconferencias a diario, pero no es lo mismo. Desde que mis padres fallecieron apenas me he alejado de ellos y me ha costado estar distanciados en esta situación. Menos mal que mi relación con Nicole ha sido como siempre, nos poníamos mil mensajes al día y nos contábamos todo. Me siento un poco mal porque no le he dicho nada de mi beso con Rocco, pero tengo tantos sentimientos encontrados que primero debo de procesarlos yo y luego hablarlo con ella.

Mis tíos insisten en que me quede a dormir en su casa, conservan la habitación que siempre fue mía y acepto, me encuentro cansada. Por suerte, mi tía se encarga de Salvatore y puedo dormir toda la noche.

Al día siguiente me instalo en mi casa, mis tíos y Nicole se han encargado de mantenerla todo este tiempo limpia. Volver al lugar en el que compartí y viví tantas cosas con Piero me hacen volver al pasado, a pensar en él y lamentar su ausencia. Cuando mi prima viene el sábado por la mañana a desayunar, mientras mi tía cambia a Salvatore, le pregunto por Piero, pero me dice que ni ella ni Adriano han vuelto a tener noticias de él.

—Tengo algo que contarte —murmuro. Y, como Nicole me conoce muy bien, me mira tratando de averiguar qué es—. Me he besado con Rocco —revelo de golpe. Tengo que hablarlo con ella. Lo necesito.

Mi prima abre mucho los ojos y se lleva las manos a la boca.

—Entonces…

—Solo nos hemos besado —le dejo claro de inmediato—. Fue el

día antes de venirme. Me invitó a ver una maravillosa puesta de sol a caballo y todo se dio sin pensar —explico.

—Joder, qué romántico. Santoro sigue loco por ti —confirma.

—Sí. Ha sido muy amable, correcto y paciente en este tiempo. Ayer nos besamos y…

—¿Y? —pregunta con una sonrisilla traviesa—. Has salido corriendo —me reprocha—. Te conozco. ¿A qué le tienes miedo?

—Rocco es… Bueno, no tengo que decirte cómo es. Creo que salta a la vista, es un hombre que gusta a todas las mujeres. Si a eso le añades que se ha portado conmigo de una forma increíble, me ha hecho sentir muy bien en su casa y como padre es maravilloso… Es un hombre diez. Lo tiene todo —admito.

—¿Estás volviendo a sentir algo por Rocco? —inquiere con el ceño fruncido.

—No lo sé —manifiesto, algo alterada—. Por eso regresé corriendo —confieso—. Su beso despertó demasiadas cosas que no debería sentir —susurro con miedo, aterrada.

—¿Y Piero? ¿Qué sientes por él? —Trata de averiguar.

—Decepción. Sé que lo que vivimos siempre estará en una parte muy especial de mi corazón, pero en este tiempo ya me he convencido de que nunca volveré a tenerlo. Duele, pero es la realidad. Sé que no puedo cegarme con él. Soy joven y tengo que abrirme al amor de nuevo —admito con decisión.

—¿Has decidido darte una oportunidad con el padre de tu hijo? —pregunta Nicole con sorpresa.

—No. Ni siquiera lo había pensado. En este tiempo solo he pensado en Piero y en tratar de olvidarlo. Pero el beso que nos dimos Rocco y yo…

—Te ha hecho darte cuenta de que sientes algo por él. —Termina la frase por mí.

—No quiero volver a tener nada con él. Solo deseo que sea el padre de mi hijo y nos llevemos tan bien como hasta el momento.

—Está hablando tu razón. ¿Qué dice tu corazón?

—Mi corazón se acelera cuando Rocco Santoro me mira con el deseo reflejado en sus ojos verdes —admito al fin. No soy tonta y lo he estado sintiendo todo este tiempo pese a que el padre de mi hijo

haya sido muy correcto.

—Yo siempre he pensado que Rocco y tú tenéis una historia por vivir desde el colegio. Os atraéis y os gustáis desde hace años y es algo mutuo.

—¿Y por qué siento que estoy traicionando a Piero? —Lloriqueo llevándome las manos a los ojos.

—Porque vuestra historia fue muy bonita y estás sintiendo esto como una despedida. Estás pasando por un duelo de amor. Tienes que superarlo, pero, en tu caso, sabes que hay otra persona esperando y no te es indiferente. Sé que estás agobiada por los tiempos, pero recuerda lo que te dijo el psicólogo cuando murieron tus padres. Cada persona tiene sus tiempos para sanar sus heridas y volver a levantarse. No está bien ni mal visto que se haga en más o menos meses, lo importante es superarlo.

Me abrazo a Nicole y lloro junto a ella. Una parte de mí no quiere despedirse de Piero, sin embargo, otra, que me desconcierta y no domino, reacciona a los besos de Rocco.

—No sé qué hacer con mi vida.

—Creo que en estos momentos debes de centrarte en los exámenes. Me encargaré junto con mis padres de cuidar de Salvatore para que apruebes todo. Luego, ya veremos.

—¿Qué haría yo sin ti? —pregunto con lágrimas en los ojos. Nicole siempre ha sido mi salvadora y consejera.

—Te quiero, Isabella. —Nos fundimos en un abrazo y sentir que no estás sola es lo más reconfortante del mundo.

***

Dos semanas después

Hoy he recibido la última nota de los exámenes y, por increíble que parezca, he aprobado todo. Estoy tan contenta, que accedo a salir con mis compañeras de la universidad esta noche. Han insistido mucho y no me he podido negar. Hay una fiesta de la facultad en una discoteca y me apetece salir un rato con ellas. Creo que es una forma de agradecerles que me hayan pasado los apuntes y

resúmenes de temarios, algo que me ha ayudado mucho a obtener buenas notas.

De camino a casa, antes de montarme en el coche llamo a Rocco y le comunico mi último resultado. Ha estado muy pendiente de mis exámenes, de mí y de nuestro hijo en estas dos semanas. Cuando colgamos, voy a conducir y mi coche es algo viejo, no tiene Bluetooth, me extraña que no se haya interesado por lo que voy a hacer ahora que he terminado de estudiar y aún me quedan unas semanas de baja por maternidad.

Nicole y yo quedamos en ir a comer juntas, vamos con mi hijo y pasamos por varias tiendas para elegir un vestido para salir esta noche. Finalmente me decido por uno negro, corto y ajustado a mi cuerpo. Me he recuperado muy bien del parto, incluso estoy más delgada que antes de quedarme embarazada y me apetece arreglarme y sentirme mujer. Hace meses que no salgo y desde que di a luz me he pasado los días en vaqueros y pijama.

Cuando mi prima y mis tíos me ven salir de la habitación arreglada me lanzan mil piropos.

—No volveré muy tarde —les prometo mirando a mi hijo.

—Diviértete, te lo mereces —me anima mi tía—. Salvatore está en buenas manos.

—Gracias. Si no fuese por toda vuestra ayuda no lo habría conseguido.

—En un año tendrás la carrera terminada —me recuerda mi prima. Y esto me hace sentir vértigo.

He pensado en tomarme un año sabático, me lo puedo permitir, terminar la carrera y dedicarme a dar clases, con esto tendría un horario más compatible para criar a mi hijo. Pero es algo que no le he dicho a nadie. Quiero meditar un poco más la idea.

Mis compañeras de la universidad me recogen en la puerta de casa y antes de acudir a la fiesta cenamos juntas, brindamos por nuestros aprobados y deseamos acabar la carrera en un año.

Mientras nos tomamos el postre un camarero se acerca y me entrega un gran ramo de flores. Es precioso. Me quedo un poco descolocada por el gesto y pregunto:

—¿Y esto?

—Tiene una tarjeta dentro —me indica.

Mis tres amigas me miran sonrientes, yo abro la nota y leo:

Enhorabuena. Puedes conseguir lo que te propongas.

Quería llegar un poco antes, pero se ha retrasado algo que quería entregarte.

Tenemos pendiente la celebración de tus aprobados.

Rocco Santoro.

Mi corazón se acelera y sonrío. Mis compañeras me miran, todas saben lo que ha pasado con Piero, y les revelo:

—Son del padre de mi hijo.

El camarero se vuelve a acercar y me susurra al oído:

—¿Podría salir un momento fuera?

Asiento a su pregunta, comienzo a levantarme y mis amigas lo hacen también y me siguen.

Cuando salgo a la puerta del restaurante me encuentro con Rocco apoyado en un impresionante coche negro. Tiene una maravillosa sonrisa pintada en sus labios y me mira con un brillo especial en sus ojos. Me repasa de arriba abajo y no puedo evitar estremecerme.

—Rocco —susurro al verlo.

—Joder, cómo está el padre del niño —escucho que dice Lily por detrás.

Rocco sale a mi encuentro, me toma por ambas manos, me sonríe, me da un beso en la mejilla y me abraza con fuerza. Me fundo junto a él y siento que me mareo.

—¿Qué haces aquí? —consigo preguntar, algo confusa.

—Quería darte algo. Es el regalo por todos tus aprobados, además lo necesitas. No pienso permitir que la madre de mi hijo vaya en un coche que no sea lo suficientemente seguro. —Se gira y señala el coche. Mis ojos se agrandan mucho y susurro:

—No.

—¡Madre mía! —gritan mis amigas y comienzan a rodear el coche, mirándolo al detalle.

—Es un regalo muy caro, Rocco —lo reprendo de inmediato.

—Tu coche está viejo —argumenta, sonriente.

—Llevo algún tiempo pensando en comprarme uno —susurro. Lo cierto es que no le usaba mucho, y desde que empecé con Piero siempre teníamos el suyo.

—Piensa que es para la comodidad de mi hijo si así te sientes mejor.

—No uses a Salvatore para que acepte tu regalo —le recrimino con una sonrisa. Lo cierto es que el coche es una pasada.

—Tengo que usar todas mis armas —se defiende—. No lo rechaces, por favor —me suplica en un tono tan dulce que le sonrío.

—Gracias. ¿Por qué haces estas cosas? —le pregunto abrazándolo, emocionada. Verlo me ha hecho muy feliz.

—¿El qué? —inquiere con el ceño fruncido.

—Presentarte en medio de mi cena, sorprenderme con flores y entregarme este coche.

—Porque soy un impaciente que no puede esperar hasta mañana —susurra en mi oído, me abraza y me da un beso en la mejilla—. Ahora me retiro y te dejo que disfrutes con tus amigas. Me llevo el coche, mañana damos una vuelta para que te hagas con él.

Rocco nos dice adiós a las cuatro, se monta en el coche con la elegancia que lo caracteriza, nos sonríe de forma seductora y me marcha.

—Yo me hubiese ido con él. Por favor, Isabella, ese hombre está loco por ti. Entre vosotros saltaban chispas —dice emocionada Lily.

Suspiro, entramos de nuevo al restaurante, recojo mi ramo de flores y nos encaminamos a la discoteca. De camino ahí recibo una llamada de Rocco en la que me dice:

—Si quieres que te recoja, sea la hora que sea, no dudes en llamarme. —No me da opción a decir nada más. Me cuelga mientras me deja sonriendo como una boba.

Capítulo 39

Rocco

Estoy en el hotel en el que me alojo en Milán y recibo una llamada a las tres de la madrugada. Cuando veo que es Isabella una sonrisa aparece en mi boca.

—¿Dónde tengo que recogerte? —pregunto al descolgar.

—Eh… hola, soy Lily, una de las amigas de Isabella que estaba esta noche con ella en la cena. Verás, se ha tropezado en la discoteca al salir del baño y tiene el tobillo muy hinchado, apenas puede andar. No quiere que la lleve a un hospital ni que te llame, pero en un descuido de ella lo estoy haciendo.

—Gracias, hiciste bien. Pásame la dirección. Estaré ahí rápido.

Salto de la cama, me visto con prisa y me encamino al garaje del hotel, donde tengo el coche de Isabella. Llego en quince minutos a la ubicación que me ha enviado su amiga y la encuentro sentada en el bordillo de un escaparate al lado de la discoteca con sus amigas alrededor.

Cuando Isabella alza la mirada y me ve tuerce el gesto y murmura:

—Rocco, ¿qué haces aquí?

—Acudir en tu ayuda.

—Yo lo llamé —revela Lily—. Llevábamos más de una hora esperando un taxi y no aparece, y necesitabas que te viesen ese pie cuanto antes en un hospital. Pensé en Rocco como mejor opción. Apenas puedes caminar. El chico de seguridad de la discoteca te acompañó hasta aquí —le indica su amiga.

—Gracias. —Le dirijo una mirada de agradecimiento a Lily por contar conmigo. Me agacho ante Isabella y le toco el tobillo. Lo tiene hinchado y en cuanto siente mis manos se queja—. Te llevaré a un hospital.

—Solo me he torcido el pie al caminar —se queja—. Pisé mal. Tampoco es para tanto.

—Prefiero que te lo revisen —ordeno al mismo tiempo que la cargo en brazos con agilidad. Nos montamos en el coche y nos despedimos de sus amigas.

Llegamos al hospital y le hacen una radiografía de inmediato. No tiene el pie roto, solo es un esguince moderado. Le recomiendan unas seis semanas de reposo. Le colocan una venda y le recetan unos analgésicos.

Cuando el médico nos dice que nos podemos marchar son las cinco y media de la madrugada. Al montarnos en el coche le propongo:

—Podemos ir a mi hotel y por la mañana te llevo a casa, por si no quieres asustar a tu prima a estas horas al llegar así. Te tendría que acompañar hasta tu cama. —Esta mañana me comentó que estaba en casa de su tía y dudo que en el minúsculo bolso que lleva tenga las llaves de su casa.

Medita mis palabras y asiente. Me dirijo hacia el hotel y desde que nos bajamos del coche en la puerta principal hasta la habitación la llevo en brazos. Los recepcionistas nos miran al pasar y percibo que siente cierta vergüenza.

La dejo en la cama y sugiero:

—¿Quieres algo de ropa para estar más cómoda?

El vestido se le ha subido un poco y siente mi mirada en sus piernas, no puedo evitarlo. Son demasiado atractivas.

—Te lo agradecería.

Le entrego una camiseta y le ayudo a bajar la cremallera trasera del vestido. Cuando la miro en silencio, esperando que la deje sola para quitárselo la observo sonriente.

—Puedo ayudarte. No seas recatada. Te he visto desnuda —le recuerdo—. Solo vas a quedarte en ropa interior para colocarte mi camiseta. No puedes sostenerte en pie sola ni hacer esfuerzos.

Accede y procura no mirarme a los ojos mientras le ayudo a quitarse el vestido. Le pongo la camiseta y le ayudo a tumbarse en la cama. Me siento a su lado, le sonrío y murmuro:

—Te he imaginado de muchas formas en mi cama, pero ninguna

así. Pero eres bienvenida siempre —aclaro de inmediato. Me acerco a ella, me aproximo a sus labios y susurro—: Te he echado de menos.

—¿A qué has venido? —pregunta, intrigada.

—A ver a mi hijo y a proponerte algo para que vuelvas junto a mí. No puedo conquistarte si no te tengo cerca. —Me arrimo a su cuello y me tomo el atrevimiento de besarlo—. Siento cómo se aceleran tus pulsaciones y cómo crece el deseo en ti. El brillo de tus ojos cuando me miras no miente.

—Voy a dejarle a Nicole un mensaje con lo sucedido y que estoy contigo, para que no se asuste cuando se levante y descubra que no he llegado.

Me deshago de la ropa bajo la atenta mirada de Isabella, me quedo en calzoncillos y me meto en la cama con ella. Me mira con el ceño fruncido y le comento:

—He conducido durante horas, apenas he dormido y no me voy a marchar al sofá. Esta cama es muy grande, y entre nosotros no va a suceder nada que tú no desees.

—Vale, no me importa. Estoy muy cansada. Hacía años que no salía y ese ritmo de vida ya no es para mí. Vamos a dormir.

Nos acomodamos y la observo cerrar los ojos al instante. Suspiro y pido paciencia al mismo tiempo que me siento muy afortunado de poder dormir con ella unas horas esta noche.

Me despierto y tengo a Isabella abrazada a mi pecho. Sonrío y suplico que esto se produzca más a menudo y sea para siempre. Sé que siente algo por mí, pero también soy consciente de que tiene miedo y necesita tiempo para embarcarse en otra relación. No quiero una noche con ella, deseo toda una vida.

Le acaricio el pelo y la mejilla, ella entreabre un ojo ante mi contacto y no se aleja de mí, me sonríe y hace que el pecho se me hinche de emoción.

—Cuando estoy junto a ti el tiempo se detiene —susurro.

—¿Te he molestado mucho? —pregunta alejándose un poco, pero no lo permito. La abrazo y le doy un beso en la frente.

—Me gustaría que me molestases el resto de las noches de mi vida.

—Rocco… —protesta por mis insinuaciones.

—Isabella, creo que ya es hora de hablarte abiertamente de lo que siento. Estoy loco por ti. Lo quiero todo contigo. Sé que eres la mujer de mi vida. Nunca nadie va a hacerme sentir lo que tú provocas. Te quiero como la madre de mi hijo, como mi mujer. Deseo que formemos una familia cuando estés preparada. No quiero presionarte con nada, pero sé que sientes algo por mí, solo tienes que dejarte llevar —le suplico.

—¿Por qué eres tan maravilloso y perfecto en todos los sentidos? —pregunta mirándome a los ojos, embobada.

—Porque te amo, Isabella Morelli. Haría cualquier cosa por ti —confieso con el corazón en la mano.

Siento que ella traga con dificultad. Le doy un breve beso en los labios y salgo de la cama para no darle lugar a que diga nada. Solo quiero que lo procese.

Cuando salgo del baño encuentro a Isabella con el vestido de la noche anterior puesto. Me pide que le suba la cremallera y me dice:

—¿Puedes llevarme a casa?

—No te he comentado la proposición que traía para hacerte. ¿Te parece si lo hacemos mientras desayunamos en el restaurante del hotel? —le ruego.

Ella se queda pensativa unos segundos y luego accede.

Bajamos al restaurante e Isabella lo hace con las zapatillas del hotel, me fascina que no haya protestado ni le importe aparecer así. Ella es natural y espontánea, lo que más me gusta en una mujer.

Nos sirven el desayuno y me dice:

—Habla de una vez, Santoro. Me tienes en vilo. —Me sonríe y tengo que contenerme para besarla ahí mismo.

—Bien, voy al grano. Necesito a una guía turística que se encargue de los grupos que vendrán varias veces a la semana a los viñedos para conocer cómo se hace el vino. Y he pensado en ti.

—Te pasé un montón de currículos —me recuerda.

—Será que a todos los miraba con los ojos que lo hago a ti y ninguno me pareció bueno. Quiero que seas tú. —Isabella se queda en silencio—. No es una propuesta para que te vengas a vivir conmigo. Si me lo pides te puedo construir un ala a la casa exclusivo

para ti, donde tengas tu intimidad. Solo quiero ver a mi hijo todos los días y que los dos trabajemos en lo que nos apasiona. He visto en estas semanas cómo disfrutas cuando te hablo de los viñedos y mis proyectos. Sé que serías la persona idónea para guiar esas visitas.

—Vaya, supongo que ahora no te sirvo de mucho —susurra y alza su pie.

—Eso es algo pasajero. Así tendremos tiempo de organizar todo bien.

—¿Quieres que trabaje para ti, Santoro? —inquiere sonriente. La miro y me pregunto si son imaginaciones mías o me está coqueteando.

—Sí. Además, ahora con el esguince necesitas cuidados y en mi casa los tendrías y yo estaría con mi hijo.

—Creo que eres un tramposo. Has hecho que me enamore de tus viñedos para atraparme allí.

—En realidad mi propósito era que te enamorases de mí, pero por algo se empieza. —Le guiño el ojo, le sonrío y le suplico—: Dime que sí. Tu marcarás el paso en todo momento. Y podrás marcharte cuando quieras, lo respetaré.

—Tengo que pensarlo —susurra, indecisa.

Me acerco a ella y no puedo evitar darle un espontáneo beso en la mejilla. Nos levantamos de la mesa y tomo a Isabella por la cintura para que camine apoyada en mí y no haga tanto esfuerzo con el pie.

Capítulo 40

Isabella

Rocco me ha dejado en casa, ha estado un rato con su hijo y le hemos contado a Nicole lo sucedido anoche. Ahora él ha salido a una reunión y yo estoy con mi bebé dormido en brazos, sentada en el sofá, con la pierna en alto y mi prima al lado, que en cuanto el padre de mi hijo ha cerrado la puerta se ha vuelto hacia mí y me ha preguntado de forma impaciente:

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Rocco es un gran hombre —suspiro.

—Sí, lo tiene todo. Guapo, educado, con un futuro brillante, con dinero y está buenísimo. Es el padre de tu hijo y siempre lo vas a tener cerca. Además, está loco por ti.

—Lo sé. Me ha propuesto trabajar para él. —Le explico a mi prima todo y me mira con sorpresa.

—Si soy egoísta te diría que no aceptes porque te tendré lejos a ti y a Salvatore, pero como te quiero, sé que es una gran oportunidad. Seguirías trabajando, mientras lo haces la tía de Rocco cuidaría encantada de mi sobrino y tendrías tiempo para estudiar y sacarte el último año de carrera.

—Soy consciente de que Rocco está enamorado de mí y esto lo hace todo más difícil.

—¿Preferirías que existiese otra? Lo dices como una queja. Y creo que un hombre como él esté loco por ti es una suerte.

—Lo digo porque estoy muy confundida y no quiero dar ningún paso en falso. Rocco no me es indiferente, pero tampoco quiero hacerle daño.

—¿Qué sientes por él? —inquiere con una sonrisa burlona.

—Me gusta estar a su lado. Es un hombre que sabe atraerte. Y, obvio, es guapísimo.

—¿Sientes atracción? —indaga.

—Sí. Mucha —admito—. Y cuando nos hemos besado le he correspondido al beso. Ha conseguido despertar el deseo en mí.

—¡Madre mía! Yo creo que te estás enamorando de Rocco Santoro. Y, desde mi punto de vista, es lo mejor que te puede pasar. Yo quiero que seas feliz y estoy segura de que el padre de Salvatore es el hombre indicado.

—Piero sigue en mis pensamientos —susurro con culpa.

—Es lógico, ha sido alguien muy importante en tu vida. Pero ahora está fuera de ella y sin posibilidad de volver. Yo creo que Rocco es el hombre idóneo para que olvides a Piero —insiste—. Acepta su propuesta y vete a La Toscana. Recupérate del esguince, comienza a trabajar para el padre de tu hijo y averigua qué sientes por ese hombre maravilloso pasando tiempo a su lado. Déjate llevar por ese deseo que sientes y averigua en qué puede terminar —me anima con entusiasmo.

—No quiero hacerle daño a Rocco. Es un gran hombre —repito con culpa.

—Por el momento no le has prometido nada. Vas a ir a su casa en calidad de empleada y madre de su hijo.

Me quedo pensativa y no sé qué hacer. De repente, fijo la mirada en una imagen que me llama la atención en la televisión que está puesta de fondo. Cuando mis ojos reparan en Piero Valente, arquitecto destacado, como lo anuncia la presentadora del programa, y salen unas imágenes de él recibiendo un premio y luego aprecio a una bella mujer a su lado, la cual califican de su pareja, en ese momento todo mi mundo se viene abajo. Me duele que esté con alguien, pero, al mismo tiempo, creo que esto es lo que necesitaba para cerrar para siempre mi libro con Piero y pensar en que puedo ser feliz con otro hombre.

Tras meditar mucho y no dormir nada en toda la noche, al siguiente día cuando Rocco viene a casa a ver a su hijo le manifiesto que acepto su oferta. El padre de mi hijo me abraza y puedo sentir su emoción.

—No quiero crearte falsas ilusiones. Por el momento me traslado a tu casa como la madre de tu hijo y para trabajar para ti. No me

cierro a algo entre nosotros, pero creo que debes de saber que necesito tiempo. No sería justo para ti si no soy sincera —expongo algo nerviosa.

Rocco asiente sonriente.

—Agradezco tu sinceridad. Me convertiré en el hombre más paciente de la tierra por ti.

—Entendería que te canses de esperarme —susurro—. No sé cuándo voy a estar preparada para tener otra relación.

—Llevo esperándote en mi vida desde el colegio. ¿Crees que ahora que tenemos un hijo y estamos tan cerca voy a desistir?

—Eres maravilloso. —Lo abrazo sintiéndome muy afortunada de tenerlo en mi vida. Desde todo lo que pasó con Piero creo que Rocco ha sido mi gran salvador.

Al día siguiente hago las maletas con la ayuda de mi tía y me despido de mi familia por una larga temporada. No sé cuánto tiempo me quede en La Toscana ni cómo vaya todo.

Rocco invita a mis tíos, a Nicole y Adriano, junto con Melissa y Giovanni para que acudan unos días a su casa y descubran sus viñedos. Me gusta que sea tan cercano con mi familia y me emociona a la misma vez que siempre procure mi bienestar y el de su hijo antes que el suyo propio. Es muy generoso. Desde que volvió a aparecer en mi vida con el nacimiento de Salvatore en todo momento siento que cuida de mí y es una sensación tan reconfortante y me crea tal seguridad que siempre le estaré agradecida.

Capítulo 41

Isabella

Hace dos semanas y media que estoy instalada de nuevo en la casa de Rocco y mi pie está casi curado. El padre de mi hijo me sorprendió contratando a un fisioterapeuta que viene a casa a diario para que mi esguince mejore y ya casi puedo caminar con normalidad pese a que me quedan un par de semanas más de reposo.

Rocco y yo nos reunimos a diario en su despacho y me da lecciones de cómo hacer las visitas guiadas por los viñedos contándome todo lo que sabe. Tan solo dos días hemos tenido que suspender estas charlas por asuntos que le han surgido y las he anhelado. He descubierto que me encanta este lugar y todo el proceso de la siembra, el cultivo, la recogida y cómo se procesa el vino. Lo cierto es que me siento muy bien aquí. Todos adoran a mi hijo y a mí me tienen muy cuidada.

Hoy me apetecía tomar un poco el sol y bañarme en la gran piscina de la propiedad. Desde la ventana de mi habitación observo cada mañana cómo Rocco hace largos en ella de forma incansable. Yo nunca he sabido nadar con tanta energía y por ello lo admiro. Lo cierto es que cada vez que observo al padre de mi hijo ruego porque Salvatore no solo haya heredado sus preciosos ojos verdes, sino porque sea un gran hombre como él en todos los sentidos.

De repente, una sombra sobre mí me sobresalta y me encuentro con unos ojos verdes que me miran al detalle con un brillo especial en ellos. La sonrisa que me dedica Rocco consigue que las pulsaciones se me aceleren.

—¿Cómo fue la reunión? —Sé que era importante. Está estableciendo contacto con una empresa que será la que se encargue de organizar las visitas guiadas y traigan hasta la finca a

las personas. Una vez aquí yo me encargaría de todo y en algunas estaría Rocco al final, en la cata de vino, para que conozcan al dueño de la propiedad y el licor.

—Muy bien. Ya está todo listo. En un mes empezamos. Mañana se abrirán las reservas en la web. Estoy nervioso —admite sentándose en la tumbona que tengo al lado.

—Va a ir muy bien.

—Gracias por todo el apoyo y por aceptar. Has sido muy importante en todo este tiempo. —Me mira de una forma tan especial que logra que el corazón me dé un vuelco por completo.

Rocco se acerca, y cuando creo que me va a besar me coge por sorpresa en brazos, doy un grito y se encamina, riéndose, conmigo hacia la piscina y comienza a entrar por los escalones llevándome cargada en sus brazos. No me quejo, lo miro sonriente. Es la primera vez que nos metemos juntos en la piscina.

—Me gusta que me observes todas las mañanas mientras nado —susurra en mi oído consiguiendo que me ruborice y sienta cierta vergüenza porque me haya descubierto—. Si un día me da un calambre o me ahogo sé que acudirás en mi ayuda —bromea.

—Rocco —susurro, ya metidos en el agua. Él me suelta y lo miro a los ojos.

—Me muero por besarte, Isabella. No sabes cómo lo deseo —revela de golpe. Ambos nos quedamos callados. Yo espero que se atreva a darme el beso, no se lo pienso impedir—. Pero no lo haré hasta que tú lo desees —confiesa—. Lo que siento por ti es tan fuerte que necesito ser correspondido. No pienso conformarme con menos.

Esbozo una sonrisa, lo miro con el pecho hinchado de orgullo y me acerco a él colocándole ambas manos detrás del cuello.

—Rocco Santoro, mi corazón se acelera cuando te tengo así de cerca. La intensidad con la que me miran tus ojos me hace temblar y, en estos momentos, yo también deseo besarte —revelo con cierto miedo, porque, a pesar de estar metidos en una piscina, siento que me estoy lanzando de cabeza a una.

El padre de mi hijo esboza una amplia sonrisa, me atrae con fuerza por la cintura para pegarme a su cuerpo y se apodera de mis

labios de forma voraz. Le correspondo al beso, me dejo llevar y me relajo en los brazos de Rocco sin dejar de besarnos. Al cabo de un rato él interrumpe el beso, me mira con la respiración agitada y dice:

—No daremos el siguiente paso hasta que me lo supliques, por mucho que me muera de ganas. —Ambos estamos muy excitados.

Asiento y me abrazo a él. Escondo la cara en su cuello y trato de serenarme mientras permanezco contra su duro cuerpo preguntándome qué me está pasando. Deseo a Rocco con todas mis fuerzas.

—Podemos ir poco a poco. Creo que sería algo nuevo para nosotros —comento con una amplia sonrisa y ambos estallamos en carcajadas al recordar cómo fue nuestro reencuentro en el baño de la fiesta del Minerva después de años sin vernos.

—Tú marcas el paso, yo te seguiré, aunque me tenga que tirar a esta piscina de golpe en algunas ocasiones —bromea.

—Tenemos un hijo en común y un pasado. No podemos hacer las cosas sin pensar. Perderíamos demasiado.

—Eres la mujer de mi vida, Isabella. Lo tengo muy claro. Por mi parte no hay dudas.

—Es evidente que siento una gran atracción por ti, te deseo, pero quiero que esto sea algo serio y duradero. He tenido dos grandes decepciones en mi vida. No soportaría una más —reconozco con miedo.

—Déjame que te enamore, Isabella. Construyamos un nosotros con nuestro hijo para siempre en el que seamos muy felices. ¿Qué me dices? —me propone con ilusión.

—Enamórame, Rocco Santoro. Si alguien puede conseguirlo ese eres tú —casi le suplico. Necesito olvidar el pasado, dejar de pensar cómo hubiese sido mi vida con Piero de no haber sucedido esto y ser feliz de una vez.

Rocco se apodera de mis labios y le correspondo al beso de nuevo, entregada a él y dispuesta a vivir esta aventura con el padre de mi hijo.

Capítulo 42

Rocco

Dos semanas después

Siento cada día más cerca a Isabella. Desde que me pidió en la piscina que la enamorase nos comportamos como novios adolescentes cuando estamos solos. La beso, la abrazo y cenamos juntos a la luz de las velas. Quiero ir despacio. Necesito que se enamore de mí y olvide por completo a Piero Valente. Sé que lo puedo conseguir y me estoy esforzando en ello pese a que me cueste varias duchas frías al día. Cada vez encuentro más atractiva y deseable a la madre de mi hijo. Cuando corresponde a mis besos me enciende por completo, sin embargo, quiero que sea ella quien me pida que demos el siguiente paso. Necesito que esté segura.

Pese a la gran semana de ajetreo y estrés que llevo preparando el lanzamiento de mi vino propio y las visitas guiadas, me reservo unas horas todas las noches para pasarlas con Isabella y mi hijo juntos, como una familia.

Tengo a Salvatore dormido en mis brazos, estamos en el sofá del salón. Isabella se encuentra a mi lado y juntos ultimamos todos los detalles de mañana. El lanzamiento de Santoro, mi propio vino, se llevará a cabo en unas carpas que se han montado en el jardín del ala izquierda de la propiedad y vendrán más de trescientas personas al evento. Estoy nervioso por la acogida que tenga mi vino.

—Todo irá de maravilla —susurra ella. Creo que percibe mi miedo.

—No quiero que nada falle. He invertido mucho tiempo y dinero en este proyecto.

—Será un éxito. Estoy segura. El vino es buenísimo.

—Gracias por tu apoyo incondicional en este tiempo. No sabes el gran alivio que me produce que tú seas la encargada de las visitas guiadas.

—Gracias por confiar en mí, y por invitar a toda mi familia y alojarlos en tu casa. Creo que mañana cuando lleguen se enamorarán de este lugar.

Me acerco a Isabella y le doy un beso como llevo todo el día deseando hacer. Ella me corresponde y cada día la siento más entregada.

—Mañana será un gran día, Santoro —susurra sobre mis labios, sonriente.

—El mejor día de mi vida será cuando seas mía por completo. Me tienes loco, Isabella —confieso mirándola a los ojos y besándola de nuevo—. No es un secreto. Me muero de ganas de estar contigo. Tú desordenas mis sentimientos y eso me fascina.

Ella rompe el beso, me sonríe y ambos clavamos la mirada en Salvatore, dormido en mis brazos.

Subimos juntos y dejamos a mi hijo en su cuna. Me despido de Isabella como cada noche, anhelando que me suplique que no me marche y pasemos la noche juntos, pero vuelvo a mi cama solo sintiendo que estamos más cerca que nunca y mi paciencia pronto se verá recompensada.

La familia de la madre de mi hijo llega por la mañana temprano y siento no poder atenderlos como se debe, pero tengo que supervisar los últimos detalles de la presentación de Santoro.

Apenas veo a Isabella en todo el día, no he podido comer con ellos y me siento un mal anfitrión con la familia de mi hijo. Espero remediarlo el resto del fin de semana cuando nos quedemos solo la familia. Mis padres y mi hermano llegarán esta tarde y también se quedarán unos días.

Me arreglo en mi habitación y soy el primero en bajar y comprobar en las carpas que todo esté bien para recibir a los invitados. Comienzan a llegar los primeros, los saludo, charlo con ellos y cuando alzo la mirada y mis ojos se clavan en Isabella el corazón me da un vuelco por completo. Ha escogido un vestido color vino tinto que le queda perfecto a su figura. Sonrío y la admiro hasta que se acerca a mí, rodeada de su familia y la mía. Mi tía empuja el carrito de mi hijo y no puedo sentirme más orgulloso de que todos ellos estén en un momento tan importante de mi vida. Necesito que

esta noche todo sea perfecto, los asistentes se enamoren de mi vino y resulte un éxito.

Doy un par de pasos y salgo al encuentro de la mujer que amo. Le extiendo mi mano y ella me la toma, sonriente. Esta noche tiene un brillo especial en sus ojos. La encuentro radiante.

—Estás increíble, Isabella —susurro en su oído al darle un beso.

—Ha quedado todo espectacular —dice mi madre. La tía de Isabella asiente y me alegro de que entre ambas exista la complicidad que siento en sus miradas.

—En quince minutos presento Santoro y todos podréis probarlo —le indico a la familia. Estoy nervioso. Isabella lo percibe y me toma de la mano. Siento su contacto, la miro a los ojos y le dedico una sonrisa cómplice.

—Todo irá muy bien —me anima.

Me acerco a mi hijo, le doy un beso y luego acaparan mi atención y tengo que dedicarme a mis invitados.

Cuando ya estamos todos me coloco detrás de un atril con micro y comienzo la presentación de mi propio vino. Mientras hablo cómo surgió y el proceso de ponerlo en marcha hasta este momento fijo la mirada en las bandejas de los camareros sirviéndolo a los invitados. Observo cuando se llevan las copas a los labios, degustan el vino y asienten con una sonrisa. Algunos comienzan a alzar las copas en señal de su aprobación, gestos que provocan una sonrisa y hacen que me tranquilice.

—Es lo mejor que he probado en mucho tiempo —grita una voz que reconozco. Le vendo al año una buena cantidad de vino Lombardo.

Termino mi discurso y recibo muchos aplausos y en los rostros de los asistentes puedo comprobar que mi vino ha gustado. Algunos de ellos ya degustan la segunda copa.

—Para finalizar —llamo la atención de todos antes de despedirme del micro—, quiero darle las gracias a una gran mujer por el apoyo que me ha brindado en los últimos meses. Y también quiero darle las gracias aquí públicamente por darme lo más hermoso de mi vida, mi hijo Salvatore.

Mis ojos se clavan en Isabella tras finalizar mi discurso, cerca de

mí, sonriente, con una copa de vino en su mano. Comienzo a caminar hacia ella y cuando estoy cerca siento sus ojos cargados de emoción. Se acerca a mí, me coloca una mano en la mejilla y me susurra:

—Creo que va a ser una gran noche. —Isabella me besa delante de todos y siento que es lo mejor que me ha pasado en la vida. La tomo por la cintura y profundizo el beso mientras escucho vítores y aplausos a nuestro alrededor.

Miro a la mujer que amo con ganas de echar a todos mis invitados y quedarme con ella a solas. Intercambiamos una mirada cómplice y escucho que Nicole dice:

—Hace dos días le pregunté si asistiría a mi boda sola, pero creo que debo añadir un cubierto a su lado.

Abrazo a Isabella y le susurro:

—Soy el hombre más feliz sobre la tierra ahora mismo. Este es el mayor regalo que podría recibir.

Mi padre y mi madre me abrazan, y la familia de Isabella hacen lo mismo. Nos felicitan y todos están muy contentos de que al fin estemos juntos. Cojo a mi hijo en brazos, lo beso y doy gracias por todo lo que me rodea en estos momentos. Creo que no puedo pedir más.

No quiero separarme de Isabella, pero varias personas importantes que he invitado reclaman mi atención y me debo a ellos, era el objetivo de esta presentación.

Santoro resulta todo un éxito. Le ha gustado a todos los invitados, solo recibo elogios y felicitaciones por la gran mujer que tengo a mi lado y por el hijo que tenemos.

Le presento a Isabella a algunas personas de mi mundo. Tenerla a mi lado, pensar que es mi pareja y podemos comportarnos en público como tal me emociona.

La mujer que amo se queda junto a mi hasta el final. Despedimos a los últimos invitados y le propongo tomarnos la copa última juntos.

—Es mi quinta copa —susurra Isabella llevándose el vino a los labios mientras me mira—. Igual me tienes que ayudar a llegar a la cama.

—Sabes que lo haré con gusto.

—Tus padres se ofrecieron para cuidar a Salvatore esta noche —me informa con una sonrisa traviesa que consigue ponerme nervioso.

—Así dormirás mejor. —Le sigo el juego.

—No me apetece dormir esta noche —revela de forma juguetona y seductora.

—¿Qué te apetece entonces, Isabella? —susurro en su oído.

Lleva las manos a mi pecho y me acaricia a través de la camisa. Sentir su tacto me enciende por completo.

—Te quiero en mi cama, Rocco Santoro. Creo que el tiempo de ir despacio y de solo darnos besos de adolescentes ha llegado a su fin. Deseo más. Te necesito —musita sobre mis labios. Me besa y me dejo llevar. Si esto es un sueño del que no quiero despertar.

Capítulo 43

Isabella

Me dejo llevar por los besos y todo lo que provoca Rocco en mí. Entre caricias, abrazos y gestos cómplices terminamos en su habitación. Tengo que admitir que las ganas de hacer el amor con él me consumen, nos desnudamos con prisa, pero el padre de mi hijo toma el control de la situación, me tumba sobre sus sábanas de seda y besa todo mi cuerpo con suma paciencia mientras que me retuerzo debajo de él y le suplico que me haga suya.

Rocco es un hombre que sabe besar muy bien, tiene el don de volverte loca y todo su cuerpo y su mirada te seduce. Creo que no existe ni una sola mujer en todo el planeta que no caiga rendida a sus pies. No sé cómo yo misma me he resistido durante todo este tiempo. Soy mujer y también caigo en la tentación.

Me estremezco con cada beso y con cada caricia de Rocco, me entrego por completo a él, disfruto y lo deseo al mismo tiempo que me alegro de haber dado este paso. Todo lo que sentí por él cuando estuvimos juntos y concebimos a nuestro hijo vuelve a renacer. Es un hombre que te envuelve y te atrapa. Debo admitir que he caído por completo en sus redes. Lo deseo. Hacemos el amor de una forma tan especial que consigue emocionarme. Siento todo lo que me ama y varias lágrimas ruedan por mis mejillas al sentirme una mujer muy afortunada por tenerlo a mi lado y que sea el padre de mi hijo. He tenido muchas dudas y miedos desde que Rocco me confesó que estaba loco por mí, no sabía si volver a tener algo con él sería bueno o correcto, pero en estos momentos, abrazada a su pecho, mientras mi corazón se calma tras el intenso orgasmo al que me ha llevado, siento que quiero esto con él. No hay más dudas. Rocco me ama, es el padre de mi hijo y lo que me hace sentir es increíble. Sé que nadie más lo podría lograr.

Cuando nuestras respiraciones se calman Rocco me acaricia la espalda y me besa el cabello. Ambos estamos en silencio. Él me ha susurrado mil cosas al oído mientras hacíamos el amor, yo solo me he limitado a gemir. Me estoy quedando dormida en sus brazos cuando murmura:

—Dime que esto será un para siempre. Te necesito todas las noches de mi vida en mi cama.

Alzo mis ojos hacia los suyos y revelo sin apenas fuerzas:

—Me gusta esta cama y esta habitación. No me importaría trasladarme aquí.

Rocco esboza una enorme sonrisa y me besa eufórico.

—Te amo, Isabella. Me haces el hombre más feliz sobre la tierra.

—Tú a mí también, pero ahora déjame dormir entre tus brazos. Tu vino y tú me habéis dejado agotada.

Rocco me besa de nuevo, me acomoda en sus brazos y cierro los ojos abrazada a su pecho sintiéndome en paz por primera vez en mucho tiempo.

Me despierto cuando siento que me besan el cuello, percibo el cuerpo desnudo de Rocco a mi lado y todo lo que vivimos la noche anterior vuelve a mis recuerdos y esbozo una sonrisa.

—Esto no es un sueño, ¿verdad? —pregunta mientras me besa y me acaricia el abdomen.

—No, creo que estamos muy despiertos —carcajeo al sentir cierta parte de su anatomía muy viva.

—No me sacio de ti, te he deseado durante tanto tiempo… —murmura besándome. Estira la mano hacia la mesita de noche para coger un preservativo y le indico:

—Yo también lo deseo, pero tenemos un hijo y no deberíamos ausentarnos tanto. Son las doce de la mañana.

—Después del beso que nos dimos anoche delante de todos creo que a la familia no les extrañará que no salgamos hoy en todo el día de esta habitación —susurra rasgando el papel.

—¡¿Todo el día?! —Carcajeo de nuevo, sonriente. Acariciándole los brazos e invitándolo con las caderas que entre en mí.

—No sabes lo que he deseado esto. Siempre voy a querer más —revela a la misma vez que se entierra en mi interior, despacio.

—Lo bueno se hace esperar —manifiesto acomodándome a él e instándolo para que se mueva rápido, lo necesito.

—Esto es increíble. Nunca he tenido algo así con nadie, solo contigo, Isabella. Entre nosotros existe una magia especial —susurra en mi oído a la vez que se mueve con maestría y hace que pierda el control por completo.

Me dejo llevar por todo lo que me provoca y ambos rompemos en un brutal orgasmo a la vez. El sexo con Rocco es increíble, hace que te olvides de todo. De toda nuestra familia que ocupa su casa, de nuestro hijo y de cómo nos recibirán cuando aparezcamos ante ellos.

Rocco y yo bajamos de la mano y sorprendemos a la familia comiendo junta. Percibo la mirada de mi prima y de mi tía en mi mano unida con fuerza a la del padre de mi hijo. Nicole me sonríe de forma cómplice y la familia de Rocco aplaude cuando hacemos nuestra aparición.

—La pareja al fin da señales de vida —alza la voz Mauro, el hermano de Rocco.

Siento que mis mejillas se sonrojan a la misma vez que todos clavan los ojos en mí.

—Estábamos recuperando el tiempo —comenta Rocco sin pudor alguno a la misma vez que me mira sonriente.

Nicole se levanta y me abraza, luego lo hace con Rocco y el resto de la familia que también nos felicita. Todos están muy contentos de que hayamos dado este paso.

Rocco y yo nos sentamos a la mesa juntos y comemos con el resto entre miradas y gestos cómplices.

Luego los hombres deciden dar una vuelta a caballo por los viñedos, Rocco les quiere mostrar algo y la tía y la madre de Rocco se hacen cargo de Salvatore. A mi tía le duele un poco la cabeza del vino que bebió la noche anterior y decide echarse una siesta. Nicole y yo nos quedamos charlando en el jardín.

—Ahora sí, cuéntame todo —me apremia mi prima tomándome de ambas manos y mirándome, sentada a mi lado—. Me alegra que hayas decidido darte una oportunidad con Rocco.

—Bueno, llevamos unas semanas siendo como novios. Me confesó

que me ama y le pedí un tiempo, pero anoche sentí el impulso de besarlo. Luego una cosa llevó a la otra y…

—Obvio, os habéis acostado. Vuestras caras radiantes de felicidad no mienten —comenta eufórica. Asiento en silencio a sus palabras—. ¿Y? —inquiere, a la espera de detalles.

—Rocco es un hombre increíble en todos los sentidos —murmuro.

—Eso salta a la vista. Si Adriano no existiese en mi vida, también se me caerían las bragas por Rocco Santoro. Ese hombre lleva meses a tu lado como un perrito faldero, cuando puede tener a la mujer que quiera. Eso es amor, prima. ¡Qué más puedes pedir! Además, es el padre de tu hijo.

—Sí. Rocco lo tiene todo. Es justo lo que necesito —manifiesto, convencida—. Es atento, detallista, trabajador, buen padre y…, en la cama es increíble —admito.

—Me alegro mucho de que finalmente Rocco haya podido reemplazar a Piero —comenta mi prima y la miro seria.

—No nombres a Piero, por favor —le suplico en un susurro.

—¿Por qué? Es agua pasada. Está fuera de tu vida y ahora Rocco te da todo lo que necesitas.

—No me gusta recordarlo. Hace semanas que me obligué a dejar de pensar en él y lo he conseguido. Mi hijo y su padre han ocupado todos mis pensamientos en los últimos días.

—Vale, tú céntrate en Rocco —me anima y yo la miro sonriente. Estoy muy ilusionada con todo lo que está naciendo entre el padre de mi hijo y yo.

—Me gusta esta nueva vida. Me he enamorado de este lugar, tengo un trabajo que me agrada, puedo seguir estudiando, mi hijo va a estar muy bien cuidado y tengo a mi lado a un hombre que se desvive por mí. Creo que puedo sentirme una mujer muy afortunada pese a todo lo que me ha pasado.

—Yo sabía que la vida te iba a recompensar. Isabella, has pasado por mucho desde la muerte de tus padres, pero en este momento te veo mejor que nunca. Cuando has aparecido en el salón de la mano de Rocco tenías una sonrisa y un brillo en tus ojos espectacular. Desde hacía mucho no te veía tan feliz.

—Así me siento, Nicole. Es como si algo dentro de mí hubiese

cambiado —reconozco.

—El amor de Rocco. Me alegro de que tu corazón le haya dado una oportunidad. Salvatore se merece crecer con sus padres y que estos se amen.

Me abrazo a mi prima y, por primera vez en mucho tiempo, siento que mi vida ha tomado el rumbo correcto, del cual no me quiero salir. Deseo una estabilidad junto al padre de mi hijo y en este lugar mágico.

Capítulo 44

Isabella

Una semana después

Estoy un poco nerviosa mientras desayuno. Hoy es la primera visita guiada por los viñedos y las bodegas. Llevo una semana estudiando a fondo todo lo que Rocco me ha enseñado. Hemos pasado muchísimo tiempo juntos, trabajando, besándonos, haciendo el amor y conociéndonos mucho más. Cada día me siento más segura y feliz a su lado. Es un gran padre y un maravilloso amante que no deja de sorprenderme.

Le doy vueltas al café con la cucharita, sumida en mis pensamientos hasta que Rocco coloca su mano sobre la mía, la para, me mira, sonríe y dice:

—Todo va a ir muy bien. —Sabe que mi inquietud se debe a que hoy es mi debut en sus viñedos. He dado mil vueltas en la cama esta noche, lo he despertado unas cuantas veces, pero no se ha quejado. En todas las ocasiones me ha acunado sobre su pecho y ha tratado de que me durmiese.

—Eso espero.

—Tengo a la mejor guía de toda La Toscana —susurra Rocco. Se acerca a mi cuello y me besa.

—Ahora no quiero que me distraigas. En quince minutos llegan las visitas —le reprendo.

—Bien —susurra y se aleja con una sonrisa—. Pero esta noche lo celebraremos. —Lo siento como una promesa.

Le doy un breve beso en los labios y me marcho. Quiero estar ahí para cuando llegue el autobús con los turistas y recibirlos. Hoy tengo a un grupo de veinticinco personas, menos mal que son italianos, pero también hacemos visitas en inglés y alemán.

Mi primera visita guiada de turistas resulta muy agradable, amena

y divertida. Esta concluye con la aparición de Rocco el cual obsequia a los primeros visitantes con una botella pequeña de Santoro y todos se marchan muy contentos. Cuando nos quedamos a solas me abrazo a él y siento una gran paz y alivio. Todo ha salido muy bien.

—Te lo dije, sería un éxito y todo gracias a ti. Tienes un don especial para envolver a la gente y hacer que se sientan atraídos por ti. —Me besa, me mira sonriente y me abraza con fuerza—. Te amo —confiesa.

—Y yo, Rocco Santoro. Amo la forma en la que lo realizas todo. No sé cómo puedes hacerlo todo bien en tu trabajo, con tu hijo y conmigo.

—Yo tampoco, antes de que estuvieses en mi vida era un desastre en todo menos en el trabajo, creo que tú has tenido mucho que ver —susurra—. Estábamos predestinados, Isabella.

—Sí —reconozco mirándolo a los ojos, convencida de ello. Creo que Rocco es mi presente y mi futuro.

—Ahora tengo que pasar unas horas en la oficina. Te veo en el almuerzo, recuerda que esta noche tenemos una cita.

—¿Dónde me vas a llevar?

—Una cita bajo las estrellas. Tú, yo y unas copas de vino —revela con voz ronca.

—Me encanta.

Me despido de Rocco con un beso que me deja con ganas de más, pero me debo a mi hijo y él tiene que trabajar. Las visitas a los viñedos las hemos programado temprano en esta época del año que hace calor. Así tengo el resto del día para Salvatore. Sé que cuando comience el nuevo curso en unos meses tendré que estudiar y no podré pasar tantas horas con mi hijo.

El día pasa muy lento, tengo ganas de descubrir qué cita me ha preparado Rocco. Nos despedimos de nuestro bebé y nos encaminamos hacia la salida de la casa, pero antes el padre de mi hijo se pasa por la cocina y coge dos copas, una botella de vino del frigorífico y una manta de cuadros. Nos montamos en el coche y nos dirigimos hacia los viñedos. Subimos a una colina y en lo alto anuncia Rocco:

—Es aquí. —Extiende una manta en el suelo, hace que me siente

en ella, saca la botella de Santoro y las copas, toma asiento frente a mí y descorcha el vino—. Tenemos una vista privilegiada.

Alzo la mirada hacia el cielo y observo todas las estrellas fugaces. Me quedo impresionada, es precioso.

—¿Es nuestra primera cita? —inquiero con el ceño fruncido mientras tomo en mi mano la copa rellena de vino que me entrega Rocco.

—Se puede decir que sí —susurra, sonriente—. Las dos últimas semanas han sido frenéticas —se disculpa.

—No era una queja. Me encanta.

Brindamos, bebemos y Rocco me besa. Hace que me tumbe sobre su pecho y admiramos las estrellas juntos.

—Esta es la primera de muchas, Isabella. Sé que mi trabajo es absorbente, pero tengo claro que tú y Salvatore sois lo más importante de mi vida. Quiero pasar tiempo con mi familia y tener estos momentos de intimidad con la mujer que amo.

—Has conseguido sorprenderme.

Rocco me besa, le correspondo y terminamos haciendo el amor bajo una noche estrellada al aire libre.

***

Un mes después

Hoy es el gran día en la vida de mi prima. Se casa con el hombre que ama y es la mujer más feliz sobre la tierra. La tengo vestida de novia, radiante, frente a mí y se me saltan las lágrimas mientras la admiro. Ella siempre soñó con este momento.

—Algún día serás tú la que vista de blanco —susurra Nicole—. Rocco tiene pintas de ser de los que se casan y te piden matrimonio.

—Sabes que casarme y tener hijos nunca fue mi meta en la vida. Solo quería triunfar en mi trabajo y en el amor.

—Por ahora lo estás consiguiendo. —Nicole me coge de las manos y me abraza.

Estos últimos meses no he estado con ella todo lo que me hubiese gustado para ayudarle a organizar la boda. Entre el

esguince, mi hijo y los preparativos de las visitas guiadas siento que le he fallado, pero ella me hace sentir que no ha sido así. Desde la distancia siempre he estado con ella, ayudándola y aconsejándola.

Mi prima se casa por la iglesia en Milán con más de trescientos invitados, es una boda multitudinaria, ella siempre soñó con algo así. Lleva un vestido de princesa y el amor de su vida la espera en el altar mientras que yo admiro al padre de mi hijo, guapísimo de chaqué, con nuestro bebé en brazos, a mi lado en primera fila de la iglesia. Me siento muy dichosa en estos momentos. Tengo una vida tranquila y toda mi familia está feliz. Creo que no puedo pedir más.

La boda de Nicole y Adriano es muy emotiva. Casi toda la familia terminamos llorando en la iglesia y la celebración es increíble. Bailamos y reímos hasta altas horas de la madrugada. Es una fiesta maravillosa. Mis tíos se llevan a Salvatore y Rocco y yo terminamos en la misma habitación de hotel donde concebimos a nuestro hijo. Es una sorpresa que me tiene preparada.

—Quiero que esta vez termine bien —susurra en mi cuello mientras me besa—. La vez pasada fue mágica y siempre la recordaré, pero hoy quiero hacerte una promesa en este lugar. Para siempre, Isabella.

Un nudo se instala en mi garganta y mis ojos se humedecen. A mí también me traen muchos recuerdos esta habitación.

—Nunca dejarás de sorprenderme. —Lo beso, me lleva hasta la cama y hacemos el amor.

—No sabes lo que me gustaría pedirte matrimonio, pero no puedo hacerlo. Aún estoy casado y por las circunstancias en las que se encuentra Ginevra el proceso de divorcio será lento.

—No me importa. Estamos bien así.

—Hoy vi tu sonrisa y todo lo que has disfrutado en la boda de tu prima y me gustaría brindarte una igual. Algún día podremos.

—Estaba feliz porque sé que era su sueño. El mío nunca fue realizar una boda así.

—¿Cómo entonces? Todas las mujeres soñáis con ese día.

—Algo más íntimo y familiar.

—Bien, tomaré nota —comenta, pensativo.

—¿Dónde está tu mujer? —me intereso. Es una pregunta que me

he hecho repetidas veces, pero nunca me he atrevido a verbalizar.

—En un hospital especializado que pago para que la atiendan. Está en coma y se quedó paralítica. Necesita cuidados especiales.

—¿No la visitas? —inquiero con curiosidad.

—No. Igual te parezco la peor persona del mundo. Pero estábamos separados desde hacía tiempo. Solo me encargo de ella porque no tiene a nadie. Casarme con Ginevra fue el peor error de mi vida. Y no hablemos más de ella, por favor —me ruega, me besa y me abrazo a él sintiendo que es un hombre muy generoso y de buen corazón.

Capítulo 45

Rocco

Diez meses después

Con mi hijo en mis brazos, orgulloso, con un nudo en la garganta y los ojos húmedos observo cómo la mujer que amo se gradúa. Isabella ha conseguido su sueño. Se ha graduado en Historia del arte y ha sacado unas notas buenísimas.

—Aplaude a mamá —le indico a mi hijo cuando Isabella recoge su diploma.

Salvatore toca las palmas mientras Isabella nos mira con lágrimas en sus ojos. Cuando baja las escalinatas nos acercamos hacia ella, la abrazamos y la beso.

—Te amo. Lo has conseguido —susurro sobre sus labios.

—Gracias a ti, me has alentado a ello durante todo este tiempo y me lo has puesto muy fácil. Has sido un jefe muy flexible y un novio perfecto.

—Igual este jefe y novio se vuelve un poco implacable y te exige unas vacaciones para desconectar de todo.

—Me dejo llevar. Creo que las necesito.

—Quince días, en un chalet increíble que he alquilado en Mallorca. Los tres. ¿Qué te parece?

—¿Es tu regalo de graduación? —pregunta con una sonrisa.

—No. Mi regalo de graduación serán todas las noches de esos quince días. Llevas dos semanas en Milán liada con los exámenes, alejada de mí y no sabes cómo te he extrañado en mi cama.

—Estoy deseando que nos marchemos.

—Será en once días exactamente. Tengo que dejar algunos asuntos cerrados y mi tía te sustituirá en las visitas guiadas cuando estemos fuera, como ha hecho estas semanas.

—Eres increíble —susurra sobre mis labios. Me besa y siento la

necesidad de llevarla hacia un lugar íntimo y hacerle el amor. Pero tengo a Salvatore en brazos y la familia de la mujer que amo se acerca para felicitarla. Han venido todos.

La fiesta de graduación se me hace eterna hasta que llegamos al hotel. No nos quedamos en la casa de Isabella en Milán porque Nicole y Adriano están de reformas en la suya y por un tiempo se quedarán viviendo en la de Isabella. Salvatore está algo inquieto y tarda en dormirse. Cuando tengo a Isabella toda para mí la siento cansada y nos dormimos tras un intenso día.

Hasta el momento nunca me había estorbado mi hijo, pero tengo tantas ganas de estar con la mujer que amo que estoy a punto de llamar a Nicole para que se lo lleve e Isabella y yo tengamos la intimidad que deseamos.

Habíamos previsto pasar un par de días en Milán tras la graduación de Isabella porque había concertado una cena en el hotel para el día siguiente con unos clientes para impulsar aún más mi vino Santoro, pero surge un problema en los viñedos, varios trabajadores han sufrido un accidente mientras desarrollaban la jornada laboral y me veo en la obligación de volver para atender el asunto en persona. Decidimos que llevo a Salvatore y le pido a Isabella que se haga cargo de la cena que teníamos con los nuevos distribuidores de mi vino. Sé que ella lo va a hacer muy bien. La dejo algo inquieta y nerviosa por la responsabilidad que conlleva plantear ese negocio sin mí. Isabella tiene el don de captar a todas las personas con las que se relaciona y hacer que se enamoren de ella. Por suerte, es solo mía. Fue tal el orgullo que sentí al verla en el escenario al graduarse y cómo otros hombres la miraban mientras que me repetía que era mía que me siento muy afortunado.

Isabella nos acompaña a Salvatore y a mí hasta el coche y se despide de nosotros en la puerta del hotel. Nos da un beso a cada uno, yo profundizo el mío y le susurro al oído:

—Estoy deseando que llegues a casa y tenerte en mi cama. No te dejaré salir de nuestra habitación en dos días.

Ella sonríe, me devuelve el beso y nos dice adiós mientras arranco el coche y nos marchamos. Siento una sensación extraña en el pecho al despedirme de ella, pero me repito que solo serán dos días.

Conduzco hasta los viñedos con mi hijo dormido, Salvatore es muy bueno en los trayectos en coche, y mientras trazo todos los planes que tengo en mente para las vacaciones con Isabella en Mallorca. Una villa para nosotros solos, tres días en un yate privado que he alquilado y lejos de problemas del trabajo, solos con nuestro hijo y amándonos. Estos días hasta que nos vayamos se me van a hacer eternos.

Capítulo 46

Isabella

Cuando Rocco se marcha vuelvo a la habitación del hotel y me meto de nuevo en la cama. Mi cuerpo necesita seguir durmiendo. Luego almuerzo con mi prima y le explico que permaneceré dos días más en Milán por asuntos de trabajo.

Al día siguiente quedo con Nicole para comprarme un vestido elegante para la cena de esta noche. Elijo uno color chocolate, de corte midi y un cinturón marcando mi cintura. Cuando me miro al espejo antes de bajar al restaurante me gusto. He dejado mi pelo suelto, me he maquillado con esmero y el vestido me queda de diez. Me veo una supermujer de negocios increíble. Le envío una foto a Rocco y me responde de inmediato con un corazón palpitante. Me llama y me indica con la voz ronca:

—No sabes lo que daría por quitarte esta noche ese vestido.

—Me lo llevaré al viaje y te daré ese gusto —bromeo algo nerviosa.

—Llámame cuando termine la reunión. Irá bien. Te quiero.

—Y yo. Luego hablamos. Si es muy tarde te dejo un mensaje.

—Te esperaré despierto. Llámame a la hora que sea.

Salgo de la habitación y me dirijo al restaurante del hotel. Cuando llego los clientes de Rocco me esperan en la mesa. Son tres, dos hombres y una mujer. Los recuerdo del día en el que se inauguró Santoro en los viñedos y el padre de mi hijo me los presentó. Tomo asiento con ellos y mantenemos una charla de negocios mientras cenamos en un ambiente muy distendido y ameno.

Cuando termina la reunión, han sido varias horas sentados en la mesa, creo que somos los últimos en abandonar el restaurante, me encamino hacia la habitación muy contenta. Le voy escribiendo a Rocco mientras llamo el ascensor.

Todo ha salido de maravilla. Quieren el vino Santoro en sus hoteles y restaurantes. Enhorabuena.

Es tarde, casi la una de la madrugada. Hace más de una hora que Rocco no se conecta y tampoco lo hace cuando le escribo, supongo que estará dormido o atendiendo a Salvatore. Guardo el teléfono en mi bolso y entro en el ascensor vacío sin ganas de irme a mi habitación, siento tal euforia por lo que he conseguido en la reunión yo sola que me apetece celebrarlo toda la noche, pero no tengo con quién hacerlo. Pulso la planta en la que me alojo y espero a que suba.

De repente, una mano impide que las puertas se cierren por completo a la vez que me sobresalta este gesto y entra un hombre solo. Cuando lo miro a los ojos ambos nos quedamos de una pieza. Es Piero. Las puertas del ascensor se han cerrado por completo y comenzamos a subir. Me pongo muy nerviosa cuando aprecio que no hay escapatoria. El bolso se me cae al suelo, me agacho a recogerlo, él también lo hace, nuestras manos se rozan y siento una fuerte corriente eléctrica por todo mi cuerpo. Los dos nos incorporamos a la vez, sin dejar de mirarnos a los ojos en silencio. Tengo la respiración alterada y me tiemblan las piernas. Hace más de un año que no veía a Piero. Él me mira serio, con intensidad. Ninguno de los dos esperábamos este encuentro. Estamos tratando de asimilarlo. Tengo un gran nudo en la garganta. No he sido capaz ni de saludarlo. Aprecio que está más delgado, lleva el pelo un poco más largo y se ha dejado una barba recortada que le sienta muy bien, sigue igual de guapo.

Con seguridad, Piero da un paso, se acerca a mí, me toma por la cintura de una forma poco delicada y me arrima a su cuerpo apoderándose de mis labios de forma brusca. Me fundo contra él y me entrego a ese beso que me llega como agua en el desierto. Nos besamos de forma desesperada, con ansia y pasión. Dentro de mí se revuelven mil sentimientos que creía olvidados, mi cabeza comienza a dar vueltas, pero Piero tiene la gran capacidad de hacer que me olvide de todo y me entregue a esto que estamos viviendo y me vuelve loca a la misma vez.

Las puertas del ascensor se abren, dejamos de besarnos y por suerte no hay nadie esperando fuera. Ambos nos miramos a los ojos con las respiraciones alteradas. Creo que el corazón se me va a salir del pecho. Estoy paralizada. No sé qué hacer. Piero tira de mi mano, me saca del ascensor, me estrecha contra su pecho y se apodera de mis labios de nuevo. No protesto. Me aferro a él. Nos besamos desesperadamente mientras caminamos juntos. Él abre una puerta y entramos en una habitación. Supongo que es la suya. Tiro mi bolso al suelo para tener las manos libres y poder acariciarlo como deseo. Comenzamos a arrancarnos la ropa de forma brusca mientras caminamos juntos sin dejar de besarnos hacia la cama. No puedo pensar, no puedo parar esto. Lo que estoy sintiendo en estos momentos es tan fuerte que me dejo llevar. Nos desnudamos y caemos abrazados sobre la cama. Nos besamos y acariciamos como curando heridas, recuperando el tiempo que hemos estado distanciados. Piero me besa todo mi cuerpo con mimo y delicadeza, me estremezco bajo sus caricias, alzo mis caderas y le suplico que entre en mí. Lo necesito. Se coloca un preservativo. No decimos ni una sola palabra, en estos momentos hablan nuestros ojos y nuestros corazones. Entra en mi interior de una sola embestida y suspiro con fuerza. Me besa, comienza a entrar y a salir de mí con ímpetu. Me agarro a sus brazos y gimo de placer sobre sus labios. Rodamos sobre la cama y cambiamos las posiciones. Me sitúo encima de él. Me admira, me sonríe y me acaricia los pechos llevándome al mismísimo cielo y haciéndome ver todas las estrellas del universo. Lo cabalgo con ganas y estallamos en un orgasmo devastador. Me derrumbo sobre su pecho, ambos estamos sin aliento y el corazón a punto de estallarnos. Puedo escuchar los fuertes latidos de su corazón. Me abraza, lo beso en el cuello y me quedo ahí sintiéndolo tan mío que me da miedo volver a mirarlo a los ojos y que toda esta magia se rompa.

Pasados unos minutos comienzo a tomar conciencia de lo que acaba de suceder entre nosotros. Me estremezco cuando recuerdo que Piero me odiaba, pero aún me estremezco más al pensar en lo que acabo de hacerle a Rocco. ¿Cómo he podido caer en los brazos de Piero de esta forma? Me reprocho con dureza.

La respiración de Piero se ha normalizado, creo que se ha quedado dormido. Aún estoy abrazada a él y permanece dentro de mí. Comienzo a levantarme, tengo que irme de aquí, pero su mano me para, agarrándome con fuerza, lo miro a los ojos y susurra con una voz ronca:

—Ni se te ocurra marcharte sin que hablemos.

—Te recuerdo que eras tú quien no querías nada conmigo —lo acuso separándome de él, agitada y cubriéndome el cuerpo desnudo con la sábana.

Piero se deshace del preservativo, se levanta de la cama y entra al baño un segundo. Vuelve de inmediato y se sienta a mi lado sin importarle su desnudez.

—Ha sido el peor año de mi vida —reconoce con los ojos cerrados en una especie de lamento—. Te he buscado en cada mujer con la que he estado hasta que me di por vencido. Anoche cuando te encontré sola en el ascensor no pude dominarme —confiesa.

—Esto ha sido un completo error, Piero —susurro tratando de salir de la cama, pero él me lo impide nuevamente.

—¿De verdad piensas que ha sido un error? Vamos, Isabella. Lo que acabamos de vivir es… Joder, ha sido tan increíble que me faltan palabras para calificarlo. ¿Quieres que te lo vuelva a demostrar? —Se acerca a mis labios y se apodera de ellos. Le correspondo, pero, de inmediato, empujo su fuerte pecho con mis manos y lo separo de mí.

—Piero, no. Me dejaste —le reprocho con lágrimas en los ojos—. No sabes por todo lo que pasé.

—¿Y cómo piensas que lo pasé yo? Tú tenías a tu hijo. Yo me quedé sin nada. Llevo un año como un zombi. No duermo. Te pienso en cada instante. No te puedo sacar de mi cabeza. No sé ni quién soy sin ti.

—Tuve la esperanza de que volverías a mi lado —susurro en un claro reproche.

—No me esperaste demasiado. A los pocos meses ya estabas con Rocco —me echa en cara—. ¿Qué sientes por él? —me pregunta de golpe.

—Ah, no. No pienso tener esta conversación contigo en estos

momentos —le aclaro, me deshago de sus manos alrededor de mi cintura y salgo de la cama. Comienzo a buscar mi ropa esparcida por el suelo de la habitación y me visto con prisa.

—¿Y lo que hemos vivido hace un rato? —inquiere señalando la cama.

—No sé qué me ha pasado, Piero —me excuso, nerviosa y agitada.

—Insisto, ¿quieres que te lo vuelva a explicar? —Se levanta de la cama y camina hacia mi desnudo.

—No. —Lo paro de golpe alzando la mano.

—Isabella, te amo. No he podido olvidarte —confiesa y siento que me derrumbo. Varias lágrimas brotan de mis ojos y un gran nudo se instala en mi garganta.

—¿Y qué quieres ahora, Piero? —le espeto desesperada mientras me revuelvo el pelo.

—Solo sé que anoche cuando coincidimos en el ascensor supe con claridad que eres la mujer de mi vida. Nunca voy a dejar de amarte —revela—. Cuando te tengo cerca no me contengo. Dejo de ser yo y me vuelvo completamente tuyo.

—Ya es tarde para nosotros. Tú te encargaste de alejarme de ti —le recrimino con lágrimas.

—Estaba roto de dolor. Llevo un año muerto en vida —reconoce en forma de reproche—. He estado en tratamiento psiquiátrico —susurra con la cabeza gacha al mismo tiempo que me estremezco—. Lo perdí todo de la noche a la mañana. Soñaba con Salvatore y cuando me despertaba sudoroso y agitado recordando que es hijo de Rocco Santoro me quería morir. Y también te perdí a ti porque no supe aceptar la situación. Me desbordó. Te culpaba de lo sucedido, me sentí traicionado y engañado. Con el tiempo entendí que no era así. Decidí buscarte, pero me enteré de que ya estabas con Rocco y se me rompió el corazón. Te había perdido, y lo acepté, pero cuando nos encontramos en el ascensor no pude contenerme y respondiste a mis besos. Isabella, ha sido increíble lo que hemos vivido.

Cierro los ojos y trago con dificultad.

—Necesito marcharme. —Recojo mis zapatos y mi bolso, me los llevo en la mano y salgo de la habitación corriendo hacia la mía.

Situada en la misma planta al final del pasillo.

Entro en mi cuarto, cierro la puerta y me dejo caer en ella, me deslizo hasta el suelo. Me abrazo las rodillas y lloro desconsoladamente, por Piero, por Rocco y por el gran caos que es mi vida en estos momentos.

De repente, corro hacia el armario, recojo todas mis cosas, las meto en la maleta con prisa y me marcho. No quiero que Piero me encuentre en este hotel ni deseo verlo nunca más.

Capítulo 47

Piero

Maldigo estar desnudo y no poder correr detrás de Isabella por el pasillo del hotel. Me meto en la ducha, decido darle algo de tiempo, la desbloqueo de mi teléfono, como la tengo entre mis contactos hace más de un año y la llamo. No obtengo respuesta. Le envío un mensaje en el que solo le digo que tenemos que hablar, y al cabo de unos minutos compruebo que me bloquea ella. ¡No lo puedo creer!

Bajo a la recepción del hotel e intento averiguar su habitación. Anoche subía en el ascensor y es obvio que está hospedada en este lugar. Ignoro si se encuentra con Rocco o sola. La verdad, que no sé qué hace aquí cuando tiene casa propia en Milán. El recepcionista me conoce, llevo alojado en este lugar más de quince días por asuntos de trabajo, y averiguo que Isabella se alojó con su pareja y su hijo, pero él se marchó con el niño y ella está sola. La habitación está reservada hasta mañana. Sin embargo, me informan de que hace solo unos minutos la señorita Morelli ha abandonado el hotel con sus maletas. Pidió un taxi. Hago unas cuantas de gestiones hasta que doy con el hombre que la recogió y por una módica cantidad de dinero me dice dónde la dejó. Para mi gran suerte, Isabella se dirigió a su casa de Milán. Sin pensarlo siquiera, cojo mi coche y me encamino hacia la casa que compartí con ella un día y tan felices fuimos. En mi coche aún conservo las llaves de esa casa, me tomo la libertad de abrir el portal y cuando estoy delante del portón de la vivienda llamo al timbre, pero tengo muy claro que si no me abre entraré con mis propias llaves y me enfrentaré a lo que sea.

Cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura Nicole abre la puerta.

—¿Qué haces aquí, Piero? —pregunta en tono de reproche, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Tengo que hablar con Isabella. —La hago a un lado y entro en el interior del salón como un huracán.

—Me parece que es un poco tarde, ¿no crees? —me espeta mirándome enfadada, con las manos en la cintura, sin cerrar la puerta.

—¡¿Dónde está?! —le exijo, exasperado.

—¿Por qué crees que está aquí? —pregunta, descolocada—. Estoy viviendo en esta casa por una temporada con mi marido por reformas en la mía —explica.

—Nicole, no estoy para jueguecitos. Isabella huyó del hotel después de salir de mi habitación y averigüé que el taxi la trajo hasta aquí —le revelo perdiendo la paciencia.

—¡¿Qué?! —grita—. ¿Isabella y tú? —me señala con el dedo.

De repente, Isabella aparece en el salón envuelta en una toalla, descalza y con el pelo mojado, supongo que alertada por los gritos.

—¡¿Qué haces aquí, Piero?! —pregunta con voz queda, llevándose una mano al cuello y mirándome con asombro.

Nicole nos observa perpleja sin entender nada.

—Tenemos que hablar —le indico alto y claro.

—No. No tenemos nada de qué hablar —alza la voz paseándose nerviosa—. Vete, Piero —me exige, alterada, pero no le hago caso.

—¿No crees que tenemos que hablar de lo que ha sucedido entre nosotros? —inquiero, exigente. Escucho como Nicole da un grito y se lleva las manos a la boca. Es obvio su prima no le ha contado nada, pero me da igual.

—¿Vosotros? —pregunta con asombro mirándonos a ambos.

—Ya te lo explicaré —susurra Isabella, cabizbaja.

Su prima toma una bocanada de aire, se acerca a un bolso colgado en un perchero y dice:

—Os dejo solos, creo que tenéis mucho de qué hablar. Me voy a casa de mi madre y Adriano tiene hoy turno de veinticuatro horas en el hospital.

—Nicole, no te vayas —le suplica Isabella, pero su prima no le hace caso. Nos mira a ambos y se marcha.

Cuando escucho que la puerta se ha cerrado y sé que Isabella y yo estamos completamente solos me acerco a ella con paso firme y

seguro.

—Vete, Piero —me vuelve a exigir.

—No.

—Ahora estoy con Rocco. No puedes aparecer y derrumbar mi mundo. Me costó mucho ponerme de nuevo en pie y estabilizar mi vida.

—¿Me estás diciendo que olvide lo que pasó entre nosotros? —pregunto con cierto enfado.

—No sé qué me pasó —lamenta, nerviosa.

—¿No lo sabes? —inquiero tomándola de ambos brazos y haciendo que me mire—. ¿Quieres que te lo recuerde?

—No —susurra con miedo, temblando.

—Cuando decidí buscarte de nuevo porque comprendí que nunca te olvidaría y me enteré de que estabas con Rocco desistí en mi idea de encontrarte. Habíais formado una familia y deduje que me habías olvidado. Pero anoche cuando coincidimos en el ascensor y nos miramos saltaron millones de chispas entre nosotros. El fuego que una vez existió entre los dos volvió a resurgir de sus cenizas más fuerte de nunca. —Ella niega con un gesto de la cabeza—. Lo sentí, Isabella. No soy tonto. No fue solo sexo. No lo niegues —le exijo, la atrapo entre mis brazos y la beso.

—No me hagas esto, Piero —interrumpe el beso y me lo suplica con la respiración agitada.

—Sí te lo voy a hacer, Isabella. Porque te amo y he descubierto que no me has olvidado. Tu forma de responderme es aún más ardiente que cuando estábamos juntos. —La tomo con fuerza por la cintura la pego a mi cuerpo y la beso con pasión al mismo tiempo que siento que ella no tiene fuerzas para alejarme y esto me produce una gran alegría interior. La alzo en mis brazos y camino hacia la que fue nuestra habitación sin dejar de besarnos. La deposito en la cama y le quito la toalla que lleva enrollada en su cuerpo, dejándola desnuda ante mis ojos.

—Piero, yo ahora estoy con Rocco. Esto no está bien —musita mirándome a los ojos. Comienzo por deshacerme de mi camisa bajo su atenta mirada. Nada de lo que me diga me va a parar. Puedo leer el deseo en sus ojos y eso es más que suficiente. Me inclino sobre

ella, la vuelvo a besar y me corresponde pese a que trata de rechazarme.

—Estás aquí conmigo. En la que fue nuestra cama por un tiempo. Voy a hacerte el amor y cuando te corras en mis brazos vas a gritar mi nombre —susurro en su oído a modo de orden.

Llevo mi mano hacia el sexo de Isabella y compruebo que está muy mojada. Algo que provoca una amplia sonrisa en mis labios. La beso y la acaricio de forma pasional y cuando siento que se rinde a mí por completo soy un hombre completamente feliz. Le hago el amor de una forma lenta, exquisita, dulce y placentera. Necesito que ambos saboreemos este momento al mismo tiempo que lo recordemos para siempre. Isabella me corresponde en todo momento, me acaricia y me besa de una forma tan ardiente que casi me hace estallar antes de tiempo, pero hago acopio de todo mi autocontrol y le proporciono un orgasmo brutal en el que termina gritando mi nombre varias veces con fuerza. La beso, la acaricio y la acuno sobre mi pecho al mismo tiempo que me juro que lucharé por ella como un guerrero. No quiero a Isabella lejos de mí, menos imaginándola en los brazos de Santoro.

Nos tomamos unos minutos en silencio hasta que ambos recuperamos la normalidad en nuestras respiraciones. Es ella quien rompe el silencio preguntándome:

—¿Qué es lo que quieres, Piero? —Me mira a los ojos, seria, con cierta angustia.

Chasqueo la lengua, me incorporo un poco en la cama con ella, sin alejarla de mi lado y le respondo:

—Te quiero a ti, Isabella.

—Tengo un hijo, una relación con Rocco y una vida en La Toscana —enumera como si no fuese consciente de ello y todo me pesase como una gran losa en la cabeza.

—¿Y esto que ha sucedido entre nosotros y todo lo que hemos sentido no te hace plantearte tu vida? —inquiero.

—No puedes jugar así conmigo —me reprocha con dureza—. Además, ya nada sería como antes. Tengo un hijo. Aún llevo grabado en mi mente el día en el que te marchaste de esta casa sin mirar a Salvatore —me recuerda con lágrimas en los ojos mientras

lamento haberle hecho tanto daño.

—Perdóname, Isabella. No sabía lo que hacía. Estaba roto. Sentía tanto dolor que te culpé de todo.

—Salvatore no tenía la culpa de nada. Lo despreciaste y lo amabas. Desde que supe que estaba embarazada amaste a ese bebé antes que yo —me recuerda con emoción.

—Y aún lo amo. Voy a confesarte algo. He tenido contacto con Adriano durante todo este tiempo. Le he preguntado por Salvatore casi a diario y él me ha enviado fotos y vídeos del pequeño. Está precioso. No es mi hijo de sangre, pero lo quise y lo quiero. Y ya te he dicho que me he mantenido todo este tiempo al margen porque pensé que amabas a Rocco, pero me he dado cuenta de que no es así.

—No, Piero. Todo entre Rocco y yo es perfecto. Es un gran padre y hombre en todos los sentidos —defiende.

—Pero no lo amas, al menos no como a mí —le espeto de golpe sintiéndome muy seguro de lo que ella siente.

—No sabes nada. Quiero a Rocco —brama alejándose de mi lado.

—¿Lo quieres y me respondes como lo has hecho? —Salgo de la cama y la enfrento tomándola del brazo y haciendo que me mire.

—Tú me confundes. Confundes mi corazón y alteras mi razón —alza la voz—. Yo tenía una vida perfecta y has aparecido para romperlo todo —me acusa.

—Deja a Rocco —me atrevo a suplicarle.

—¡¿Qué?! —pregunta ofendida—. ¿Tú te crees que puedes aparecer en mi vida de la nada y manejarla a tu antojo? —me espeta, furiosa—. ¿Ahora me vienes con esto? Sufrí muchísimo cuando te marchaste —me reprocha con dureza.

—Solo quiero que seamos felices. Nos lo merecemos.

Isabella cierra los ojos y siento que traga con dificultad.

—Vete, Piero. Necesito estar sola —me suplica.

Tomo una gran bocanada de aire, voy a decirle algo, pero me callo. Creo que es mejor que se tome un tiempo y piense todo bien. Comienzo a vestirme bajo su atenta mirada, ambos en silencio. Ella se envuelve de nuevo en la toalla y se sienta en la cama a la espera de que me marche.

—Me alojo en la habitación de hotel en la que estuvimos. Estoy en Milán por trabajo y permaneceré unas semanas más. Tienes mi teléfono y sabes dónde encontrarme. Piensa bien todo lo que ha pasado entre nosotros y recuerda que te amo. Deseo una vida contigo y con Salvatore. —Le doy un beso en el cabello a modo de despedida y me marcho sin más.

Capítulo 48

Isabella

Cuando escucho que Piero cierra la puerta y me quedo sola rompo a llorar de forma desconsolada. No puedo creer que haya vuelto a caer en sus brazos y esto que siento me esté matando por dentro. Pienso en Rocco, en mi hijo, en la vida que teníamos y el futuro que habíamos trazado juntos y Piero apareciendo anoche en mi vida y rompiéndolo todo en mil pedazos. Me siento muy mal conmigo misma. He traicionado a Rocco y no se lo merece. Culpo de todo a Piero mientras continúo llorando. ¿Por qué ha tenido que aparecer de nuevo en mi vida? Lamento con pena, hecha un completo lío en mi cabeza. Yo estaba muy bien con Rocco, lo quiero y era feliz con él, sin embargo, la aparición de Piero lo ha trastocado todo, ha hecho renacer sentimientos que creía enterrados para siempre.

Me meto en la ducha, lloro mientras el agua cae sobre mi cabeza con fuerza y pierdo la noción del tiempo que paso ahí. Luego me pongo un chándal y llamo a Nicole. Le suplico que venga, necesito hablar de esto que me está pasando con alguien.

Mi prima llama a la puerta y cuando le abro de inmediato me abraza.

—¿Qué sucede? —pregunta, asustada, mientras dirige la mirada detrás de mí.

—Piero se ha marchado —susurro para hacerle saber que estamos solas.

Pasamos al salón y nos sentamos en el sofá.

—Me tienes descolocada. ¿Te has acostado con Piero? —pregunta con sorpresa.

La miro, suspiro y asiento con culpa a la misma vez que Nicole se lleva las manos a la boca y me mira con los ojos muy abiertos.

—Anoche nos encontramos de forma fortuita en el ascensor del hotel. Solo estábamos los dos, nos miramos, se acercó a mí y me

besó. No pudimos pararlo. Terminamos en su habitación y en su cama. Esta mañana me marché de ahí reprochándome lo que había pasado y sin saber cómo había sido capaz de hacerle eso a Rocco. Dejé el hotel y es cuando volví a casa. El resto ya lo sabes, Piero se presentó aquí.

—¿Y? ¿Qué ha pasado? ¿Habéis hablado? —Me quedo en silencio —. ¿Habéis discutido o habéis follado? —inquiere, exasperada.

—Volvimos a terminar en la cama —susurro con vergüenza.

—¡Joder! —suelta Nicole asombrada. Ahora es ella la que se queda callada y me mira sin decir nada. Su silencio me está poniendo nerviosa.

—Di algo, por favor —murmuro con un nudo en la garganta.

—No sé qué decir. ¿Qué quiere Piero ahora? Decidió alejarse de ti de una forma tan brusca que pensé que jamás se te acercaría. ¿Ha sido un arrebato por su parte?

—No. Se ha dado cuenta de que soy la mujer de su vida y no me quiere perder —revelo.

—Ya te perdió. Ahora estás con Rocco. ¿No lo sabe? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí. Era conocedor de ello. Según él fue el motivo por el que no me buscó antes, porque pensó que lo había olvidado, pero tras lo de anoche se ha dado cuenta de que no es así —relato.

—¿Y tiene razón? —pregunta mi prima de forma abrupta mirándome con atención.

Me echo a llorar y me tapo la cara.

—No lo sé. Tengo un lío muy grande en mi cabeza. ¿Sabes lo culpable que me siento por haber engañado a Rocco? —Lloro entre lamentos.

—¿Y ahora? ¿Piensas contarle a Rocco lo que ha pasado con Piero? —se atreve a preguntar mi prima.

—Debo hacerlo. No puedo engañarlo de esta forma. Se me parte el alma de solo pensarlo. Mi vida se ha vuelto a romper de nuevo en mil pedazos —lamento—. Parece que es mi destino. Cuando encuentro la estabilidad todo salta por los aires.

—¿Y si no le cuentas nada a Rocco? —plantea y la miro seria.

—Yo… no podría mirarlo a los ojos.

—Joder, Isabella, es que no creo que te perdone y ahora estáis muy bien. Rocco está loco por ti, es el padre de tu hijo y formáis una familia increíble, y tú lo quieres. Me lo has confesado, además se os ve muy bien, hay química entre vosotros y me has dicho en más de una ocasión que el sexo con él siempre era bueno —argumenta.

—Sí. Pero Piero ha aparecido y ha roto todo en mil pedazos. Maldito Piero.

—¿Qué sientes por él? Sé de sobra que cuando te acuestas con un hombre es porque sientes algo.

—Ha conseguido revivir todo lo que creía muerto —susurro llorando.

—¿Dejarías a Rocco para volver con Piero? —inquiere en un leve susurro.

—No lo sé. No puedo pensar solo en mí. Salvatore está en medio de todo esto. Y mi hijo es lo primero para mí.

—Creo que debes de pensarlo todo muy bien, Isabella —me aconseja—. Tómate unos días.

—Rocco me espera mañana en casa —susurro con angustia y agobio.

—Pues invéntate que te has puesto enferma con un virus y regresarás en unos días más. Creo que necesitas pensar y aclararte a solas —me aconseja.

Me quedo en silencio y finalmente asiento. No me gusta mentir, pero en esta ocasión es necesario. Debo decidir cómo afrontar esta situación.

Nicole no me deja sola en ningún momento. Me da mi espacio y no intercede en nada. Se limita a acompañarme mientras yo doy gracias de estar a solas con ella. Adriano se ha marchado a un congreso este fin de semana. Rocco me pregunta a cada hora cómo me encuentro. Me siento tan mal por mentirle que vivo con una constante angustia.

Tras pensar mucho, dormir poco y apenas comer en dos días, decido que es hora de enfrentar la realidad y dejar de esconderme. No puedo seguir mintiéndole a Rocco, es un gran hombre y no se lo merece.

Por otro lado, Piero me tiene desconcertada. No ha vuelto a ponerse en contacto conmigo. No sé si me da tiempo o se ha arrepentido de todo lo sucedido. Lo cierto, es que lo prefiero lejos para pensar mejor y con más claridad.

Nicole entra en mi habitación cuando estoy recogiendo mis cosas y metiéndolas en la maleta.

—¿Te marchas? —pregunta con sorpresa. No he hablado nada con ella.

—Sí. No puedo seguir escondiéndome —murmuro con pesar.

—¿Has tomado una decisión? —pregunta con miedo.

—Voy a contarle a Rocco lo sucedido con Piero. No puedo engañarlo de esa forma. Tenemos un viaje juntos en unos días, está muy ilusionado y yo tiemblo de solo pensar en este.

—¿Cómo crees que reaccione? —se interesa.

—No lo sé. Es algo que me tiene muy intranquila.

—¿Piensas dejarlo? —inquiere.

El timbre de la casa suena, Nicole acude a abrir, voy tras ella y cuando me topo con Rocco y mi hijo en sus brazos siento que me mareo.

—Hemos venido a ver a mamá —anuncia entrando en la casa.

Acudo hasta mi hijo, lo abrazo y lo beso. Luego Rocco se acerca a mis labios y deposita un breve beso en ellos. Me mira y dice:

—¿Estás mejor?

—Sí. ¡Vaya sorpresa! Estaba haciendo la maleta para volver. Os echaba de menos.

—Pues ya estamos aquí. No podíamos estar más tiempo sin ti. Además, también hemos venido a cuidarte.

—Gracias —susurro apenas sin voz a la vez que siento una gran incomodidad al tener a Rocco enfrente y me mire como lo hace. Es un hombre enamorado de una mujer que lo ha engañado.

Me refugio en mi hijo. Lo abrazo y juego con él, lo siento como un escudo para que Rocco no se me acerque. Tengo que hablar con él, me repito mientras lo miro.

Tras una hora juntos Nicole propone llevarse a Salvatore a casa de su madre para darle una sorpresa. No me opongo. Me parece bien y sé que lo hace para que me quede a solas con el padre de mi

hijo y resolvamos los temas pendientes.

Nicole se marcha y Rocco no pierde ocasión de acercarse, abrazarme, besarme el cuello y susurrarme:

—Estamos solos. —Puedo leer el intenso deseo en sus ojos. Me besa y lo aparto con delicadeza de mi lado—. Perdón, ¿no te encuentras bien? —susurra con culpa mirándome con atención.

—No estoy muy bien —manifiesto, algo nerviosa.

—Me dijiste que había sido un virus, pero ¿quieres que te lleve a un médico? —propone preocupado.

—No. Quiero que hablemos, Rocco —planteo mirándolo a los ojos y temblándome la voz y las manos.

Me mira con atención, serio.

—¿Qué sucede? —inquiere, preocupado.

—No sé ni por dónde empezar —susurro, agobiada, sintiendo un nudo en el estómago.

—Te veo algo inquieta. ¿Qué pasa? —me apremia, preocupado.

Tomo una gran bocanada de aire, suspiro y comienzo a relatar:

—Tras la cena en el hotel, te dejé el mensaje y ya no hablamos más hasta el mediodía —le recuerdo.

—Sí. Me quedé dormido con Salvatore y leí el mensaje al amanecer —rememora—. No quise hablarte porque pensé que estarías dormida. Por ello esperé tu llamada.

—Me encontré con Piero. Se aloja en ese hotel por asuntos de trabajo —suelto de golpe y siento cómo Rocco se pone rígido y me mira en silencio. Ninguno de los dos decimos nada. Mi respiración se agita y Rocco me taladra con la mirada.

—¿Qué pasó en ese encuentro? —inquiere con voz queda—. Hasta donde sé no quería saber nada de ti.

—Rocco, yo… lo siento. De verdad —me apresuro a decir con lágrimas en mis ojos. No puedo evitarlas. Es tanta la culpa y el remordimiento que siento… El padre de mi hijo no se merecía lo que le he hecho.

Capítulo 49

Rocco

—¿Te has acostado con él? —susurro con voz fría, con la mirada fija en sus manos, se las retuerce con fuerza. Isabella está hecha un flan, sé que me oculta algo. Puedo leer la culpa en ella. Y un gran miedo interior se apodera de mí.

Rompe a llorar, se tapa los ojos con las manos y me mira con pena.

—Lo siento, Rocco. Sé que lo he hecho muy mal. No te lo merecías. Yo… Piero… —musita.

—No quiero detalles, Isabella —bramo colocándome en pie y paseándome por la estancia, enfadado.

—Lo siento —susurra de nuevo, avergonzada, con la cabeza gacha, incapaz de mirarme a los ojos mientras que yo siento cómo me acaba de romper el corazón.

—Yo lo siento mucho más, créeme –manifiesto en tono mordaz.

—No sé qué me pasó —se excusa.

—¿Y ahora? —pregunto con un tono de voz gélido.

—Necesito estar sola. Siento que he jugado contigo y no te lo mereces.

—¿Lo has hecho? —la acuso taladrándola con la mirada.

—No. Todo lo que hemos vivido en estos meses ha sido real. Te quiero, Rocco. Eres un gran hombre, un magnífico padre y te has portado conmigo como nadie. Te juro que veía mi futuro a tu lado, felices.

—¿Y qué pasó, Isabella? —Alzo la voz, paseándome ante ella sin control.

—No lo sé. Piero apareció y rompió todos mis esquemas.

—¿Has estado con él todos estos días? —pregunto con interés.

—No —niega de inmediato.

—¿Piensas volver con él? —inquiero de forma abrupta.

—No. Lo que necesito es estar sola. Aclarar mis sentimientos. Igual lo que me haga falta sea alejarme de ti y de Piero y hacer sola mi vida. Siento mucho haberte hecho daño y romper lo que teníamos. Porque era algo bonito en lo que confiaba. Y ahora todo se ha ido a la mierda por mi culpa.

Chasqueo la lengua, sigo paseándome por la estancia con una gran furia interior y miro a Isabella. Está rota, su tristeza y arrepentimiento me llegan al corazón. No quiero sentir pena por ella. Me ha traicionado y engañado, pero cierto sentimiento se apodera de mí y antes de sentarme a su lado y consolarla, como me dicta el corazón, me marcho en silencio sin decir nada.

Me monto en el coche y pongo rumbo a La Toscana. Necesito alejarme de la madre de mi hijo. Me siento roto y mi vida hecha mil pedazos. Estaba deseando hacerle el amor, que nos marchásemos de vacaciones fuera de Italia, las primeras en familia, he pasado mucho tiempo organizándola y veía mi futuro con ella y con mi hijo.

En todos estos meses había sentido a Isabella entregada a mí. Llegué a pensar que había olvidado a Piero y se había enamorado de mí. Siempre me correspondía a los besos, dormíamos juntos y teníamos sexo muy placentero, incluso, en ocasiones era ella quién me sorprendía buscándome. ¡¿Qué ha pasado?! Me pregunto golpeando el volante con fuerza. No podía estar fingiendo en todo este tiempo. Han sido muchos meses, muchos momentos juntos, cómplices e íntimos. ¿Por qué ha arruinado así lo que teníamos? Lamento con lágrimas en los ojos. Siento un gran dolor en el pecho y una gran rabia.

—¡Maldito Piero! —grito con voz desgarrada. Lo maldigo por aparecer en la vida de Isabella y trastocarla de esa forma.

No hago ni una sola parada hasta que llego a mi casa. Me cruzo con mi tía y se sorprende de verme. Ella misma me ha preparado el equipaje de Salvatore y nos ha despedido esta mañana.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha sucedido algo? —pregunta con asombro.

La miro serio, ella repara en mi mal aspecto y susurro:

—Quiero estar solo —manifiesto encaminándome hacia el interior de la casa.

—¿Salvatore está bien? —pregunta con pánico en su voz.

—Está en Milán con su madre. Ambos están bien. Que nadie me moleste —le dejo claro, le doy la espalda y me marcho.

Entro en mi habitación, me encierro en ella, me deshago de los zapatos y me tumbo en la cama. Luego me permito llorar como un niño pequeño. Mi dolor y decepción es tan grande que no tengo fuerzas para nada. La cabeza me da vueltas, me cuesta respirar y cierro los ojos. No quiero pensar en nada más. Solo deseo dormir y no rememorar que Isabella me ha sido infiel con Piero. Imaginarlos a ambos juntos en la cama me revuelve el estómago.

Capítulo 50

Isabella

Cuando Rocco se marcha lloro hasta que me quedo sin fuerzas sintiéndome la peor persona sobre la tierra por haberle hecho tanto daño.

Al cabo de dos horas Nicole regresa con Salvatore y me pregunta:

—¿Y Rocco? ¿Qué ha pasado? —le cuento todo a mi prima. Cojo a mi hijo y me meto en la cama con él.

Apenas pego ojo en toda la noche pensando en Rocco. Le pongo varios mensajes preocupándome por él, pero no me contesta. No sé dónde está. A altas horas de la madrugada recibo un mensaje de su tía en el que la siento muy preocupada con el precipitado regreso de Rocco. Respiro un poco más tranquila y, al menos, sé que está en casa.

Al día siguiente intento hablar con Rocco, pero no me coge el teléfono ni contesta a mis mensajes. Decido darle unos días más, entiendo por lo que debe estar pasando. Yo misma viví ese dolor cuando encontré a mi ex con otra. No sé cómo he podido hacerle lo mismo habiendo yo pasado por ello. Pero es que cuando tuve a Piero besándome todo se me olvidó, mi capacidad de razón se nubló por completo y me entregué a lo que me hizo sentir y creía muerto.

Tampoco tengo noticias de Piero en los tres días siguientes. Cuando pasa una semana recibo una llamada de él y no le cojo el teléfono. Justo he decidido volver a La Toscana. Necesito hablar con Rocco. En los últimos días se ha interesado por su hijo a través de su tía, supongo que le ha contado todo lo sucedido entre nosotros, en parte se me cae la cara de vergüenza, pero siento que tengo que enfrentar mi vida y decido volver a la casa del padre de mi hijo. Tengo un trabajo y unas obligaciones, además, en dos días es la última visita guiada que hacía antes de marcharnos de vacaciones y

era especial, íbamos a salir en los medios, ello nos reportaría publicidad y más proyección. Es algo de lo que se encargó el hermano de Rocco. No quiero que el padre de mi hijo me tache de abandonar mi trabajo.

Cuando me presento en la casa de Rocco se sorprende de vernos ahí. No sé cómo vaya a reaccionar. Nos mira con sorpresa, nos sonríe, llevo a Salvatore en brazos y mi hijo se agita con alegría en cuanto lo ve. Rocco lo coge en sus brazos, lo abraza y lo besa mientras el pecho se me hincha de emoción.

Luego, Rocco me dirige una mirada seria y distante, nuestros ojos se encuentran y nos quedamos unos segundos en silencio.

—Gracias por traerme a Salvatore. Lo echaba muchísimo de menos —pronuncia con alegría mientras lo abraza. Me relajo un poco al sentir que no me reprocha que haya vuelto—. Pase lo que pase, la madre de mi hijo siempre será bien recibida en mi casa —manifiesta con calma.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento y una lágrima rueda por mi mejilla, no lo puedo evitar. Me emociona la gran persona que es y comprensivo.

—Gracias —susurro con un nudo en la garganta—. Salvatore también te echaba de menos. Además, he venido a cumplir con la última visita guiada que estaba programada, si me lo permites. Sé que era muy importante.

Rocco se queda pensativo y tras unos segundos, los cuales se me hacen interminables, asiente.

—Había comenzado a prepararla yo, pero seguro que tú lo haces mejor —manifiesta—. Yo apareceré al final, como teníamos planteado.

Asiento y le dedico una tímida sonrisa mirándolo. Lo encuentro más delgado y con unas leves ojeras alrededor de sus magníficos ojos verdes. Un sentimiento de culpa me taladra el corazón al sentirme la completa responsable de esto.

—En esta casa siempre tendrás tu habitación. No quiero que Salvatore se crie con unos padres que se odien o se lleven mal. Él siempre va a ser lo primero para mí.

—Gracias, Rocco. Eres muy generoso —manifiesto con emoción.

Él coge mi maleta, las bolsas de Salvatore y las sube a nuestros cuartos.

Cuando bajo para darle la cena a mi hijo me encuentro con la mesa preparada, la tía de Rocco está ahí, abraza y besa a mi hijo con alegría y me mira de una forma seca y distante, al igual que Aurora y Cinzia, no puedo esperar menos después de lo que he hecho. Tomo una bocanada de aire y no soy capaz de sostenerles las miradas de la culpa y vergüenza que siento. Me limito a darle de comer a Salvatore mientras Rocco y su tía se encuentran sentados a la mesa junto a mí. Todos estamos centrados en mi hijo. Yo apenas pruebo bocado y cuando Salvatore termina de comer me retiro a mi habitación.

Es la primera noche que paso sola en la cama tras meses durmiendo con Rocco en esa casa. Meto a Salvatore conmigo entre las sábanas y lo abrazo preguntándome qué va a ser de mi vida. Tendré que volver a Milán a mi casa y estableceré con Rocco cómo tendremos a Salvatore, esto es lo que será más difícil para ambos. Salvatore se ha criado con sus padres desde que nació. Está a acostumbrado a nosotros juntos y yo a él. No me imagino tenerlo lejos por un tiempo. Y todo esto por mi culpa. ¿Qué clase de madre soy que provoco este tipo de inestabilidad en la vida de mi hijo? Me reprocho con dureza. Los primeros días de su vida tuvo un padre que no era el biológico y ahora que está con el suyo y tenemos una estabilidad y una familia feliz yo lo rompo todo por un calentón con Piero.

Vuelve a llamarme cuando estoy en casa de Rocco, pero no le atiendo el teléfono. Por el momento quiero dedicarme a que la última visita guiada de mañana salga bien y luego hablar con Rocco sobre el futuro de Salvatore. Volveré a Milán y buscaré trabajo. También debo encontrar una guardería para Salvatore.

Paso casi todo el día en mi habitación con mi hijo, trabajando en mi ordenador. Ya no siento la misma libertad que antes para pasearme por una casa que llegué a considerar mía. Sé que la voy a echar de menos. Sus atardeceres en el jardín y las vistas tan increíbles a las que tiene acceso. He sido feliz en este lugar con Rocco y con mi hijo, debo admitirlo.

Unos toques en la puerta de mi habitación me distraen de mis pensamientos. Salvatore está dormido en su cuna. Abro la puerta y me topo con la tía de Rocco. Le indico que pase y me preparo, sé que esta conversación llegaría tarde o temprano. En realidad, me tengo merecido todo lo que venga a decirme.

—Isabella —susurra mirándome.

—Raffaella, supongo que a ti también te debo una explicación de todo lo sucedido. Rocco es como tu hijo —comienzo a decir apenada.

—Me entristece mucho todo esto que está ocurriendo entre vosotros. Mi sobrino te ama y lo está pasando realmente mal, pero no soy nadie para juzgarte. Te he conocido en este tiempo y te he llegado a querer. Te considero una buena persona y una madre maravillosa para mi sobrino nieto.

—Gracias —manifiesto algo más calmada.

—Pase lo que pase, siempre vamos a ser familia. Rocco llegó muy herido y tras dos días encerrado en su habitación tuve una larga charla con él. Llegados a esta situación solo hay que pensar en Salvatore.

—Soy de la misma opinión —la interrumpo, agradecida de sus palabras.

—No voy a juzgarte, Isabella —manifiesta mirándome con atención, creo que ve reflejado en mis ojos el miedo—. Solo voy a decirte que siento mucho lo que está pasando por Rocco. No se lo merecía.

—Lo sé —susurro con pena—. Y estoy muy arrepentida —añado con culpa a la misma vez que varias lágrimas ruedan por mis mejillas.

Raffaella da un paso hacia mí y me abraza para mi sorpresa. Es una mujer con una educación exquisita.

—Te aprecio mucho, Isabella, aunque no apruebe lo que le has hecho a Rocco. Pero siempre serás la mejor madre que pueda tener mi sobrino nieto.

—Gracias, Raffaella. Soy consciente de que lo he hecho muy mal. Rocco no se lo merecía y no sabes cuánto me arrepiento.

—Soy de las personas que creen que todo pasa por algo.

—Yo ni siquiera sé qué pasa en mi vida. Tengo un gran lío mental —admito.

—¿Enamorada de dos hombres? —se atreve a preguntar con prudencia a modo de confidencia.

—Yo pensé que Piero era el pasado. Estaba muy bien con Rocco. Tú nos has visto en todos estos meses juntos. Y te juro que no he fingido con él. Lo quiero, y sé que siempre lo querré. Es un gran hombre. Nunca me defrauda.

—Pero, al parecer, todo eso no es suficiente. ¿No? –inquiere mirándome con atención.

—En estos momentos no sé lo que siento.

Raffaella me abraza de nuevo y agradezco cómo se comporta conmigo y esta charla. Que no me vea como una mala persona ni una enemiga me alegra mucho. En estos meses la he llegado a querer mucho.

Capítulo 51

Rocco

Observo desde una distancia prudente cómo Isabella termina la visita guiada mientras la admiro. No sé ni cómo siento esto por ella después de la traición que me ha hecho, pero debo reconocer que es una gran mujer y no puedo dejar de amarla de la noche a la mañana.

La noche anterior tuvimos una breve charla cuando acudí a darle las buenas noches a mi hijo y me dijo que se marcharía al día siguiente a Milán y que esta sería su última visita guiada en los viñedos. Le propuse seguir trabajando para mí, pero ella lo declinó de inmediato y la entiendo. Le pedí que me dejase a Salvatore los días de vacaciones que me tomé para ir a Mallorca, los pasaré en mi casa, e Isabella accedió. Luego quedamos en que yo le llevaría a nuestro hijo y ya estableceríamos cómo lo hacíamos con él. Al menos, ambos queremos lo mejor para Salvatore y que siga disfrutando de sus padres.

Llega el momento de hacer mi aparición en la visita de los turistas. Prueban Santoro. Tres medios de comunicación que han acudido y han acompañado a Isabella en todo el recorrido me fotografían con la botella del vino que lleva mi apellido y del que me siento muy orgulloso, y, finalmente, nos piden a Isabella y a mí que posemos juntos y brindemos. Sonreímos a la cámara y nos dicen:

—Preciosa pareja, dais envidia.

Isabella y yo nos miramos en silencio e intercambiamos una mirada cómplice. La tengo tomada por la cintura y debo hacer verdaderos esfuerzos por no besarla como deseo.

Despedimos a todos los visitantes y a las personas que han asistido de los medios de comunicación. Estos nos transmiten antes de marcharse que mañana saldremos en la prensa con un amplio

reportaje y en dos semanas en un programa de televisión. Estoy muy contento porque esto es un gran impulso para mi nuevo vino.

Isabella y yo nos tomamos la última copa juntos del día en el jardín de mi casa antes de subir a dormir. Ella se marcha temprano.

—Gracias por lo de hoy —manifiesto refiriéndome a la visita guiada y lo bien que ha explicado todo a las cámaras que la seguían en todo momento. Lo de la grabación ha sido algo de última hora, solo contábamos con una nota en el periódico. Sin embargo, Isabella se ha adaptado de maravilla. Sentí que seducía y enamoraba a la cámara.

—De nada. Me ha gustado poner este broche final a mi trabajo aquí. Tengo la sensación de que salgo por la puerta grande.

—Te vas porque quieres. Te he ofrecido quedarte —le recuerdo.

—Es lo mejor —susurra.

—Sigo queriéndote, Isabella —confieso con un nudo en la garganta. Ella me mira con los ojos muy abiertos, con sorpresa.

—¿No me odias? —inquiere observándome con atención.

—No puedo. Te amo de una forma que no sé controlar —confieso sintiéndome perdido por completo.

Ella suspira.

Me acerco a Isabella, le quito la copa que sostiene en sus manos y me atrevo a besarla. Quiero comprobar que no siente nada por mí. Mi lengua se desliza suave y cálida contra sus labios, como pidiéndole permiso, la animo a separarlos para entrar en su boca y besarla como deseo. Me lo permite y me corresponde al beso provocándome un gemido sobre su boca. Cuando el beso se vuelve casi febril ella se separa de mí de forma brusca, con la respiración agitada y me mira como asustada. Se da media vuelta y sale corriendo. Grito su nombre, pero no me hace caso. Estoy a punto de ir tras ella, pero no quiero presionarla ni que haga nada que no desea. Me quedo parado donde estoy, me paso los dedos por mis labios, donde aún mantengo el sabor de Isabella y sonrío, satisfecho. Ella aún siente algo por mí, estoy seguro. Y esto me da esperanzas. En ese mismo momento decido que voy a luchar por la mujer que amo.

Capítulo 52

Piero

Me encuentro desayunando en la cafetería del hotel con el periódico en la mano cuando me topo con una fotografía de Isabella y Rocco juntos, él la tiene tomada por la cintura y ambos posan sonrientes y cómplices con una copa de Santoro en sus manos. Siento como si me hubiesen dado un fuerte golpe en el estómago y paso la página dónde hay dos fotografías más de ellos y los catalogan como una pareja perfecta. Me fijo en la fecha del reportaje y es de hace solo dos días. Cierro los ojos y trato de calmar mi respiración. Isabella y Rocco están juntos. Esa es la razón por la que ella no ha contestado a mis llamadas ni me ha buscado más. Una gran decepción se apodera de mí. ¿Le ha ocultado al padre de su hijo lo que pasó entre nosotros? Lo que vivimos fue tan real, intenso y magnífico que pensé que le haría replantearse su relación con Rocco, pero, al parecer, no ha sido así. Siento un gran agujero en el pecho. La he perdido para siempre por no saber gestionar ni perdonar todo en su momento. No puedo responsabilizar a Isabella, todo fue mi culpa, yo la alejé de mí y ahora me encuentro roto en mil pedazos al comprobar que ha vuelto con Rocco y son una familia feliz. Pero ¿qué significó para Isabella las dos veces que nos acostamos juntos hace solo dos semanas? No soy tonto y pude sentir que no solo fue sexo. ¿Y si ha decidido ocultarle a Rocco lo sucedido y continuar con él por Salvatore? Me planteo. Mil dudas me asaltan y no sé qué pensar. Necesito hablar con ella, aunque sea por una última vez. Quiero que me diga mirándome a los ojos que ya no siente nada por mí, que le soy indiferente. Solo así podré olvidarme de Isabella Morelli para siempre y comenzar una nueva vida.

La llamo y no me coge el teléfono. Le dejo un mensaje en el que le suplico que tenemos que hablar, pero no me contesta. Al día

siguiente decido plantarme en casa de Nicole para decirle que le transmita a su prima que me coja el teléfono y hable conmigo o no me importará presentarme en casa de Rocco para hablar con ella. De camino ahí recuerdo que Nicole y Adriano estaban viviendo en casa de Isabella por unas reformas en su hogar, me dirijo hacia ahí y subo directamente al piso, me he encontrado con unos vecinos a los que saludo en el portal. Llamo al timbre y espero que me abra. Son las seis de la tarde de un lunes y espero que esté en casa.

—¿Dónde te habías metido? —pregunta al abrir la puerta de golpe. Mis ojos se fijan en Isabella y siento cómo ella cambia la expresión de su rostro, se agarra a la puerta y susurra con los ojos muy abiertos—: Piero. —La siento que traga con dificultad. Su respiración se agita y pregunta en un susurro—: ¿Qué haces aquí? —percibo que le tiembla la voz.

Carraspeo y me aclaro la garganta. La sorpresa ha sido mutua. No esperaba encontrarla.

—He venido a buscar a tu prima para que te transmitiese un recado —revelo mirándola a los ojos—. Pensé que estabas en La Toscana con Rocco —comento, descolocado.

—¡¿Qué quieres, Piero?! —pregunta de manera abrupta, mirándome de forma acusadora.

—¿A qué estás jugando, Isabella? —inquiero con el ceño fruncido.

—¿Yo? —contraataca, ofendida.

—Sí, tú. Te acuestas conmigo y vuelves como si nada con Rocco —le espeto de forma brusca. Doy un paso hacia ella, la tomo por los brazos y nos adentramos en la casa. No me importa si está acompañada.

—No eres nadie al que tenga que darle explicaciones. —Alza la voz, encarándome.

—¿Qué significó para ti lo que pasó entre nosotros? —le exijo, alterado.

—Romper con la vida que tenía —grita, enfurecida.

—¿Perdona? Acabo de leer un reportaje en los viñedos de Rocco en el cual os catalogan como la pareja perfecta. No me parece que hayas roto nada, has seguido con tu vida tal cual estaba —la acuso sin piedad.

—¡No sabes nada! —exclama, se deshace de mi agarre y me encara—: Todo entre Rocco y yo se ha ido a la mierda. ¿Me crees con tan pocos escrúpulos como para volver con él como si nada después de lo sucedido entre nosotros? —escupe entre dientes mientras me mira con rencor.

—¿Quieres decir que…? —balbuceo con el corazón acelerado.

—Maldita la hora en la que nos encontramos en ese ascensor —grita de golpe, con rabia.

—¿Ya no estás con Rocco? —pregunto al mismo tiempo que la agarro con fuerza por los brazos de nuevo.

—No. ¿Contento? —me espeta, alterada.

—Mucho —susurro esbozando una leve sonrisa. La arrimo más a mi cuerpo y me apodero de sus labios de una forma hambrienta. El beso se vuelve febril, nuestras lenguas se enredan y ambos gemimos mientras nos besamos con ansia.

De repente, Isabella ejerce presión en mi pecho y me aleja de ella. Me mira con la respiración alterada y los labios hinchados.

—Vete, Piero. —Alza la voz mientras me taladra con los ojos y la observo agitada.

—Isabella… —Doy un paso hacia ella.

—No. –Me para en seco alzando una mano—. No te acerques —me ordena de forma distante.

Doy un paso hacia atrás y la miro en silencio por unos segundos. Chasqueo la lengua y le pregunto:

—¿Estás asustada por todo lo que has sentido? Porque yo lo he percibido, Isabella —manifiesto de forma clara—. No trates de engañarme ni de engañarte.

—Vete —susurra en una especie de súplica.

Asiento. Me doy media vuelta y salgo por la puerta. De camino a mi coche siento una gran emoción en mi pecho. Ella está en Milán, ya no tiene una relación con Rocco y en este beso que nos acabamos de dar me ha confirmado que siente algo muy fuerte por mí. Voy a luchar por la mujer que amo. Sé que lo que tenemos por delante no es fácil. Ella tiene un hijo con otro hombre y este será su mayor prioridad siempre, pero voy a luchar por ella como debí hacerlo hace tiempo.

Capítulo 53

Isabella

Me dejo caer en el sofá y lloro de forma desconsolada, perdida en un mar de sentimientos confusos que no soy capaz de ordenar ni gestionar. Al cabo de diez minutos llegan Nicole y Adriano. Había quedado con ellos para cenar en casa. Cuando le comenté a mi prima mi vuelta no dudaron en trasladarse a casa de mi tía. Las obras de su ático terminan en una semana y Nicole me convenció de que necesitaba tranquilidad y estar sola en estos momentos por los que paso. Me invitaron a salir a cenar esta noche porque tenían una gran noticia que darme, supongo que será algo nuevo en su casa que no me hayan comentado, y como me siento sin ganas de nada les ofrecí quedar aquí. Me sorprendo cuando llegan acompañados de Giovanni y Melissa. Los abrazo y me alegro de verlos.

Solo he preparado unos aperitivos, pero me encuentro con que Adriano trae comida de un buen restaurante y champán.

—¿Celebramos algo? —pregunto con sorpresa ante tanto despliegue. Mi prima mejor que nadie sabe que desde hace dos semanas tengo el estómago cerrado.

Adriano sonríe, toma a Nicole por la cintura y anuncia:

—Vamos a ser padres.

Todos estallamos en aplausos, abrazos y besos. Me alegra mucho que vayan a tener un bebé.

—¿Cómo estás? ¿Para cuándo? —me intereso, eufórica.

—Me encuentro bien. Solo estoy de dos meses —anuncia mi prima.

Me abrazo de nuevo a ella y pese a todo lo que tengo encima me alegro de mudarme a Milán y estar el resto de su embarazo junto a ella.

Nos sentamos a la mesa, Adriano nos cuenta muy entusiasmado

cómo van a decorar el cuarto del bebé y las últimas reformas que le han hecho a la casa con la llegada del niño, y por unas horas consigo olvidarme de mis problemas y ser feliz por mi prima y su marido.

Tras finalizar la cena brindamos por los futuros padres y luego me veo en la obligación de contarles con detalles a Giovanni y Melissa todo lo sucedido con Rocco y Piero. Solo había hablado con ellos por mensajes y no le había contado mucho, solo lo esencial. Que había terminado con el padre de mi hijo porque Piero se cruzó en mi camino una noche.

Les pongo al tanto a mis amigos de mis intenciones de quedarme en Milán y trabajar como profesora de historia del arte en la universidad. Necesito un horario fijo por mi hijo. Con los fines de semanas libres y vacaciones.

Ellos se alegran de mi vuelta a la ciudad, me confiesan que me han echado de menos en este año y luego Giovanni y Melissa me revelan que Piero se puso en contacto con ellos hace más de un mes y medio cuando regresó a trabajar a Milán. Miro al marido de mi prima y recuerdo que tengo algo que decirle que me confesó Piero.

—Adriano, ¿y tú no has tenido contacto con Piero en todos estos meses? —inquiero en forma de duda.

Mi prima siente mi tono de doble intención y mira a su marido con una ceja alzada, escrutándolo con la mirada. Lo aprecio nervioso y finalmente dice:

—En realidad, nunca dejé de tener contacto con Piero. Fui con el único que no cortó la amistad. Me pidió consejo médico, ha estado acudiendo a un psicólogo los últimos meses y hemos hablado mucho.

—¿Solo eso? —insisto.

Adriano chasquea la lengua y confiesa:

—Vale, también le he dado información sobre Salvatore y le he enviado fotos. Nunca dejó de preocuparse por el niño. Cuando se interesó por ti, eso fue meses después, al principio ni te nombraba, le dije la verdad, que estabas feliz con Rocco. Me siguió preguntando por Salvatore y entendí que había superado lo vuestro.

—¡Me has mentido! —le reprocha mi prima, enfadada. Desconocía

todo esto. Lo que menos quiero provocar es un disgusto entre ellos en estos momentos.

—No pasa nada —intercedo de golpe—. No estoy enfadada. Pero me gustaría haberlo sabido.

—Lo siento, Isabella. Piero no quería saber nada de ti y pensé que lo mejor era que no tuvieses ningún tipo de esperanzas por estos gestos —justifica.

—Ya da igual.

—¿Y ahora qué? —se atreve a preguntar Giovanni.

—En estos momentos solo deseo ordenar mi vida, mis pensamientos y mis sentimientos. Necesito encontrar un empleo, buscar una guardería para Salvatore y establecer con Rocco cómo lo haremos con el niño. No quiero que mi hijo sienta la ausencia de su padre por demasiado tiempo. Salvatore adora a Rocco.

—Te siento muy triste —puntualiza Melissa.

—Lo estoy —confirmo—. Mi hijo tenía una vida feliz y estable y por un error de su madre todo se ha ido al traste.

—¿Solo estás triste por Salvatore? —inquiere Giovanni. Lo miro con el ceño fruncido y no entiendo muy bien su pregunta—. Deberías estar triste por haber perdido al hombre del que supuestamente estás enamorada. ¿Qué sientes por Rocco? ¿Volverías con él si te perdonase?

Me agobio ante sus preguntas. No he llegado a plantearme nada de eso.

—¿Y Piero? ¿Qué sientes por él? —pregunta Melissa.

Suspiro y manifiesto con dolor:

—En estos momentos solo sé que no puedo estar con ninguno de los dos. Considero que ya les he hecho demasiado daño a ambos. Ahora necesito curarme yo para, algún día, poder entregar lo mejor de mí sin límites ni condiciones.

Mis amigos me miran y me brindan todo su apoyo. No habré tenido suerte en el amor a mis treinta y tres años, pero con las amistades he sido muy afortunada. Son como hermanos y siempre están cuando los necesito.

***

Dos semanas después

En estos días he reorganizado mi casa y he hecho algunas entrevistas de trabajo. Tengo muchas posibilidades de dar clases en la universidad privada. Un amigo del padre de Adriano es íntimo del rector y me ha recomendado especialmente. En un par de días me dicen algo. También he buscado una guardería para mi hijo, cuento con mis tíos que están encantados de cuidarlo, pero no puedo delegarles esa responsabilidad a diario. Y he pensado cómo hacerlo con Rocco para que Salvatore no extrañe demasiado a su padre. Mañana vienen a Milán y estoy deseando ver a mi pequeño. Lo he echado muchísimo de menos pese a que hacíamos videoconferencias a diario. Rocco va a pasar unos días en Milán, ha insistido en que Salvatore esté algo de tiempo con sus padres juntos y me parece bien. Me ha pedido quedarse en casa y no me he podido negar. He preparado la habitación de invitados y espero que todo vaya bien.

Por otro lado, Piero se ha puesto en contacto conmigo varias veces en estas dos semanas. No le he atendido las llamadas y le he pedido que no insista más. No estoy preparada para tomar ninguna decisión. En estos momentos solo me interesa asentar mi vida y que a mi hijo no le afecte el cambio de ciudad y tener a su padre lejos casi todos los días.

Llaman a la puerta y me encuentro con un mensajero que me trae un gran ramo de rosas. Las recojo y leo la tarjeta:

Quiero una vida contigo y con tu hijo.
Sé que aún sientes algo por mí. Dame una oportunidad. Te lo ruego.
Te amo, Isabella.
Piero Valente.

Me siento en el sofá con el gran ramo de rosas en la mano y releo la tarjeta mientras mi corazón se acelera con cada palabra suya.

Vuelven a tocar al timbre y es otro mensajero. En esta ocasión me deja un paquete envuelto que no he pedido, pero insiste en que es

para mí. Lo abro y descubro un colgante con el árbol de la vida en el que por detrás lleva una inscripción personalizada.

Tú y yo, la vida.

Paseo mis manos por esas palabras grabadas y siento que el corazón se me acelera. Guardo el colgante en la caja donde venía y llamo a Piero en un impulso. El colgante también es suyo.

—¡¿Puedes dejar de enviarme regalos?! —le reprocho en tono enérgico.

—Solo deseo que no te olvides de mí. Estoy dispuesto a volver a conquistarte, Isabella. No me voy a dar por vencido —manifiesta en tono muy seguro.

—Igual ya es tarde para nosotros —susurro.

—No comparto esa opinión y te lo voy a demostrar —rebate.

—Adiós, Piero —me despido.

—Espera, no me cuelgues. Acepta que te invite a algo. Una comida, una cena, a pasear por la ciudad. Necesito verte, Isabella —me ruega.

—No puedo. Mañana llega mi hijo. Todo mi tiempo es para él. Llevo dos semanas sin verlo.

—¿Podríamos quedar un día con Salvatore? —propone y me quedo helada—. Tengo ganas de verlo.

—Piero… siempre me vas a reprochar que no sea tu hijo —susurro con pena.

—No. Eso está ya superado —dice muy seguro de sí mismo.

—En estos momentos al único hombre que quiero en mi vida es a Salvatore —le dejo claro y le cuelgo la llamada.

No estoy preparada para un encuentro con Piero y mi hijo, solo de pensarlo me pongo nerviosa.

Salgo de compras con Nicole, pasado mañana es la inauguración de su nueva casa y le hacen falta las últimas cosas para la cena a la que nos ha invitado a la familia y amigos. Cuando regreso son casi las nueve de la noche y al salir del ascensor me encuentro con Piero esperándome en la puerta de mi casa, está sentado en el suelo y en cuanto me ve se coloca en pie y me mira con una sonrisa.

—Llevo dos horas esperándote —revela.

—¿Qué haces aquí? —le espeto molesta mientras abro la puerta dispuesta a darle con ella en las narices, pero coloca una mano sobre ella y es más fuerte que yo.

Me sigue, suelto el bolso en la mesa y lo encaro dispuesta a echarlo. No puedo volver a caer en sus redes.

De repente, Piero coloca una rodilla en el suelo y saca una cajita negra de su bolsillo. La abre ante mi sorprendente mirada y dice:

—Cásate conmigo. Existen fantasías que no sabemos que tenemos hasta que encontramos a la persona exactas para cumplirlas. Quiero envejecer a tu lado. Deseo una vida juntos.

Lo miro con los ojos muy abiertos mientras siento que mi corazón bombea muy fuerte contra mi pecho. Se me hace un nudo en la garganta y me tiemblan las piernas. Nunca hablamos de casarnos cuando estuvimos juntos, sin embargo, en mis sueños siempre me imaginé este momento.

—Piero, yo… —comienzo a decir.

—¡Sorpresa! —escucho la voz de Rocco, que entra con Salvatore en sus brazos y se queda parado de golpe al presenciar la escena de Piero arrodillado delante de mí con un anillo en sus manos.

Capítulo 54

Isabella

Miro a Piero y a Rocco y deseo que la tierra me engulla en ese mismo momento. Piero se coloca en pie de inmediato, se guarda el anillo y se gira. Él y Rocco quedan frente a frente, se miden con las miradas en un tenso silencio que rompe mi hijo al querer acudir a mis brazos. Lo cojo, lo beso y mi pequeño me abraza con fuerza a la misma vez que susurra:

—Mami.

Piero está cerca de mí, le sonríe a mi hijo de una forma que me llega al corazón y me dedica un gesto de asentimiento con la cabeza antes de comenzar a marcharse. Pasa por el lado de Rocco, pero no se dicen nada. Piero cierra la puerta mientras que yo me deshago en carantoñas con Salvatore bajo la atenta e incómoda mirada de su padre. Por el niño hacemos como si nada hubiese pasado y Rocco anuncia:

—Decidimos venir un día antes y darte una sorpresa.

—Mamá está muy contenta de verte —manifiesto con alegría a mi pequeño.

—Creo que hemos llegado en mal momento —susurra mirándome a los ojos.

—Piero se presentó por sorpresa —me excuso de inmediato y no sé por qué lo hago.

Rocco da dos grandes zancadas, se sienta a mi lado en el sofá junto con Salvatore, me mira a los ojos y pronuncia:

—Yo no puedo ofrecerte matrimonio porque como bien sabes aún estoy casado, pero espero en unos meses ser un hombre libre. Te ofrezco una vida juntos, con nuestro hijo —me dice de golpe. A la misma vez que me pregunto con sorpresa, ¿me ha perdonado? —. Te quiero, Isabella. No estoy dispuesto a perderte —revela con el

corazón en la mano y lo miro emocionada, con un gran nudo en la garganta.

—Rocco —susurro su nombre con voz ronca.

—¿Te estás pensando la proposición de Piero? ¿Piensas aceptar? —pregunta de golpe, de forma exigente.

—Esto no se trata de una competición. En estos momentos deseo estar sola. Al único hombre que quiero en mi vida es a Salvatore. Soy consciente de que os he hecho mucho daño a ti y a Piero, y no quiero sufrir más —expongo con culpa.

—Yo solo deseo que seamos felices con Salvatore. Él se merece la familia que éramos.

—Rocco, no intentes llegar a mí por nuestro hijo. No lo utilices —le advierto, seria.

Él asiente, cabizbajo y murmura:

—En el amor y en la guerra todo vale. —Me dedica una sonrisa acompañada de un brillo en sus ojos verdes.

—Sin trampas —murmuro.

—Voy a luchar por la mujer que amo. Quedas advertida —me indica.

—Ya tengo una guardería para Salvatore. Tenemos que ver cómo lo hacemos con él. Las visitas, cuando lo tendremos cada uno… —le planteo para cambiar de tema y dejarle nuevamente claro que deseo estar sola.

—¿Puedo quedarme cinco días? Tengo varias cosas que hacer en Milán antes de volver a los viñedos —me pide.

—Sí. He preparado el cuarto de invitados. Ya lo hablamos.

—Solo iban a ser dos días.

—Lo que necesites. Esta también será siempre tu casa.

—Gracias.

—Las gracias debo dártelas yo a ti. Estás llevando esta situación de una forma que no esperaba —revelo con admiración—. Ya sabía todo lo que amabas a tu hijo, pero en estos momentos lo estoy descubriendo aún más.

—Os amo a los dos —recalca, se acerca, va a besarme, pero interpongo a nuestro hijo entre los dos. Rocco me dedica una sonrisa traviesa y mi corazón se acelera.

Esta noche duermo con Salvatore a la misma vez que no pego ojo pensando en las dos proposiciones que he recibido de Piero y Rocco. Mi mente está turbada, era algo que no esperaba de ninguno de ellos.

Cuando me levanto me encuentro con un mensaje de Piero en el que me reafirma su petición del día anterior y me manifiesta que me ama. Me confiesa que hace noches que no duerme y me propone que nos veamos. Según él necesitamos hablar. Le contesto que llevo sin ver a mi hijo dos semanas y que en estos momentos todo mi tiempo es para él. Para mi sorpresa, Piero me entiende. ¿Desde cuándo se ha vuelto tan comprensivo? Su actitud me descoloca. Antes no entendía nada de esta situación y ahora se ha vuelto la persona más tolerante del mundo. Solo pretendo que entienda que mi hijo siempre va a estar antes que cualquier cosa en esta vida. Cuando se es madre las prioridades cambian. Es lo que produce el amor hacia los hijos y su protección.

Rocco pasa en casa cinco días en los cuales no ha dejado de intentar seducirme y convencerme de que volvamos juntos, pero no he caído en sus redes. Hemos establecido que verá a Salvatore los fines de semana, uno en Milán y otro en su casa. Las vacaciones las dividiremos y procuraremos pasar tiempo juntos con nuestro hijo para que tenga cerca a sus padres.

Piero no ha dejado de insistir en verme, pero le he dado largas. Lleva tres días sin molestarme y creo que se ha dado por vencido.

***

Dos meses después

Me miro al espejo y estoy un poco nerviosa. Hoy es mi primer día como profesora en la universidad. Me cogieron en la privada y estoy supercontenta con mis horarios y las materias que tengo que impartir. Llevo un mes metida de lleno en los temarios, preparando mis clases y teniendo reuniones en la facultad para ponerme al día

de todo. No puedo estar más agradecida por esta gran oportunidad.

Salvatore se ha adaptado muy bien a la guardería y mi vida en Milán vuelve a tomar su rumbo. Con Rocco todo está yendo muy bien. Es un buen padre y se esfuerza porque nuestro hijo siempre tenga lo mejor. Hablo con él a diario y los fines de semana intercambiamos a Salvatore. Por el momento todo va muy bien. Piero me llama y me envía mensajes de vez en cuando, donde me recuerda que sigue enamorado de mí y que nunca me va a olvidar. Por su parte, Rocco no desaprovecha cada ocasión en la que nos vemos para provocar un acercamiento entre nosotros, pero tengo muy claro que necesito estar sola y aclararme con respecto a mis sentimientos.

Entro en un aula que es muy grande y me esperan más de cien alumnos para impartir mi clase de historia del arte. Para mi sorpresa, todo va muy bien. Me desenvuelvo con soltura y se me hace muy corta la primera hora lectiva que imparto. Todos mis alumnos saben que soy nueva y agradezco el comportamiento de ellos en este día, son alumnos de primer curso.

Para mi gran sorpresa, cuando termina la clase alguien comienza a aplaudir. Me fijo en esta persona y reparo en Piero. Parpadeo con fuerza, pensando que mi vista me está jugando una mala pasada, el resto de personas de su alrededor se colocan en pie para abandonar el aula mientras que yo intento buscarlo.

Piero se levanta y comienza a bajar las escaleras en mi dirección con una amplia sonrisa en sus labios mientras que mis piernas tiemblan y pienso que él ha estado ahí durante todo el tiempo y no me he dado cuenta. Se ha camuflado muy bien en el centro del aula rodeado de gente.

—Me has impresionado una vez más —susurra mirándome a los ojos. El corazón me da un vuelco nada más verlo. Tiene un brillo especial en su mirada y lo encuentro más guapo y atractivo que nunca.

—¡¿Qué haces aquí?! —pregunto alerta, a la defensiva.

—Me he matriculado en un par de asignaturas. Las que impartes. Si es la única forma de verte… Tendré que volver a estudiar —revela sonriente, mientras me deja impactada.

—¿Tú cómo sabías que me han contratado en esta universidad? —inquiero con curiosidad.

—Resulta que, por casualidades de la vida, el puesto que ocupas es el que ha dejado vacante Tito Barone tras su jubilación, que es íntimo amigo de mi madre desde siempre. Y ella me lo ha comentado.

—Pensé que toda tu familia me odiaría —murmuro recogiendo mis cosas de encima de la mesa—. En especial tu madre, que Salvatore no fuese su nieto… Nunca lo hemos hablado, ¿cómo se tomaron la noticia? —inquiero con curiosidad. Lo cierto, es que se me cae la cara de vergüenza con la familia de Piero. Nada fue intencionado por mi parte, pero no puedo dejar de sentir culpa.

—No tan mal como piensas. Nadie te odia porque ya todos saben que te amo —revela y consigue que mi corazón se acelere—. Pero podemos seguir esta conversación mientras almorzamos. Te invito —propone de forma desenfadada.

—No está bien estrechar amistades con un alumno —manifiesto mirándolo a los ojos mientras intento reprimir una sonrisa.

—Igual me surgen dudas con la clase de hoy —plantea.

—No resuelvo cuestiones fuera de clase. Para eso están las tutorías y son los martes y jueves por la tarde en mi despacho.

—¿Me estás invitando para que vaya? —inquiere con una sonrisa traviesa—. Yo te estoy invitando a almorzar en un lugar público y tú me citas en tu despacho a solas.

—Yo no te he citado, no saques las cosas de contexto —le espeto exasperada.

—Acepta mi invitación —me ruega.

Me quedo en silencio, lo miro y susurro:

—Vale.

Piero esboza una enorme sonrisa y observo que se lleva las manos a los bolsillos del pantalón cuando da un paso hacia delante en mi dirección, pero luego se frena en seco.

—Tengo mi coche cerca. Llamo para reservar.

—A las cinco tengo clase de nuevo —le advierto.

—Estarás de vuelta —promete haciendo un gesto con la mano al lado del corazón.

Salimos juntos del aula y, mientras caminamos en dirección al coche, no dejo de mirarlo de soslayo. Está guapísimo, lo encuentro más sexy que nunca y me muero por besarlo. Estos pensamientos lujuriosos me traicionan y me culpo por ellos.

Capítulo 55

Piero

Llevo a Isabella a almorzar a uno de los mejores restaurantes de Milán. Cuando entramos y nos acompañan hasta la mesa siento que ella lo observa todo al detalle. Nos entregan las cartas, nos toman nota de la bebida y el camarero nos deja solos.

—¿Tratas de impresionarme? —inquiere con una ceja alzada, mirándome sonriente. La siento más relajada conmigo pese a la sorpresa que le he dado presentándome en su clase como alumno.

—Trato de volver a conquistarte, ya lo sabes. Estoy deseando de colocar en tu dedo un anillo que tengo guardado solo para ti.

—Piero… —me regaña.

—Hace dos meses que nos vimos por última vez —le recuerdo con pesar. Me han parecido años.

—Ya te dije que necesito un tiempo sola.

—¿Para qué? —le exijo de forma impaciente.

—Porque no me termino de perdonar el daño que te hice y le hice a Rocco. Ambos sois dos grandes hombres, importantes en mi vida, y de forma constante siento que no he estado a la altura. Os he defraudado a los dos.

—Ya te dije que lo he superado. No se trata de un perdón, Isabella. No me engañaste, ni jugaste conmigo.

—A Rocco sí lo engañé contigo —me recuerda a la defensiva.

—¿Y eso no te dice nada? Por Dios, Isabella. Sueño todas las noches con el encuentro que tuvimos en el ascensor, cómo nos miramos, cómo se prendió el fuego entre nosotros y cómo nos olvidamos del mundo para terminar en la cama sin importar nada más, solo nosotros y lo que sentimos.

Ella cierra los ojos y percibo que traga con dificultad.

—No sé qué me pasó.

—¿No lo sabes? —carcajeo un poco molesto—. Te lo voy a explicar: No me has olvidado. Aún sientes algo muy fuerte por mí. —Ella niega con un gesto de la cabeza—. ¿Te has acostado con Rocco en este tiempo desde lo que pasó entre nosotros? —Me atrevo a preguntar a riesgo de que se levante y se marche y pierda todo lo que he conseguido hasta ahora con ella.

Isabella suspira, me mira en silencio y siento en sus ojos un atisbo de culpa que me inquieta y me pone nervioso. Bebo de mi copa de vino para aplacarme, maldiciendo haber hecho esa pregunta y que su respuesta me pueda atormentar el resto de mi vida.

—No —susurra con la cabeza gacha, sin mirarme a los ojos.

Suelto la copa de vino en la mesa, la miro con atención, sonrío y le alzo la barbilla para que nuestros ojos se encuentren.

—Ahí tienes la respuesta a todo —murmuro con orgullo. Ella me mira desconcertada e inquieta—. Aún me amas —pronuncio bajito acercándome a sus labios. Voy a besarla.

El teléfono de Isabella suena, esto la distrae, atiende la llamada de inmediato y pregunta con miedo:

—¿Está bien? Vale, enseguida voy. —Cuelga la llamada y comienza a levantarse de la mesa—. Lo siento, me tengo que ir. Es mi hijo. De la guardería. Tiene un virus. Ha vomitado en un par de ocasiones y presenta un cuadro febril.

—Vamos, te llevo. No hay tiempo que perder —le indico de inmediato, imitándola y abandonando la mesa con prisa.

Le manifiesto al camarero que nos tenemos que marchar por un asunto urgente y salimos del restaurante. Isabella me da la dirección de la guardería y conduzco hasta allí con rapidez.

Estaciono el coche frente al edificio y me bajo del vehículo con ella, la acompaño. La siento muy alterada.

—Tranquila —le susurro frotándole la espalda mientras esperamos que nos abran la puerta.

Isabella entra como una bala y se abraza a su hijo cuando se lo entrega la directora del centro. Salvatore tiene los cachetes sonrosados y los ojos cargados.

—Será mejor que lo lleve al médico —le indica la maestra del niño.

—Mi cuñado es pediatra. Lo llamo y se lo llevo a la consulta —manifiesta Isabella.

Cuando salimos de la guardería y nos encaminamos al coche ella se da cuenta de que no tengo asiento para el niño.

Isabella se pone nerviosa y yo lo remedio volviendo a la guardería y preguntando si tienen uno de sobra. Me lo entregan y cuando regreso al coche con el asiento para Salvatore me mira con lágrimas en sus ojos.

—Solucionado. —Coloco el asiento y mientras Isabella abrocha a Salvatore me tomo la libertad de llamar a Adriano y decirle que vamos para su consulta para que revise al niño.

Isabella se sienta al lado de su pequeño mientras no dejo de admirarlos por el espejo retrovisor mientras conduzco. Cierta emoción me invade y no puedo dejar de pensar que los quiero a ambos en mi vida.

Dejo el coche en la puerta del hospital. Cuando veo que Isabella lleva a Salvatore algo cansada con los zapatos de tacón me ofrezco a cargar al niño. Se ha quedado dormido. Ella en un principio duda, pero finalmente me lo entrega a mis brazos y siento un mar de sentimientos que se me hace un nudo en la garganta. Puede que no sea mi hijo, que no lleve mi sangre, pero lo quiero con locura y me siento una mala persona al recordar que tiempo atrás deseé deshacerme de este sentimiento.

Cuando entro con Salvatore en brazos en la consulta de Adriano este nos mira a Isabella y a mí en silencio. Se dedica a revisar al niño y le receta algo para la fiebre y le recomienda a su madre que lo mantenga a dieta blanda, probablemente el virus también derive en diarreas. Pero Adriano insiste en que es algo normal, que pasará en unos días y que no hay de qué preocuparse.

El teléfono de Isabella vuelve a sonar, lo coge y dice:

—Tengo una clase en media hora. Es mi presentación con ese grupo. —La siento agobiada.

—Ve. Es tu primer día de trabajo. No puedes faltar —la animo—. Llévate mi coche y Adriano y yo llevamos a Salvatore a casa con Nicole o tu tía. Con ellas estará bien hasta que tú llegues.

Isabella me mira en silencio, medita mi propuesta.

—Ve, haremos lo que dice Piero. Salvatore va a estar bien y solo serán unas horas. Tu tía ya ha cuidado de él en otras ocasiones cuando ha estado enfermo y no ha acudido a la guardería —le plantea Adriano.

Finalmente, Isabella acepta algo agobiada. Le entrego las llaves de mi coche y se marcha.

Cuando Adriano y yo nos disponemos a abandonar el hospital a este le surge una urgencia, me entrega a Salvatore en mis brazos y me pide que se lo lleve a Nicole. Cuando va a realizar la llamada para avisarla recuerda que ella esta tarde tenía que acompañar a sus padres al médico a una revisión rutinaria.

—Joder, ¿qué hacemos? —inquiere Adriano.

—Me llevo a Salvatore a casa de Isabella. Dame las llaves de tu coche. ¿Tienes asiento para él? —pregunto.

—Sí, lo recogemos mucho.

—Bien, pues lo llevo a su casa y cuido de él hasta que su madre regrese —establezco mientras Adriano me mira como si tuviese dos cabezas.

—No sabes nada de niños. Además, Salvatore no te conoce. Cuando se despierte y te vea a su lado llorará.

—Me las ingeniaré. Las llaves —le solicito muy seguro de mí mismo.

—Isabella me va a matar por esto —murmura Adriano sacándose las llaves de su coche del bolsillo. Me entrega estas junto con las de la casa de Isabella—. Avisaré a Nicole para que vaya para allá en cuanto pueda.

Capítulo 56

Isabella

Imparto las dos clases que tengo en la universidad por la tarde y vuelvo a mi casa de inmediato. Adriano me ha puesto un mensaje diciéndome que Salvatore está allí.

Cuando entro en mi casa está todo en silencio y me extraño.

—¿Tía, Nicole? —pregunto, igual se han llevado a mi hijo a su casa. Me dirijo a la habitación de mi pequeño y observo la puerta abierta, Piero está ahí. Tiene a Salvatore en brazos y le canta. Observo la escena con un nudo en la garganta y lágrimas que empañan mi visión.

Piero deposita a mi niño en la cuna con sumo cuidado y cuando se gira para salir del cuarto me ve en el marco de la puerta observándolo.

—No te escuché entrar —susurra.

Me acerco a Salvatore, le toco la frente, compruebo que no tiene fiebre y me quedo un rato mirándolo en silencio. Luego me encamino con Piero hacia el salón y le pregunto:

—¿Y mi tía y Nicole?

—Tu tía tenía una revisión médica hoy y tu prima y tu tío la acompañaban. Adriano me prestó su coche y me dio las llaves de tu casa.

—¿Has estado toda la tarde tú solo aquí cuidando de Salvatore? —pregunta con sorpresa.

—Sí. No ha sido tan difícil. Le di la medicación que me dijo Adriano, he jugado con él, le he dado mucha agua, no ha vuelto a vomitar y lo he dormido —explica con soltura mientras lo miro asombrada.

—Mi hijo suele extrañar a las personas que no conoce —susurro con miedo—. ¿Ha llorado?

—No. Igual es que reconoció mi voz. ¿Recuerdas todo lo que le hablaba cuando estabas embarazada? —rememora mientras mis ojos se humedecen.

—Gracias por cuidar de él —susurro.

—Ha sido un placer. Es un niño precioso.

—Salvatore es increíble —murmuro con orgullo.

—¿Qué tal las clases de la tarde? —pregunta acomodándose en mi sofá.

—Muy bien. Las he dado un poco más nerviosa por el estado de Salvatore, pero bien.

—Me alegra que no le cambiases el nombre al niño cuando le pusiste el apellido de Rocco —comenta mirándome a los ojos. Piero eligió el nombre en honor a su abuelo.

—De todo se encargó su padre, pero en ningún momento se me pasó por la mente cambiar el nombre. Me gusta, creo que tiene personalidad.

—Gracias —susurra mirándome a los ojos.

—¿Me invitas a cenar? Ni siquiera hemos almorzado —me recuerda Piero—. Puedo pedir que nos traigan algo —propone.

Me quedo pensativa y acepto. Es lo mínimo que puedo hacer después de cómo se ha portado con mi hijo hoy.

Piero pide comida mientras yo me doy una ducha. Salvatore continúa dormido mientras cenamos y el ambiente relajado entre Piero y yo me recuerda a cuando vivíamos juntos.

Llaman a la puerta y son mi tía y Nicole, ambas preocupadas por Salvatore por no haber podido hacerse cargo de él.

Cuando entran al salón y descubren a Piero ahí se quedan en silencio sin saber qué decir. Él se levanta y las saluda con dos afectuosos besos. Siento la mirada de Nicole sobre mí y la reprendo de inmediato. No es lo que ella piensa.

Salvatore se despierta, Piero se despide de mí y me quedo con mi tía y Nicole. Cuando mi prima se marcha me susurra en el oído al abrazarme:

—Mañana me cuentas todo.

Salvatore pasa bien la noche y mi tía se hace cargo de él al día

siguiente. No lo llevo a la guardería. Trabajo toda la mañana. Solo trabajo dos tardes a la semana, una con tutorías y otra con dos clases como la de ayer.

Cuando comienzo a dar la clase busco a Piero entre los alumnos, también se ha matriculado en esta asignatura, pero, para mi gran decepción, no se encuentra sentado entre todos.

Paso la mañana en la universidad, llego a casa y me encargo de mi hijo. A media tarde, estoy sola con Salvatore, suena el timbre y cuando abro la puerta me encuentro con Piero. No me ha avisado de que vaya a venir, pero me alegra verlo. Anoche se marchó de casa y el hecho que no se haya pasado por clase hoy activó mis alarmas.

—He tenido un día complicado —manifiesta y lo aprecio algo cansado—. He venido a ver cómo se encuentra Salvatore. ¿Puedo pasar? —inquiere mirándome con media sonrisa pintada en sus labios.

Le hago un gesto con la mano, cierro la puerta y le indico:

—Se acaba de quedar dormido. —Lo tengo en el sofá, allí estaba conmigo.

Piero se acerca y lo observa en silencio mientras lo admiro.

—Tiene mejor carita —aprecia.

—Sí. Hoy no ha tenido fiebre en todo el día —respondo sentándome junto a mi hijo.

Piero me mira en silencio y trago con dificultad ante sus intensos ojos fijos en mis labios.

—Hoy no has ido a clase —comento a modo de romper el hielo.

—Espero tener algo de enchufe con la profesora y que no me ponga falta —manifiesta guiñándome el ojo—. He tenido un día terrible. Y me he dado cuenta de que vivir en un hotel no ayuda. Voy a comprarme una casa. Ha llegado la hora de asentar mi vida —anuncia muy seguro de ello.

—¿Aquí en Milán? —inquiero de golpe.

—Eso dependerá de ti —susurra cabizbajo y luego me mira a los ojos. No lo entiendo, y aclara—: Te quiero, Isabella. Deseo una vida contigo, con Salvatore. —Saca el anillo con el que me pidió matrimonio hace dos meses y me lo muestra en su mano—. Toma, quiero que lo tengas. —Me lo entrega para mi sorpresa, colocándolo

en la palma de mi mano—. Lo he llevado en el bolsillo desde el día en el que me lancé a proponerte que te casases conmigo. Llevo dos meses esperando una respuesta. Ahora quiero que lo tengas tú y lo pienses muy bien. Te doy las dos semanas que me quedan en Milán por trabajo. Si me lo devuelves te juro que me apartaré de tu vida y admitiré que no quieres nada más conmigo. No nos volveremos a ver pese a que me duela mucho, pero no puedo seguir viviendo en esta agonía. Deseándote como lo hago y no poderte besar ni hacerte el amor.

—Piero, yo… —balbuceo, completamente descolocada por sus palabras.

—No digas nada. Solo piénsalo y dame una respuesta. Necesito acabar con esto de una vez, Isabella. —Me mira de una forma tan intensa que provoca un vuelco en mi corazón.

Se agacha hacia Salvatore, le da un beso en la frente y luego hace lo mismo conmigo mientras mi cuerpo tiembla por su cercanía.

—Sabes dónde encontrarme y tienes mi teléfono —se despide.

Lo miro con lágrimas en los ojos, con un nudo tan fuerte en la garganta que siento que no me pasa el aire.

Piero se marcha en silencio mientras lo sigo con la mirada. Cierra la puerta y percibo una gran angustia. Me abrazo a mi hijo y susurro:

—Yo solo quiero lo mejor para ti.

Capítulo 57

Rocco

Desde que Isabella me contó que Salvatore estaba enfermo y tuvo que recogerlo de la guardería no he estado tranquilo. Ella me informa de su estado, pero me cuesta muchísimo estar lejos de mi hijo sabiendo que se encuentra enfermo, por ello he decidido ir a Milán pese a todo el trabajo que tengo. De camino a casa de Isabella pienso en cómo reaccionará a la propuesta que le llevo. Hace dos meses que estamos muy bien, hablamos a diario, la siento cercana y creo que está lista para que volvamos a ser una pareja. Cuando hemos salido juntos con Salvatore he intentado hacerle ver que unos padres unidos es lo que nuestro hijo necesita. Tengo en mi contra que ahora tiene un trabajo en Milán, pero también sé que Salvatore es la principal prioridad en su vida.

Sorprendo a Isabella y a mi hijo a media tarde en el parque al que lo suele llevar y desde donde me hace videoconferencias. El niño me ve primero y sale a correr en mi dirección, su madre lo hace detrás y sonríe al descubrirme. Cojo a Salvatore en brazos, lo alzo y compruebo que ya está bien. Él sonríe y me abraza con cariño. Es lo mejor que me ha pasado y lo más bonito de mi vida.

—Vaya sorpresa —susurra Isabella.

Me acerco a ella y le doy un beso en la mejilla a modo de saludo.

—Estás muy bien, campeón —le indico a mi hijo con orgullo.

—Ya se ha recuperado. Tenías mucho trabajo estos días —comenta Isabella. No solo hablamos de nuestro hijo, me gusta contarle cómo avanza mi negocio y escuchar sus opiniones. En estos meses nos hemos vuelto mejores amigos y es una sensación muy agradable. Nunca había tenido una gran amiga en la que confiar y solo hablar con ella. Es algo nuevo para mí, pese a que cada vez que la miro deseo besarla y hacerle el amor. Sin embargo, me repito a

menudo que tengo que respetar su decisión si quiere mantener la buena relación que llevamos.

Invito a Isabella y a mi hijo a cenar, disfrutamos de una velada juntos y cuando acostamos a Salvatore en su habitación su madre y yo nos tomamos una copa de vino en el salón. Es de mi nueva cosecha y lo he traído para que Isabella lo pruebe y me dé su opinión.

—Es muy bueno, Rocco.

—¿Te gusta? —pregunto mientras observo cómo traga otro sorbo de vino.

—No te mentiría.

—Gracias. —Bebo de mi copa y nos miramos en silencio. Hacía mucho que no disfrutábamos de un momento como este.

Me acerco a Isabella y me tomo el atrevimiento de besarla. Me corresponde al beso, pero luego se aleja de mí.

—¿Qué sucede? —inquiero—. ¿No lo deseas? Yo me muero por esto.

—Rocco… —susurra.

—Está bien. Hagamos las cosas por orden. Tengo una gran noticia que darte —anuncio con una amplia sonrisa—. Ya estoy legalmente divorciado de Ginevra. Ya no es mi mujer y soy un hombre libre. Siempre me dije que lo primero que haría cuando estuviese divorciado sería proponerte matrimonio, y aquí me tienes, plantado frente a ti. Isabella, cásate conmigo. Formemos una familia para siempre y démosle a Salvatore el hogar que merece —manifiesto a la misma vez que saco un anillo y se lo muestro delante de su vista. Es un diamante que cuesta muchísimo dinero.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, desde luego la he sorprendido. Se queda en silencio y le cuesta reaccionar. Carraspea con fuerza.

—Rocco…

—No digas nada. Te he tomado por sorpresa. Piénsalo. Puedes quedarte con el anillo —le ofrezco a la misma vez que se lo coloco en la palma de su mano. Siento que esta le tiembla.

—También he recibido otra propuesta de matrimonio —susurra con la voz cortada y la mirada fija en el diamante.

—Sí, presencié cuando Piero lo hizo. ¿Aún espera una respuesta? Por favor, Isabella. No te engañes ni lo engañes. Han pasado dos meses. Está claro que no sientes por él algo tan fuerte como para aceptarlo. —Hago que reflexione. Ella me mira en silencio, pensativa —. Entre nosotros aún existe algo muy fuerte, y podemos darle a Salvatore una vida juntos.

Me inclino hacia ella para besarla, pero Isabella retrocede un poco, se coloca en pie y dice:

—Es tarde. Será mejor que nos vayamos a la cama.

La miro con una sonrisa traviesa en mis labios. Irme a la cama con ella sería como un regalo, pero creo que no me he portado tan bien.

—¿Es una propuesta? —bromeo. Solo tengo que mirarla para saber que necesita estar sola y pensar mi proposición. Supongo que le asusta dejar de nuevo todo en Millán para volver a La Toscana conmigo. Pero tengo dos grandes puntos a mi favor, está enamorada de mis viñedos y es tan buena madre que sé que sacrificaría todo por nuestro hijo.

—El cuarto de invitados está listo —susurra.

—Vaya… —Chasqueo la lengua, decepcionado—. Algún día dejaré de utilizarlo. Buenas noches. —Me acerco a ella y le doy un beso en la frente.

Isabella se dirige a su habitación en silencio mientras que yo la observo de espaldas. No me siento un perdedor. Se ha quedado con el anillo en sus manos y espero que pronto me dé una respuesta que me haga muy feliz.

Capítulo 58

Isabella

Una semana después

Hoy es viernes por la mañana y lo tengo libre. El último día de la semana laboral no tengo clases y es algo que agradezco, me da tiempo a hacer muchas cosas en casa. Ordeno, limpio y salgo a comprarle ropa a Salvatore, crece por días. Quedo a almorzar con Nicole en nuestro restaurante favorito y mientras comemos me pregunta:

—¿Has tomado una decisión? —Mi prima es conocedora de las dos propuestas de matrimonio que me han hecho Piero y Rocco y todos mis miedos.

—Aún tengo los dos anillos sobre la mesita de noche. Los miro todos los días. Apenas duermo.

—No puedes seguir así, tienes que decidirte. Está claro que los quieres a los dos, con ambos has vivido cosas muy fuertes y bonitas y son dos grandes hombres, pero en tu corazón realmente solo está uno de ellos. Solo estás enamorada de uno. Te estás dejando llevar por las circunstancias que te rodean y el hecho de que no quieres dañar más a esos dos hombres, pero es inevitable que uno de ellos resulte perdedor en esto y se sienta dolido, lo superará. ¿De quién estás enamorada de verdad, Isabella? —me pregunta de frente.

—No lo sé —susurro con angustia.

—Sí lo sabes —me rebate de forma enérgica—. Solo tienes que admitirlo y ser feliz. Ya te toca. El tiempo no vuelve ni la vida se repite. La vida es ahora, no dejar nada para después. La vida es vivir y ser feliz, y desde que te has mudado a Milán te siento apagada. Te falta ese gran amor que te haga vibrar con el que tienes una lucha interna cada día.

—No es fácil —susurro con miedo.

—Lo sé, y te entiendo. Pero tienes que tomar una decisión —me presiona.

—¿Y si no tomo ninguna y sigo mi vida como hasta ahora? Sola con mi hijo.

—Te arrepentirías. Estás perdiendo un valioso tiempo que nunca va a volver. Piero te dio un plazo, si no te decides no lo verás más, y Rocco es un hombre que está libre porque quiere. Siempre te unirá a él Salvatore, pero llegará el día que deje de sentir por ti todo ese amor.

—Estoy muy confusa. Yo solo quiero lo mejor para mi hijo.

—Lo mejor para tu hijo es que sus padres estén juntos, pero siempre y cuando haya amor entre ellos. Creo que no te estoy diciendo nada nuevo. Te voy a dar un consejo; Olvida por un momento a Salvatore y piensa si él no existiese a quién elegirías como compañero de vida sin dudar. —Me quedo pensativa mientras mis manos comienzan a temblar—. Ahí tienes la respuesta. No la digas, primero digiérela tú —me anima mi prima, mirándome con una enorme sonrisa. Creo que por mi cara sabe que acabo de darme cuenta quién es el gran amor de mi vida—. Recuerda que es quién te hace sentir los latidos de tu corazón sin poder controlarlos. A veces, nos olvidamos de que el corazón elige por su cuenta el lugar en el que se queda y con quién para siempre. Y no tenemos poder alguno de decisión. Yo creo que ahora mismo ya lo sabes —susurra con una sonrisa.

Varias lágrimas ruedan por mis mejillas mientras la miro con lágrimas también en los ojos, asintiendo a su reflexión, Nicole me abraza y susurra en mi oído:

—Ya es hora de que seas feliz. Salvatore siempre será un niño amado elijas lo que elijas, ¿sabes por qué? Porque su madre lo ama más que a su vida.

Llego a casa y enciendo las luces. Estoy sola. He ido a recoger a mi hijo a la guardería con Nicole y su tía le ha propuesto a Salvatore quedarse con ella esta noche y no se ha negado. La quiere muchísimo. En realidad, es algo que agradezco, tengo que pensar muy bien cómo hacer las cosas.

Entro en mi habitación, me siento en la cama y cojo ambos anillos entre mis manos, cada uno en una de ellas. No puedo seguir más tiempo con esto. Me tumbo y suspiro. Siento un gran agobio en mi interior. Me digo que mañana hablaré con ambos y dejaré todo claro. Se los debo. Miro con una amplia sonrisa el anillo elegido mientras siento tal paz en mi interior que me produce una gran euforia y esta se apodera de mí. Miro el reloj, son las cuatro de la madrugada, pero no tengo sueño. Me levanto y decido poner rumbo a La Toscana, cuando Rocco se levante ya estaré allí. No quiero perder más tiempo.

Le escribo un mensaje a mi prima en el que le comunico que me marcho a La Toscana y le pido que se quede con Salvatore hasta que vuelva. Necesito este fin de semana para poner en orden mi vida.

Capítulo 59

Rocco

Me despierto temprano como cada mañana. Hoy es sábado y solo trabajo un par de horas, pero lo hago más tarde y relajado. Cuando salgo a la terraza a tomarme un café descubro a una mujer sentada ahí. Me acerco y mi corazón se acelera al comprobar que es Isabella. Ella me siente, se gira y nos quedamos mirándonos a los ojos. Busco a mi hijo en sus brazos o alrededor y no hay ni rastro de Salvatore.

—Vaya sorpresa. ¿Nuestro hijo está bien? —pregunto de golpe cuando percibo cierto nerviosismo en sus manos. Se las retuerce con fuerza.

—Sí. Vine sola —anuncia y esto provoca que el corazón me dé un vuelco.

—¿Y a qué se debe esta visita inesperada? —inquiero acercándome a ella mientras le muestro una sonrisa.

—Si llegué en mal momento… No pregunté, perdón —se excusa algo apurada mirando detrás de mí.

—Siempre serás bienvenida en mi casa. No tienes que avisar. Ha sido una sorpresa muy agradable verte aquí.

Observo que Isabella saca del bolsillo de su chaqueta el anillo que le entregué. Mi corazón se acelera y la miro sonriente.

—He venido a que hablemos —anuncia con la joya en la mano.

—¿Y si hablamos luego? —susurro tomándola por la cintura y acercándome a sus labios. La deseo con locura.

—Rocco… No puedo aceptar este anillo. No puedo mentirte. Te quiero, eres un hombre increíble y te has portado conmigo de una forma maravillosa que siempre te agradeceré. Tenemos un hijo y puede que lo mejor para Salvatore fuese criarse con sus padres juntos, pero me estaría engañando a mí y a ti.

—Me has dicho que me quieres —susurro, desconcertado. No

entiendo nada.

—Te quiero y siempre te querré. Estoy segura de que Salvatore no podría tener un padre mejor que tú y siempre estaremos unidos por él, sin embargo, no te amo —confiesa a la misma vez que comienzan a rodar lágrimas por sus mejillas.

Yo me tengo que sentar y tomar una bocanada de aire para asimilar todo esto.

—Entre nosotros siempre existió algo especial. Lo has sentido y vivido junto a mí —le recuerdo con rabia.

—Sí —admite—. Y siempre ocuparás un lugar especial en mi corazón. Pero el verdadero amor es otra cosa. Hemos vivido muchos instantes únicos y maravillosos, en ningún momento te engañé. El tiempo que estuvimos juntos pensé que lo nuestro sería para siempre. Éramos amigos, cómplices y amantes, y todo era increíble.

—¿Y qué sucedió, Isabella? —pregunto dolido. Ella me mira en silencio, se aparta las lágrimas de sus mejillas y chasquea la lengua —. Apareció Piero —susurro. Sé que ella no se atreve a decírmelo. Asiente sin mirarme a los ojos y toma una bocanada de aire.

—No quiero hacer esto más difícil, Rocco. No deseo hacerte daño.

—Es inevitable si me estás dejando por otro —le echo en cara.

Isabella se acerca a mí y me entrega el anillo. Comienza a llorar de nuevo y yo cierro la mano sobre el metal frío sintiendo que este es nuestro final.

—¿Estás segura de que es Piero el hombre que amas? —pregunto con resentimiento.

—Piero entró en mi corazón sin pedir permiso, en un momento de bajón en mi vida en el que no me planteaba nada con ningún hombre porque había sufrido dos grandes decepciones. Sin querer me enamoré de él. Creí morir cuando me dejó. Pensé que jamás lo superaría, pero lo hice gracias a ti. Me equivoqué al creer que Piero ya no significaba nada. Te juro que en el tiempo que estuvimos juntos tenía asimilado que entre él y yo estaba todo acabado. Pero fue al volver a vernos… algo saltó dentro de mí que no pude controlar. En este tiempo he tratado de engañar a mi corazón, hacerle creer que tú eras mi mejor opción por ser el padre de Salvatore. Todo sería más fácil, pero no sería justo. Tú te mereces a

una mujer que te ame de verdad.

—¿Tengo que darte las gracias por esto? —le espeto enfadado.

—Solo estoy siendo sincera. Creo que podemos ser los mejores padres, aunque estemos separados y vivamos lejos. Y también estoy segura de que con el tiempo seremos amigos.

—Yo siempre te voy a querer, Isabella —susurro con dolor.

—Y yo, Rocco. —Me abraza y me derrumbo. Me duele tanto perderla…

—Llevas en mi corazón desde que estábamos en el colegio. Siempre pensé que nuestra historia no resuelta de pequeños había llegado a su destino con la llegada de Salvatore. Él nos unió de nuevo.

—Y siempre será nuestro mejor recuerdo juntos. Rocco, no quiero que me odies. Comprendo que necesitarás un tiempo para asimilar que solo seré la madre de tu hijo, sin embargo, confío en que pronto seamos buenos amigos.

Asiento y carraspeo un poco la garganta. Necesito tiempo. No me veo capaz de ser amigo de la mujer que amo.

—Dime la verdad, si Piero no hubiese aparecido en tu vida…

—Piero apareció en la fiesta del colegio igual que tú —me recuerda.

—Si no le hubieses dado una oportunidad de estar cerca porque yo me fui sin explicaciones aquella noche… ¿Estaríamos juntos? ¿Te habrías enamorado de mí?

—Es probable, Rocco. Eres un gran hombre. —Lleva sus manos hacia mis mejillas y susurra cerca—: El destino nos tenía esto preparado. No podemos cambiar lo sucedido ni vivir pensando si no hubiera sucedido tal cosa… Hay que hacer frente a lo que tenemos y aprender a vivir con ello. Solo tenemos una vida y hay que aprovechar cada momento. Vivir entre mentiras y engaños solo nos provoca dolor tarde o temprano. Sé que en estos momentos te estoy partiendo el corazón, sin embargo, te debo ser sincera porque eres una gran persona. Deseo que seas muy feliz —susurra acariciándome las mejillas y comienza a retirarse. Tomo sus manos con fuerza, uno mi frente a la suya y manifiesto—:

—Necesito tiempo. Estar solo y sanarme. Ya hablaremos sobre

Salvatore.

—Él siempre será lo primero en mi vida.

—Y en la mía —murmuro.

—Me alegro de que tengamos el mismo objetivo —susurra con miedo.

—Mi hijo no será un arma contra ti —le aclaro de inmediato—. Sé que eres una estupenda madre. Creo que nos las arreglaremos para que esté con los dos sin sentir la ausencia del otro, sea feliz y ame a sus padres.

—Gracias —murmura con emoción y lágrimas en sus ojos—. Me preocupaba mucho ese asunto —reconoce.

—No temas. —La tranquilizo—. Sé perder.

—No te consideres un perdedor. Creo que Salvatore es el mejor triunfo de nuestras vidas.

—¿Y Piero cómo lleva la situación? —me intereso.

—Él no sabe nada aún sobre mis sentimientos. Primero quise hablar contigo. Creo que te lo merecías.

—Te deseo que seas feliz, de verdad, aunque sea con él y esto me esté rompiendo el corazón en mil pedazos.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Me acerco a ella y le doy un breve beso en los labios de despedida al mismo tiempo que le muestro una sonrisa amarga.

—Necesito un tiempo alejado de ti, recomponer mi corazón. Que ya no me duela verte y no poder besarte. Espero que lo entiendas.

—Lo respetaré hasta que estés listo.

—Mi tía se comunicará contigo y se encargará de Salvatore.

—Me parece bien. ¿Puedo darte un último abrazo? —pregunta con miedo.

Accedo, nos despedimos ambos con lágrimas en los ojos y observo cómo Isabella se marcha de mi casa y de mi vida para siempre.

Capítulo 60

Isabella

Conduzco con cierta congoja en mi corazón. Me duele haberle hecho daño a Rocco, pero siento un gran descanso en mi interior porque he actuado como se debe. Siempre querré a Rocco, es un gran hombre y un buen padre, pero no lo amo y no puedo desperdiciar mi vida sin ser realmente feliz con él solo porque sea el padre de mi hijo y Salvatore tenerlo cerca cada día.

En este tiempo he tratado de convencerme de que Rocco era mi mejor opción, siempre pensando en mi hijo, pero cada vez que meditaba a fondo dar el paso de volver con él como pareja algo me frenaba. Piero siempre ha estado ahí, debo de reconocer que siempre ha sido él desde que entró en mi vida casi sin querer. Se metió en mi corazón, en mi mente y en mi piel y ahora sé con certeza que jamás podré borrarlo. Lo amo, es el hombre de mi vida y deseo envejecer a su lado. Sé que no será un camino fácil, pero lo que hemos vivido hasta el momento tampoco lo ha sido y nuestro amor nos ha demostrado que es más fuerte que todo.

Con el corazón hinchado y rebosante de felicidad entro en Milán y me dirijo al hotel de Piero. Es sábado, son las cuatro de la tarde, apenas he comido, pero hablar con Piero y decirle que lo amo es lo más importante en estos momentos. Espero encontrarlo en su habitación.

Aparco fuera del hotel y subo directamente al cuarto. Llamo a la puerta y espero algo nerviosa. Al cabo de un buen rato, cuando comienzo a creer que no está, me abre la puerta una mujer joven, rubia, de ojos azules, despeinada y con poca ropa. Siento que me mareo y tengo que parpadear un par de veces y fijarme bien que es la habitación en la que estuve con Piero y él ocupa.

—Oh, lo siento. Creo que llego en mal momento —susurro con un

hilo de voz y un nudo en la garganta.

—Cariño —escucho una voz masculina al fondo de la habitación que la llama.

—¿Busca a alguien? —me pregunta la mujer.

—Eh… —No sé ni qué contestar.

De repente, un hombre en calzoncillos se asoma a la puerta y le pregunta a la mujer tomándola por la cintura:

—¿Sucede algo?

Parpadeo con fuerza, fijo mis ojos en ese hombre y esbozo una sonrisa cuando compruebo que no es Piero.

—Perdón, creo que me he equivocado de habitación. Disculpen por molestar.

De inmediato me doy media vuelta, sintiendo un gran descanso en mi interior, y me dirijo a la recepción del hotel. Pregunto por Piero Valente y me informan que ha dejado la habitación esta mañana. Se ha marchado.

Cuando me doy media vuelta, decepcionada, Eddy me reconoce, me saluda y no pierdo la oportunidad de preguntarle por Piero. Estoy segura de que se ha despedido de él y puede proporcionarme más información.

—¿Sabes dónde se ha marchado esta mañana el señor Valente?

—Me dijo que ha terminado antes de lo esperado su trabajo en Milán. Dejó la habitación y se llevó todas sus maletas.

—Vaya. He llegado tarde —lamento, apenada, en un leve susurro —. Lo llamaré por si puedo alcanzarlo antes de que deje la ciudad. Es importante lo que tengo que decirle y debo hacerlo en persona.

Eddy se queda pensativo, siento que se debate entre decirme algo o no, pero finalmente chasquea la lengua y mueve la cabeza en gesto contrariado.

—Igual no debería decirle nada, el señor Valente me comentó cuando se despidió que no volvería más a este hotel porque se había comprado una villa en la zona de Corso. Creo que se dirigía hacia allí.

—¿Sabe la dirección, Eddy? —pregunto esperanzada.

—No, pero me preguntó por el servicio de limpieza y habló con nuestra jefa. Igual concretó algo con ella y le dio la dirección del

lugar para ir a limpiar.

—¿Me lo podría averiguar? Es muy importante y estoy segura de que en un futuro el señor Valente le agradecerá toda esta información —casi le suplico.

—Déjeme hacer una llamada.

Eddy se retira y tarda en volver veinte minutos, los cuales no dejo de pasearme inquieta por la entrada del hotel.

Lo observo acercarse con el papel en su mano, me lo extiende y dice:

—Aquí tiene la dirección.

—Oh, muchas gracias —susurro con emoción, hasta le doy un abrazo al hombre.

—De nada. Solo le pido que trate esta información con discreción. Me estoy jugando mi puesto de trabajo en el hotel —comenta Eddy.

—Descuide. Mil gracias. —En un impulso le doy otro abrazo y salgo del lugar casi corriendo. Necesito encontrar a Piero.

Entro en mi coche y echo de menos el que me regaló Rocco, pero se lo devolví cuando nos separamos. Este es el de mi tío, no tiene GPS y llevo tiempo pensando en comprarme uno. Él no lo usa porque tiene mal la vista y me lo ha dejado para mí, pero necesito uno más nuevo.

Aparco en la puerta del número veintitrés, donde indica la dirección que Eddy me ha entregado. Cuando me dispongo a llamar al timbre encuentro la puerta por la que entran los vehículos abierta. Descubro el coche de Piero ahí y una sensación de alegría me invade. Llevo su anillo en el bolsillo de mi chaqueta. Tengo mi mano metida dentro y lo toco, nerviosa. Camino hacia la puerta principal de la casa, está cerrada y decido dar la vuelta al jardín por si hay otro acceso. Descubro una enorme piscina, un porche y dos grandes puertas de cristales correderas que están abiertas y ceden paso al gran salón de la casa. Camino en silencio en busca de Piero. Recorro la planta baja y no lo encuentro ahí, pero sí están sus maletas al lado de la puerta. Escucho pasos en la planta superior de la casa y me dirijo hacia las escaleras. Cuando pongo el pie en el primer escalón Piero comienza a bajar y nos encontramos. Él se para en seco, me mira con los ojos muy abiertos y pregunta extrañado:

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte. Necesito hablar contigo —susurro.

Piero me mira serio, termina de bajar las escaleras y pasa por mi lado hasta situarse en el salón. Se gira e inquiere:

—¿Qué quieres?

—¿Has comprado esta casa? Es preciosa —revelo admirándola alrededor. Tiene mucha luz y está decorada con muy buen gusto—. ¿Es la propiedad de la que me hablaste? —me intereso con una sonrisa cálida.

—Sí. Era una gran oportunidad y no podía dejarla pasar. Es una buena inversión. Tengo en mente hacerle una gran reforma.

—Yo la encuentro perfecta —susurro.

—¿Cómo has sabido de este lugar? —pregunta de forma abrupta. Lo siento algo distante.

—Bueno… cuando deseas encontrar a alguien recurres a todo para hacerlo. —Aún no quiero revelar que ha sido Eddy.

—¿Qué quieres? —me espeta algo tenso, mirándome de forma distante.

—Bueno, he venido a … —Comienzo a sacar el anillo que me entregó del bolsillo de mi chaqueta y observo que Piero fija su mirada en este y lo reconoce al instante.

—Devolvérmelo —manifiesta alto y claro. Chasquea la lengua y me extiende la mano para recibirlo.

Su actitud me descoloca por completo. No entiendo por qué me está tratando así.

—Piero…

—No te molestes en explicármelo. Esta mañana he desayunado con Adriano y me dijo que ayer le dejaste a tu hijo a Nicole porque habías tomado ya una decisión sobre nosotros. Sé que Rocco también te propuso matrimonio y supongo que ya sabe tu elección.

—Entiendo —susurro mientras miro su palma de la mano extendida hacia mí, esperando que le entregue el anillo—. Es cierto —admito con el mentón alto, manteniéndole la mirada. Doy un paso hacia él y le coloco el anillo sobre la palma de la mano, decidida. Siento cómo Piero traga con dificultad. Cierra los dedos alrededor del anillo, toma una bocanada de aire y cierra los ojos mientras lo miro

en silencio. Alzo mi mano y le expongo—: He venido hasta aquí para que me pongas el anillo como corresponde. He esperado mucho este momento, además, me he vuelto tan romántica que necesito grabar en mi memoria el instante en el que coloques este anillo en mi dedo para siempre.

Le dedico una amplia sonrisa mientras siento que Piero está tan descolocado que sacude su cabeza y pregunta confuso:

—¡¿Qué?!

—Te amo, Piero Valente. Quiero casarme contigo y pasar el resto de mi vida a tu lado, porque solo cuando estoy junto a ti mi corazón late con fuerza y siento que estoy viva de verdad. Eres el amor de mi vida. Siempre serás tú. Te colaste muy dentro de mí y te apoderaste de todo mi ser.

Piero da un paso hacia mí. Siento sus ojos húmedos, me estrecha contra él, rodea mi cintura con una mano y se apodera de mis labios mientras lo siento temblar y llorar al mismo tiempo. Gime sobre mi boca y me besa de una forma exigente. Le correspondo, enredamos nuestras lenguas y la pasión se apodera de nosotros. El ritmo de nuestros corazones se acelera y nuestros cuerpos entran en calor en cuanto se han rozado. Los dos hemos anhelado esto durante todo este tiempo.

—Te amo, te amo. Casi me has quitado la vida y me la acabas de devolver de un plumazo. Te amo, Isabella —susurra sobre mis labios sin dejar de besarme como loco.

Me separo un poco de él, interpongo una mano entre nuestros cuerpos y le indico con una amplia sonrisa:

—¿El anillo para cuándo?

Piero suelta una carcajada, nervioso, me muestra la joya con una amplia sonrisa y lo desliza por mi dedo bajo mi atenta mirada.

—Cásate conmigo, Isabella. Sé mi mujer. Solo quiero una vida contigo, y con Salvatore. Ya es hora de ser muy felices.

—Sí, quiero. —Me abrazo a él, lo beso y le susurro—: Me he enamorado de esta casa, estaría bien vivir aquí y que nuestra boda fuese en el precioso jardín que he descubierto hasta llegar aquí.

Piero me alza en brazos y da vueltas conmigo, feliz, emocionado y eufórico.

—Si esto es un sueño no quiero despertar.

—No lo es.

—Ven, quiero enseñarte la parte más importante de esta casa —susurra tomándome de la mano y comenzando a subir las escaleras.

—¿Cuál es? —pregunto intrigada.

—Nuestra habitación —revela con un brillo travieso en sus ojos. Me toma en brazos y entramos al cuarto principal besándonos y deshaciéndonos de la ropa con prisa.

Hacemos el amor de una forma mágica, especial y única. Hemos pasado por muchas cosas, pero las hemos superado porque nuestro amor ha sido más fuerte que todo.

Desnuda y abrazada al pecho del hombre que amo recupero el ritmo de mi respiración en silencio mientras me siento tan feliz que creo que voy a explotar. Piero me acaricia la espalda, ambos estamos sin aliento.

—Quiero esto todos los días de mi vida —susurra dándome un beso en el cuello.

—Y yo. —Alzo la mirada y la clavo en sus ojos—. Te quiero —manifiesto con orgullo, rebosante de felicidad.

—Nunca pensé que mi día terminase así —manifiesta con una sonrisa mientras me abraza y me acaricia—. ¿Qué fuiste a hacer a los viñedos de Rocco esta madrugada? —inquiere con el ceño fruncido—. Presioné a Adriano hasta que me lo dijo. Se le escapó por error la información. Por ello pensé que ya lo habías elegido a él.

Me aparto un poco y le explico:

—Tuve una larga conversación con Nicole y ella me hizo ver que eras tú el verdadero hombre de mi vida, aunque no le dije nada. Solo le dejé a Salvatore y le dije que me marchaba a La Toscana, supongo que ella y Adriano entendieron que Rocco había sido mi elección. Tenía dos anillos de compromiso y debía devolver uno. Decidí que Rocco tenía que ser el primero en conocer mi decisión para luego ser tuya sin límites ni remordimientos. —Lo abrazo y le beso el pecho.

—Joder, Isabella. Mi mundo se vino abajo por segunda vez cuando Adriano me comentó que te habías marchado con Rocco. No

sabes la agonía e impotencia que se apoderó de mí. En el fondo siempre tuve la esperanza de que volvieses conmigo. Lo que sucedió en el ascensor del hotel entre nosotros fue increíble, con una sola mirada dejamos atrás todo y solo hablaron nuestros sentimientos.

—Cuando estoy junto a ti no me controlo —susurro sobre sus labios, sonriente y coqueta.

—Pues me has hecho pasar dos meses de perro —me reprocha con calma, mirándome a los ojos de forma cálida.

—Hice acopio de toda mi fuerza de voluntad para no arrojarme a tus brazos cuando te tenía cerca.

—Todas las noches he soñado contigo. Me despertaba sudoroso y empalmado. Cada mañana me desahogaba en la ducha gritando tu nombre —revela.

Sonrío, le beso el cuello y le confieso sin mirarlo a los ojos:

—No has sido el único.

Piero alza mi mentón y nuestras miradas se encuentran, me sonríe antes de apoderarse de mis labios y volverme a hacer el amor de una forma exquisita y maravillosa.

Epílogo

Salvatore

Dieciséis años después

Mi padre me ha organizado una fiesta de despedida en sus viñedos. Dentro de una semana me marcho a Florencia donde comienzo la universidad. Ha sido toda una sorpresa llegar a su casa para pasar unos días antes de irme y encontrarme con mis tíos, mis abuelos, mis primos, mi madre, su marido y mis hermanos.

Le doy las gracias a mi padre por semejante fiesta, lo cierto es que no la esperaba. Me gusta que toda la familia esté reunida, en especial mis padres y mis hermanos. Crecí siendo hijo de padres separados, pero he sido muy feliz. Mis padres siempre se han llevado bien y Piero, el marido de mi madre, el hombre con el que he convivido desde que tengo uso de razón, me quiere como si fuese su hijo. Yo también lo quiero mucho. Puede decirse que me considero un tío afortunado, me he criado con dos padres.

Mi madre acude a mí y me da un abrazo, me mira con los ojos llorosos y dice:

—¿Pero en qué momento te has convertido en un hombre?

—Eres igual que tu padre —comenta mi tía Nicole, situada a mi lado. Me toma del brazo con orgullo.

Todo el mundo me dice que soy igual que mi padre. Ambos tenemos los ojos verdes, somos muy parecidos físicamente y tenemos la misma estatura. Desde hace tres años voy al gimnasio con el objetivo de tener su mismo cuerpo, y creo que en breve lo conseguiré. También entreno mucho en casa con Piero, ambos compartimos afición por el deporte.

—No quiero que te vayas —lloriquea mi hermanita. Elettra tiene ocho años.

—Te echaremos de menos. —Me palmea la espalda mi hermano

Marco. Tiene catorce años recién cumplidos y soy su referente. Creo que es el que más siente mi partida. Le doy muchos consejos y somos muy cómplices, pero le he prometido que la distancia no nos separará.

Mi padre pide una foto familiar para el recuerdo y me coloco junto con mis padres, sus parejas y mis tres hermanos. Me siento muy orgulloso de la familia que tengo. Para mí es perfecta.

Rocco

Me acerco a Isabella y a su marido y les doy las gracias por asistir a la fiesta de despedida de Salvatore. Con los años he conseguido verla como a una amiga. Hablamos a menudo pese a que nuestro hijo se ha hecho mayor y siempre la consideraré alguien muy importante en mi vida. Cuando nacieron sus dos hijos fui a conocerlos a su casa y siempre he sido bien recibido pese a que con Piero solo he intercambiado palabras cordiales.

—Tienes una hija preciosa, Rocco. Mi enhorabuena —comenta Isabella con los ojos clavados en Alessandra. No la conocía. Tiene un año y medio. Me casé con su madre hace siete años y en estos momentos me vuelvo a sentir un hombre joven al cambiar pañales de nuevo.

—Volver a vivir esta experiencia es algo increíble —susurro.

—Las niñas son diferentes a los niños, ya lo descubrirás —manifiesta Piero.

—Ya lo estoy haciendo. Sabe muy bien lo que quiere y está aprendiendo a manejarme —comento mientras la beso y mi hija me abraza.

—Papá, ven, el primo Flavio no me deja la pelota. —La hija de Isabella tira de la mano de su padre para que vaya en su ayuda. Piero suspira y me temo que en poco tiempo estaré igual que él. Acudiendo al rescate de mi hija.

—Me alegro verte tan feliz, Rocco —dice Isabella cuando nos quedamos solos.

—Me ha costado encontrarla, pero al fin tengo la familia con la que siempre soñé.

—Te lo mereces.

—Salvatore pronto cumplirá la mayoría de edad, ya no tendremos que poner en común las decisiones que le afecten en su vida como hemos venido haciendo en estos años, pero te considero de mi familia. No quiero perder el contacto contigo —le ruego a Isabella. Siempre será alguien muy especial en mi vida.

—Ni yo. Los hijos necesitan siempre a sus padres, aunque sigan creciendo, y creo que debemos estar ahí presente y comentando entre nosotros su vida.

—Me alegra que pensemos igual.

—Gracias por esta fiesta para Salvatore donde has reunido a toda la familia.

—Nuestro hijo se la merecía, y tras los años, creo que ya era hora de que todos nos reuniésemos. Las heridas ya están curadas.

—Me ha alegrado volver a ver a tu tía, tus padres y tu hermano tras tantos años.

—A ellos también les ha gustado. Como ya te dije, podéis quedaros en la casa esta noche —le ofrezco de nuevo.

—Gracias, pero alquilamos una villa cerca junto con mi prima y mis tíos. Pasaremos el fin de semana.

—Voy a regalarle a Salvatore un coche por su cumpleaños en unos meses. Quería comentártelo.

—Rocco… —protesta.

—Prefiero que mi hijo vaya en su coche a que se monte con otros. Confío en las manos de Salvatore.

—No le compres uno muy caro —me reprende. Durante estos años siempre me ha dicho que no le podía dar todo de golpe a mi hijo, que tenía que aprender a ganárselo.

—Le gustará —susurro guiñándole un ojo.

Isabella bufa, termina sonriéndome y sé que en el fondo aprueba que le compre un coche a nuestro hijo.

Piero

—¿Por qué tengo que compartir habitación con Elettra? —se queja mi hijo mayor de camino a la villa que hemos alquilado.

—Porque no hay más habitaciones —le explica su madre.

—Me quería quedar con Salvatore. Su padre me dijo que podía —manifiesta, enfadado.

—Salvatore va a pasar unos días en los viñedos y nosotros nos volvemos mañana a Milán. No era posible —intenta contentarlo su madre.

—Prométeme que un día me dejarás ir con él. Me ha gustado mucho ese lugar, y quiero montar a caballo con él. Salvatore me ha prometido regalarme un caballo cuando cumpla dieciséis.

—Hasta en eso de los regalos extravagantes ha salido a su padre —susurra por lo bajo Isabella.

—Ya veremos. Las notas del último curso no han sido muy buenas —le recuerdo algo serio.

—Mamá, yo también quiero un caballo —dice Elettra.

Isabella y yo nos miramos y suspiramos. Desde que nacieron nuestros hijos siempre temimos la llegada de este momento, en el que empiezan a crecer, pedir y comienzas a no poder controlarlos como deseas.

Llegamos a la villa, Isabella y prima se encargan de llevar a los chicos a su habitación mientras que yo y Adriano nos tomamos una copa en el porche de la casa. Nuestras mujeres aparecen tras dejar a nuestros hijos en sus cuartos dormidos, nos tomamos otra copa con ellas y luego nos marchamos a la cama.

Abrazo a mi mujer, aspiro su aroma y susurro en su oído:

—Te amo. Los niños nos lo ponen difícil en ocasiones, pero mi amor por ti cada día es más grande. Eres una gran madre y te admiro por ello.

—Tenerte a mi lado es mi gran suerte y gran motor. Por muy tedioso que sea el día, siempre sé que va a terminar así y eso lo

arregla todo. Debo darte las gracias por cómo amas a Salvatore —susurra con emoción—. Hoy cuando os habéis abrazado y os habéis despedido se me saltaron las lágrimas. Os queréis muchísimo y eso es evidente.

—Te juro que lo amo tanto como a nuestros dos hijos. Nunca hice diferencia entre ellos —confieso con el corazón en la mano.

—Lo sé, y te amo mucho más por ello. Todos estos años juntos han sido increíbles, te juro que se me han pasado volando. Tener a Salvatore lejos de nosotros me va a costar —reconoce con pena.

—A mí también —admito—. No dejo de pensar que a Marco solo le quedan cuatro años para marcharse como su hermano —comento con cierto agobio.

—En nada Elettra está yéndose de casa y alguno nos hace abuelos —carcajea Isabella. Sabe que hablar de ese tema me pone nervioso—. Pero tranquilo, mi amor. Yo siempre estaré a tu lado, porque solo cuando estoy junto a ti es cuando soy realmente feliz.

FIN

Agradecimientos

Gracias de corazón a todos los que formáis parte de esta familia tras los años.

Justo en septiembre de 2025 cumplo diez años como autora de novela romántica, y no puedo ser más feliz creando historias que enamoran a mis lectores.

Nunca llegué a pensar que mi trayectoria como autora llegase a este punto, diez años desde ese diecisiete de septiembre de 2015 que salía a la venta mi primera novela, Deseos del destino. Tras ellas vinieron muchas más. Y todo os lo debo a vosotros, que las esperáis con ganas y las devoráis en apenas horas.

Cuando estoy junto a ti es mi novela número veintidós. Espero que os haya enamorado y atrapado tanto como a mí en su proceso de escritura. He de confesar que me esfuerzo por sorprender al lector en cada novela, que encuentre situaciones que no espere en la historia y no sepa cómo se vayan a resolver.

Gracias por ser cada día más los que me leéis, porque sois mi motor y porque sin vosotros no seguiríamos sumando años e historias.

Este décimo aniversario os lo debo a vosotros, que tan feliz me hacéis cuando me decís que os habéis enamorado de mis libros y mis personajes.

Gracias de corazón por estar ahí, por apoyarme y por leerme.

Vamos a por otros diez años, acepto el reto. En mi cabeza bullen mil historias más por contar. ¿Preparados para leerlas?

Feliz aniversario también a ti, lector, porque esto es un trabajo de equipo.

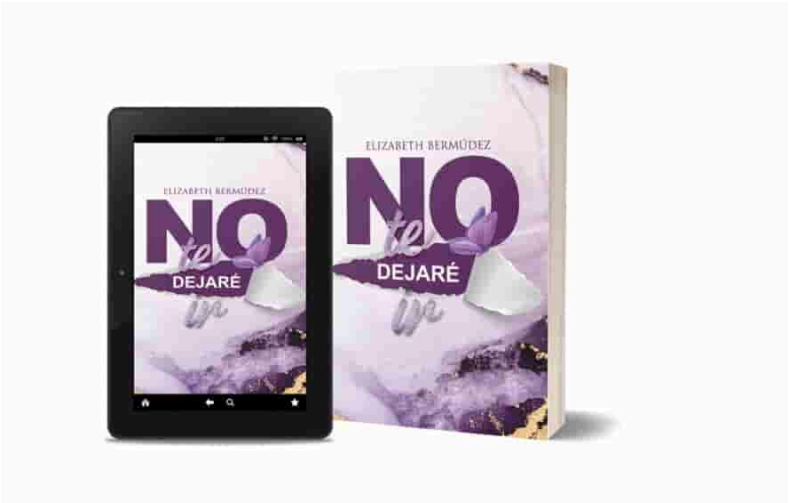
Pronto llegará una nueva historia que os sorprenderá.

Os quiero, Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora

Todos están disponibles en Amazon en formato ebook, Kindleunlimited y papel.

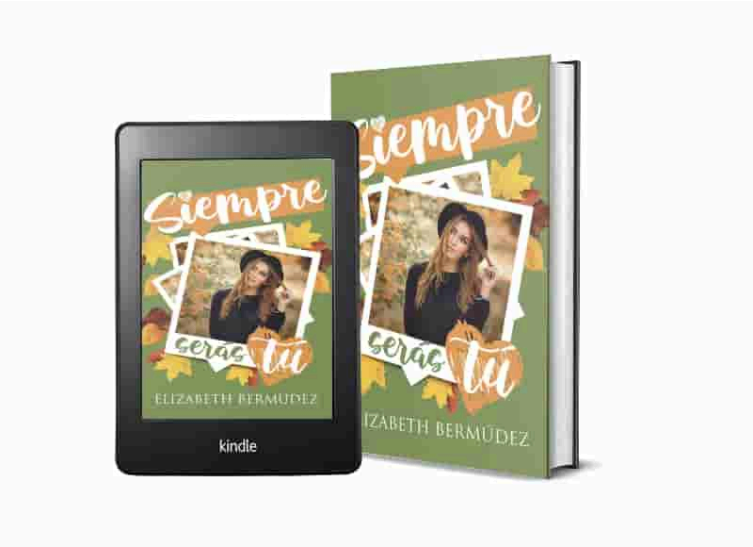
Si deseas alguna novela firmada por la autora, ponte en contacto con ella a través de sus redes sociales.




Rechazo al
DUQUE
ELIZABETH BERMÚDEZ
Rechazo al
DUQUE
ELIZABETH BERMÚDEZ


ELIZABETH BERMÚDEZ
TRAICIONES
ELIZABETH BERMÚDEZ
TRAICIONES

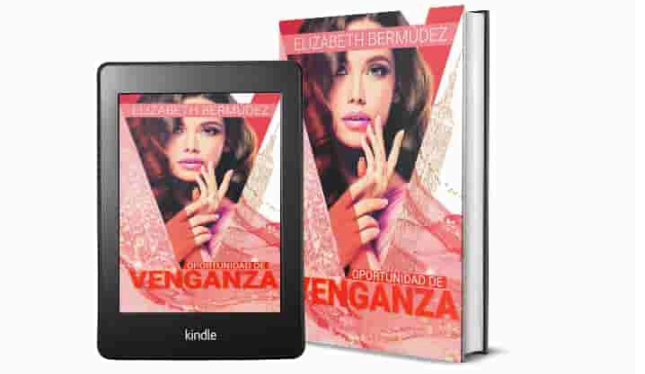
BILOGÍA: Siempre






Te protegeré
ELIZABETH BERMÚDEZ


Por mi familia
ELIZABETH BERMÚDEZ
kindle


ELIZABETH BERMÚDEZ
OPORTUNIDAD DE
VENGANZA
kindle

BILOGÍA: Vida y amor






TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ
TE
quiero
para mí
ELIZABETH BERMÚDEZ


NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ
NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

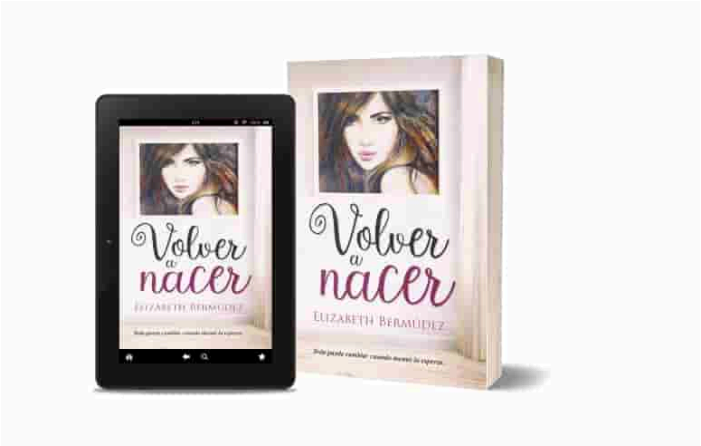
FAMILIA MILLER






IMAGINARLO
o vivirlo
mirada de un
MILLER
IMAGINARLO
o vivirlo
mirada de un
MILLER

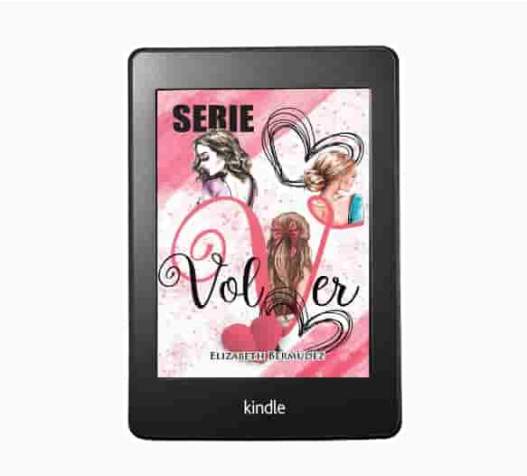
SERIE VOLVER







Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES




La Sombra
DE SU
PASADO
ELIZABETH BERMÚDEZ


Y de repente,
el mundo
se paró
Elizabeth Bermúdez


El
Amor
LO CAMBIA TODO
ELIZABETH BERMÚDEZ